



69990

El re(s)to populista : política y populismo...

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

SEDE ACADEMICA DE MÉXICO

EL RE(S)TO POPULISTA
Política y Populismo en América Latina

CARLOS DURAN MIGLIARDI

DIRECTOR: DR. JULIO AIBAR

Tesis para optar al grado de Maestro en Ciencias Sociales
XV Promoción 2004 - 2006

Seminario de tesis: cultura

MÉXICO DF, 14 DE JULIO DE 2006



Esta Tesis fue realizada con el apoyo de la Secretaría de Educación

Pública del Gobierno de México

69990

69990

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

SEDÉ ACADEMICA DE MÉXICO

EL RE(S)TO POPULISTA
Política y Populismo en América Latina

CARLOS DURAN MIGLIARDI

DIRECTOR: DR. JULIO AIBAR

Tesis para optar al grado de Maestro en Ciencias Sociales
XV Promoción 2004 - 2006

Seminario de tesis: cultura

MÉXICO DF, 14 DE JULIO DE 2006

A mis hijos en camino.

A Charlene Dilla, por lo de hoy y lo que viene.

Agradecimientos

Toda investigación es una empresa colectiva, un *collage* de muchas voces y esfuerzos que finalmente adquieren una firma particular. En nombre de la justicia, entonces, es que debo agradecer a quienes formaron parte activa de este resultado:

A la FLACSO-México, por aportar el espacio con las condiciones y el ambiente óptimos para desarrollar mi proyecto académico. Especialmente, a sus funcionarios de biblioteca y a Heleno. A la Secretaría de Educación Pública del Gobierno de México, por financiar mi estadía en este país.

A mi Director de Tesis, Dr. Julio Aibar, con quien discutí desde un principio hasta los detalles más mínimos de esta investigación. A su desinteresada amistad, apoyo y solidaridad a toda prueba debo gran parte de este resultado.

A Guillermo Pereyra, amigo y testigo de todas las obsesiones, dudas y certezas que acompañaron esta investigación. Espero que algo de su jovial lucidez intelectual se refleje aquí.

A mis profesores en FLACSO: Ricardo Nava, Dante Avaro y, muy especialmente, Santiago Carassale. Ellos confirmaron mi certeza de que la academia no sólo es un lugar de intercambio funcional, sino que bien puede convertirse también en una amistosa empresa.

A Miriam Rodríguez y Ana María Ávila. A Florencia Niszt.

A Margarita Castro y Alberto Sayas, por hacerme sentir "como en casa".

A Teresa Rodríguez y Haroldo Dilla.

A Fabio Moraga, Paula Leal y Víctor Muñoz, mis amigos chilenos en México. Con ellos pude contar siempre.

A mi familia chilena, más cerca que nunca: a Mario, Cristian, Yanina, Gabriela, Camila y Marito. A mi madre, Marta Inés Migliardi, que aun desde lejos sigue siendo imprescindible.

A Charlene nuevamente, por su amor, comprensión y apoyo incondicional.

Para todos ellos, mi más sincero y eterno agradecimiento.

Indice

Indice.....	6
Introducción.....	8
Capítulo I: El populismo clásico y la fundación de la anomalía política.....	16
1.- Entre el contexto y la diseminación: la irreducible tensión categorial.....	19
2.- Populismo clásico en América latina: el residuo como objeto.....	24
3.- El “escándalo” populista: la inestabilidad del sentido.....	40
4.- Conclusiones: la deriva populista.....	61
Capítulo II: Neopopulismo: la imposibilidad del nombre.....	67
1.- La fallida estrategia expurgatoria del populismo.....	73
2.- la reemergencia del populismo y la centralidad de la política: el difícil objetivo de la desinscripción contextual.....	81
3.- Populismo: la invocación del fantasma.....	92
3.1.- Vaguedad ideológica: el inaprensible pragmatismo del populismo.....	97
3.2.- El liderazgo: o la irrupción de falsos profetas.....	100
3.3.- Erosión de la ciudadanía y activación de las masas.....	106
3.4.- Maniqueísmo y antiinstitucionalismo: la centralidad del antagonismo.....	111
4.- la configuración de un continuum: la indecible delimitación del populismo.....	121
4.1.- Discrecionalidad populista y mandato imperativo.....	123
4.2.- Vaguedad ideológica.....	127
4.3.- Clientelismo.....	130

5.- Conclusiones. El populismo y la nave de los locos.....	135
Capítulo III: El populismo como política: la razón populista en Ernesto Laclau.....	142
1.- Una ontología política de lo social.....	146
2.- Populismo, lógica de la diferencia y lógica de la equivalencia.....	173
3.- Conclusiones: Populismo, antagonismo y representación.....	195
Capítulo IV: El populismo y los márgenes de la representación política	
moderna: lógica de la diferencia, equivalencias populares y subalternidad.....	199
1.- Lógica de la diferencia y negación de la política.....	202
2.- Populismo, antagonismo y lógica de la política: la heterogeneidad	
imposible.....	224
3.- Conclusiones: la imposible politicidad del populismo.....	242
Conclusiones generales.....	247
Referencias bibliográficas.....	250

INTRODUCCIÓN

"Yo no soy un hombre, yo soy el Pueblo".
Eliecer Gaytán

*"Cuando suba Sánchez Cerro no vamos a
trabajá pues nos va a llové todito como del
cielo el maná".*

Consigna popular peruana

En su introducción a *Las palabras y las cosas*, Michel Foucault (2004: 1) inicia con una "alegre" alusión al célebre relato de Borges titulado "El idioma analítico de John Wilkins". En este relato, Borges hacía referencia a "cierta enciclopedia china" según la cual

Los animales se dividen en a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas

¿Contradicciones y encuentros poco felices que sólo son fruto de la fantasiosa mente de una escritura como la de Borges? Obsérvese la siguiente referencia que hace Laclau (2005: 18) a una de las tantas tipologías de la "forma populista":

Populismos agrarios: 1) El radicalismo agrario; 2) Los movimientos campesinos; 3) El socialismo intelectual agrario.

Populismos políticos: 1) Las dictaduras populistas; 2) Las democracias populistas; 3) Los populismos reaccionarios; 4) El populismo de los políticos¹.

En ambas tipologías, como vemos, la forma de la clasificación adquiere una expresión inverosímil. En ambos ordenamientos, sorprende el idéntico absurdo. Y sin embargo, el primero es propio de una mente literaria para la cual la verdad no es más que una forma de la mentira, mientras que el segundo se corresponde con un ejercicio que, quizás, se toma “demasiado en serio a la verdad”. Si la clasificación borgeana pudiera conducirnos a la risa, la segunda no puede sino llamarnos a espanto.

Probablemente, una opción sería revertir el espanto en risa y admirar irónicamente la forma en que, como diría Foucault, “las palabras y las cosas” son ordenadas en *casillas imposibles*. En esta tesis, sin embargo, optaré por suspender el espanto y la risa, para concentrarme en las razones que vuelven (im)posible la existencia de este tipo de ordenamientos en el campo de las ciencias sociales. Para ello, me concentraré en la fantasmagórica presencia del *populismo*, fenómeno que curiosamente sólo manifiesta consenso cuando se lo considera como diverso en sus manifestaciones, indeterminable en su especificidad y muy difuso en sus características.

El populismo ha sido usualmente concebido en América Latina como la condensación de un conjunto de características “indeseables”: un uso “tramposo” de la palabra Pueblo, la búsqueda del “poder por el poder”, la manipulación de la opinión pública y el no respeto por las instituciones liberal-representativas, su desprecio por la democracia, su carácter asistencialista, una retórica revolucionaria que esconde concepciones conservadoras, un fuerte ímpetu anticiudadano y burocrático, una negación de la

¹ Esta tipología corresponde a Canovan (1981).

reflexividad y una exaltación del carisma y la irracionalidad (Aguinis, 2005), son algunos de los significados atribuidos usualmente a esta palabra. Y sin embargo, pese a la multiplicidad de caracterizaciones y tipologías ofertadas en el mercado de la nominación, la producción de un significado “medianamente estabilizado” no ha sido posible de generar.

¿Cuáles son las causas posibles de atribuir a esta permanente diseminación del sentido del populismo? Si bien es cierto que la totalidad de los significantes que rondan al campo de la política se encuentran sujetos a un estado de permanente polisemia, con el populismo ocurre algo quizás más complejo en la medida en que su presencia no nos remite a ninguna sedimentación de sentido que no sea la referencia (pre-teórica o, si se quiere, pre-científica) a un cierto “peligro” que, al no saber bien en qué consiste específicamente, se inflaciona y retorna permanentemente². Probablemente, el origen de esta indeterminación pueda encontrarse en la naturaleza misma del fenómeno que se quiere domeñar. Probablemente, el populismo ha de ser comprendido como un fenómeno que, en su propia constitución, se resiste a cualquier reducción discursiva. Y sin embargo, todo esto podemos saberlo “gracias” a la propia producción discursiva del significante populismo. De no ser así, ni esta tesis ni las miles de páginas escritas en torno a este tópico tendrían sentido alguno.

Aventuraré por lo tanto una opción “intermedia” a partir de la cual he querido direccionar esta investigación. Dicha alternativa consiste en pensar al populismo como un significante que, más allá de cualquier intención subjetiva, ha devenido en una

² Evidentemente, el “retorno permanente” del populismo no sólo se debe a la imposibilidad de dotar a este de un significado medianamente estable. La *amenaza populista* constituye evidentemente también un fenómeno constituido por “miedos”, “angustias” y “prejuicios” que superan en mucho a los estrechos ámbitos del saber académico.

expresión visible de la compleja, paradójica y muchas veces aporética constitución del campo discursivo de las ciencias sociales. Obsérvese en este sentido la distinción que Foucault (2004: 3) ofrece entre la “utopía” y la “heterotopía”:

Las cosas están ahí “acostadas”, “puestas”, “dispuestas” en sitios a tal punto diferentes que es imposible encontrarles un lugar de acogimiento, definir más allá de unas y de otras un *lugar común*. Las *utopías* consuelan; pues si no tienen un lugar real, se desarrollan en un espacio maravilloso y liso; despliegan ciudades de amplias avenidas, jardines bien dispuestos, comarcas fáciles, aun si su acceso es quimérico. Las *heterotopías* inquietan, sin duda porque minan secretamente el lenguaje, porque impiden nombrar esto y aquello, porque rompen los nombres comunes o los enmarañan, porque arruinan de antemano la “sintaxis”...Por ello, las utopías permiten las fábulas y los discursos: se encuentran en el filo recto del lenguaje, en la dimensión fundamental de la *fábula*; las heterotopías...secan el propósito, detienen las palabras en sí mismas, desafían, desde su raíz, toda posibilidad de gramática; desatan los mitos y envuelven en esterilidad el lirismo de las frases.

Pues bien, el populismo sería precisamente una clara expresión de la heterotopía puesta en el centro mismo del campo nominativo de las ciencias sociales³. La historia de su nominación, en este sentido, podría por tanto ser asumida como la historia de una constante búsqueda por convertirlo en utopía, búsqueda que sin embargo no logra otra cosa que remarcar permanentemente la condición tránsfuga de su sentido.

Tal es el objetivo central que me he planteado para esta investigación. Creo en este respecto que resulta posible y productivo trasladar la reconocida condición aporética del populismo desde su consideración como obstáculo a su consideración como una virtud,

³ Debo aclarar: cuando hago mención a la noción de heterotopía, me refiero concretamente a la disposición que el populismo mantiene con cierta gramática política. Ello lo señalo en función del hecho de que, naturalmente, una heterotopía siempre se encuentra referida a algo, y su condición de tal sólo realanza en esa misma relación.

una virtud a la que podemos atribuir su capacidad para visibilizar la opacidad que acecha constantemente a todo acto de producción de sentido. El populismo, desde esta perspectiva que he querido acoger, se convierte así en un *síntoma* privilegiado de lo social más que en un *accidente*, más en un *espejo* que en una *mala herramienta* para las ciencias sociales. De ello puede deducirse, en consecuencia, que la detección de los reconocidos obstáculos que las nominaciones acerca del populismo han manifestado para estabilizar su sentido será tratada aquí como un pre-texto para pensar en la posibilidad no de la clausura en nuevas significaciones sino que más bien de apertura hacia nuevas posibilidades y nuevas interrogaciones.

Esta tesis, por lo tanto, quiere encaminarse por la vía de la producción de un diálogo con algunas de las estrategias de conceptualización del populismo desarrolladas con el telón de fondo de las aventuras y las desventuras políticas de la región latinoamericana. Mi investigación, luego, se encuentra doblemente atrapada tanto por la tradición de nominaciones acerca del populismo que se han sedimentado dificultosamente como por el propio escenario político latinoamericano que actualmente nos convoca a re-pensar, una vez más, al populismo. Este es mi contexto. Tal es el marco de inscripción de esta tesis.

El cuerpo de esta investigación se encuentra conformado por cuatro momentos. En primer lugar, propongo situarme en lo que fue el contexto de emergencia de las discusiones acerca del populismo en América Latina. Para ello, indagaré en los contenidos de las principales ofertas de nominación relativas a este fenómeno, las cuales tenían como denominador común el hecho de ser elaboradas al interior de marcos estructuralistas de producción de sentido. En este capítulo intentaré sostener que el

populismo emerge en América Latina como manifestación del límite de los esquemas “funcionalistas” y “marxistas” de comprensión de los procesos políticos, manifestación que sin embargo, y de manera paradójica, no hubiera sido posible de visibilizar de no ser por estos mismos esquemas. En definitiva, intentaré sostener en este capítulo que el populismo emerge en América Latina no tanto como un acontecimiento que ocurre *en el* marco de los procesos políticos de la región, sino que más bien como *un acontecimiento que le ocurre a la política tanto como al saber acerca de la política.*

En el segundo capítulo, indagaré en los mecanismos y desplazamientos que hicieron posible la desarticulación del populismo de sus contextos originarios de emergencia en América Latina y la consecuente configuración del significante *neopopulismo*. Luego de dar cuenta del fracaso de la estrategia expurgatoria del populismo, intentaré reconstruir algunos de los presupuestos epistemológicos que se encuentran a la base de la reinstalación de la categoría en las ciencias sociales latinoamericanas para, por último, exponer críticamente los rasgos a partir de los cuales adquiere nueva forma.

Tanto en el primer como en el segundo capítulo, me interesará subrayar la *ineludible condición paradójica que afecta a la totalidad de las definiciones acerca del populismo*. En este sentido, afirmaré que dicha condición paradójica, más que un síntoma de inadecuaciones nominativas necesarias de ser superadas por nuevas nominaciones capaces de aprehender la especificidad del concepto, ha de ser entendida como la oportunidad para aproximarnos a la condición misma de este fenómeno político.

En el tercer capítulo de esta investigación ofreceré una lectura de una de las conceptualizaciones relativas al populismo que, a mi juicio, rondan de manera más

efectiva la condición paradójal de la cual he hecho referencia. Me refiero específicamente a la lectura ofrecida por el teórico-político Ernesto Laclau, para quien, y contrariamente a lo afirmado por la larga tradición de estudios y debates acerca del populismo, este fenómeno ha de ser entendido como una lógica que representa la condición misma de la política moderna. Es así como, si en las conceptualizaciones acerca del populismo abordadas en los dos primeros capítulos nos enfrentaremos a la afirmación de una relación conflictiva con la política y la democracia, con Laclau asistiremos a una instancia de vinculación teórica entre populismo, democracia, política y hegemonía, según la cual el populismo emerge como la expresión paradigmática de aquella política desplegada en el contingente e indecible campo de la modernidad.

La exposición de los argumentos de Laclau nos situará en un campo de preocupaciones generador de nuevos problemas y nuevas interrogantes relativas a la relación entre el populismo y la política. Es así como, en el capítulo IV de esta investigación, iniciaré con una problematización acerca de aquellas instancias “de frontera” que separan a la *razón populista* de otras formas (im)posibles de expresión de lo social. En relación a esto, intentaré responder a la relación entre la política, el populismo y 1) la (impolítica) lógica institucionalista y 2) la heterogeneidad social. Una vez abordados estos tópicos, ofreceré una reflexión relativa a la forma en que la representación y la heterogeneidad social se constituyen, a mi juicio, como las instancias límites del populismo. Concentrándome en el tópico de la “subalternidad”, intentaré por último sostener la idea que el populismo, más que expresión de la lógica de la política en cuanto tal, bien puede ser entendido como un *momento límite que representa tanto la condición de posibilidad como de imposibilidad de la política moderna*.

Por último, cabe una aclaración. Si bien es cierto que esta tesis ha privilegiado el momento de la indagación teórica por sobre el momento de la “contrastación empírica”, no resulta menos cierto que su afán último es la búsqueda del reconocimiento de la relevancia de algunos problemas, dilemas y preguntas que no suelen estar presentes en la “monumental” *enciclopedia populista*⁴. A partir de ello es que la pregunta por “lo concreto”, debo aclarar, no pretende aquí ser escabullida sino que, por el contrario, pretende ser momentáneamente “desplazada” para poder retornar, luego de su recorrido, con nuevas energías.

Por otro lado, también es cierto que esta investigación emerge a partir de una estrecha vinculación con la materialidad de nuestra actualidad, signada por la presencia (en América Latina) ya no tan fantasmagórica del “peligro populista”. Esta investigación intenta ser una expresión de esta actualidad, una respuesta a ella y, quizás, una entrega a su irremediable atractivo. Sólo así, creo, será posible convertir al *resto populista* en un productivo, alegre y eficaz *reto* para las ciencias sociales de nuestro latinoamericano *tiempo de fantasmas*.

⁴ Debo aclarar además que esta investigación no se ha planteado en ningún momento la generación de una información “saturada” acerca del tópico que nos ocupa. Dicho objetivo no se encuentra ni a mi alcance ni forma parte del objetivo del interés central de esta investigación. Por el contrario, las referencias a investigaciones específicas acerca del populismo y la alusión eventual a “eventos empíricos” tienen por objetivo central el indagar en “algunos” de los posicionamientos más relevantes sobre la materia, intentado más bien dar cuenta de su disposición analítica que de su adecuación o inadecuación.

Capítulo I

EL POPULISMO CLÁSICO Y LA FUNDACIÓN DE LA ANOMALÍA POLÍTICA

Desde sus inicios, las ciencias sociales han fundamentado su relevancia en su capacidad para conocer y caracterizar los contextos al interior de los cuales operan las diversas y permanentes mutaciones de las sociedades situadas en un contexto moderno. Ya sea explicitando el paso desde una *solidaridad social mecánica* a una *solidaridad orgánica* (sociología de Durkheim), ya sea dando cuenta del proceso que conduce desde una *sociedad tradicional* a una *sociedad moderna* (Sociología de la Modernización) o estableciendo un criterio de delimitación entre *norma* y *desviación*, las ciencias sociales han logrado autoerigirse en lugar privilegiado de mirada al mundo social. Tal lugar, claro está, se configura en función de su instalación como saber efectivo, capaz de describir procesos, establecer pautas de comportamiento eficaces y determinar, en último término, el esquema normativo al cual deben circunscribirse los diversos contextos sociales para resolver la precaria condición de todo orden moderno.

Y sin embargo, un cierto malestar emerge permanentemente al interior mismo de este campo de saber, malestar signado por la porfiada emergencia de momentos que enuncian los límites de toda operación de reducción de la “aleatoriedad” del mundo. Este malestar que habita todo saber moderno se traduce en la presencia de una

permanente tensión entre lo que podemos denominar *estado de situación*, por una parte, y *acontecimiento*, por otra (Badiou: 2003).

¿Dónde encontramos Estado de Situación? Básicamente, es posible sostener que los saberes modernos no son otra cosa que elaboraciones de estados de situación, aprehensiones de lo múltiple, reducciones de la contingencia. Desde esta perspectiva, podríamos señalar junto con Foucault (1973: 27) que el estado de situación es análogo a las construcciones discursivas de los saberes modernos:

En toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad.

¿Qué será, entonces, el acontecimiento? Asumamos la definición propuesta por Žižek (2001a: 140):

De tiempo en tiempo, de un modo totalmente contingente, impredecible, fuera del alcance del saber sobre el ser, se produce un acontecimiento que pertenece a una dimensión totalmente distinta: precisamente, la dimensión del no-ser.

La noción de acontecimiento, entonces, implica el reconocimiento de la presencia espectral del infinito (entendido aquí como multiplicidad inaprehensible) en su doble dimensión de contingencia inanticipable y de oposición a todo cierre del saber. El infinito, así, es el reconocimiento de la imposibilidad de cierre pleno y definitivo de todo sistema de saber.

El acontecimiento irrumpe como ruptura respecto al saber. Es más, es un no-saber, en la medida en que no puede ser reintegrado a un sistema, a un régimen de verdad si no es a

condición de su traición. Infinito y acontecimiento, en definitiva, expresan la presencia de lo múltiple, de una contingencia radical que nos expone el límite de todo saber.

¿Cómo pensar esto desde las Ciencias sociales? Desde mi perspectiva, creo posible señalar que ya la modernidad misma es la manifestación del ingreso definitivo del acontecimiento: la posibilidad de la muerte del Rey a manos de una justicia revolucionaria, en la Francia de fines del siglo XVIII que funda nuestra modernidad política, implica el reconocimiento del carácter producido y no natural del orden social y político. No obstante ello, también es posible señalar que las Ciencias sociales emergen como respuesta a la emergencia del acontecimiento, como voluntad por domesticar aleatoriedad”. Las Ciencias sociales no serían otra cosa, en este sentido, que la búsqueda por retornar el acontecimiento al estado de situación, por nominar el acontecimiento o, dicho en otros términos, por operar ideológicamente buscando "necesidad" ahí donde hay pura y total contingencia. Reduciendo, a fin de cuentas, el acontecimiento a un sistema de saber.⁵

En toda ciencia social, por lo tanto, habita un resto, o si se quiere un exceso inaprehensible, irrepresentable. En el presente capítulo intentaré precisamente abordar la forma en que este exceso se manifiesta en la emergencia de la categoría Populismo en el ámbito específico de las ciencias sociales latinoamericanas. En la primera parte argumentaré acerca de la irreductible inestabilidad que todo acto de significación trae consigo para luego, en la segunda parte, concentrarme en dos de las estrategias clásicas

⁵ La forma en que se dispone la reducción del acontecimiento a un sistema de saber ha sido paradigmáticamente expuesta por Laclau y Mouffe (2004) en relación a la introducción que de la "contingencia" realizó la tradición marxista occidental. En este ejercicio se plantea una genealogía del concepto marxista de Hegemonía, entendido como un *suplemento* dado a la tarea de *ubrir el hiato* de la necesidad histórica. Dicho en otros términos, dado a la tarea de reducir a un sistema de saber aquello que no respondía a la lógica immanente de la *necesidad histórica*. Sobre el vínculo entre contingencia y necesidad y su relación con la ideología, puede encontrarse una elaboración particular en Žižek, 2004.

de nominación más extendidas en relación al fenómeno populista: la estrategia *funcionalista* y la estrategia *marxista*. En la tercera parte, por último, me concentraré en las críticas que desde el propio ámbito de las ciencias sociales se han realizado a ambas estrategias, dando cuenta de la tensión permanente entre la necesidad de situar contextualmente la categoría y la búsqueda por dotarla de un sentido que trascienda a sus inscripciones contextuales específicas.

1. *Entre el contexto y la diseminación: la irreductible tensión categorial*

¿Qué sería una marca que no se pudiera citar? ¿Y cuyo origen no pudiera perderse en el camino?

Jacques Derrida.

Pierre Menard, faccioso personaje borgeano, se proponía escribir en otro tiempo y contexto un nuevo Quijote. ¿Un nuevo Quijote? El mismo Quijote, pero en otro tiempo y contexto. ¿Qué es lo que nos dicen, parasitariamente reunidos, Cervantes, Menard, el narrador borgeano y el mismo Borges? Anticipando la exposición de dos frases *verbalmente idénticas* atribuidas a Menard y Cervantes, nuestro narrador escribe: “El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico (Más ambiguo, dirán sus detractores; pero la ambigüedad es una riqueza)” (Borges, 1985: 134).

Recordemos la(s) frases(s) aludidas(s): “la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo del pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir” (Borges, 1985: 134). Ambas frases ponen paradójicamente en distancia a Cervantes y Menard. ¿Por qué? Si bien Borges (o su narrador) nos muestra expuesta en papel dos frases que son idénticas, una de ellas estaría dando

cuenta de un *ingenio lego* (Cervantes) contrapuesto a una *idea asombrosa* (la de Menard). Un *elogio retórico de la historia* antepuesta a una definición *descaradamente pragmática* de la misma.

¿En qué difieren los dos textos?; ¿Qué es lo que permite asumir a uno de ellos como *infinitamente más rico*? Situémonos desde el punto de vista del narrador. Para él, Cervantes y Menard habitan tiempos y contextos distintos, por lo que su aproximación a la lectura de sus respectivas obras (la misma obra) se hace posible bajo esa condición. Nuestro narrador, entonces, “lee” de manera distinta los textos. Los sitúa. Los encaja en un contexto. Los estabiliza. Cervantes y Menard, por lo tanto, se encuentran atravesados por una distancia que vuelve sus respectivas escrituras en escrituras *de otras épocas* que, por consecuencia, adquieren sentidos distintos. Sin embargo, para nosotros, la distancia entre uno y otro texto se diluye en su “cohabitación” en un texto otro, esta vez sí, el texto de Borges. Nos parece que la distancia entre Cervantes y Menard no puede ser otra que aquella creada por el *mundo de Borges*. No vemos el contexto. Y es que, desaparecido el *mundo del texto*, la distancia entre la escritura de Cervantes y Menard se nos vuelve artificiosa. Digna de Borges.

En *Espectros de Marx* (Derrida, 2003), Derrida nos sitúa frente a un ejercicio semejante al borgeano. A lo largo de todo el texto, se nos ofrece una serie de significaciones literalmente idénticas que, puestas en contextos disímiles, alteran de manera radical su “significación particular”. Así ocurre por ejemplo con la palabra “Espectro”, extraída artificialmente de la primera frase del *Manifiesto Comunista* para ser situada en el contexto del *nuevo desorden capitalista*. Así ocurre también con la palabra *Apartheid*, la cual se desplaza en sólo una página (Derrida, 2003: 9) por cuatro significaciones

distintas: 1) como referencia contextual a la Sudáfrica racista; 2) como su derivación iterable y su vinculación con la *violencia histórica*; 3) como la escena postcomunista polaca que generó las condiciones para la muerte de Chris Hani; y 4) como significante para definir el régimen comunista polaco. *Apartheid*, entonces, pasa a ser definido como *violencia histórica*, pero sólo alcanza su sentido en relación de vecindad con contextos de significación tales como "*Sudáfrica-racista*", "*Polonia comunista-totalitaria*" y "*Polonia postcomunista-liberal-capitalista*".

Examinemos ahora estos dos extractos de discursos del líder argentino Juan Domingo Perón:

Deseo comenzar estas palabras con un saludo muy afectuoso al pueblo argentino. Llego del otro extremo del mundo con el corazón abierto a una sensibilidad patriótica que sólo la larga ausencia y la distancia pueden avivar hasta su punto más alto. Por eso, al hablar a los argentinos, lo hago con el alma a flor de labio, y deseo que me escuchen también con el mismo estado de ánimo. Llego casi descarnado. Nada puede perturbar mi espíritu porque retomo sin rencores ni pasiones, como no sea la pasión que animó toda mi vida, servir lealmente a la Patria. Y *sólo pido a los argentinos que tengan fe en el gobierno justicialista, porque ése ha de ser el punto de partida para la larga marcha que iniciamos.*

Al hablar en otra oportunidad a los trabajadores de la patria, les solicité que tuvieran confianza en nuestra honradez y decisión. Hoy me encuentro absolutamente persuadido de que esa confianza existe y que ella debe constituir el fundamento de lo que les pediré en este momento a los trabajadores compatriotas. *Es necesario que esa confianza se transforme hoy en fe, sobre lo que todavía debemos realizar* (citado en Sigal y Verón, 1986: 30 y 34; cursivas mías).

Como vemos, ambas interpelaciones a *los argentinos* se centran en el imperativo de la fe como fundamento de la relación entre el *pueblo* y su *líder* Perón. Ambas frases denotan además un sentido de misión compartida entre el líder y sus seguidores. Y sin embargo, 29 años de distancia separan a ambas alocuciones. Las frases reseñadas corresponden, la primera, a un discurso realizado por Perón el 21 de junio de 1973, poco después de su llegada a Argentina luego de años de exilio; y la segunda, a un discurso realizado en junio de 1944, época en la cual el liderazgo de Perón se consolidaba como indiscutible. Lo que pudiera ser interpretado como una constante en la retórica peronista se inscribía sin embargo en contextos distintos que generaban significaciones antagónicas, según cual haya sido el contexto social de recepción.⁶

¿Cómo abordar entonces esta polisemia que impide la representación? Desde la perspectiva hermenéutica, según la cual todo ejercicio de lectura ha de ser leído al interior de un contexto, la textualidad de Menard y Cervantes y su vínculo con la textualidad de Borges; la textualidad de Marx y Derrida; los distintos nombres que habitan la palabra Apartheid; y los distintos significados que asume la discursividad peronista son posibles de ser aprehendidos en la medida en que acogemos sus respectivas emergencias contextuales. Ya sea en la forma de contexto de recepción del texto, ya sea en la forma de su contexto de producción, es el marco contextual de significantes lo que en última instancia permite la extracción de un *sentido pleno* y

⁶ Como ya es ampliamente conocido, la llegada de Perón de su exilio, en 1973, incrustó al líder en un contexto de profundas disputas entre los distintos grupos que en ese entonces se disputaban la hegemonía del "peronismo". De hecho, la frase arriba indicada constituía, curiosamente, una "toma de partido" de Perón y su consecuente rechazo al sector de la juventud peronista. Sobre esta disputa nominativa, ver Sigal y Verón, 1986.

estable. Sentido pleno y estable que, para el caso de los ejemplos ilustrados más arriba, permitirían *decidir* al mismo tiempo que *reducir* sus respectivos significados.⁷

Ahora bien: ¿es la falta de contexto lo que vuelve inestable a la escritura?; ¿es la ausencia de una *fijación textual* lo que vuelve “idénticas” las diferencias entre Menard y Cervantes o entre el Perón de 1945 y el de 1973? Recordemos a Funes, el memorioso personaje de Borges y literario personaje que encarna, en su radicalidad, el objetivo de la identidad total y plena entre el mundo “real” y el mundo “de los significantes”. En Funes, el deseo por captar la *totalidad de la realidad* se traduce en una extraña capacidad de memorizar el mundo de manera tal de poder cumplir con su aprehensión total: “Dos o tres veces había reconstruido el día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero...” (Borges, 1974: 488). Pero esta capacidad de Funes para captar la totalidad del mundo, para hipercontextualizar los significantes, se tornaba al mismo tiempo una imposibilidad: la imposibilidad de pensar. Y es que, tal como sentencia Borges: “Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer” (Borges, 1974: 490).

Si como vimos en el caso de Menard y Cervantes la suspensión del contexto volvía indiferenciables sus textos, con *Funes* vemos como su hiperbolización vuelve imposible el pensamiento. De ello se deduce entonces que el signo, y por consecuencia toda significación, requiere de un “resto” que lo libre de su identificación plena con su contexto de enunciación. Tensión entre el contexto y su suspensión es lo que se nos

⁷ Como sabemos, todo ejercicio hermenéutico asume como punto de partida una distancia entre la producción y la recepción de un texto. Es por ello que la *metodologización de la comprensión* resulta un imperativo que puede asumir la forma de la *fusión de horizontes* (Gadamer, 1996) o del *distanciamiento de la escritura* (Ricoeur, 2004a). En ambos casos, claro está, es el *contexto* el lugar que permite la estabilización de la reconocida polisemia del sentido de todo texto.

muestra entonces, en la medida en que todo signo, para ser tal, debe “borrar la huella de su origen”. Y es que, como plantea Derrida (1998: 356), la condena de todo signo a su permanente deriva reside en el hecho de que

Es preciso que... [el signo]...siga siendo legible a pesar de la desaparición absoluta de todo destinatario determinado en general para que posea su función de escritura, es decir, su legibilidad. Es preciso que sea repetible en la ausencia absoluta del destinatario o del conjunto empíricamente determinable de destinatarios. Esta iterabilidad... estructura la marca de escritura misma... Una escritura que no fuese estructuralmente legible más allá de la muerte del destinatario no sería una escritura.

En toda búsqueda de fijación de sentido, en definitiva, indisociablemente se manifiesta una *ausencia* y una *presencia*. Si por una parte Menard se vuelve idéntico a Cervantes, es precisamente a causa de la condición iterable de todo signo. Si Funes pierde su capacidad no sólo de pensar sino que también de hablar, es precisamente por la ausencia, en su habla, de dicha condición como efecto de su caída plena en el contexto⁸.

2. *Populismo clásico en América Latina: el residuo como objeto*

¿Cómo decidir entre una categoría que logre *aprehender* los fenómenos que se manifiestan en el mundo social de manera tal que, por una parte, de cuenta precisa de sus lugares de inscripción y que, por otra, no se diluya en la singularidad de dichos lugares? Este dilema, sin dudas, constituye uno de los componentes centrales en las

⁸ Cuando digo “caída plena en el contexto” me refiero a una caída que incluso borra la posibilidad misma de constitución de un contexto. Me explico: para que exista un determinado contexto, debe operar una estrategia de “encuadre” que une y separa, delimita y excluye. La figura de Funes y su “memoria absoluta”, por lo tanto, difiere de cualquier ejercicio de contextualización en la medida en que opera con una imposibilidad total de diferenciación y categorización, por ejemplo, entre lo primordial y lo secundario, lo interno y lo externo.

permanentes disputas en torno a la *especificidad del populismo* que en el ámbito de las ciencias sociales latinoamericanas se reactivan de cuando en cuando. Es más, y tal como lo señalan Mackinnon y Petrone en la presentación de una compilación de textos concentrados precisamente en debatir acerca de la especificidad-inespecificidad del populismo en América Latina, no resulta aventurado señalar que la búsqueda por resolver la tensión entre el *formalismo* y el *empirismo* constituye el punto crítico al cual se enfrenta todo intento categorizador de este fenómeno:

Lo que se busca es navegar el difícil camino entre el peligro de caer en la *simplificación formalista* que cree en la equivalencia de los procesos causales o de adoptar un enfoque esencialista que afirme la existencia de un principio o una tradición común que subyace a las historias de todas las repúblicas de América Latina y, por otro lado, el peligro de un *craso empirismo* que nos pierda en el inventario de las especificidades identificables en cada unidad, que reduce la historia a pura contingencia, sin ningún criterio que nos sirva de guía para establecer la relevancia teórica de esos hallazgos ni para la comparación entre unidades (1999: 42).

¿Cuál es el balance de esta búsqueda? La recurrencia de la pugna nominativa en torno al concepto de populismo da clara cuenta del hecho de que a lo que se asiste al momento de hurgar en su especificidad es a un radical desacuerdo. Kurt Weyland (2004: 11), aludiendo a este problema, advierte acerca de los recurrentes inconvenientes a los cuales el campo de las ciencias sociales se ha visto enfrentado al momento de la búsqueda del “consenso conceptual”:

Los científicos sociales, comúnmente inspirados por teorías que compiten, enfatizan los diferentes atributos de un complejo grupo de características determinantes, cuyas diferencias en contenido producen diferencias en extensión, más aún cuando los académicos aplican los mismos términos para diversos tipos de casos. De ahí que sea poco claro cómo los hallazgos de un autor se aplican en los casos limitados

por las diferentes definiciones de sus colegas, por lo que los desacuerdos conceptuales obstaculizan la acumulación de conocimiento [...] Debido a la carencia de una armonía conceptual, los autores comunican y entienden mal, y no consiguen formular contraargumentos dirigidos y específicos. Esta fragmentación resultante en la comunidad académica obstruye el debate y la crítica que son el motor del progreso científico.

Como vemos, entonces, los recurrentes conflictos que se han manifestado para dar con una definición precisa, unívoca y plena del populismo se reducen en gran medida, para Weyland, a la recurrencia de la tensión arriba expresada entre el contexto y la singularidad, tensión que en el caso de las múltiples definiciones del así llamado *populismo clásico* devinieron en la imposibilidad de la generación de un concepto que lograra el consenso de una *comunidad científica* situada más allá del contexto de emergencia de dichas estrategias de conceptualización. Y es que, tal como plantea Prud'Homme (2001: 40), "entre el particularismo histórico con gran poder de explicación y poca capacidad de generalización y el minimalismo universalista con poca fuerza para discriminar, el populismo sigue siendo una categoría evasiva. Por lo menos en esto existe un consenso (Prud'Homme, 2001: 40).

Atendiendo a lo arriba señalado es que me propondré observar en lo que sigue en qué consistió específicamente esta imposibilidad y cuáles fueron los conceptos predominantes en relación al populismo clásico. Me concentraré en lo que han sido asumidas como dos de las visiones más extendidas y compartidas sobre este tópico, las que denominaré como (1) la concepción funcionalista y (2) la concepción marxista-estructuralista.⁹

⁹ Debo advertir que en lo que sigue no me propondré desarrollar un relato detallado acerca del *populismo clásico*. Por el contrario, intentaré dar cuenta de los principales ejes de discusión, asimismo como de algunos de los campos de disputa y acuerdo entre estas concepciones. Para una categorización detallada

En primer lugar, cabe señalar que ambas concepciones del populismo nacen asociadas a un intento de categorización de aquello que se manifestaba como un “resto”, un “exceso” difícil de ser aprehendido por los marcos conceptuales a partir de los cuales se pensaba la política pero que sin embargo resultaba ser una constante que determinaba, de manera crucial, el carácter de los procesos políticos de la región. Era necesario entonces integrar el “residuo populista” a partir de un peculiar gesto de “categorización de los residuos” que ambos ejercicios de conceptualización ejercitan.

En términos generales, es posible plantear que los dos contextos de enunciación referidos manifestaron una fuerte tendencia a su vinculación con el dominio económico-social, siendo este último el que dotaba a la categoría de su inscripción contextual específica. El populismo, entonces, pasaba a ser entendido como una categoría política subordinada a un determinado contexto socioeconómico de emergencia que operaba en tanto variable explicativa. En este sentido, y para el caso particular de la matriz funcionalista representada prototípicamente en autores tales como Gino Germani y Torcuato Di Tella, el populismo emerge como el resultado del complejo proceso de transición latinoamericana desde una sociedad tradicional a una sociedad moderna. Para Germani (1977), por ejemplo, su contexto de emergencia ha de ser concebido en términos de una sociedad afectada por significativos niveles de “asincronía estructural” y “desfasamiento cultural”. El populismo, entonces, respondería a la latencia de una cultura política que, sobre todo en los sectores populares, expresaría esa situación de dualidad entre una sociedad tradicional y una sociedad moderna, manifestando de esta forma una predisposición política hacia liderazgos y modelos que no se corresponden

de las teorías acerca del *populismo clásico* en América Latina remito a Mackinnon y Petrone (1999); Weyland (2004); Laclau (1980; 2005); Martuccelli y Svampa (1999) y Prud'Homme (2001). Evidentemente, esta reseña no es exhaustiva, y tiene por objeto enumerar simplemente algunas de las caracterizaciones “novedosas” acerca del tópico que nos ocupa.

con los patrones de una sociedad moderna que, en el ámbito de la política, debieran cristalizar en lo que se entiende como “democracia representativa”¹⁰. Para Di Telia (1977), por su parte, el populismo encuentra su punto de explicación en este mismo problema, leído aquí más claramente como la expresión de un desajuste, en América Latina, respecto al modelo europeo de modernización.¹¹

¿Cuál es la lógica que permite entender esta relación entre asincronía estructural y populismo? Para Germani (1977: 22), ocurre que una democracia representativa, para operar adecuadamente, requiere de una “correspondencia entre movilización e integración” que, en el caso de América latina, no se estaría cumpliendo. Y ello por cuanto, al ser la movilización sustantivamente mayor que la integración, la acción política se ve enfrentada a un *súbita amplificación* no posible de ser desplegada al interior de los márgenes institucionales de la naciente esfera política moderna, de manera contraria a lo ocurrido con el caso de la modernización europea, cuyo gradualismo permitió la generación de procesos “ordenados” de integración, primero de las capas medias y luego de los sectores populares (Di Telia, 1977). Los movimientos populistas, denominados también nacional-populares, constituyeron por lo tanto “la

¹⁰ Señala Germani (1966: 251) sobre esto: “la aparición de la masa popular en la escena política y su reconocimiento por la sociedad argentina pudieron haberse realizado por el camino de la educación democrática y a través de los medios de expresión que ésta pueda dar. Desde este punto de vista no hay duda de que el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse irracional; lo racional habría sido el método democrático”. Sobre la mantención de patrones “premodernos” en la práctica política populista, Hennesy (1969: 47) señala: “La política sigue siendo tan personalista como en las áreas rurales; en las aldeas pobres, las asociaciones procuran adquirir servicios básicos como los de alcantarillado, alumbrado y transporte a través de los líderes populistas, quienes en un medio urbano ocupan el lugar del patrón rural”. En esta misma dirección apunta Mac Rae (1969: 192) al homologar el populismo con el *vacío de certidumbre* producido por los procesos de modernización: “La ideología populista no es, después de todo, sino un intento más de escapar a la carga que impone la historia”.

¹¹ Gruesamente, para Di Telia (1977) el desajuste entre el modelo europeo y la modernización efectiva que ocurre en América Latina se manifestaría en los siguientes aspectos: existencia en América Latina de una pobreza periférica y no absoluta; efecto de demostración que altera el imaginario aspiracional; presencia de fuertes sectores caracterizados por la incongruencia de status; debilidad de las alternativas liberales y obreristas. Sobre este punto, ver además Leal, 1984; Graciarena, 1967. Una lectura análoga para el caso de Europa en Mac Rae (1969) y Alvarez Junco (1994).

forma apropiada de intervención en la vida política nacional de las capas sociales tradicionales, en el transcurso de su movilización acelerada” (Germani, 1977: 29).¹²

Ahora bien, y tal como plantea Di Telia (1977), lo que pudiera llamarse la “base social” del populismo se constituye a partir de la vinculación entre grupos afectados por la así llamada *incongruencia de status*, los que manifiestan una alta capacidad interpelatoria frente a las *masas*, grupos sociales populares no posibles de ser inscritos claramente en un nivel determinado de la estructura social.

Para el funcionalismo sociológico, en definitiva, el populismo corresponde a la expresión anómala de formas de expresión política propias de un contexto de modernización social y económica afectado por dificultades que impidieron su identidad con los contextos de transición propios del modelo europeo-occidental. De la mano de conceptos de la sociología clásica tales como los de “anomia” y “patrimonialismo”, esta matriz de conceptualización del populismo propone un marco de comprensión para un fenómeno político asumido como el resultado de las dificultades que la aceleración de los procesos de transición-modernización generaron en las sociedades latinoamericanas.

Una visión distinta respecto a las condiciones de emergencia del populismo es la que se centra ya no en la detección de un desfase estructural, sino más bien en lo que pudiéramos llamar un “momento crítico” en la transición hacia sociedades plenamente capitalistas (Ianni, 1975; 1977). Este enfoque relaciona la emergencia del populismo con la conformación definitiva de una sociedad de clases y la correspondiente crisis del poder oligárquico tradicional. De esta forma, el populismo habrá de ser inscrito al

¹² En esta misma dirección, Di Telia (1977: 39) plantea que en América Latina “en lugar del liberalismo o el obrerismo hayamos una variedad de movimientos políticos que, a falta de un término más adecuado, han sido a menudo designados con el concepto múltiple de populismo”.

interior mismo de los procesos de cambio a nivel de la estructura económica y social, como un síntoma de la transición hacia una *sociedad de clases*:

Todos los movimientos, partidos y gobiernos populistas...tienen el carácter de reacciones ideológicas y prácticas, conforme al país y al contexto particular, a los cambios económicos, sociales y políticos provocados por la formación del capitalismo industrial y la urbanización de tipo capitalista (Ianni, 1975: 29).

Claramente, este enfoque discrepa del arriba expuesto en la medida en que entiende al populismo ya no tanto como el resultado de una “falla” sino que más bien como el síntoma “natural” de un momento complejo en el desarrollo de las sociedades y economía latinoamericanas: “(...) el populismo es en muchos aspectos el proceso (político, pero asimismo sociocultural) mediante el cual se conforman plenamente las relaciones de clase dentro de las naciones de América Latina” (Ianni, 1977: 87). De esta forma, entonces, más que un obstáculo para el desarrollo, el populismo debe ser visto como un efecto de sociedades que han ingresado a procesos de desarrollo en situaciones específicas que la diferencian del patrón europeo-occidental.

Ahora bien, ¿cuáles son entonces esas situaciones específicas? Sobre este tema, existen al interior de esta matriz marxista dos formas posibles de entender la emergencia populista. La primera de ellas coloca el acento en la generación de una situación de *vacío político* ocasionado por la pérdida del poder histórico de los grupos oligárquicos tradicionales y la incapacidad de la burguesía emergente y de los sectores medios de consolidarse como grupo social de “recambio”. En palabras de Weffort, entonces, el populismo emerge como resultado

...de la fragilidad política de los grupos urbanos dominantes, cuando éstos intentaron reemplazar a la oligarquía en los puestos de mando

político de un país tradicionalmente agrario y dependiente en un momento en el cual parecían existir posibilidades de desarrollo capitalista nacional (1999: 135).

Según esta concepción, el populismo emerge en la forma de una “alianza de clases” de carácter nacional y desarrollista. Particularmente, los sectores populares son percibidos como un sector que “surge en la escena política como factor que interfiere sobre el equilibrio –o la transformación– de las estructuras de poder vigente” (Weffort, 1976: 17). Tal visión, compartida por enfoques tales como los de Murmis y Portantiero (1971) y Torre (1990), ofrece más bien la idea de un *bloque histórico* que, a la manera gramsciana, es capaz de hacer frente a una crisis de hegemonía de los grupos tradicionales y la consecuente incapacidad de emergencia de una burguesía nacional con capacidad de relevamiento (Cavarozzi, 1976).

La segunda aproximación, desarrollada por los así llamados *teóricos de la dependencia*, define su enfoque en atención a las características estructurales de los procesos de desarrollo en América Latina (Cardoso y Faletto, 1967), signados por su condición de dependencia respecto al dominante capital internacional y a una consecuente *imposibilidad estructural* de desarrollo capitalista armónico:

La característica estructural que se perfila en los países que empiezan a conformar las nuevas bases económicas del desarrollo consiste en que éstas suponen, necesariamente, amplias alteraciones en la división social del trabajo, que se expresa en seguida a través de la transformación de los aspectos demográfico-ecológicos; todo esto se refleja en el plano social: engendra un proletariado y se incrementa el sector popular urbano no obrero de la población. Además, el ritmo de formación de éste último suele ser mayor que la capacidad de absorción de los nuevos empleos urbanos generados por la industrialización, y esto posibilitó la formación en América latina de

lo que dio en llamarse *sociedades urbanas de masas*, basadas en economías insuficientemente industrializadas (Cardoso y Faletto, 1976: 103)

En definitiva, la concepción dependentista respecto al populismo concibe a éste como el resultado de condiciones estructurales de desajuste signadas ya no por una “desviación” sino que más bien por el efecto que el *desequilibrio en los términos de intercambio* genera en las economías periféricas.

Por último, ¿cuáles son los intereses de clase que se expresan en la emergencia del populismo? De acuerdo a la concepción marxista, el populismo corresponde a la expresión de intereses multclasistas vinculados en torno a su oposición a los intereses de un poder oligárquico que ya se encuentra en retirada o en crisis. Sin embargo, dicha heterogeneidad de intereses no ha de ser leída necesariamente como una “alianza de clases”, en la medida en que las capas populares (y especialmente el naciente proletariado urbano), por razones estructurales, se encuentran en un estadio de desarrollo que le impide evitar el quedar subordinadas al liderazgo de la naciente burguesía capitalista¹³. El multclasismo propio del populismo no implica por lo tanto una “alianza de clases” en la medida en que el “polo popular-asalariado” se encuentra subordinado a los intereses de una clase social distinta que se encuentra en proceso de acumulación de poder histórico y de desplazamiento de la oligarquía tradicional, tal como lo plantea Winocur (1983: 32): “consideramos al populismo latinoamericano

¹³ Al respecto, Ianni, (1975: 64) plantea lo siguiente: “las clases asalariadas del populismo...no participan en la coalición en cuanto clases sociales autónomas, organizadas y políticamente conscientes de su situación de clase. Por el contrario, éstas son clases sociales en formación, cuando sus luchas están motivadas mucho más por razones económicas inmediatas que por cuestiones políticas de clase o de sociedad”. Sobre el carácter subordinado de los trabajadores brasileños y su comportamiento más en términos de *masa* que de *clase* en el marco del liderazgo populista de Vargas en Brasil ver Skidmore, 1999.

ligado a la ideología de conciliación social, en momentos en que una clase o fracción de clase intenta hacerse de un mayor espacio en el dominio político...”.

En definitiva, las dos concepciones someramente expuestas del populismo latinoamericano coinciden en subsumir al populismo a un determinado estadio en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas. Ya sea pensado como síntoma de una difícil transición desde la sociedad tradicional a la sociedad moderna, ya sea como el efecto de la crisis de las oligarquías tradicionales y el correspondiente empoderamiento de la nueva burguesía capitalista, el populismo se inscribió en un contexto “socioeconómico” que le dotaba de sentido y especificidad.

Sin embargo, hasta aquí la descripción que se ha ofrecido respecto al populismo se ha dirigido hacia la definición de su inscripción contextual, sin dar cuenta de los rasgos que, según las definiciones reseñadas, lo caracterizarían a nivel político. Sobre esto es preciso señalar que, en general, las definiciones iniciales sobre el populismo llamaron la atención en su compleja relación con la política: encontrándose fuera de lo que típicamente se entendía por política democrática, el populismo al mismo tiempo no podía ser pensado fuera de las coordenadas de una práctica política democrática. No existía, entonces, una inscripción fija posible de situar al populismo ya sea al interior de márgenes “autoritarios” o al interior de los parámetros “democráticos”. El populismo, por consecuencia, se pensaba como una frontera (Germani, 1977; Ianni, 1977; Di Telia, 1977). Frontera frente a la democracia y al autoritarismo, sin embargo, no si por ello se entiende una forma de acción política que se encuentra en un “entre” ambas formas políticas. Más bien, el populismo se pensaba como una “hibridación” entre formas

democráticas y autoritarias: un fuerte componente caudillista y personalista, por una parte, vinculado con una alta capacidad de movilización democrática, por otra.

Esta condición paradójica del populismo es reflejada claramente por Weffort al momento de caracterizar la relación del populismo con el liberalismo y el socialismo, doctrinas que por definición requieren ser “excedidas” para que el populismo emerja como realidad histórica:

Es verdad, los gobiernos como los de Vargas y Perón son, en rigor, antiliberales y antisocialistas, al mismo tiempo. Y como si esto no fuera suficiente, son capaces de usurpar los objetivos que normalmente podrían atribuirse unos a los liberales y otros a los socialistas, tales como la lucha contra la oligarquía, la formación de una burguesía urbana y la intensificación del desarrollo industrial, la expansión del sindicalismo y el liderazgo del comportamiento obrero, etc. (1976: 21).

¿Cómo pensar esta expresión fronteriza de la política democrática? Para los teóricos funcionalistas, el populismo emerge como respuesta a una situación en la cual las formas políticas que protagonizaron los procesos de modernización en Europa occidental no fueron posibles de gestarse en América latina¹⁴. De ahí entonces que, en lo que dice relación con su expresión política, el populismo haya sido pensado más bien como una expresión degradada que daba cuenta de los desajustes en los procesos de modernización propios de América Latina.

¹⁴ De acuerdo a esta visión, Europa Occidental encarnó formas políticas orgánicamente obreras, por una parte, y liberales, por otra, que no fue posible “reinventar” en América Latina. La debilidad de dichas formas políticas se veía, entonces, como un efecto del fuerte vínculo entre el liberalismo y la defensa del status quo; la inexistencia de un fuerte nacionalismo al interior de la clase obrera; la ausencia de gradualidad en el crecimiento de la experiencia organizativa de los sectores obreros, lo que devino en un desajuste entre las organizaciones obreras tradicionales y las masas que rápidamente se incorporaron al mercado laboral; un excesivo racionalismo de las élites intelectuales; y una variada oferta de grupos con fuerte potencial de liderazgo (Di Telia, 1977).

¿Cuáles serían entonces las características específicas del populismo en tanto fenómeno político? Para Di Tella (1977), éstas pueden sintetizarse en: su pluralidad y heterogeneidad ideológica; su radicalismo; el uso instrumental de la ideología; el nacionalismo; el ritualismo; la presencia de una élite anti-status quo vinculada a una masa movilizada y, por último, la encarnación de una ideología con un fuerte componente emocional. Ahora bien, y tal como plantea Germani (1977), la relación entre las élites y las masas movilizadas resulta quizás si el aspecto fundamental del fenómeno populista. Y es que, en definitiva, el populismo permite que *amplios sectores populares* se integren de manera activa a la vida política, aún cuando esta integración por medio de la participación opere en condición de *desfasamiento* respecto a los canales de participación institucionales. En sus palabras (1977: 34):

Ocurre con frecuencia que los partidos existentes no pueden ofrecer posibilidades adecuadas de expresión a estas masas. En ese caso, se origina una verdadera situación anómica para estos grupos cuya *disponibilidad* puede dar origen a movimientos nuevos, dirigidos por élites dotadas de la flexibilidad necesaria para utilizarlas, o cuyas aspiraciones coinciden con las de estos movimientos.

Lo central en esta caracterización del vínculo entre élites y masas ofrecida por Germani es, por lo tanto, la capacidad de cierto tipo de liderazgos de carácter *carismático* para inducir a *masas disponibles* a ingresar en la esfera política a condición de que dicho ingreso no sea por medio de los (inexistentes) canales institucionales de participación¹⁵. Y es que, de manera contraria a la participación por medio de canales institucionales, la

¹⁵ Este vínculo entre un *liderazgo carismático* y *masas disponibles* usualmente se considera como un vínculo posibilitado por estrategias de manipulación de los primeros sobre los segundos. Para una exposición de esta relación de manipulación, ver Hennesy, 1969. Sobre este tema, cabe señalar además que, tal como lo plantea Germani (1973), el hecho de que las "masas populistas" sean grupos recientemente llegados a los centros urbanos es un aspecto clave para entender esta relación con los liderazgos carismáticos.

experiencia populista constituye "...el ejercicio de cierto grado de libertad efectiva, completamente desconocida e imposible en la situación anterior a la instauración del régimen nacional-popular" (Germani, 1977: 33).

Por otro lado, y en consecuencia con la inscripción del populismo al interior del contexto de transición hacia una sociedad de clases, Ianni (1975) lo piensa en tanto dotado de las siguientes características: se encarna en movimientos policlasistas; manifiesta un fuerte componente reformista; plantea políticas económicas de carácter desarrollista; fomenta una dialéctica entre alianza y antagonismo de clases. En definitiva, para esta perspectiva el populismo debía ser pensado como "...un fenómeno que revela antagonismos de clases, en una situación en que, precisamente, las relaciones antagónicas parecen apagadas" (Ianni, 1975: 10).

Como vemos, una primera distinción posible de realizar entre la visión funcionalista y la marxista es que, en esta última, el componente carismático del liderazgo populista resulta ser menos importante. Por el contrario, y más allá del *estilo*, interesa en este caso hurgar en los *intereses* que el liderazgo populista es capaz de imbricar en un mismo proyecto político. La pregunta que queda por hacer es la siguiente: ¿por qué la necesidad del policlasismo como condición del populismo? Frente a esto, la respuesta es clara: el liderazgo populista requiere emerger en una situación tal que los sectores de la burguesía emergente no son capaces de conducir autónomamente un proyecto de desarrollo, requiriendo por lo tanto de la participación de la *demanda popular* en la constitución de dicho liderazgo.

Pese a ello, sin embargo, la búsqueda de integración de los sectores populares por parte del liderazgo populista no constituyó un requerimiento consensuado por la totalidad de las burguesías nacionales. De hecho, y tal como lo plantea Cavarozzi (1976, 6) "...uno de los elementos centrales de la falta de consenso dentro de la burguesía, que por supuesto se reflejó en una falta de consenso a nivel de la sociedad toda, fueron los conflictos en torno a las modalidades de integración política de las clases dominadas".

El populismo, por lo tanto, constituiría la expresión del precario equilibrio entre la "voluntad de consenso" de los grupos dominantes y su interés por ser el eje conductor de los procesos nacionales de desarrollo, tal como lo expresan Cardoso y Faletto (1976: 105):

En su expresión formal, el juego político-social en la fase de industrialización sustitutiva consistirá en los acuerdos y alianzas que las fuerzas sociales puedan constituir, y que exprese el nuevo equilibrio de poder; en el mismo participan y disputan su hegemonía tanto los sectores agroexportadores y financieros como los sectores medios e industriales urbanos. Y, por otra parte, aparecen como objeto de dominación en algunos casos, o como base de sustentación en otros, los llamados sectores populares, integrados por sus tres componentes típicos: la clase obrera, la masa popular urbana y la masa agraria.

Antagonismo y conciliación de clases, entonces, son los dos componentes paradójales que constituyen al fenómeno populista de acuerdo a esta concepción. Y ello, básicamente debido a 1) la necesidad de la naciente burguesía capitalista por acumular poder histórico en alianza con otros grupos, y 2) la incapacidad estructural de los sectores populares de generar un proyecto histórico "de clase" que sitúe su movilización más allá de los objetivos aspiracionales y de movilidad social propios de los contextos

de modernización y constitución de una sociedad de clases¹⁶. Equilibrio tácito y precario, en definitiva, es lo que expresa la vinculación populista entre intereses históricos antagónicos que, sin embargo, mutuamente se requieren como efecto de circunstancias históricas particulares:

Alianza (tácita) entre sectores de diferentes clases sociales. Alianza en la cual, evidentemente, la hegemonía coincide siempre con los intereses de las clases dominantes, no sin dejar de satisfacer ciertas aspiraciones fundamentales de las clases populares: reivindicación del empleo, mejores posibilidades de consumo y derecho de participación en los asuntos de Estado (Weffort, 1999: 149).

En definitiva, es posible sostener que al desacuerdo entre funcionalistas y marxistas en relación a la definición específica del contexto propicio para la emergencia populista subyace un acuerdo en torno a las características específicas que lo definen en tanto movimiento y régimen político. Es así como la vinculación entre élites y masas que se traduce en una “alianza” (inestable) entre grupos sociales heterogéneos, su carácter nacionalista y desarrollista traducido en un proyecto mercado-internista, su manifestación predominantemente urbana, entre otros aspectos, representan atributos que, en términos generales, forman parte de las definiciones presentes en ambos ejercicios de conceptualización del populismo.

Por último, ¿Cuál es la evaluación respecto a la emergencia populista? Para Germani (1977: 37), el balance es rotundo: “(el populismo) dificulta la transición a la democracia representativa de participación total en las actuales circunstancias históricas y sociales de América Latina”. Según esta evaluación del populismo, el hecho de ser la expresión de un estadio de *desfasamiento estructural* obliga a asumirlo como una *anomalía*

¹⁶ Esta compleja relación entre la burguesía y los grupos populares es lo que ha llevado a pensar al populismo básicamente como un “corpus mítico” elaborado en función del recurso a un líder carismático, paternalista, que incentiva la participación popular y expresa un proyecto de independencia nacional (Winocur, 1983).

necesaria de ser erradicada del imaginario político latinoamericano. La forma en que debiera darse esa erradicación, sin embargo, constituye un sintomático silencio en la obra de Germani.

Para Di Telia, por el contrario, la emergencia del populismo constituye a la vez un obstáculo y una oportunidad. De lo que se trata, a juicio del sociólogo argentino, es de “reconducir” el populismo. Y para ello están los “intelectuales”:

Lo que se precisa, especialmente para los grupos intelectuales, es mantener vinculaciones y participar en tareas comunes con el movimiento populista, sin perder la propia identidad y capacidad crítica. La dificultad estriba en que en general el movimiento populista exige lealtades más completas de sus aliados (1977: 82).

¿Qué ocurre bajo la perspectiva marxista? Para Ianni una evaluación del populismo debe realizarse a partir de la consideración de sus dos modalidades de expresión: un *populismo de altas esferas*, caracterizado por un uso instrumental de los grupos medios y los trabajadores; y un *populismo de las masas*. Mientras el primero corresponde a la expresión prototípica del populismo, la segunda forma da cuenta de la presencia germinal de la superación de la forma política populista en una conciencia “de clase” de carácter revolucionario:

En situaciones normales, parece existir una armonía total entre el populismo de masas y el populismo de la élite burguesa. Sin embargo, en los momentos críticos, cuando las contradicciones políticas y económicas se agudizan, el populismo de las masas tiende a asumir formas propiamente revolucionarias. En estas situaciones ocurre la

metamorfosis de los movimientos de masas en lucha de clases (1977: 85)¹⁷.

Una opinión distinta a esta última es la que plantea Leal (1984), para quien el populismo opera bajo lógicas completamente distintas a las de un proceso revolucionario, razón por la cual ambas formas de la política no serían complementarias ni tendrían momentos de intersección histórica.

Como vemos, tanto para la concepción funcionalista como para la marxista, el populismo ha de ser evaluado en tanto “síntoma” más que “especificidad”. En este sentido, resulta claro que ambas visiones comparten una mirada inquisidora frente a los *efectos de distorsión* que el populismo genera en las identidades políticas: ya sea como impedimento a la modernización y la consecuente consolidación de democracias representativas, ya sea como límite que posibilita a la vez que bloquea la generación de identidades de clase, el populismo no deja de ser visto como expresión de un *momento anómalo*¹⁸ en el desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

3. El “escándalo” populista: la inestabilidad del sentido

De acuerdo a la caracterización que sumariamente he planteado en relación a las conceptualizaciones funcionalistas y marxistas relativas al *populismo clásico*, creo posible sostener que éstas se fundaron a partir de un esfuerzo de categorización fundado

¹⁷ Al igual como en la evaluación de Ianni, para Winocur (1983: 36), el populismo abre las puertas a la radicalización, de lo que da cuenta la superación de sus propios límites en distintos países, dentro de los cuales se cuenta preferentemente Cuba.

¹⁸ Cabe aquí una observación. En el caso de los teóricos de la dependencia, su avance en el reconocimiento de la especificidad del proceso político de las sociedades “dependientes” constituyó una instancia de “distanciamiento” frente a las concepciones predominantemente teleológicas de la época. Ello les permitió avanzar en el análisis del populismo en cuanto fenómeno con un grado sustantivo de especificidad política.

en la búsqueda por entender este fenómeno político en tanto fenómeno 1) contextualmente situado y 2) vinculado estrechamente a factores extrapolíticos que operan en los términos de lo que se conoce como variable explicativa. Es así como, si para la matriz funcionalista el populismo opera en el contexto de una sociedad que se encuentra enfrentada a los dilemas propios de un proceso de modernización, para la matriz marxista el populismo surgirá en el contexto de una sociedad que comienza a estructurarse en función de los patrones de una “sociedad de clases”. Junto con ello, dichas conceptualizaciones coincidían en asumir al populismo como un fenómeno político que, en tanto expresión residual, debiera ser asumido como una anomalía necesaria de ser “superada” ya sea por la expansión de formas de integración y acción política *modernas*, ya sea por el incentivo a formas de acción social típicamente *clasistas*.

En definitiva, y de acuerdo a lo señalado por Mackinnon y Petrone (1999: 31), tanto las concepciones funcionalistas como marxistas pueden homologarse en cuanto comparten una matriz común de aproximación consistente en:

En primer lugar, ambos lo vinculan más o menos directamente a determinado estadio del desarrollo del capitalismo latinoamericano (...) asimismo, ambos enfoques (...) piensan desde un patrón normativo de desarrollo del cual América latina se desvió (...) En segundo lugar, comparten una perspectiva negativa sobre el populismo.

Esto es en lo que se refiere a los aspectos sustantivos presentes en ambas aproximaciones al fenómeno populista. Veamos ahora de qué manera se constituyeron las estrategias conceptuales para definir su especificidad y cuál fue el patrón seguido por quienes han apostado a “superar” el resultado de tales estrategias. En relación a este

problema, asumiré en principio lo planteado por Weyland (2004), para quien lo que caracteriza a las conceptualizaciones clásicas del populismo es la predominancia de una estrategia de conceptualización de carácter *acumulativa*. Desarrollaré esta idea.

Para Weyland, la historia del uso del concepto de populismo en América Latina bien puede reducirse a tres estrategias de categorización: 1) por medio de la construcción de conceptos aditivos o radiales; 2) por medio de la construcción de conceptos acumulativos; y 3) por medio de la redefinición de la categoría a partir del desplazamiento de su dominio primario. La construcción de un concepto aditivo, en primer lugar, implica la elaboración de una categoría a partir de una sumatoria simple de atributos caracterizada en la utilización preferente del conectivo lógico “o”. Esto implica, para el caso particular de la definición del populismo, el uso de una estrategia que privilegie la integración de distintas características particulares del fenómeno en el concepto, sin necesidad de la presencia de todas y cada una de ellas. Por otro lado, la construcción de un concepto acumulativo se sostiene bajo la premisa de adicionar atributos pero ahora bajo la utilización del conectivo lógico “y”. Esto es, a partir de la acumulación de atributos que cumplen con definir a la categoría a partir del imperativo de la presencia de todos y cada uno de éstos.

Pues bien, y de acuerdo a lo planteado por Weyland, las concepciones clásicas del populismo optaron mayoritariamente por operar bajo la *lógica acumulativa* arriba caracterizada. En sus palabras:

La mayor parte de las definiciones tradicionales del populismo latinoamericano fueron conceptos acumulativos que armonizaron varios atributos de dominios diferentes. En particular, estas asumían una conexión cercana entre las políticas populistas y sus raíces

sociales, condiciones socioeconómicas de fondo y/o políticas sustantivas, especialmente programas económicos expansivos y generosas medidas distributivas (2004: 18).

Observemos entonces: mientras que la construcción de un concepto aditivo implica la posibilidad de inscribir la categoría de populismo en contextos diversos, la definición acumulativa del mismo dota a la categoría de una precisión tal que resulta difícil inscribirla en un contexto específico, tal como señala Weyland (2004: 14): “bajo estas circunstancias, un concepto teórico rico tiene pocos –sino alguno– referentes empíricos”. Nos aproximamos entonces al dilema sostenido por Weyland: las definiciones clásicas del populismo se concentraron en un intento (fallido) de inscripción contextual total, perdiendo de esta forma verosimilitud histórica. Si los conceptos aditivos incluyen atributos del populismo que permiten ubicarlo en cualquier tiempo y contexto (perdiendo con ello toda posibilidad de precisión conceptual), los conceptos acumulativos propios del populismo clásico incluyeron una cantidad tal de atributos necesarios para definir un fenómeno como populista que, en última instancia, la categoría no fue posible de ser inscrita en contexto alguno.

Si se asume lo arriba señalado, entonces, dos son las estrategias posibles de llevar a cabo para refutar la pertinencia de las conceptualizaciones clásicas respecto al populismo: En primer lugar, una estrategia de detección de casos empíricos de regímenes asumidos como populistas pero que no cumplen con uno o más de sus atributos constitutivos o, en un sentido inverso, la detección de atributos populistas presentes en regímenes o movimientos que no cumplen con haber sido caracterizados como tales; en segundo lugar, la detección de fenómenos populistas en contextos que no son propios a los caracterizados por los conceptos clásicos. Observaré entonces algunas de las principales críticas realizadas a la matriz clásica del populismo en atención a tales

estrategias. En primer lugar, enunciaré brevemente algunas objeciones empíricas que cuestionan la pertinencia de algunos atributos vistos como constitutivos del populismo; en segundo lugar, observaré algunos atributos del populismo que son desinscritos de su contexto particular; en tercer lugar, me concentraré brevemente en el efecto *devastador* que sobre el concepto clásico de populismo genera la emergencia, a partir de la década de los noventa, de la categoría de *neopopulismo*.

Primera cuestión entonces: ¿Constituye el proyecto nacionalista y desarrollista un aspecto *típico* del populismo?; ¿se corresponde plenamente con bases sociales sindicales movilizadas? Expongamos el caso ecuatoriano planteado por Burbano de Lara (1998: 12):

El fenómeno velasquista, que emerge en los años treinta y domina la política ecuatoriana hasta inicios de los setenta, no estuvo conectado ni con una política de sustitución de importaciones, ni con una política de consolidación del Estado benefactor, ni con bases sindicales fuertes. Además, Velasco Ibarra jamás logró traducir su movimiento en políticas estatales sólidas y de larga duración, ni configurar un modelo de Estado nacional-popular como en otros casos de la región.

Experiencia populista sin *proyecto populista* es lo que evidencia el caso ecuatoriano. Y aún más, experiencia populista sin *bases sociales típicamente populistas* es lo que, por ejemplo, representa el caso de la experiencia del populismo representado en la figura de Lázaro Cárdenas, el cual alzó como componente central de su base social de apoyo al campesinado mexicano, situación que discrepa con el componente privilegiadamente urbano del fenómeno populista.

Por otro lado, el mismo ejemplo de Cárdenas en México expone una situación particular en la cual el liderazgo personalista se combinó fuertemente con la construcción de un

aparataje institucional sólido y perdurable en el tiempo, de manera contraria a la percepción del populismo en tanto intrínsecamente fallido al momento de su institucionalización en el largo plazo.

En lo que se refiere a la homologación funcionalista entre un *liderazgo carismático* y *masas desorganizadas* que se vinculan irracionalmente a ofertas políticas de las cuales no son partícipes protagónicos, diversos estudios se han enfocado en la comprensión del populismo como un reticulado complejo de redes y formas orgánicas que lo sitúan como *algo más* que un mero liderazgo. Esta interpretación adquiere dos modalidades distintas aunque no necesariamente contradictorias. Por una parte, una primera modalidad que coloca el acento en las prácticas *clientelares* según la cual los *clientes populistas*, lejos de constituir masas irreflexivas, operan en los términos de una racionalidad instrumental traducida en la figura hiperbolizada de los *votos por favores* (De la Torre, 2004).

En segundo lugar, una modalidad interpretativa respecto a la cual, más allá de las redes clientelares arriba enunciadas, el fenómeno populista contiene un reticulado organizacional que va más allá de la mera acción instrumental. En palabras de Auyero:

Es cierto: la comida, los favores, la cerveza y las drogas circulan en un sentido (de patrones y mediadores a *clientes*) y el apoyo, asistencia a los actos (y a veces, votos) circulan en la dirección opuesta (de *clientes* a patrones y mediadores). Pero, ¿son esos objetos materiales la causa de las prácticas que nosotros observamos? Una mirada preocupada por el carácter antidemocrático del *intercambio de votos por favores* no es capaz de dar cuenta de un elemento esencial: el acto *dramatiza redes informales existentes con anterioridad a la manifestación pública y representaciones culturalmente compartidas aunque no siempre cooperativamente construidas*. Estas redes y estas representaciones son elementos centrales en la vida diaria de mucha

gente que vive en situación de extrema privación material y destitución social y cultural (2001: 29).

Con énfasis y tópicos distintos, ambas interpretaciones del fenómeno populista colocan el acento en un aspecto “desconocido” por la matriz clásica: el lugar que ocupan los propios actores en la dinámica populista o, dicho en otros términos, el tópico de la “recepción” del liderazgo populista. Y es que, en definitiva, la reducción del populismo a una forma *carismática* de liderazgo que activa a las masas ha olvidado la dimensión compleja constitución de dicha modalidad de liderazgo. En palabras de De la Torre (1998: 132), dicha reducción no puede ser explicada si no es a partir del reconocimiento del predominio de

Una interpretación vulgar de Weber que reduce el carisma a la capacidad de seducción del líder, olvidando que para Weber lo crucial es que el líder carismático sea reconocido, esto es, que se estudie el carisma como un proceso de creación mutua: el líder se autoproduce y es una creación de sus seguidores.

Desde esta misma lógica entonces es que han emergido estudios que colocan el acento en las complejas relaciones (de ruptura e integración más que de paternalismo y autoritarismo) del liderazgo populista de Vargas con su base sindical de apoyo (French, 1999); en el carácter autónomo de las organizaciones sindicales peronistas (Sidicaro, 1999); y, en último término, en los efectos que el liderazgo populista generó en sus bases sociales de apoyo, tal como lo plantean Martuccelli y Svampa (1999: 275):

Más allá de sus deseos, el nacional-populismo generó (...) la constitución de identidades y lealtades partidarias durables... (Además) afianzaron un sentimiento nacional, a través de la extensión de derechos sociales y gracias a la participación, real y simbólica, en la vida política.

En definitiva, este cauce crítico permite desestabilizar la matriz clásica del populismo al introducir sus condiciones de recepción como componente central, más allá por lo tanto de su contexto socioeconómico de producción.

Desde una perspectiva reversa, la especificidad del populismo también ha sido cuestionada en atención al carácter “integrador” de las masas a la vida política. Estudios como el de Arrom (2004) han rechazado la idea de que es exclusivamente en el contexto populista en donde las masas urbanas se movilizan y se integran a la vida política, dando cuenta de la existencia de una multiplicidad de modalidades de integración dentro de las cuales se encuentra, como una más, el liderazgo populista. Esto es lo que explica, por ejemplo, que la Argentina de Perón haya sido el escenario de despliegue de bases sociales organizadas con anterioridad a la emergencia de su liderazgo (Torre, 1999).

Otro de los problemas que a mi juicio resultan claves, sobre todo en la concepción funcionalista, lo constituye la evaluación de la “anomalía latinoamericana” en función del modelo europeo occidental de modernización. Dicho ejercicio pudiera resultar coherente y productivo analíticamente en la medida en que se asumiera el *caso europeo* como un modelo gradual, no traumático y progresivo de modernización que no se encontró sujeto a las contingencias, desavenencias y momentos traumáticos propios de los procesos de modernización latinoamericanos. Y sin embargo, resulta evidente que los procesos de modernización europeo-occidental no se desplegaron en la forma de un avance teleológico séptico. De hecho, la introducción de categorías sociológicas tales como las de *anomia*, *desviación* y *asincronía* emergen en el contexto mismo del tránsito europeo hacia la modernidad. La percepción del populismo como una expresión

anómala, por lo tanto, presentaría el grave inconveniente de no contar con un indicador contrafáctico adecuado de un modelo dirigido por cauces *normales*.

Hasta aquí me he concentrado en ofrecer sumariamente algunos de los principales cuestionamientos que respecto al concepto del así llamado “populismo clásico” se han realizado. Todos ellos, asumiendo la fuerte inscripción contextual de dicho concepto, se han dirigido por el camino de evidenciar, a través del argumento empírico, situaciones en las que 1) cualidades del populismo son posibles de encontrar en regímenes y movimientos no populistas, y 2) movimientos o regímenes asumidos como populistas no contienen algunos de los atributos que definen a esta categoría. En este sentido es necesario precisar que, atendiendo a la forma “acumulativa” según la cual se construyó el modelo clásico del populismo, bastan pocos casos empíricos y unos pocos atributos de la categoría que no se presenten empíricamente para desestabilizar la dicotomía entre formas populistas y formas no populistas, por lo que cada una de estas críticas contendrían en primera instancia un poder refutatorio de alto alcance.

Y sin embargo, creo que estas críticas al populismo clásico no manifiestan el poder *demoledor* que sobre sus contenidos manifiesta la emergencia, a partir de la década de los noventa, del concepto de *neopopulismo*. Observemos lo planteado por Weyland (2004: 24):

Los defensores de las nociones acumulativas enfrentaron el problema del desliz conceptual; fue difícil negar a los viejos populistas que estaban en retomo político la etiqueta populista. Aún si estos líderes eran clasificados como populistas, se volvió imposible sujetar el concepto a un contexto socioeconómico específico, como es el del *fácil ISI*. El resurgimiento del viejo populismo en los años 80, liberó el concepto de populismo. Consecuentemente, Alan García también debe

llamarse populista porque, además de utilizar tácticas populistas, sostiene políticas socioeconómicas similares a las de Brizola. Esta ulterior extensión del concepto eliminó una característica adicional del populismo clásico, principalmente el recurrir a los trabajadores; García traspasó largamente la clase trabajadora industrial y calificó a un sector electoral central diferente, el sector urbano informal. Si el populismo se extendiera aún más lejos hasta cubrir a Menem, Fujimori, Fernando Collor de Brasil y Abdalá Bucaram de Ecuador, las características socioeconómicas restantes tendrían que ser abandonadas y el concepto se tomaría en una categoría puramente política.

En esta larga cita de Weyland se manifiesta lo que constituiría la “explosión” definitiva del concepto clásico del populismo, es decir, la emergencia de contextos plenamente divergentes que desestabilizan la categoría de manera tal que, a menos que ésta sea entendida como propia de un período histórico específico en el devenir latinoamericano, obligan a *repensar o abandonar* la pregunta relativa a la especificidad del populismo.¹⁹

Ahora bien, ejemplos de refutaciones empíricas realizadas a los conceptos predominantes del populismo clásico se pueden exponer bastante²⁰. Y sin embargo, ¿qué tanto afectan estas refutaciones a las categorías abordadas en el apartado anterior?; ¿es posible concluir de estas refutaciones la necesidad del abandono definitivo de dichos conceptos? Intentaré abordar brevemente estas preguntas, con el fin de interrogarme acerca de la capacidad que las refutaciones empíricas manifiestan para sentenciar la “muerte” de los conceptos clásicos acerca del populismo.

¹⁹ Una opinión similar relativa a la imposibilidad de las concepciones clásicas de “pensar” el populismo en contextos diversos puede verse expresada en Roberts, 1999.

²⁰ La literatura que opera en los términos de refutación empírica a los contenidos del populismo clásico es muy extensa. Obsérvese algunos desarrollos en esta dirección en la crítica a la ligazón entre populismo, sustitución de importaciones y desarrollismo (De la Torre, 1994; Aboy Carlés, 2004; Weyland, 2004; Canitrot, 1975); la crítica a la vinculación entre populismo y modernización (Ibarra, 2004); la crítica al concepto de “masas disponibles” (Acha, 2004; Quintero, 1980); la desvinculación de la relación entre populismo y “migrantes recientes” (Halperin Donghi, 1975); la refutación del carácter eminentemente urbano del fenómeno populista (Gibson, 1997; Dix, 1985).

Primera cuestión entonces: ¿Cuál es la naturaleza de los conceptos clásicos acerca del populismo? Esta pregunta adquiere sentido en la medida en que, si de acuerdo a la naturaleza de un concepto es que se pueden deducir mecanismos de evaluación de su pertinencia, es necesario determinar la naturaleza del concepto de populismo para indagar en la forma más adecuada para su evaluación y/o eventual refutación. Sobre esto, presentemos entonces dos opciones posibles: o bien el populismo opera como una *unidad descriptiva* constituida a partir de una sumatoria y combinatoria de rasgos, o bien opera en los términos de una *estructura lógica* que opera con independencia frente a las manifestaciones empíricas del fenómeno.²¹

Veamos qué ocurre en el caso del concepto entendido como una “unidad descriptiva”. Si el concepto de populismo operara en estos términos, una primera aproximación al efecto que las refutaciones empíricas generan sobre él nos llevaría a concluir que basta con una refutación empírica para que el concepto pierda validez. Y sin embargo, ¿cómo determinar esto?

Al interior del campo de la epistemológica, resulta ya claro el hecho de que las “teorías científicas” manifiestan una relación de tal modo compleja con los eventos empíricos que la simple “corroboración” de su pertinencia por medio de la apelación a la “evidencia empírica” resulta difícil de sostener. Y ello, entre otras razones, por cuanto la “observación empírica” siempre se encuentra mediada por enfoques teóricos que desde un inicio se anteponen a la pretendida transparencia del campo sensible de la “evidencia”. De la misma manera, entonces, la refutación de una teoría científica por medio de la simple observación de un evento empírico particular que niegue su

²¹ La argumentación seguida hasta aquí ha operado en los términos de la comprensión del populismo como una “unidad descriptiva” que se corresponde con su definición en tanto “concepto acumulativo” (Weyland, 2004).

pertinencia conduce necesariamente a una equívoca certeza en la capacidad de dichos eventos para operar como un “árbitro imparcial” en la contienda científica.

Brevemente, observemos un ejemplo de lo arriba expuesto: ante la refutación -arriba expuesta- de la pertinencia de los conceptos clásicos del populismo a partir de la evidenciación de la presencia de “nuevos populismos” desenmarcados de sus contextos de inscripción originarios, la respuesta será simplemente la negación de la posibilidad de utilizar la categoría “populismo” en esos nuevos contextos²². La disputa, por lo tanto, retoma hacia el campo conceptual, sin muchas posibilidades de recurrir a la “evidencia empírica” para ser saldada. Y este ejercicio, como se podrá suponer, puede ser replicado en la totalidad de las refutaciones a las que hemos aludido en este apartado.

Ahora bien, ¿qué ocurre si a lo que nos enfrentamos es a la presencia de un concepto lógicamente estructurado? Un concepto de este tipo nos obliga a centrar la mirada no tanto en las “evidencias empíricas” que puedan refutarlo o corroborarlo como en su estructuración y coherencia interna. Desde esta perspectiva, entonces, una refutación empírica particular no debiera devenir necesariamente en la pérdida de su “poder explicativo” ni menos en el desconocimiento de su pertinencia en relación al campo desde el que emerge²³. Y sin embargo, algún tipo de “criterio evaluativo” debiera estar presente en todo abordaje crítico hacia estos conceptos. Observemos entonces uno de ellos, asumiendo a los conceptos clásicos del populismo como estructurales lógicas y ya no como unidades descriptivas.

²² Este tópico será abordado extensamente en el Capítulo II de esta investigación.

²³ Lo señalado hasta aquí no implica, evidentemente, que las refutaciones empíricas a una categoría estructural no presenten valor ni utilidad alguna. Sin embargo, es preciso recalcar que estas refutaciones son válidas en la medida en que expliciten las inconsistencias entre la propia teoría y los *hechos* que se desprenden de ella.

Una de las respuestas más sólidas en relación al vínculo entre “refutación empírica” y “postulados científicos” es la ofrecida Karl Popper. Para el filósofo alemán, la respuesta a la interrogante relativa a la evaluación de la científicidad de una teoría, una hipótesis, un programa de investigación o un concepto puede ser abordada por medio de la puesta en práctica del así llamado criterio de *falsación*. Desarrollaré sumariamente este criterio.

La concepción popperiana de la ciencia se funda sobre la base del reconocimiento de la imposibilidad de establecer criterios certeros de distinción entre un conocimiento verdadero y un conocimiento falso, y relacionar al mismo tiempo esta distinción con la dicotomía ciencia-no ciencia. Para Popper, resulta evidente que un postulado no científico puede ser igual o más *verdadero* incluso que un postulado de carácter científico. Una sentencia de sentido común que por ejemplo nos indica cómo comportarnos en un contexto situacional determinado, resulta a todas luces más probadamente verdadera que una compleja teoría científica sobre “comportamiento en sociedad”. Ello implica, en definitiva, que el valor veritativo de un enunciado no necesariamente permite distinguir entre la ciencia y otras formas de conocimiento no científicos.

¿Cómo distinguir entonces la ciencia de la pseudociencia o del conocimiento no científico? Popper sostendrá que esta distinción no puede asumirse en función de lo que una determinada proposición afirma como verdadero, sino que más atendiendo a lo que esa misma proposición asume como posibilidad de falsación. La falsabilidad, entonces, se asume como el requisito fundamental de todo enunciado científico, tal como lo señala Popper (1983: 61):

Toda buena teoría científica implica una prohibición: prohíbe que sucedan ciertas cosas. Cuanto más prohíbe una teoría, tanto mejor es... Una teoría que no es irrefutable por ningún suceso concebible no es científica. La irrefutabilidad no es una virtud de una teoría, sino un vicio.

Para evaluar una teoría científica, entonces, sólo basta en un primer momento con evaluar su consistencia lógica. El criterio para tal evaluación será la consideración de eventos empíricos observables que puedan eventualmente falsear la teoría. Mientras más sean esos eventos (hipotéticos), entonces, mayor será la científicidad de la teoría. Es así como, para el criterio de Popper, teorías a su juicio omnicomprendivas tales como el psicoanálisis de Freud o el marxismo carecen de rigor científico no tanto por su eventual inadecuación con la realidad empírica observable sino que más bien por la dificultad de falsear empíricamente sus postulados. Un marxista, por ejemplo, reducirá todo evento empírico a la *determinación económica en última instancia*, así como un psicoanalista no verá otra cosa que *pulsiones del inconsciente* en cada acto de la personalidad. Marxismo y psicoanálisis, así, corresponderían a teorías que, dado su carácter omnicomprendivo, devienen irrefutables y por lo tanto no científicas.

De esta manera es que Popper establece un criterio demarcatorio entre ciencia y pseudociencia fundado en el criterio de falsabilidad arriba expuesto. Sin embargo, advierte también de la presencia de las así llamadas *Hipótesis Ad-Hoc*, definidas como estrategias de defensa de una hipótesis general en función de una respuesta contingente a refutaciones particulares. Dichas hipótesis ad-hoc son elaboradas con criterios no científicos de defensa de determinadas certezas en acuerdo con intereses que no se relacionan con el interés del progreso de la ciencia y, por lo tanto, constituyen una anomalía al interior de la lógica científica.

Un ejemplo claro de la operación propia de las hipótesis ad-hoc se encontraría en la relación entre la tradición marxista y su concepción acerca de la superación del régimen capitalista de producción por medio de la "revolución proletaria". Según la consabida sentencia marxista clásica u ortodoxa (según se quiera), el desarrollo material del capitalismo y sus contradicciones generaba las condiciones objetivas para el desarrollo, al interior mismo del capitalismo, de la revolución proletaria conducente al comunismo. El acontecimiento de la Revolución Rusa de 1917, sin embargo, se constituyó como un problema teórico para la sentencia arriba expresada. Una sociedad sin las condiciones objetivas para la activación de un proceso revolucionario que protagoniza la primera revolución de inspiración marxista, sumado a la inexistencia de un proceso revolucionario en una sociedad capitalista desarrollada como Inglaterra, darían cuenta paradójicamente del fracaso de la hipótesis general del desarrollo del capitalismo contenida en el marxismo. Y sin embargo, la tradición marxista produciría una respuesta a esta refutación empírica: el concepto de *hegemonía*, que básicamente se traduce en la consideración del lugar de la contingencia y la política en el curso de la historia. Las prácticas hegemónicas, así vistas, bien pueden retrasar o adelantar el necesario curso de la historia, permitiendo de igual forma explicar las anomalías empíricas de la hipótesis general del marxismo.²⁴

En definitiva, una hipótesis general se vería protegida por la emergencia de hipótesis ad-hoc que tienen por objeto escapar a la refutación que eventos empíricos particulares producen en ella. Para Popper, este es un ejercicio propio de hipótesis o teorías científicas que se encuentran en dirección a su conversión en pseudociencia. Y es que, a su juicio (1983: 61), "...siempre es posible seguir tal procedimiento (la formulación de

²⁴ La consideración del concepto de hegemonía en tanto categoría que viene a llenar el hiato de la necesidad histórica como criterio de omnicomprensión del curso de la historia al interior de la tradición marxista puede encontrarse expresado ampliamente en Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, 2004.

hipótesis ad-hoc), pero éste rescata la teoría de la refutación sólo al precio de destruir o, al menos, rebajar su status científico".

La resolución de este problema (consistente en la eventual potencia protectora que toda teoría contiene) se vincula con la adecuación de la práctica científica a un sistema lógico-formal. El planteo de Popper, en este sentido, se ajusta a los criterios empiristas-lógicos de comprensión de la ciencia como un ámbito de elaboración de enunciados proposicionales lógicamente estructurados. El control epistemológico y metodológico de la práctica científica, sostiene Popper en acuerdo con el empirismo lógico, se fundamenta en el establecimiento de criterios evaluativos fundados en aspectos lógico-formales en función de los cuales debe ser formulada toda hipótesis científica, a saber:

- a) Toda hipótesis se debe formular de manera tal que puedan hacerse deducciones de ella y arribar a una decisión acerca de si explica o no los hechos observados;
- b) Debe ofrecer una respuesta al problema que la originó;
- c) Debe ofrecer capacidad predictiva, para efectos de ofrecer instancias futuras de verificación.²⁵

¿Cómo evaluar entonces a las concepciones clásicas abordadas en este capítulo de acuerdo al criterio falsacionista de Popper? Ya sabemos que no basta con un ejercicio de refutación "directa" por medio de la observancia de eventos empíricos que nieguen la pertinencia de las categorías en cuestión. Por el contrario, es preciso hurgar en la estructuración lógica de los enunciados que componen al concepto, y determinar desde

²⁵ Sobre este tema, ver también Cohen y Nagel, 1996.



ahí su pertinencia o adecuación a los criterios arriba esbozados. Observemos entonces qué ocurre específicamente con el concepto “populismo”.

Más arriba he señalado que la configuración de los conceptos clásicos del populismo operó en los términos de lo que Weyland (2004) denominaba un “concepto acumulativo”, es decir, un concepto configurado en torno a la presencia necesaria de una serie de atributos que, combinados entre sí, lo configuraban. Ello implicaba, de acuerdo a lo planteado por el mismo Weyland, la presencia de una fuerte exigencia en términos de atributos para que una realidad fuera calificada como “populista”. Pues bien, y de acuerdo a los criterios falsacionistas arriba expresados, estos conceptos cumplían con el requerimiento de establecer instancias efectivas de falsación, además de una coherencia lógica, una potencia explicativa y una capacidad predictiva, lo cual permite entenderlos como conceptos calificadamente “científicos”.

No obstante lo arriba expuesto, y pese a cumplir en principio con los elementos que conforman un enunciado científico, los conceptos clásicos a los cuales he hecho referencia debieron ceder el paso a refutaciones empíricas que devinieron en la negación de su pertinencia, completándose así el “círculo virtuoso” de la práctica científica entendida en términos popperianos. Y sin embargo, ¿con qué certeza podemos determinar esto?

Tal como puede deducirse del argumento hasta aquí seguido, la alusión a eventos empíricos observables que se manifiestan como fundamento último del procedimiento de falsación nos retorna a las conocidas críticas al inductivismo, las que pueden ser sumariadas en a) una ausencia de fundamento para extraer de fenómenos finitos

regularidades universales, y b) una certeza irreflexiva en la transparencia de la observación. Y es que, pese al reconocimiento de la primacía del momento deductivo por sobre la observación directa de eventos empíricos, el criterio de la falsación popperiana nos obliga a resituarnos a la *evidencia empírica* como el mecanismo más eficaz para evaluar en última instancia la pertinencia de una determinada teoría, aun cuando ésta cumpla con la totalidad de los requerimientos lógico-formales. Observemos las consecuencias de esto.

Una primera objeción a la potencia que las falsaciones empíricas contienen en relación a las teorías acerca del populismo tratadas en este capítulo consiste en la capacidad eventual que éstas tienen para “traducir” dichas refutaciones a su propio sistema teórico. Es decir, la capacidad para hacer frente a las refutaciones empíricas por medio de un doble mecanismo de 1) exclusión de la “realidad refutada” del sistema conceptual y 2) reintegración de la refutación en base a la “corrección” del concepto. Brevemente, ambas estrategias podrían sintetizarse en dos ejemplos: 1) la respuesta a la emergencia del “neopopulismo” con el argumento de que dichas realidades no se corresponden con la naturaleza del concepto “populismo” y 2) la respuesta a evidencias empíricas de presencia del populismo en el “mundo rural” con el argumento de que el carácter urbano del populismo no constituye el aspecto central de la categoría, la que bien puede convivir con situaciones empíricas en las cuales este fenómeno se expresa en el ámbito rural.

Ahora bien, estos argumentos bien podrían ser entendidos como expresión de *hipótesis ad-hoc* elaboradas expresamente con el fin de salvaguardar el núcleo sustantivo de la teoría. Frente a esta eventual objeción, el filósofo Imre Lakatos (1983) plantea que la

totalidad de lo que él denomina como programas de investigación científica se caracterizan por desarrollarse en convivencia con múltiples refutaciones. Y para que este desarrollo sea posible, inexorablemente deben haber desatendido la observancia a todo criterio de falsación o refutación empírica²⁶. Paradojalmente, entonces, la disposición crítica del agente investigador, así como la observancia a determinados criterios normativos por parte de la comunidad científica, incluso pueden devenir de acuerdo al criterio de Lakatos en la interrupción temprana de programas de investigación que eventualmente signifiquen un aporte para el progreso de la ciencia. Y es que, para que sea posible el desarrollo de la práctica científica, en definitiva, "hay que tratar con benevolencia a los programas en desarrollo" (Lakatos, 1983: 16).

¿Qué se puede deducir de lo arriba expuesto? Contra el criterio falsacionista de Popper, la construcción de hipótesis ad-hoc bien puede ser atendida como un momento productivo de la práctica científica desde el cual puede emerger una complejización y una mayor capacidad explicativa incluso por parte de una determinada teoría. Las eventuales respuestas a las objeciones empíricas señaladas a los conceptos clásicos del populismo, por consecuencia, bien pueden ser entendidas como instancias de enriquecimiento de dichos conceptos más que síntoma de su conversión en categorías pseudocientíficas.

¿Qué concluir de lo planteado hasta aquí? ¿nos puede conllevar lo señalado a una *acritica revalorización* de los conceptos clásicos acerca del populismo? Como expondré a lo largo del Capítulo II de esta investigación, el diferendo en torno a la pertinencia o

²⁶ Algo similar es lo que plantea Feyerabend (1993: 15) al señalar que "La idea de un método que contenga principios científicos, inalterables y absolutamente obligatorios que rijan los asuntos científicos entra en dificultades al ser confrontada con los resultados de la investigación histórica. En ese momento nos encontramos con que no hay una sola regla, por plausible que sea, ni por firmemente basada en la epistemología que venga, que no sea infringida en una ocasión o en otra..." (la traducción es mía).

extemporaneidad del concepto de populismo no ha sido de fácil solución y, en última instancia, la mantención de su presencia en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas ha sido posible, más que como efecto de “acuerdos” entre la comunidad académica o de “progresos” en su coherencia y claridad, a causa de una pura y simple facticidad nominativa. Es por ello que (de manera independiente a las refutaciones empíricas aquí abordadas y a las discusiones en torno a la pertinencia actual de la categoría) creo de utilidad dirigir el balance relativo a estos conceptos ya no hacia el arbitral lugar de la *aprobación* o *reprobación* de su coherencia o correspondencia con la “realidad política latinoamericana”, sino que más bien al significado que su emergencia tuvo tanto para las ciencias sociales en general como para nuestra realidad sociopolítica.

Los conceptos clásicos relativos al populismo, recordemos, operaban en función de la constitución, lograda o no, de categorías de carácter estructural al interior de cuyas oposiciones emergía el populismo como una paradójica presencia que se instalaba en un “entre” el contenido de las oposiciones binarias que configuraron tanto a la matriz funcionalista como a la matriz marxista, a saber: las oposiciones entre “tradición y modernidad” y entre “clase burguesa y clase proletaria”. A lo que asistimos es, ni más ni menos, a la reproducción de la “escandalosa presencia” del tabú del incesto en el estructuralismo de Levi-Strauss detectada por Derrida. Léase en este sentido el siguiente párrafo:

Levi-Strauss...parte de este axioma o de esta definición: pertenece a la naturaleza lo que es *universal* y espontáneo, y que no depende de ninguna cultura particular ni de ninguna norma determinada. Pertenece en cambio a la cultura lo que depende de un sistema de *normas* que regulan la sociedad y que pueden, en consecuencia, *variar*

de una estructura social a otra. Estas dos definiciones son de tipo tradicional. Ahora bien, desde las primeras páginas de *Las estructuras...*, Levi-Strauss, que ha empezado dando crédito a esos conceptos, se encuentra con un *escándalo*, es decir, algo que no tolera ya la oposición naturaleza-cultura tal como ha sido recibida, y que parece requerir *a la vez* los predicados de la naturaleza y los de la cultura. Este escándalo es la *prohibición del incesto* (Derrida, 1989b: 389).

Pues bien, la presencia del populismo en las categorías estructurales arriba indicadas operó, por lo tanto, como una *latinoamericana analogía* del “escándalo” que la presencia del tabú del incesto presentó para la oposición entre naturaleza y cultura elaborada por Levi-Strauss²⁷. Como es fácil de deducir, la analogía entre la prohibición del incesto y el populismo resulta clara: al interior de un esquema estructural, emerge un “tercer excluido” que impide al mismo tiempo que hace posible la supervivencia de ese mismo esquema. De manera paradójica, entonces, un fenómeno político que se planteaba como “negación de la estructura”, cumplía al mismo tiempo con ingresar a la estructura²⁸.

²⁷ A juicio de Laclau, este “escandaloso estallido de la estructura” se manifestó tempranamente en la propia obra de Marx. El célebre ejemplo del régimen bonapartista de la Francia postrevolucionaria así lo expresa: “La dificultad con la que se enfrenta Marx en su análisis temprano del bonapartismo en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* es determinar la naturaleza social del régimen, dado que todos los regímenes políticos deberían ser la expresión de algún tipo de interés de clase. La respuesta de Marx es que la base social del régimen de Luis Bonaparte son los pequeños propietarios rurales. Sin embargo, casi de inmediato debe modificar su opinión afirmando que, dada su dispersión, los campesinos no constituyen puramente una clase sino simplemente un grupo “del mismo modo que las papas en una bolsa forman una bolsa de papas”. Esto otorga al Estado de Bonaparte un grado más alto de autonomía que el que disfrutaban otros regímenes que dependen de una base social más estructurada. No obstante, más tarde Marx rechazó esta solución y percibió al bonapartismo como dependiente de una base social heterogénea que permitió al Estado moverse entre medio de diferentes clases” (Laclau, 2005: 183).

²⁸ Una opción reversa a la seguida hasta aquí es la ofrecida por Laclau (1980a 1980b), para quien las oposiciones constitutivas de los esquemas analíticos tanto del funcionalismo como del marxismo no alcanzaron a constituir oposiciones de carácter estructural. Por el contrario, estas oposiciones constituían más bien un síntoma de la tendencia “dualista” propia del pensamiento liberal latinoamericano, síntoma compartido además por Quijano (1998: 182), para quien “la dualidad estructural fue...la ficticia solución común a todos los evolucionistas y positivistas: funcionalistas, funcional-estructuralistas y materialistas-históricos o marxistas-leninistas, sea entre lo tradicional y lo moderno, o entre precapitalismo y capitalismo...”. En el caso específico de las tesis funcionalistas acerca del populismo, el marcado carácter teleológico de sus postulados conllevaba para Laclau un sensible alejamiento de la operatoria conceptual de carácter estructuralista, por cuanto la oposición entre “sociedad tradicional” y “sociedad moderna” operaba más en términos de una “sumatoria de rasgos” que de una elaboración teórica a partir de la cual

¿A qué asistimos entonces con la emergencia del “escándalo populista” en la gramática estructuralista de América Latina? A mi juicio, la principal consecuencia digna de ser destacada de la emergencia del “populismo” como categoría en América Latina no es otra cosa que la explicitación de los límites a los cuales toda operación nominativa se ve enfrentada al momento de producir una “traducción categorial” de la acontecimental y singular forma en la cual se despliegan las sociedades latinoamericanas. Con la aparición de la “controversia populista”, así, se manifestaba de manera clara la inasible naturaleza de nuestra politicidad en la forma de una categoría paradójica que se instala en el centro mismo de nuestro saber acerca de la política y que, con su sola presencia, manifiesta los límites a los cuales todo ejercicio nominativo ha de enfrentarse permanentemente.

4. Conclusiones: “la deriva populista”

Hacia finales de 1950, el liderazgo del líder brasileño Getulio Vargas se veía refrendado ampliamente en las urnas. La respuesta de sus antagonistas *liberales* no se hacía esperar:

El 3 de octubre, en Río de Janeiro, medio millón de miserables, analfabetos, mendigos hambrientos y andrajosos, espíritus deprimidos y justamente decepcionados, individuos a los que el abandono de los hombres había convertido en seres groseros, malos y vengativos, descendieron de las colinas de la ciudad, de los morros, embaucados por el canto de la demagogia vociferada desde ventanas y

se pudiera extraer la especificidad de este fenómeno. En sus palabras (1980a: 179): “Dado que los conceptos de ambos tipos de sociedad no han sido contruidos teóricamente, sino que son la resultante de la adición meramente descriptiva de rasgos característicos, no hay forma de entender la significación de un fenómeno más allá de señalar su progresividad relativa: esto es, su ubicación en el continuum que conduce de la sociedad tradicional a la sociedad industrial”.

automóviles, para votar a la única esperanza que les quedaba: a aquel que se proclamaba padre de los pobres, el mesías - charlatán²⁹.

Tres años antes Plinio Barreto, connotado intelectual brasileño, había advertido en un tono irónico que no ocultaba su desconcierto acerca de los *peligros* de la *asonada populista*:

Evite por todos los medios obligar al pueblo a reflexionar. La reflexión es un trabajo penoso al que el pueblo no está habituado. Déle siempre la razón, Prométale todo lo que puede y estréchelo en un abrazo lo más posible. El único talento permitido al candidato es el de Camelot³⁰.

¿Qué queda de ese populismo? Si consideramos el contexto de inscripción al interior del cual había sido situado el populismo clásico, poco queda de él. Y sin embargo, si exploramos en el malestar arriba presentado, no resulta difícil inscribirlo en contextos enteramente otros respecto a su lugar específico de emergencia. ¿Qué hay en común entonces en el populismo?; ¿Qué queda de las definiciones clásicas expuestas en este capítulo?

Tal como hemos visto, la matriz clásica definió al populismo ya sea a partir de una comprensión teleológica que devenía en configurarlo en tanto epifenómeno de un "estado" del desarrollo, ya sea como expresión de una determinada articulación con intereses de clase, lo cual ha impedido dar cuenta de la recurrencia del populismo en estados distintos de desarrollo económico, social y político. ¿Dónde anida entonces la inaprehensibilidad de este fenómeno político? De acuerdo a Agamben, el concepto de *Pueblo*, que se instala a la base de toda interpelación política de carácter populista, se

²⁹ Revista *Anhembi*, N.1, Vol.1, diciembre de 1950. Citado en Weffort, 1999: 149.

³⁰ Plinio Barreto. En *O Estado de Sao Paulo*, 26 de enero de 1947. Citado en Weffort, 1999: 136.

caracteriza por contener un paradojal contenido de universalidad y particularidad: “Un mismo término designa, pues, tanto al sujeto político constitutivo como a la clase que, de hecho, sino de derecho, está excluida de la política” (Agamben, 2001: 31).

La expresión del “pueblo” en el campo de la política, en consecuencia, representa la irrupción de un Universal (el Pueblo) encamado en la figura de un particular excluido (el pueblo). Pueblo y pueblo, entonces, universal y particular, integración y exclusión, se articulan en una vinculación eminentemente retórica (Laclau, 2005) de copamiento hegemónico del lugar del universal por parte de un particular que sólo existe a condición de dicho gesto de autonominación³¹. Y es precisamente esta ambigüedad paradojal la que caracteriza la emergencia recurrente del populismo en la escena política latinoamericana y la que, por consecuencia, provoca el profundo “rechazo” del saber moderno acerca de la política. Y ello, por cuanto el estallido de la noción de ciudadano (categoría ordenadora de la vida política) y la irrupción del pueblo, en su paradojal condición, genera en el saber moderno el malestar que toda visibilización de la “infinitud” de las clasificaciones activa. Paradoja, entonces, como reconocimiento de la multiplicidad en oposición a la mismidad, como estallido de toda clasificación, como imposibilidad del nombre.

Dirá Foucault al respecto:

Apenas esbozados, todos los agrupamientos se deshacen, porque la ribera de identidad que los sostiene, por estrecha que sea, es aún demasiado extensa para no ser inestable; y al infinito el enfermo junta y separa sin cesar, amontona las diversas semejanzas, arruina las más evidentes, dispersa las identidades, superpone criterios diferentes, se

³¹ Este tema será abordado en profundidad en el capítulo III de esta investigación.

agita, empieza de nuevo, se inquieta y llega, por último, al borde de la angustia (2004: 4).

Pues bien, mientras la irrupción de la paradójal presencia del pueblo-Pueblo deviene en el estallido del precario “agrupamiento ciudadano”, la disposición del saber moderno acerca de la política es, tal como plantea Luhmann, a “superar la paradoja” de la irrupción populista: “...todavía se encuentra en los manuales de metodología la idea de que el uso de la introducción de las paradojas en la construcción de una teoría es algo que no es lógicamente serio”. De ahí el interés, en todo el campo de la ciencia política latinoamericana, de deshacer el concepto de *Populismo*, de reducirlo a una expresión de “anomalía”, de “disfunción”, o a lo más de “síntoma” de una “democracia de ciudadanos” en estado precario.

El problema es que la paradoja se reproduce, y ninguna reducción normativa fundada en la “mismidad” de la ciudadanía nos puede dar cuenta de su emergencia. De lo que se trataría, entonces, es de asumir la paradoja como condición constitutiva, y “pensar” a partir de ella misma:

La paradoja sirve para darse ánimos y perder el miedo de afrontar un cambio teórico de más profundidad. La pregunta por la unidad de una diferencia sólo se puede llevar a cabo mediante la interpretación de otra diferencia, que sólo en el momento en que se la utiliza debe hacer visible su propia paradoja (Luhmann, *ib.*: 354).

¿Cómo pensar la paradoja? Para Foucault, la episteme moderna genera una doble disposición frente a sus objetos de saber, una doble disposición que puede dirigirse tanto a la afirmación de la unidad como a la puesta en cuestión de dicha unidad. En el tratamiento diferenciado que las ciencias humanas, por una parte, y el psicoanálisis, por otro, desarrollan frente al tema del “inconsciente” es que se visibiliza dicha dualidad:

En tanto que todas las ciencias humanas sólo van hacia el inconsciente en la medida en que le vuelven la espalda, esperando que se devele a medida en que se hace, como a reculones, el análisis de la conciencia, el psicoanálisis señala directamente hacia él, con un propósito deliberado...es decir que, a diferencia de todas las ciencias humanas que, a la vez desandan el camino de lo inconsciente, permanecen siempre en el espacio de lo representable, el psicoanálisis avanza para franquear de un solo paso la representación, desbordarla por un lado de la finitud y hacer surgir así, allí donde se esperaban las funciones portadoras de sus normas, los conflictos cargados de reglas y las significaciones que forman sistema, el hecho desnudo de que pudiera haber un sistema, regla, norma (Foucault, 2004: 363).

Reducir el inconsciente a la conciencia, reducir el accidente a la norma. Esta es uno de los caminos propios del saber moderno. Otro camino, aquel propuesto por Foucault, reside precisamente en poner en duda la conciencia, poner en duda la universalidad de la norma e interrogar a la representación que la hace posible. Esto es, según creo, equivalente al imperativo derridiano de “pensar la diferencia” (Derrida, 2003).

¿Cómo pensar entonces al populismo? Una manera posible sería precisamente el asumirlo, en primer término, como la emergencia de un “resto” irreductible al campo de la representación, pero sólo posible de ser “pensado” en el campo mismo de la representación. Desde esta perspectiva, el populismo podría representar la emergencia de un “diferendo” respecto al saber político moderno. Un diferendo que emerge como alteridad radical a la democracia, un diferendo que “le ocurre a la democracia”, visibilizando una paradoja contenida ya en la figura del ciudadano.

Y sin embargo, ¿será posible hacer del pueblo una mismidad?; ¿será posible aprehender lo que contiene este significante?; ¿será posible dar cuenta de su positividad? Para

Michel de Certeau, la búsqueda del pasado histórico constituye quizás si la experiencia paradigmática de la fallida búsqueda de una presencia. Fallida búsqueda, claro está, en la medida en que la conversión de lo ausente en presencia sólo opera a condición de su reducción a una mismidad, en este caso a la mismidad del tiempo presente desde el cual se mira el pasado. ¿Habrá que renunciar entonces a la búsqueda del pasado? Para de Certeau, ello no es así, en la medida en que, asumiendo la radical otredad del pasado, podemos visibilizarlo a partir de nuestro presente. Es decir, como otredad.

Dice de Certeau: "No podemos representarnos la alteridad más que en referencia a lo que constituye nuestro presente". ¿Cómo representar al pueblo? La respuesta es clara: en referencia a la mismidad de la democracia de ciudadanos, como "diferencia" del ciudadano.

Capítulo II

NEOPOPULISMO: LA IMPOSIBILIDAD DEL NOMBRE

Notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitral y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo.

Jorge Luis Borges.

En curiosa y sorprendente analogía con la fantasmagórica presencia del comunismo anunciada por Marx en 1848, no son pocas las alusiones al populismo como un fantasma que, nunca lo suficientemente presente, se resiste al mismo tiempo a desaparecer por completo de escena. Así, por ejemplo, ya en la década de los sesenta Gellner y Ionescu (1969: 7) presentaban una obra compilatoria sobre el tema con las siguientes palabras:

Un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo. Una década atrás, cuando nuevas naciones emergían a la vida independiente, el interrogante que se planteaba era: ¿cuántas de ellas se volverán comunistas? Hoy, esta cuestión, entonces tan plausible, suena un poco anticuada. En la medida en que los dirigentes de los nuevos estados abrazan una ideología, ésta tiende con mayor frecuencia a tener un carácter populista. Y el populismo no es una actitud limitada a las nuevas naciones. Dentro del mundo comunista existen fuertes corrientes que se desplazan en dirección a él, y en el ansioso o agónico reexamen al que diversas sociedades desarrolladas se han entregado en los últimos tiempos, los temas vinculados con el populismo ocupan un lugar de gran relevancia.

Casi 30 años después, en un contexto sustancialmente distinto, esta *analogía fantasmagórica* vuelve a cobrar cuerpo, ahora referida a la reemergencia del fenómeno populista en la América Latina de los noventa. Nuevamente, una curiosa presentación acerca de un tópico con un inasible objeto lo anunciaba: “El populismo pareciera ser un fantasma, una suerte de doble permanente, que persigue al análisis político de América Latina” (Burbano de Lara, 1998: 9).³²

Un poco más visible, pero igualmente fantasmagórica es la presencia que Aguilar (1994: 6) denuncia a aquellas *mentes ingenuas* que, demasiado presurosas, habían enterrado a un fantasma que amenaza, cual Lázaro, con resucitar:

En México sigue viva, seductora, una concepción populista de la política y de las políticas, del Estado y del gobierno, concepción que los sectores modernos del país, ilustrados y pluralistas, consideran ya liquidada o en franca extinción...el populismo no ha muerto, puede ser resucitado como Lázaro, está al acecho y su regreso será siempre la amenaza más destructiva a los esfuerzos que muchos hacemos por construir un gobierno de leyes y un régimen democrático, una hacienda pública responsable y una administración pública eficiente, una cultura de las responsabilidades y una economía expansiva, capaz de producir empleo y bienestar duradero. De regreso, el populismo pasará una vez más por encima de leyes, libertades políticas, racionalidad económica, responsabilidad social.

¿Dónde situar al *fantasma del populismo*? Difícil pregunta, si de fantasmas se trata. Aventuremos dos posibles respuestas: en primer lugar, fantasma como una realidad inaprehensible, que no se deja ver completamente, que se escapa a todo control por medio de la nominación sociológica o politológica (expresión epistemológica); en segundo lugar, fantasma como amenaza, como crisis, como dislocación del orden

³² Una recurrencia más reciente a esta misma alusión en Loaeza, 2001.

(expresión política). Tales han sido, creo, los usos recurrentes de la metáfora del fantasma, en los distintos contextos en los cuales el populismo se presenta como tópico privilegiado de la literatura sociológica y politológica.

Ahora bien, cuando en América Latina se alude al populismo, son pocos los consensos posibles de encontrar que no sean precisamente los de su comprensión en tanto fantasma objeto de una nominación que se utiliza como mecanismo expiatorio, una suerte de moderno acto de exorcismo por medio del cual la propia invocación al fantasma permitiría su desaparición. Distintos son los procedimientos, pero uno solo el objetivo: expulsar al fantasma de escena. Y sin embargo, el fantasma y su terrible materialidad reaparecen. Es así como, si en la década de los setenta la puesta en duda de la propia sobrevivencia –material y simbólica– de unas ciencias sociales acosadas por el terror militar en los países del Cono Sur y Centroamérica suspendió la preocupación por los populismos; si a comienzos de los ochenta las ciencias sociales colocaron el acento en la búsqueda por consolidar las precarias condiciones de reemergencia de las nuevas democracias; a comienzos de los noventa, el fantasma (inicialmente visto en los sesenta) reaparecía con nuevos bríos, para esconderse durante un tiempo y retornar, con ropajes novedosos y de manera inesperada, en este siglo XXI. ¿Cómo explicar esta omnipresencia? ¿Cómo se ha manifestado esta presencia fantasmal del populismo en la gramática de las ciencias sociales latinoamericanas?

Para abordar estas interrogantes, creo pertinente aventurar una tercera *anatomía del fantasma*, situándolo ya no en un *afuera* objeto de la nominación y de la preocupación política, sino que más bien en el *interior mismo de cada uno de los gestos nominativos* que lo hacen visible. En concreto: a partir de la indagación relativa a la forma en que la

categoría de populismo ha retomado sistemática y periódicamente al campo de las ciencias sociales latinoamericanas, buscaré sostener que su carácter fantasmagórico hay que asumirlo más como un efecto “interno” que “externo”. Y es que, a fin de cuentas, sabemos ya que todo fantasma tiene mucho que ver con nuestros propios miedos y deseos: nuestro miedo al exceso y nuestro deseo de plenitud.

Para explicitar el objetivo de este capítulo, un breve rodeo es necesario. Concentrémonos entonces en una dicotomía ofrecida por Richard Rorty: la dicotomía entre *metáfora viva* y *metáfora muerta*. Para Rorty (1996), quien habla desde un lugar advertido acerca del carácter performativo y no representacional del lenguaje, el campo de las enunciaciones lingüísticas y de las disputas en torno a la verdad debe ser entendido como eminentemente metafórico, compuesto por figuras retóricas que pugnan por ocupar su *contingente lugar*. Sin embargo, dicha contingencia no se presenta como infinita, puesto que existen momentos de cristalización en los cuales algunas metáforas logran imponerse respecto a otras que continúan visibilizando su origen azaroso. A las primeras, Rorty las denomina *metáforas muertas*, mientras que las segundas ocupan el nombre de *metáforas vivas*.

Origen retórico de toda enunciación, entonces, es lo que ve Rorty tanto en el lenguaje como en las disputas permanentes en torno a la verdad. Sin embargo, y tal como el mismo Rorty advierte, la disputa en torno a la verdad suele resolverse, contingentemente, al lograr algunas metáforas instalarse como fuentes depositarias de la verdad.

En el ámbito específico de las ciencias sociales, esta distinción suele manifestarse permanentemente. Con claridad, en este campo de saber suelen gestarse disputas categoriales que, por diversos motivos, devienen en la consolidación de algunos conceptos y su conversión en “verdades consensuadas” por la comunidad, por una parte, y en la exclusión de otras y su expulsión del campo, por otra. Y sin embargo, suele ocurrir que algunas categorías manifiesten una anómala persistencia. El caso del populismo pareciera corresponder a una de esas manifestaciones. Digo “anómala persistencia” en atención al hecho de que, paradójicamente, la categoría de populismo ha permanecido presente pese a su permanente imposibilidad de producir un “cierre categorial” mínimamente consensuado por la comunidad científica. Es decir, pese a su imposibilidad para cristalizarse en lo que Rorty denominaría como una *metáfora muerta*. Y ello, por cuanto el populismo no sólo se ha manifestado como categoría que difícilmente ha podido dar con una característica o conjunto de características que inequívocamente la definan, sino que incluso ha tenido que lidiar con permanentes intentos por excluirla del léxico político.³³

Consideradas desde un punto de vista epistemológico, las paradojas que permanentemente acosan a la categoría de populismo debieran haber sido objeto de su exclusión de la gramática de las ciencias sociales. Ya sea considerando las múltiples “falsaciones” de las cuales ha sido objeto (Popper, 1983), ya sea advirtiendo en la imposibilidad de “anticipar eventos” y su consecuente conversión en una categoría “regresiva” (Lakatos, 1983), lo cierto es que el *populismo* no parece presentar un poder explicativo que amerite su permanencia como categoría de comprensión de los

³³ En atención a esto último, cabe señalar que aun cuando gran parte de los conceptos que suelen utilizarse en el campo de las ciencias sociales y de la ciencia política en particular se encuentran sujetos a permanente debate y recreación, pocos son los que de manera igualmente recurrente corren peligro de desaparecer.

fenómenos políticos. Y sin embargo, este concepto reemerge constantemente en América Latina. ¿Cuáles son las causas de tal recurrencia?; ¿a qué se debe que la actual Ciencia Política Liberal que domina el campo de la reflexión política en América latina insista en la definición de un fenómeno político tan difícil de aprehender como lo es el populismo?; ¿por qué, a fin de cuentas, el *fantasma del populismo* insiste en reaparecer en el campo de las ciencias sociales? En definitiva: ¿Por qué continuar lidiando con el fantasma?

Luhmann planteaba que, cuando se percibe un desacuerdo sustancial entre distintas formas de nominar a un objeto, lo más productivo es dejar de “observar” a ese objeto y comenzar a “observar al observador”. Pues bien, tal es la recomendación que aplicaré en este capítulo. Y para ello, asumiré una estrategia doble: 1) me sustraeré a la discusión en torno a la existencia-inexistencia del populismo, y 2) me concentraré en la lógica interna de producción del fantasma populista, en el contexto del así llamado “neopopulismo”.

El presente capítulo, entonces, tendrá por objetivo buscar al fantasma ya no en las afueras sino que en el interior mismo de la práctica de las ciencias sociales latinoamericanas. Para ello, seguiré los siguientes pasos: en la primera parte, daré cuenta de la (fallida) intención de exclusión del populismo de la gramática de las ciencias sociales para luego, en la segunda parte, analizar cuáles fueron los procedimientos y desplazamientos teórico-epistemológicos que generaron las condiciones para la reactivación del debate en torno al populismo, en un contexto sustantivamente distinto al de su emergencia primera. En la tercera parte me concentraré en los aspectos que, a mi juicio, resultan centrales en la redefinición del populismo, atendiendo tanto a lo que específicamente lo caracteriza como a las condiciones

históricas que lo hacen posible de acuerdo a la gramática de las ciencias sociales. Por último, en la cuarta parte abordaré, a partir de la concentración en algunos de los rasgos previamente definidos como propios del populismo, en la problemática a mi juicio “indecible” de la delimitación de la especificidad del populismo en relación a la dinámica y rasgos que caracterizan a la política propia de los contextos democrático-liberales. Intentaré sostener que en la producción de la categoría *neopopulismo* subyace una implícita configuración de un *continuum* dentro del cual sus rasgos se diluyen en la imposibilidad de una traducción categorial de su significado.

1. *La fallida estrategia expurgatoria del populismo*

Cuando a comienzos de la década de los noventa la literatura sociológica y politológica comenzaba tímidamente a reponer el concepto de populismo en la agenda latinoamericana, las dificultades para mantener la coherencia interna y la pertinencia histórica de esta categoría se volvieron notorias. Tal como se planteó en el capítulo anterior, resultaba extremadamente complejo insertar fenómenos políticos tales como el menemismo y el fujimorismo bajo el mismo enfoque conceptual que englobaba a realidades en principio tan disímiles como las del peronismo, el varguismo o el cardenismo.

¿Qué hacer frente a dicha situación? Una posibilidad fue resolver el problema abandonando el uso del término. Dos son las principales estrategias posibles de detectar en relación a este posicionamiento. Atendiendo a sus especificidades, las denominaré

como (1) histórica y (2) conceptual, con la advertencia de que esta distinción sólo contiene un afán analítico.

La estrategia histórica fundamenta su negación en la construcción del populismo como una categoría que se sostiene en un contexto sociohistórico particular. Según esta estrategia, resulta imposible denominar como populistas a procesos políticos como el menemismo o el fujimorismo, en la medida en que éstos se encontraban completamente desajustados respecto al contexto histórico de emergencia del populismo. Es así como para Nun (1998), por ejemplo, la utilización por parte de Menem de una retórica populista no es argumento suficiente como para calificarlo de tal. Este argumento se sostiene en la medida en que se asuman los objetivos de desarrollo del mercado interno de los populismos clásicos como un atributo indispensable que, en el caso de Menem, no se cumple. Lo específico del fenómeno menemista, en este sentido, ya no sería su pertenencia al populismo sino que más bien su carácter representativo de procesos actuales de transformación en los mecanismos de representación política.

Drake (1992), por su parte, propone comprender al populismo como un fenómeno caracterizado por tres factores constitutivos: en primer lugar, un cierto tipo de movimiento caracterizado por su carácter policlasista, el paternalismo de sus líderes y la vocación desarrollista; en segundo lugar, cierto tipo de políticas de carácter expansivo y de protección nacional; y en tercer lugar, un tipo de gobierno caracterizado por un primer ciclo expansivo y un segundo ciclo de contracción económica. Concebido así, tanto la crisis de los modelos desarrollistas en América Latina como la emergencia del

liberalismo económico a partir de finales de los setenta hacen que la noción de populismo pierda su pertinencia histórica.³⁴

La segunda estrategia de negación del populismo –la estrategia conceptual- atiende más bien a la búsqueda por abandonar su utilización en respuesta a la recurrente imposibilidad de reducción de su polisemia. Esta estrategia tiene su origen en el contexto mismo de los debates acerca del populismo clásico, y se representaba en la tendencia a “refutar” por medio de evidencias empíricas particulares la pertinencia de esta categoría.³⁵

En términos sumarios, esta estrategia sostiene que “seguir intentando *descubrir* su *esencia*, sus escenificaciones para entender mejor nuestros dilemas, prácticas y culturas políticas concretas no reviste, hoy, mayor relevancia” (Menéndez-Carrión, 1992: 199). La sospecha que deja ver esta estrategia de *expulsión* del populismo de la gramática de las ciencias sociales es que, en última instancia, su utilización ha generado mayores problemas que ventajas. En palabras de Quijano (1998: 172):

³⁴ En esta misma línea de adscripción del populismo a un contexto histórico específico, Braun (2001) establece la diferencia entre los *populismos* y lo que denomina como *populitos*, versiones desmejoradas de los populismos clásicos que ya no contienen ni la carga redentiva ni los objetivos de integración efectiva propios de los primeros. Similar es el planteo de Hermes (2001), quien pese a reconocer la existencia de “un populismo de los modernos”, le reconoce a éste sólo una similitud “táctica” mas no “estratégica” con el populismo de los antiguos”. En sus palabras (18): “(los populistas modernos) se alimentan de un efímero préstamo táctico de los viejos temas populistas de la defensa de los pobres o del orgullo nacional para hacer digeribles unos planes de ajuste económico de lo más liberal y de lo más carentes de atractivo”. Otro ejemplo de esta perspectiva en Lynch (1999: 63), para quien el significativo neopopulismo “deforma el concepto original de populismo del cual parte y promueve el uso peyorativo, no sólo por académicos, sino también por periodistas y políticos, tanto del concepto original populismo como de su actualización neopopulismo.

³⁵ Un ejemplo de negación del alcance de la categoría de populismo, incluso en su versión “clásica”, es la ofrecida por Quintero (1980), para quien tanto el origen empíricamente sesgado de la categoría (que emerge de los casos de Brasil, México y Argentina, sin considerar las especificidades del resto de las realidades en las cuales se aplica la categoría) como la imposibilidad de volverla armónica con una concepción marxista de la sociedad volvían impropio el asumirla como un concepto de carácter teórico.

El término populismo no puede ser otra cosa que una etiqueta, ciega a la discriminación, sin capacidad alguna de análisis ni de explicación, inapta para dar cuenta del carácter específico y del sentido histórico de esas experiencias políticas. No obstante, es precisamente así como suele ser usado como parte de las plantillas de *lectura* eurocéntrica de la experiencia latinoamericana. Esto es, desde una perspectiva en la cual se asume un supuesto patrón histórico universal, el europeo occidental, respecto del cual todas las demás experiencias históricas no son sino casos particulares y según el cual deben ser, en consecuencia, *leídas* todas ellas.

La perspectiva ofrecida por Quijano es categórica: la utilización actual del concepto de populismo es completamente errática e inútil. Pese a encontrar algunos rasgos comunes en los populismos de *primera generación*³⁶, a juicio de este autor las ciencias sociales siempre se han visto enfrentadas a dificultades extremas al momento de la nominación del concepto, y con mayor fuerza en la década de los noventa, cuando la utilización del término en contextos sumamente diferentes daba inflacionada cuenta de sus inadecuaciones.

Por último, no debo dejar de mencionar la que a mi juicio resulta la crítica más elaborada a los intentos de reinscripción del concepto de populismo. Me refiero a la crítica elaborada por el sociólogo argentino Carlos Vilas (1995; 2004). En su oposición a la utilización contemporánea del populismo, los dos aspectos de la estrategia expurgatoria del populismo que he señalado se encuentran claramente presentes. Y es que, para Vilas, la persistencia del populismo como categoría analítica da cuenta de un intento de *estiramiento conceptual* “carente de rigor metodológico y revelador de cierta

³⁶ Quijano señala en este respecto: “Lo que es común a todos ellos es que ya sea en el discurso, en el movimiento, partido o régimen políticos, juntos o por separado, está presente una cierta perspectiva antioligárquica y antiimperialista (democrática, nacionalista y popular) en extremo contradictoria cuando tiene que tocar la cuestión última del carácter del poder. Por eso, tales *populismos* nacional-democráticos terminaron replegándose en el capitalismo como orden social y en el liberalismo o en el corporativismo o en sus muchas combinaciones, en el orden político” (Quijano, 1998: 178).

confusión analítica respecto del fenómeno a considerar y de los escenarios más amplios que lo enmarcan” (2004: 135).

En sintonía con la estrategia “histórica”, Vilas (1995) plantea que el aspecto característico de los populismos clásicos debe encontrarse en la generación de liderazgos políticos que llevaron a cabo procesos profundos de integración y democratización social. En la década de los noventa, por el contrario, los liderazgos llamados “neopopulistas” se despliegan en un contexto de déficit democrático caracterizado por una tensión entre participación y representación, un creciente distanciamiento entre partidos políticos y sociedad civil (a causa entre otros motivos de la contracción del Estado), la emergencia de nuevos actores fundados en una suerte de “política de la antipolítica”, y condiciones de pobreza favorables a la emergencia de nuevos liderazgos mesiánicos, vaciados ya del contenido democratizador de los liderazgos populistas.³⁷

Habiendo identificado al populismo con un período acotado que no se corresponde con lo que ha sido denominado como neopopulismo, Vilas (2004: 136) intuye que las causas de la “confusión conceptual” se encuentran en la incapacidad para distinguir entre los aspectos componentes de un fenómeno y su complejidad:

³⁷ En atención a estas cualidades de los nuevos liderazgos es que Vilas rechaza la identificación plena entre “masas disponibles” y “liderazgos populistas”. En sus palabras (1995: 37): “el recurso a la noción germaniana de *disponibilidad* no refleja un intento de identificar estos liderazgos nuevos con los populismos del pasado, sino que llama la atención sobre la pérdida de modalidades institucionales de integración social y la apertura a convocatorias políticas alternativas en las que la confrontación (aunque sea meramente simbólica) al orden social y al Estado, es más relevante que el signo ideológico que la preside”. La identificación entre populismo clásico y democratización puede verse también en Lynch, 1999, para quien “el populismo como propuesta política y como movimiento real ya hizo su camino e nuestros países habiendo construido lo que existe de democracia entre nosotros, pero también aviniéndose agotado en el esfuerzo” (64). Una ilustración de esta posición puesta en práctica en una comparación entre los liderazgos de Hugo Chávez y Alberto Fujimori puede verse expuesta en Ellner, 2004. Pese a aceptar el apelativo de “neopopulista” para Fujimori, el autor sostiene que el liderazgo de Chávez se encuentra mucho más cercano a los populismos clásicos.

Como todo fenómeno complejo –y no hay régimen social o político que no lo sea– el populismo tuvo dimensiones e ingredientes políticos, ideológicos, discursivos, estructurales, estilos de liderazgo, etc., que posiblemente no fueron originales en sí mismos o aisladamente considerados, pero cuya peculiar combinación dio origen a nuevos rasgos y definió la caracterización específica del conjunto.

De esta manera es como, a juicio de Vilas, la *tentación descriptivista* de los promotores de la categoría de neopopulismo devino en su reducción a rasgos descriptivamente detectados que sin embargo no necesariamente daban cuenta de la complejidad de su significado histórico.³⁸

Para muchos cientistas sociales, entonces, se acababan las energías para seguir debatiendo en torno a un concepto que difícilmente podía alcanzar un estatuto irrefutable o, a lo menos, no sujeto a permanente sospecha. Y el debate en torno al neopopulismo no hacía más que actualizar esta certeza: “No es que el populismo y su debate teórico se hayan conceptualmente agotado, ya que siempre fue un concepto en bancarrota...” (Sánchez- Parga, 1998: 150).

En estas críticas a la reactivación del concepto se expresaban por lo demás serias reservas a la forma en que el populismo comenzaba a ser repuesto en el debate de las ciencias sociales. Se comenzaba a intuir que su descontextualización vaciaba a la categoría de siquiera algún grado mínimo de especificidad:

³⁸ Pese a lo señalado, Vilas (2005) ha comenzado a explorar en los procesos políticos conocidos como “populismos de tercera generación” la tesis de una reemergencia de una variante populista que contendría sustancialmente los mismos aspectos democratizadores propios de los “populismos de primera generación”. En este sentido, los argumentos de Vilas serían sólo pertinentes para el caso de los “populismos de segunda generación”, pudiendo asumirse a procesos políticos tales como los protagonizados por Chavez en Venezuela y Morales en Bolivia como propiamente populistas, con la única “novedad” de que estos últimos manifestarían una inédita articulación con la tradición política de izquierdas. Una lectura reversa acerca de la relación entre izquierdas y populismos puede verse desarrollada en Paramio, 2006.

Si abandonamos el registro histórico y nos atenemos a la fenomenología política, casi toda la política sería populista, sobre todo en sus momentos más fuertes e intensos de las campañas electorales (Sánchez- Parga, 1998: 151).

En términos estrictos, estas objeciones a la reemergencia del populismo parecieran ser categóricas e irrefutables. Y sin embargo, pese a todo, el populismo sigue circulando como una categoría con fuerte vigencia. ¿Cuáles son las causas de este dilema?

Plantearé algunas respuestas iniciales a esta interrogante.

En primer lugar, pareciera haber en estas críticas a la recurrencia del concepto de populismo una fuerte certeza en la fortaleza que las refutaciones empíricas particulares presentan al momento de evaluar la consistencia de un concepto o de la matriz teórica sobre la cual éste se sostiene. Tal como lo señalé en referencia a las críticas al “populismo clásico”, se percibe en esta estrategia tanto 1) una sobrevaloración del poder de las refutaciones empíricas como 2) una subvaloración de la capacidad de las *hipótesis ad hoc* para hacer frente a dichas refutaciones.

En segundo lugar, en estas críticas subyace la creencia en la estabilidad y coherencia plena de los conceptos como requisito innegociable para su legítima utilización. Ello supone, por ejemplo, la posibilidad de establecer una clara distinción entre “denotación” y “connotación”, por una parte, o entre un uso “científico” y un uso “político” de los conceptos, por otra, distinciones que en el ámbito de la epistemología se encuentran severamente cuestionadas. Por lo demás, ya en el capítulo I planteé que todo signo se encuentra afectado por una insuperable inestabilidad que vuelve inevitablemente precaria toda estabilización de sentido de la cual sea objeto. A partir de esto es que es posible preguntarse: ¿existe acaso en la tradición liberal una mayor estabilidad de

sentido que permita hablar inequívocamente de ella?³⁹; ¿ocurre lo mismo con el marxismo?; ¿no son acaso los conceptos de “política” y “democracia” tan omnipresentes como polisémicos? Fustigar el concepto de populismo en atención a su reconocida equivocidad sería, por consecuencia, un ejercicio igualmente válido para la totalidad del léxico de la política.

En tercer lugar, y por último, creo posible sostener que en la totalidad de las críticas a los usos actuales del populismo se visibiliza una omisión a mi juicio altamente problemática: me refiero a la omisión del propio gesto de nominación del populismo. Y es que, tal como ya lo señalé al inicio de este capítulo, la mirada acuciosa al populismo suele dirigirse hacia su comprensión en tanto objeto, mas no hacia su comprensión en tanto “discurso”, “práctica discursiva” o ejercicio nominativo. En este sentido es que se vuelve válido insistir en la pregunta acerca de cuáles son los motivos de la *recurrencia populista* en el ámbito de la nominación: ¿por qué la recurrencia del nombre?; ¿qué sintomatiza la persistencia de su polisemia?; ¿por qué las dificultades para su estabilización?

En lo que sigue, intentaré acercarme al concepto de neopopulismo con la intención de reponer la centralidad de las preguntas esbozadas. Para ello, sin embargo, será necesario un breve rodeo que permita establecer las condiciones a partir de las cuales fue posible transitar desde las concepciones clásicas hacia los nuevos intentos de categorización del populismo.

³⁹ Sobre el carácter “equivoco”, “polisémico” o “diseminado” (según se quiera) de los contenidos de la tradición liberal versa la investigación de Guillermo Pereyra: *El liberalismo y lo político. Teoría liberal, hegemonía y retórica*. Debo a sus comentarios esta observación.

2. La reemergencia del populismo y la centralidad de la política: el difícil objetivo de la desinscripción contextual

¿Cómo acoger la heterogeneidad de los lugares de inscripción del populismo al mismo tiempo que continuar afirmando su especificidad? En el capítulo anterior he señalado que los conceptos clásicos se caracterizaron por vincular este fenómeno a una serie de características que trascendían a su pura expresión política. Asumidas a partir de un ejercicio de construcción de una *totalidad estructural* que requería de la presencia central de categorías dicotómicas a partir de las cuales se volvía posible pensar al populismo, lo cierto es que las definiciones clásicas se sostenían en una fuerte tendencia a excluir la posibilidad de asumir este fenómeno en términos estrictamente políticos. Y ello, no tanto a causa de una incapacidad para definir adecuadamente el concepto de “lo político”, sino que más bien a causa de que éste no podía ser pensado como una esfera específica.

Ahora bien, las nuevas formas de conceptualización del populismo emergen como el resultado de una estrategia doble de 1) inversión desde una lógica estructural hacia una lógica empírica de detección de rasgos y 2) concentración, a partir de un ejercicio previo de delimitación conceptual, de la especificidad populista en el campo exclusivo de la política.

En relación a la primera estrategia, un ejemplo claro de conceptualización a partir de la detección empírica de rasgos del populismo es posible de ver expresado en lo que ha sido denominada como la “definición economicista” del populismo, la cual emergió en América Latina hacia finales de la década de los ochenta, como efecto de una naciente

euforia liberal que veía en la liberalización económica, la apertura de los mercados financieros y la reducción del tamaño del Estado la clave para la generación de procesos de desarrollo en la región. Pues bien, y de acuerdo a esta concepción, el populismo debía ser conceptualizado como un conjunto de políticas económicas caracterizadas principalmente por la búsqueda de resultados de carácter político. Es así como, según esta concepción, el populismo

Supone un conjunto de *políticas económicas* destinadas a alcanzar *metas políticas* específicas. Tales metas políticas son: i) movilizar el apoyo de los trabajadores organizados y algunos grupos de la clase media baja; ii) obtener un apoyo complementario de las empresas orientadas hacia el mercado interno, y iii) el aislamiento político de la oligarquía rural, las empresas extranjeras y las *élites* industriales de grandes productores nacionales" (Kaufman y Stallings, 1992: 25).

Obtención de beneficios políticos a partir de programas económicos específicos, entonces, es lo que define al populismo. Ahora bien, ¿en qué consisten específicamente esos programas económicos? Según Dornbusch y Edwards (1992: 15),

Una y otra vez, en un país como en otro, los gobernantes han aplicado programas económicos que recurren en gran medida al uso de políticas fiscales y crediticias expansivas y a la sobrevaluación de la moneda para acelerar el crecimiento y redistribuir el ingreso. Al aplicar estas políticas, por lo general no ha habido preocupación por la existencia de restricciones fiscales y cambiarias. Después de un breve periodo de crecimiento y recuperación económicos, surgen cuellos de botella que provocan presiones macroeconómicas insostenibles y que finalmente conducen al derrumbe de los salarios reales y a graves dificultades de la balanza de pagos. El resultado de estos experimentos ha sido generalmente una inflación galopante, la crisis y el colapso del sistema económico. Luego de estos experimentos no queda más opción que instituir un programa de auxilio del Fondo Monetario Internacional. El carácter autodestructivo del populismo es evidente

en la gran declinación del ingreso *per capita* y los salarios reales en los últimos días de estas experiencias.

En consecuencia, y de acuerdo a esta concepción, el populismo se corresponde con una racionalidad económica dominada por objetivos de carácter político, lo cual, para los efectos de esta argumentación, deviene necesariamente en la imposibilidad de generar procesos de desarrollo económico adecuados en la región.⁴⁰ Curiosamente, sin embargo, lo que para esta concepción corresponde a una colonización de las lógicas políticas a la dinámica económica se encuentra como fundamento de políticas de desarrollo tales como las de los Estados de Bienestar Keynesianos⁴¹, políticas que difícilmente pudieran ser caracterizadas como populistas.

En definitiva, los problemas de esta definición del populismo saltan a la vista. Si por una parte la concentración en los programas económicos y en el predominio de la lógica política permite calificar como populistas a la totalidad de los estados que aplican o han aplicado políticas de carácter keynesiano (incluyendo, por supuesto, a las economías de Europa Occidental), basta por otro lado con que dichas políticas no sean aplicadas para que una realidad política deje de ser calificada como populista.⁴² Lo curioso de estas

⁴⁰ Similar es lo que, para otros contextos, plantea Álvarez Junco (1994: 19): "El populista... parece suscribir un esbozo de estado protector o del bienestar, pero no se hace cargo de sus costes. Combina exigencias de moralidad cívica y austeridad presupuestaria, típicas de las economías tradicionales, con promesas de servicios públicos y seguros sociales característicos del capitalismo expansivo".

⁴¹ Sobre esto, remito a Offe, 1990. Persistente resulta también la ligazón entre las políticas populistas y las propuestas que la CEPAL, desde finales de la década de los cuarenta, comenzó a plantear en América Latina. Sobre esto, Lynch (1999: 68) cuestiona el carácter extemporáneo de esta homologación: Lo que se podría denominar como "la gran síntesis", los trabajos de la CEPAL y en especial los aportes de Raúl Prebisch, de las políticas económicas en los regímenes nacional-populares recién se desarrolla en los años cincuenta, dando origen a enconadas polémicas con críticos tanto desde la derecha liberal como desde la izquierda socialista. Podemos, entonces, hablar de una economía del populismo en el curso o después de la experiencia populista, pero no ex-ante, es decir, como un proyecto articulado que la precedió. Esta precisión es importante porque le quita el ingrediente conspirativo al ataque neoliberal a las políticas económicas que no siguen sus pautas y hace ver que el populismo, en el terreno económico, fue en buena medida una reacción frente a los fracasos anteriores del manejo oligárquico-exportador de inspiración liberal en la región".

⁴² Sobre esta concepción economicista del populismo, Vilas (2004: 139) señala: "este reduccionismo desconoce que la política de flexibilidad fiscal y presupuesto blando ni es exclusiva del populismo, ni fue

conclusiones queda claramente expuesto en el siguiente balance sobre las posibilidades de reemergencia del populismo, realizado a comienzos de la década de los noventa:

Si las nuevas políticas basadas en el mercado no producen resultados positivos a mediano plazo, aumentará la oposición y, a pesar del debilitamiento de las bases de apoyo tradicional del populismo, podría ocurrir un retomo a los ciclos populistas, por lo menos en algunos países. En la reciente elección presidencial brasileña, el candidato de la izquierda, que ofrecía una plataforma populista muy tradicional, fue derrotado por escaso margen por el antipopulista Fernando Collor. Y Cuauhtémoc Cárdenas en México, que defendía también principios populistas, movilizó el desafío electoral más grande jamás alcanzado contra un candidato del dominante PRI. No podemos saber por adelantado si tales candidatos, una vez en el cargo, implantarían efectivamente políticas populistas. Como Menem y Pérez, podrían traicionar las expectativas de los votantes. Si pretendieran aplicar políticas populistas, la situación podría degenerar rápidamente en el caos, como ocurrió recientemente en el Perú (Kaufman y Stallings, 1992: 44).⁴³

Pese a las notorias inconsistencias de este intento de reconceptualización del populismo, varias son los alcances que se pueden extraer de este gesto. El más importante de ellos, a mi juicio, se refiere a la explicitación del intento por desatar al populismo de un contexto de inscripción específico al condensar la definición en un rasgo exclusivo situado al nivel de las políticas económicas, aun cuando dicho intento halla sido fallido

implementada por todos los regímenes populistas". En acuerdo con este cuestionamiento, Roberts (1999: 379), advierte que el problema de la identificación del populismo con políticas expansivas en relación al gasto fiscal es que no considera que "...su elasticidad permite aplicar el epíteto a cualquier gobierno, desde Allende a Sarney, que no puede obtener recursos acordes con sus compromisos de gasto, tenga o no una coalición social o un estrilo de liderazgo populista".

Ahora bien, el único aspecto que podría diferenciar certeramente a las políticas keynesianas de las populistas, según esta lógica, es que estas últimas se ven enfrentadas necesariamente al fracaso. Sin embargo, este criterio sigue siendo muy débil, pues 1) las crisis económicas no necesariamente son efecto de políticas populistas, 2) las políticas keynesianas también pueden ser consideradas (en el lenguaje neoclásico que se encuentra a la base de estos críticos) como necesariamente fallidas en el largo plazo, y 3) el balance de las políticas económicas populistas difícilmente puede ser asumido como enteramente negativo, incluso desde la perspectiva crítica arriba esbozada.

⁴³ Para una ilustración de la lógica analítica y de las inconsistencias propias de esta concepción del populismo aplicada al "populismo chileno de la Unidad Popular", ver Larraín y Meller, 1992; Cousiño, 2001.

pues, tal como señala Roberts (1999) el objetivo de la desinscripción se lograba a costa de hacer el concepto tanto demasiado elástico, por una parte, como demasiado restrictivo, por otra. Este ejercicio de delimitación empírica de rasgos como estrategia privilegiada para la conceptualización del populismo, como veremos, se seguirá ejercitando más adelante, aunque con un nivel de complejización mayor al que ofrece esta caracterización.

Ahora bien, y en relación a la segunda de las estrategias mencionadas (la delimitación del populismo como un concepto específicamente político), una de las primeras conceptualizaciones que declararon como objetivo explícito hurgar en la especificidad del populismo en tanto fenómeno político corresponde a los planteos del sociólogo francés Alain Touraine (1989), quien ya en la década de los setenta buscaba definir al populismo como una forma, eminentemente latinoamericana, que daba cuenta del carácter central que adquiriría la política en los procesos sociales, económicos y culturales de la región. Desarrollaré esta idea.

Si asumimos la lógica argumentativa de Touraine, se debe partir de la idea de que todo sistema político se caracteriza por ser el lugar de expresión de distintos intereses (políticos, económicos, sociales o ideológicos) que pugnan por dirigir el aparato estatal. En una democracia liberal-representativa, tales intereses se representan por medio de partidos políticos que operan, o debieran operar, como punto de encuentro entre la matriz político-estatal y la matriz societal (Garretón, 1995). La matriz societal, por su parte, se encuentra ligada al ámbito de expresión de intereses “particulares” que, necesariamente según esta lógica, deben articularse con el ámbito de la política para alcanzar visibilización en el espacio político-estatal.

Este modelo, sin embargo, no operó como una constante en América Latina. Tal como señala Touraine (1989), los sistemas y dinámicas políticas de la región se caracterizaron por una fuerte interdependencia entre retóricas que aluden a tres planos distintos: la retórica de la lucha de clases, de la independencia nacional y de la integración social. Tal vinculación entre “planos distintos” generó de acuerdo a Touraine (1989: 134) una forma específica de vinculación entre lo social y lo político en América latina, forma que da cuenta tanto de la debilidad como de la fortaleza de sus sistemas políticos:

Esta tridimensionalidad de la acción política y social parece, pues, ante todo, un factor de debilidad, que podría explicar la impotencia de los movimientos sociales y políticos para organizarse fuerte y duraderamente y para conquistar el poder. Pero, a la inversa, podemos pensar que es ella la que permite, con bastante frecuencia, la conjunción de fuerzas de oposición capaces de transformar profundamente, a veces revolucionariamente, la vida nacional...la acción colectiva sólo es eficaz en América Latina cuando combina varias dimensiones, cuando tiene objetivos de clase al mismo tiempo que antiimperialistas y de integración nacional. Aquello que constituye la debilidad de los movimientos políticos es también lo que forma su fuerza: ahí está la especificidad de la América Latina.

La interdependencia arriba reseñada, sin embargo, no se tradujo en una articulación eficiente entre los distintos planos de la vida social (Touraine, 1989: 136). Es más, esta situación condujo a que, entre otros efectos, los movimientos sociales pierdan su independencia tanto respecto al Estado como respecto a los actores políticos. Y es precisamente en este contexto en el cual emergen los estados nacional-populares, definidos por Touraine como resultantes de una retórica política tendiente a combinar nociones tales como las de nacionalismo, apelación al actor colectivo pueblo en tanto comunidad, defensa del rol central del Estado en el desarrollo y un discurso antioligárquico y antielitista. La realidad de esta modalidad político-estatal, en

consecuencia, daba clara cuenta de la centralidad que en América Latina adquieren las dinámicas políticas, de las cuales el populismo fue una clara expresión.

Pese a su restricción a un contexto específico de modernización, en definitiva, el concepto de “régimen nacional-popular” ofrecido por Touraine planteaba ya una fuerte atención a la dimensión política, contrariamente a las definiciones clásica que le fueron contemporáneas. Con claridad, así, Touraine comenzaba a instalar la pregunta respecto a los alcances preformativos y ya no meramente epifenoménicos del populismo.⁴⁴

Concluyendo: las dos estrategias descritas se encuentran a mi juicio a la base de lo que serán las conceptualizaciones posteriores del fenómeno populista a partir de la década de los noventa. De aquí en adelante, la potencia iterativa del concepto se volverá posible gracias a 1) su inscripción en una dimensión estrictamente política y 2) su liberación definitiva de la ligazón con contextos específicos de emergencia. Tal es el camino que se sigue, entonces, para que la emergencia de la categoría de neopopulismo adquiera verosimilitud.

Observemos ahora en qué consiste específicamente este renacimiento del populismo bajo el auspicio de una estrategia de conceptualización, ya podemos decirlo, eminentemente distinta a la que caracterizó al populismo clásico. Roberts (1999; 376), por ejemplo, luego de destacar la emergencia de liderazgos populistas que condujeron a políticas de corte neoliberal, justifica con el siguiente argumento la pertinencia de este “encuentro histórico”:

⁴⁴ Debe observarse, sin embargo, que las nociones dependentistas acerca del populismo, referidas ya en el capítulo I, realizaron algunos avances en este sentido.

Esta nueva variante está asociada con la descomposición de formas institucionalizadas de representación política que a menudo se produce durante períodos de trastorno social y económico. Su emergencia demuestra que el populismo se puede adaptar a la era neoliberal y que no está definido por el derroche fiscal; de hecho, aun restringidos por la austeridad fiscal y las reformas de mercado, los líderes personalistas han descubierto diversos instrumentos políticos y económicos para movilizar el apoyo del sector popular cuando las instituciones intermedias están en crisis.

El trasfondo histórico de un tiempo de reformas económicas de corte neoliberal sitúa al populismo en un contexto radicalmente distinto a aquel que definió su emergencia primera en América Latina. Las causas de su “re-presentación” son otras, pero la “realidad populista” es la misma. ¿Cómo explicar esto?: ¿Corresponde este encuentro entre populismo y neoliberalismo a una articulación contingente, o existen rasgos en el neoliberalismo que lo vuelven compatible con la lógica política populista? En relación a esta interrogante, existe respuesta para ambas posibilidades: ya sea como encuentro contingente, ya sea como complementariedad posible de determinar apriorísticamente, populismo y neoliberalismo tienden a encontrarse en la escena histórica.

Sobre lo arriba dicho, creo posible observar en este nuevo escenario un problema de compleja solución: al mismo tiempo que la descontextualización de la categoría de populismo se vuelve condición de posibilidad de su reemergencia, ésta sólo puede tornarse posible a condición de un procedimiento de “reinscripción contextual” por medio del cual el populismo, luego de *navegar* por las corrientes de un mar transhistórico, vuelve a *pisar* la firme tierra del contexto histórico.

Más adelante volveré a este problema. Concentrémonos ahora en la lógica argumentativa que sostiene la pertinencia de este *encuentro* entre populismo y

neoliberalismo. Para quienes sostienen la presencia de ciertos rasgos característicos del neoliberalismo que permiten vincularlo con políticas de carácter populista, se debe prestar especial atención a los efectos que la implementación de la agenda librecambista genera en el espacio social, tanto a nivel de las instituciones intermedias como a nivel de la constitución misma del *lazo social*. Observemos lo que plantea Zermeño (1999: 370):

Cuando una sociedad está atomizada, sin grupos secundarios, asociaciones intermedias o corporaciones (...) en los hechos delega su unidad a la institución estatal y está al inermes frente a ella. En esas condiciones el Estado es libre para manipular a la población sin que nada amenace a su independencia.

El populismo, según esta lectura, se activaría en el fértil terreno de sociedades cuyos sistemas de representación política y simbólica se encuentran fuertemente erosionados, pero que sin embargo requieren de ciertos núcleos de legitimación que permitan la reproducción del orden político, tal como en el caso del régimen fujimorista en Perú, en donde

El populismo –yendo más allá de sus definiciones clásicas- se convierte en un sistema de legitimación de regímenes liberales en la medida que responde a la necesidad de acercar el Estado a los gobernados a través del recurso a actos cargados de simbolismo (Baíbi, 1992:55).

De esta manera, entonces, es que políticas marcadamente neoliberales tales como la estrategia de focalización de programas sociales pasan a ser vistas como plenamente compatibles con el populismo, tal como lo expresa Roberts (1995: 91) en relación a la vinculación de este tipo de planes de intervención social con la implementación de *redes populistas* en el caso del fujimorato: “El caso peruano sugiere que un estricto

proyecto neoliberal en el macronivel puede ser compatible no sólo con un liderazgo político populista sino que también con medidas económicas populistas en el micronivel”.⁴⁵

Lo que subyace a estos argumentos de compatibilidad entre populismo y neoliberalismo es, a mi juicio, la afirmación de que el neoliberalismo contiene una fuerte tendencia a la diferenciación entre las esferas económica, por un lado, y política y social, por otro, tendencia que a su vez contrasta con la necesidad que todo sistema político requiere de generar estrategias eficientes de legitimación. Y es a partir de este “contraste” que puede comprenderse de qué forma procesos de sensible debilitamiento institucional, erosión de las identidades colectivas y atomización de los grupos sociales pueden ir acompañados, como veremos más adelante, con momentos de alta movilización social y popular como efecto de la irrupción populista. De cierta forma, entonces, el populismo emerge como suplemento de procesos de transformación social que requieren de niveles mínimos de legitimidad que, por sí solos, no pueden producirse bajo la lógica de diferenciación radical propia de todo programa neoliberal.

Concluyendo: ¿Cómo fue posible el encuentro histórico entre neoliberalismo y populismo? Dicho encuentro fue posible a condición de un doble movimiento, político y epistemológico, de diferenciación entre “política” y “economía”. Para aclarar este argumento, obsérvese la siguiente descripción de la dinámica populista:

Trátese de Carlos Menem en Argentina, de Alberto Fujimori en Perú o de Hugo Banzer en Bolivia, la secuencia, con algunas variantes, es

⁴⁵ Junto con el caso de Fujimori en Perú, Roberts plantea que esta conciliación entre objetivos “teóricamente técnicos” de los programas de focalización y resultados “prácticamente populistas” de su implementación también puede verse expresada en los casos de Carlos Salinas en México y Carlos Menem en Argentina.

siempre la misma: campañas electorales *antiestablishment* y antiliberales; después, una vez electos, viraje y lanzamiento, con frecuencia a gran velocidad, de reformas que harían palidecer a cualquier conductor de un convoy monetarista. Una vez que la población tragó la pildora amarga, lo esencial para los equilibristas populistas es mantenerse en los sondeos de opinión y, a veces, hasta logran reelegirse estos maestros en el arte político de perdurar. Dicho de otra forma, su línea de conducta fundamental es apelar al pueblo, referirse al pueblo, tratando de satisfacer el mayor tiempo posible sus expectativas, pero conservando siempre a la vista el deseo invariable de permanecer, conciliando hábilmente tácticas de corto plazo y estrategias de largo plazo. De la tensión entre estas dos temporalidades nace una gestión administrativa singularmente pragmática, zigzagueante entre un registro de economía política populista (promesas de beneficios de redistribución inmediatos, indoloros) y otro antipopulista (distribución de los costos de las reformas entre diferentes sectores en conflicto (Santiso, 2001: 240).⁴⁶

Como vemos, es sólo a partir de esta diferenciación tajante entre intereses económicos y práctica política que puede emerger el populismo en un contexto tan radicalmente distinto al de su emergencia primera en América Latina.⁴⁷

En definitiva, la reemergencia del (neo)populismo fue de la mano de su inscripción al interior de un nuevo contexto signado por la generación de procesos de liberalización económica en la región. Curiosamente, la crítica a la ligazón estrecha entre el populismo y el contexto “desarrollista” deviene en un ejercicio de recontextualización que generará una serie de problemas a los cuales haré referencia más adelante. En lo que sigue, me

⁴⁶ Otros ejemplos históricos de este curioso encuentro entre populismo y neoliberalismo son los que ofrecen Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Michael Mandy en Jamaica, Rodrigo Borja en Ecuador y Jaime Paz en Bolivia.

⁴⁷ Lo expuesto en relación al vínculo entre “legitimación” y “populismo” ha llevado a algunos autores a definir al populismo como una forma específica de producción de legitimidad política (Ver, por ejemplo, Martuccelli y Svampa, 1992).

concentraré en las definiciones más recurrentes acerca de nuestro “objeto”, intentando dar cuenta de los principales “rasgos” que definen al “estilo populista”.

3. Populismo: la invocación del fantasma

Tal como ya he planteado a lo largo de esta investigación, el dilema central de las conceptualizaciones acerca del populismo reside en la búsqueda por lograr elaborar un concepto que, a medio camino entre su “contexto de emergencia” y la “categoría pura”, logre aprehender la especificidad de dicho fenómeno político. Para quienes pugnaban por reinstalar la categoría, la solución a este dilema pasaba entonces por “reconfigurar” su sentido, excluyendo de su definición aquellos atributos que no le son esenciales y definiendo con precisión la dimensión particular en la cual éste se expresaría. En palabras de Weyland (2004: 29):

Parece aconsejable abandonar las nociones de dominio múltiple -tanto las acumulativas como los conceptos radiales- y redefinir al populismo como un concepto clásico ubicado en un único dominio. Esta reconceptualización mejora la claridad al identificar el dominio central del populismo mientras descarta atributos de otras esferas que no son esenciales. Mientras que los conceptos acumulativos y radiales requieren que la extensión de una noción sea delimitada en diferentes dominios y de esta manera creen múltiples conflictos limítrofes, los conceptos clásicos enfatizan un dominio y por lo tanto facilitan la delimitación de la extensión del populismo. Más allá, los conceptos clásicos calzan en un sistema jerárquico de conceptos mientras que la relación entre los diferentes conceptos acumulativos o radiales -que crean una amplia zona gris de instancias imperfectas o subtipos disminuidos- es menos clara.

Tal como ya lo señalé en el capítulo I, la propuesta de Weyland buscaba fundamentarse en la necesidad de evitar el uso de categorías que adicionen atributos pertenecientes a distintos ámbitos o dimensiones de la vida social o que, en la búsqueda de su precisión, pierdan toda relación con sus contextos de inscripción contextual específicos.

Para resolver los dilemas planteados, Weyland opta por la tercera modalidad de definición enumerada más arriba, y restringe el concepto de populismo a su dimensión específicamente política, asumiéndolo como una modalidad estrictamente política respecto a la cual el contexto opera meramente como entorno:

Una definición política del populismo es entonces preferible. Esta conceptualiza al populismo como la forma específica de competencia y de ejercicio del poder político. A la vez, sitúa al populismo en la esfera de la dominación y no de la distribución. Primero y principalmente, el populismo da forma a patrones de reglamentación política, y no a la distribución de beneficios o pérdidas socioeconómicas. Esta redefinición política captura de mejor forma el objetivo básico de los líderes populistas, principalmente el ganar y ejercer el poder mientras utilizan políticas económicas y sociales como un instrumento para este propósito. Por lo tanto, esta reconceptualización está más acorde con el oportunismo de los líderes populistas y la carencia de un compromiso firme con políticas sustantivas, ideas o ideologías (Weyland, 2002: 30).

Hasta aquí, creo que la intención de Weyland representa gruesamente los objetivos y la lógica nominativa presente en gran parte de las definiciones actuales relativas al populismo. Sumariadas, entonces, tenemos que las nuevas estrategias nominativas 1) buscan liberar la categoría de constricciones contextuales; 2) especifican un campo o dominio específico en el cual ésta se expresa e 3) identifican dicho dominio como exclusivamente político.

Y sin embargo, hasta aquí sólo he mencionado la lógica mediante la cual se accede a la categorización, mas no el contenido específico de la misma. Debemos preguntarnos entonces: ¿Qué es concretamente el populismo? Frente a esta pregunta, la respuesta que más frecuentemente se ofrece en la variada oferta del mercado nominativo es la comprensión del populismo como un *estilo particular de acción política*. Esta definición opera a partir de la detección de una serie de rasgos que, siendo propios de una política y un escenario que gruesamente se puede denominar como democrático, o bien se exageran o bien se aminoran. Antes de definir estos rasgos en su especificidad, observemos algunas de las definiciones de este “estilo populista”. Comenzaré con la “sintomática” enumeración de los atributos que, a juicio de Novaro y Palermo (1996: 20), permiten ver a Menem como un líder que ambiguamente hacía uso del tradicional *repertorio peronista*.⁴⁸

Menem movilizó en su provecho, para fundamentar ante la sociedad su audaz plan de reformas, y lograr el acompañamiento de sus votantes y su partido, no pocos de los recursos típicamente peronistas: la *confianza en el líder* como conductor de la *réfundación de la nación* y de la *unidad del pueblo* ayudó a sortear los problemas de credibilidad iniciales; las *invocaciones contra la clase política* y la política tradicional, que tanto provecho le habían proporcionado a Perón en su momento, justificaron el reclutamiento de figuras de otras corrientes políticas, incluso artistas y empresarios, la *descalificación de sus adversarios* y el *disciplinamiento de sus legisladores* al curso reformista; el tradicional *pragmatismo* peronista le permitió absorber el discurso del libremercado y el alineamiento con los Estados Unidos sin demasiados problemas. En suma, de no haber sido peronista, difícilmente Menem hubiera logrado convencer a sus seguidores y aliados de apoyarlo en el camino emprendido durante estos años

⁴⁸ En las citas que siguen, las cursivas son mías.

Observemos ahora estas otras definiciones:

Veo al populismo como un *estilo de movilización política* basado en una *poderosa retórica de apelación al pueblo* y a la *acción de las masas al servicio de un líder*. La retórica populista radicaliza el componente *emocional* común a todos los discursos políticos. Es una retórica que construye a la política como una lucha moral y ética entre la *oligarquía* y *el pueblo*. El discurso populista convierte a la política en una lucha por *valores morales*, sin aceptar el compromiso o el diálogo con el oponente. La política populista está basada en la *acción de las masas*. Las masas ocupan directamente el espacio público para demandar participación política e integración. A su vez, esas masas son usadas por el líder para intimidar al adversario. Los actos masivos llegan a ser dramas políticos en los cuales el pueblo se siente a sí mismo un verdadero participante en la escena política. Las políticas populistas incluyen todas esas características. Es una *alianza interclasista* basada en un *liderazgo político carismático*; un *discurso maniqueo y moralista* que divide a la sociedad entre *el pueblo* y *la oligarquía*; *redes clientelistas* que garantizan el acceso a recursos públicos; y formas de participación política en las cuales las demostraciones públicas y masivas, la aclamación de los líderes y la ocupación de los espacios públicos en el nombre de un líder son más importantes que los derechos ciudadanos y el respeto a los procedimientos liberal-democráticos (De la Torre, 2000: 4).⁴⁹

En términos muy amplios, el populismo puede ser definido como un estilo de hacer política sustentado en la *movilización de masas* y un *liderazgo carismático*. Surge como parte de los procesos de modernización social y política limitados. Estos, se caracterizan por un *sistema partidario frágil*, *debilidad institucional* y amplios segmentos de la población no incorporados o excluidos de la política (Ibarra, 2004: 130).

Se trata de una *forma de liderazgo muy personalizada* que emerge de una crisis institucional de la democracia y del Estado, de un *agotamiento de las identidades* conectadas con determinados

⁴⁹ La traducción es mía. Mayor desarrollo de estas ideas en De la Torre, 1992.

regímenes de partidos y ciertos movimientos sociales, de un *desencanto general frente a la política*, y del empobrecimiento generalizado tras la crisis de la *década perdida* (Burbano de Lara, 1998: 13).

(características del populismo) son la presencia de 1) un patrón *personalista y paternalista*, aunque no necesariamente carismático, de liderazgo político; 2) una *coalición política policlasista*, heterogénea concentrada en los sectores subalternos de la sociedad; 3) un proceso de *movilización política de arriba hacia abajo*, que pasa por alto las formas institucionalizadas de mediación o las subordina a *vínculos más directos entre el líder y las masas*; 4) una *ideología amorfa o ecléctica*, caracterizada por un discurso que exalta los sectores subalternos o es *antielitista y/o antiestablishment*; 5) un proyecto económico que utiliza *métodos redistributivos o clientelistas* ampliamente difundidos con el fin de crear una base material para el apoyo del sector popular (Roberts, 1999: 381).

(Los neopopulismos) se sustentan en liderazgos cuyo vínculo con el electorado está mediado por un *prestigio social obtenido al margen de la política*, una *labor asistencialista* desplegada a través de medios no convencionales, una *precariedad ideológica* sustituida por la imagen pública del *caudillo* y el claro predominio de la dimensión simbólica de la representación política (*carisma*) respecto a la dimensión institucional (partido)" (Mayorga, 1998: 119).

Me detendré aquí, pues ya contamos con algunas de las características más usualmente mencionadas a la hora de definir el neopopulismo. Con algunas diferencias (que para efectos de este análisis no son significativas), el neopopulismo es definido en función de dos aspectos claves: en primer lugar, su emergencia como resultado de un trasfondo histórico de crisis de la democracia, de ausencia de mecanismos efectivos de integración de sectores que se encuentran débilmente integrados a la dinámica política y de debilidad institucional; en segundo lugar, en base a su encarnación en una serie de rasgos tales como la *movilización de masas sin mediación institucional*, la presencia de

expresiones ideológicas amorfas, puramente retóricas o simples interpelaciones emocionales o simbólicas, un fuerte liderazgo tendencialmente carismático, una relación de carácter clientelística con bases sociales de apoyo policlasistas o, derechamente, sin relación directa con la estructura social, y una tendencia a la división maniquea de la sociedad, usualmente bajo la distinción entre el pueblo y la oligarquía.

¿Cuál es la naturaleza de estos rasgos?; ¿De qué manera diferenciarlos respecto a aquellos que constituyen tanto a las democracias liberal-representativas como a los regímenes autoritarios? En lo que sigue, intentaré contestar a estas interrogantes, dando cuenta del contenido específico de cada uno de los rasgos que definen al “estilo populista”.⁵⁰

3.1 Vaguedad ideológica: el inaprehensible pragmatismo populista

Paradójamente, y en relación a los referentes ideológicos que definen al populismo, usualmente se asume como un rasgo de éste su carencia de “contenidos ideológicos precisos y claramente delimitables” (Lazarte, 1999; Mackinnon y Petrone, 1999). En palabras de Aguilar (1994: 10):

Verdadero Jano bifronte, atrapado e indeciso entre el futuro y el pasado, el populismo es políticamente todo agenda y nada implantación, todo un mundo de buenas intenciones y una congénita incapacidad para realizarlas, gran pasión social y poco cerebro político, económico y administrativo

⁵⁰ Cuando sea pertinente, daré cuenta de las diferencias entre el “estilo populista” y el “estilo neopopulista”, aun cuando consideraré como central el vínculo de continuidad entre ambos.

El populismo, de esta manera, puede encarnarse en formas ideológicas diversas, pero siempre trastocando sus contenidos rígidos en función de la primacía de un “pragmatismo” que le permite un alto grado de “volatilidad ideológica”. Obsérvese la siguiente definición ofrecida por Martuccelli y Svampa (1992: 63):

Antes que cualquier cosa, el populismo es ese estilo de enfrentamiento con el mundo y a la vez de evasión; una pose tanto como una práctica; un discurso y a la vez un discurso que hace *cosas* con las palabras; una manera de movilizar al pueblo y a la vez de inculcarle prudencia; una vía de redistribución tanto como un esfuerzo de desarrollo o el llamado a un sobresalto nacional; una forma de enunciación de la dominación tanto como una mistificación ideológica; un ataque a la oligarquía y una defensa de esa misma oligarquía.

Este carácter aporético del populismo es el que impide asumirlo como una “ideología” o, dicho en otros términos, el que sólo permite denotar como su rasgo preciso a nivel ideológico a su vaguedad. En palabras de Kennet Minogue:

En contraste con las consolidadas ideologías europeas, estas creencias tienen la apariencia de paraguas abiertos de acuerdo con las exigencias del momento, pero desechables sin pena al cambiar las circunstancias...no pueden permitirse ser doctrinarios; el pragmatismo debe ser el único hilo de su comportamiento (citado en Laclau, 2005: 25).

Fruto de esta vaguedad es que el populismo no puede ser pensado como una forma ideológica propiamente tal. Es más, es precisamente este rasgo lo que permite verlo como antesala ya sea de formas fascistas o socialdemócratas de integración social (Alvarez Junco, 1994), es decir, como expresión “parasitaria” de contenidos ideológicos que, más temprano que tarde, terminan por “devorarlo”.

Lo particular de esta vaguedad ideológica es que no sólo es reconocida por los liderazgos populistas sino que, al mismo tiempo, celebrada y ensalzada como expresión de un “sano antiintelectualismo” y “antirracionalismo” que los vuelven más *cercanos* a sus fuentes de apoyo social.

¿Cómo dar cuenta de este rasgo específico de los populismos? Evidentemente, el populismo no puede ser aprehendido a partir de la determinación analítica de sus contenidos ideológicos ni doctrinarios. El camino adecuado es más bien el de una sintomatología de las “fallas” de las democracias representativas, o bien el de una psicología social o una fenomenología que logre captar su *sentido* en un más allá de contenidos, objetivos y proyectos que claramente carecen de adecuación a un marco referencial que lo homologue, por ejemplo, a las expresiones ideológicas liberales:

Dada la reconocida pobreza teórica de los populismos, el más obvio de los errores estratégicos es intentar estudiarlos como una ideología o una *corriente de pensamiento*, al estilo del liberalismo, por ejemplo, que puede explicarse a partir de la obra de grandes autores como Locke o Montesquieu....(los populismos) son fenómenos más primarios, del estilo de las religiones o los lazos de parentesco, y por tanto deben tratarse desde enfoques antropológicos o psicológicos más que intelectuales (Alvarez Junco, 1994: 12).⁵¹

¿Qué hay de específico entonces en el populismo si no existe ideología? La respuesta es clara. Lo que hay es “pura retórica”: “En lo fundamental, lo que caracteriza al populismo es el exceso. El exceso de palabras y el exceso de gasto... es una experiencia constituida enteramente en el espacio de un quehacer político fundado en la retórica...”

⁵¹ Este último aspecto es el que explica, en gran parte, la creciente presencia en la ciencia política y la sociología de una mirada “etnográfica” hacia fenómenos que, claro está, no contienen la “claridad” que si se encontraría presente en expresiones políticas dotadas de contenido ideológico. Ejemplos prístinos de esta forma de aproximación al populismo se pueden ver expuestos en De la Torre (2000, 1999, 1996, 1992); Alvarez Junco (1990); Auyero (1998).

(Cousiño, 2001: 194). No es necesario detenerme, pues queda clara aquí la comprensión del componente retórico como un efectivo suplemento con el cual los populismos hacen frente a su constitutiva carencia ideológica.

3.2 El Liderazgo: O la irrupción de falsos profetas

¿Por qué el populismo triunfa en determinadas situaciones?; ¿qué ventajas tiene sobre las formas democrático-representativas de acción política? De la Torre (1999: 326), haciendo referencia a las cualidades que el liderazgo populista de Velasco Alvarado manifestó para instalarse centralmente en el espacio político ecuatoriano, señala que su discurso “no sólo articuló las demandas, aspiraciones y críticas existentes; también les dio una nueva forma que fue percibida como válida y creíble para amplios sectores de la población”. Nos adentramos entonces al segundo rasgo característico de los populismos: la centralidad del liderazgo en la constitución de su identidad política.

Si el populismo, como vimos más arriba, no contiene rasgos ideológicos que lo definan, hay que buscar la fuente de la cohesión que genera su unidad analítica en las cualidades que su líder manifiesta para construir identidades. Y sin embargo, ¿cuál es la especificidad de tal liderazgo? A diferencia de los liderazgos contenidos en toda identidad política, el liderazgo populista se constituye como un eje central sin el cual difícilmente puede sobrevivir el estilo populista. Ejemplos de ello sobran: Alberto Fujimori en Perú; Abdalá Bucaram en Ecuador; Carlos Menem en Argentina, junto a los liderazgos más recientes de Evo Morales y Hugo Chávez en Bolivia y Venezuela, respectivamente.

Ahora bien, la consideración de este rasgo suele vincularse a un síntoma de niveles considerables de déficits en la configuración de los sistemas políticos de la región. Y ello, por cuanto la concentración de una identidad política en una instancia personalista de representación deviene en la activación de problemas tales como la discrecionalidad del poder político una vez que el líder alcanza el poder ejecutivo, la consecuente imprevisibilidad de las decisiones y la erosión de la solidez de las instituciones político-democráticas.

Lo arriba expuesto coincide meridianamente con la definición que Guillermo O'Donnell (1997) ha desarrollado acerca de las así llamadas *democracias delegativas*. Considerando que dicha categoría ofrece una perspectiva analítica que ofrece “algo más” que la mera enunciación del rasgo en cuestión, plantearé una breve aproximación a su implicancia para la comprensión de lo que puede ser entendida como la especificidad del liderazgo populista.⁵²

Para O'Donnell, las transiciones democráticas inauguradas en América Latina desde mediados de la década de los ochenta se vieron prontamente enfrentadas a una serie de problemas ligados fundamentalmente con la incapacidad de los estados para generar reformas tendientes al desarrollo de la ciudadanía y la igualdad económica y social. Lo que este problema abre es la necesidad de impulsar una “segunda etapa de reformas

⁵² Cabe aquí una aclaración: El concepto que ofrece O'Donnell no es directamente homologable con el populismo. Es más, el autor se cuida de explicitar la diferencia que existiría entre ambos fenómenos políticos. Frente a esto, cabe preguntarse: ¿por qué explicar el liderazgo populista a partir de esta categoría? La respuesta a esta cuestión es doble: 1) porque, en general, la atribución al populismo del rasgo “liderazgo personalista” no suele ir acompañada de su enmarque en un esquema analítico como el ofrecido por O'Donnell, y 2) porque el concepto de democracia delegativa se sostiene en una *gramática neoinstitucionalista* a partir de la cual –implícita más que explícitamente– se ha constituido gran parte de la ciencia política latinoamericana actual. En el capítulo IV de esta investigación haré referencia explícita a esta gramática y su relación con los ejercicios de nominación acerca del populismo.

democráticas” que ponga freno a la sedimentación de formas “delegativas” de democracia que se estarían manifestando como síntoma del desarrollo problemático de los regímenes políticos de América Latina⁵³.

¿En qué consiste entonces el concepto de democracia Delegativa? Sintéticamente, una democracia Delegativa se caracterizaría por los siguientes elementos: la presencia de un fuerte liderazgo situado en el poder ejecutivo; la inexistencia de una dinámica de “pesos y contrapesos” institucionales y formales que limiten la discrecionalidad presidencial; la atomización del cuerpo político contrastada con una movilización funcional en tiempos de elecciones; una concepción predominantemente tecnocrática de la política y, por último, una compleja relación de “armonía en la superficie” con formas democráticas de expresión tanto de la opinión pública como de las instituciones políticas.

En definitiva, esta expresión “anómala” –mas no contrapuesta con los principios básicos de un régimen político democrático entendido en poliárquicos- deviene en la generación de una serie de problemas para la consolidación de regímenes democráticos capaces de generar condiciones institucionales que aporten al cumplimiento de la agenda democrática en América Latina. Sin embargo, ¿qué criterio es el que permite determinar analíticamente la especificidad de este fenómeno político?; ¿Cuál sería el contenido demarcatorio posible de establecer para distinguir la democracia liberal-representativa de la democracia Delegativa? El hecho que las democracias delegativas se caractericen por el desempeño “discrecional” del poder ejecutivo en relación a los “electores” o “ciudadanos” no constituye un aspecto específico de la democracia delegativa, por cuanto todo régimen democrático-representativo se funda en el principio de *prohibición*

⁵³ Este tópico será mayormente abordado en el Capítulo IV de esta investigación.

del mandato imperativo con que Norberto Bobbio (1992) caracteriza a este tipo de democracias en oposición a las “democracias directas”. Ya sea concentrando el poder en la discrecionalidad del ejecutivo, ya sea en mecanismos parlamentarios o aparatos institucionales altamente formalizados, la democracia representativa opera bajo el principio básico de separación entre “gobernantes y gobernados”, consecuentemente al cual opera el axioma de distinción entre “intereses generales” e “intereses particulares”.

Visto así, el fenómeno político de las democracias delegativas no se relaciona con un supuesto origen espurio del poder ejecutivo, ni menos con la ilegitimidad formal en el ejercicio del poder político. Más bien, su especificidad se encontrará en la ausencia de mecanismos de *accountability horizontal* que sí existirían en el caso de las democracias liberales representativas, tal como el mismo O'Donnell advierte⁵⁴. Dicho en otros términos: el problema que O'Donnell percibe en la democracia delegativa no se vincula con los mecanismos de *accountability vertical* –los que deberíamos entender como homologables a los de una democracia liberal-representativa-, sino que más bien con la inexistencia o inoperancia de un diseño institucionales que permita la ya mencionada dinámica de los *pesos y contrapesos* existente ahí donde la “rendición de cuentas” se encuentra institucionalizada.

¿Cuándo no se cumplen entonces los mecanismos de *accountability horizontal*? Sumariamente: Una vez que se impone la discrecionalidad en el ejercicio del poder presidencial, la que se expresa tanto en sus tendencias *decretistas* como en su incomodidad con los mecanismos institucionales de control, supervisión y rendición de

⁵⁴ Sobre la noción de Accountability haré mayor referencia en el capítulo IV de esta investigación.

cuentas. De aquí a lo enunciado más arriba acerca de la especificidad del liderazgo populista hay un solo paso, que el lector fácilmente podrá dar por sí mismo.

En definitiva, la democracia delegativa constituye una expresión anómala de regímenes democráticos que aun adolecen de una serie de mecanismos institucionales que permitan un perfeccionamiento que asegure su durabilidad e inmunidad frente a la “amenaza autoritaria” y la “erosión ciudadana”. En este sentido, la inflación de liderazgos discrecionales y poco adeptos al “control institucional” constituye, como he señalado, el aspecto central en la definición que O’Donnell ofrece de este fenómeno.

Ejemplos prototípicos de “democracias delegativas”, a juicio de O’Donnell, lo constituyeron aquellos liderazgos encabezados por Menem en Argentina, Fujimori en Perú y Collor de Melo en Brasil.⁵⁵ Todos ellos, por lo general, coinciden en ser nominados como representantes igualmente prototípicos del “neopopulismo”. Pues bien: he aquí un argumento “consistente” respecto a la especificidad de esta forma de liderazgo: 1) a diferencia de los regímenes autoritarios, se sostiene sobre la base de la legitimación electoral democrática (accountability vertical); 2) a diferencia de los regímenes liberal-representativos, se sostienen en un ejercicio discrecional del poder que no ofrece adecuación a los mecanismos institucionales formales de control institucional (accountability horizontal).

¿En qué se sostiene este liderazgo?; ¿Cómo comprender su potencial acreditación democrática? Obsérvese la reflexión acerca de las diferencias entre el liderazgo (no

⁵⁵ Desde una perspectiva un tanto distinta, Arenas (2005) atribuye estos rasgos al liderazgo de Hugo Chávez, adicionando un nuevo componente que haría aun más severa la amenaza para la consolidación de las democracias representativas: el militarismo.

populista) del radicalismo argentino y el liderazgo (populista) propio de la tradición peronista que Novaro y Palermo (1996: 132) ofrecen:

En parte la dificultad radical provenia de su concepción de la representación política como un pacto entre gobernantes y gobernados. Con los peronistas es muy diferente. Arquetípicamente, los peronistas gobernando no han firmado ningún pacto con el pueblo porque ellos —en su concepción— son el pueblo. *Ser el pueblo no supone ningún pacto: puede implicar, a lo sumo, una delegación de la masa al líder, que es más bien lo opuesto: en este caso la figura del líder tiende a encarnar el interés general y la voluntad de la nación, sin sentirse obligada a consultar las opiniones particulares o cuidar las formas para tomar decisiones.*

Quedan claras entonces las condiciones que hacen posible el liderazgo populista: en primer lugar, él simplifica la escena política al *presentarse* como la expresión misma del *pueblo*; en segundo lugar, y como consecuencia de ello, logra potencialmente una *identificación* mucho más fluida con sus seguidores; en tercer lugar, supone la *legitimidad* de una *acción discrecional* que en el corto o en el mediano plazo —mas nunca en el largo plazo— permite una mayor eficiencia en el ejercicio del poder político.⁵⁶

⁵⁶ Refiriéndose al destino histórico del peronismo bajo el liderazgo de Menem, Novaro (1998: 43) explicita claramente la *ambigua relación* entre liderazgo y democracia sobre la que el populismo se sostiene: “El populismo peronista...ha renunciado a su pretensión de ofrecer una alternativa a las formas democrático-liberales de organización política. Pero es evidente...que sigue pendiente una resolución de la *tradicional indiferencia peronista respecto de los frenos y contrapesos institucionales, el equilibrio de poderes, y la transparencia y responsabilidad que deben animar a las autoridades en una democracia.* Para los peronistas, aún para los que se han modernizados y han incorporado los principios liberales, dicho muy simplificado, *las instituciones no son un marco que limita la acción de los gobernantes, sino un instrumento en sus manos.* Y cuando no son útiles como instrumentos, son consideradas formalidades jurídicas huecas. Siendo así, cabe decir que, *aun democratizado, el peronismo en el gobierno mantiene una deuda pendiente con la legitimidad democrática.* Deuda que se evidencia, entre otros aspectos, en la *tendencia a violentar la división de poderes, en los intentos de manipular la administración de justicia y subordinar al parlamento, y en un uso extraconstitucional de los poderes presidenciales*” (Las cursivas son mías).

En síntesis: por una forma u otra, mediando azarosos mecanismos de legitimación frente a sus seguidores, el liderazgo populista contiene una *misteriosa capacidad* para confundirse con el pueblo, para “ser el pueblo en el poder”, para monopolizar el ejercicio del poder político, tal como lo expresa Alvarez Junco (1994: 22):

Hay, pues, con el líder populista un cambio radical de actitud frente al dirigente político clásico. Este se consideraba élite, es decir, superior de alguna manera a sus seguidores, y no lo ocultaba. Desde los gobernantes oligárquicos tradicionales del siglo pasado hasta la extrema derecha racista del actual, incluyendo desde luego a los pastores de la grey, inspirados por un llamamiento sobrenatural, o a las vanguardias revolucionarias que han creído poseer superior consciencia histórica, todos han aspirado a enseñar, a orientar, a dirigir, en definitiva. El caudillo populista, en cambio, aparenta no exhibir más credenciales que las de la vulgaridad: él es solamente un hombre de la calle (Alvarez Junco, 1994: 22).

Nos hemos conducido entonces a nuevas preguntas: ¿Cuáles son las condiciones para que lo arriba expuesto adquiriera algún grado de verosimilitud?; ¿cómo es posible, concretamente, estrechar la brecha entre la voluntad del líder populista y las opciones políticas de los ciudadanos? Para responder estas preguntas, será necesario avanzar un poco. Me referiré entonces al vínculo entre populismo, “masas” y “clientelismo” presente en las definiciones acerca de este fenómeno.

3.3 Erosión de la ciudadanía y activación de las masas

Definitivamente, la irrupción de fenómenos políticos de tipo populista no es homologable a la expresión de formas ciudadanas de participación política. ¿Cómo

explicar entonces el vínculo entre liderazgos populistas y niveles de movilización en expansión sin pensarlo como un indicador de fortalecimiento democrático?

Tal como ya lo señalé en relación a las condiciones de emergencia del neopopulismo, éstas suelen identificarse como partícipes de un contexto en el cual los regímenes democráticos no han logrado consolidar mecanismos eficientes de integración social y simbólica. Pues bien, la aparente densidad en la participación social generada por procesos políticos de tipo populista ha de ser leída más bien como síntoma de una ciudadanía agónica que como expresión de un fortalecimiento de un “público racional y deliberante”.⁵⁷

La situación de emergencia de lo popular no tiene un correlato organizativo sino una debilidad en la integración de sus órdenes intermedios, un débil sentimiento de pertenencia al grupo, una situación de cada quien para sí mismo y de todos contra todos (Zermeño, 1999: 370).

Más que expresiones ciudadanas, el populismo activa a individuos atomizados, sin intereses ni identidades consistentes que, inexorablemente, sólo pueden expresarse en forma de masas agrupadas por un liderazgo coyuntural. Más que movilizar ciudadanos,

⁵⁷ La alusión a Habermas es aquí deliberada. Será de utilidad expresar aquí la tensión entre la comprensión kantiana y roussoniana del espacio público que, a mi juicio, bien puede ser leída en analogía con el subtexto liberal que acosa a la crítica al vínculo entre “populismo” y “masas”. Veamos lo que plantea Habermas (1982: 140): “(Para Kant) la legislación misma cede a la voluntad popular procedente de la razón; porque las leyes tienen su origen empírico en la coincidencia pública del público raciocinante... Una ley pública que determina para todos lo que debe y lo que no debe estar en justicia permitido, es el acto de una voluntad pública, de la que emana todo derecho y que con nadie debe poder proceder injustamente. Mas no es posible otra voluntad que la del pueblo en su conjunto... En eso se está siguiendo la argumentación roussoniana con una decisiva excepción: que el principio de soberanía popular sólo bajo el presupuesto de un uso público de la razón puede ser realizado: tiene que haber en cada materia común un espíritu de libertad, pues, en lo que concierne a la obligación general de los hombres, a todos se exige el que estén racionalmente convencidos de que esta coacción es conforme a justicia para que no caigan en contradicción consigo mismos (Las cursivas son referencias textuales a Kant realizadas por el propio Habermas). Pues bien, y tal como se expresa aquí, la oposición entre un “público raciocinante” y una “masa irracional” evidentemente no es un “invento” de la literatura acerca de populismo. Por el contrario, forma parte del repertorio mismo de una filosofía política liberal que subrepticamente se actualiza aquí.

el populismo aparece muchas veces como la única forma de movilizar a una sociedad sin grupos intermedios: "La aparición de movimientos informales parece estar directamente relacionada con una falla de los partidos o del sistema de partidos en tanto estructuras de mediación" (Lazarte, 1999: 410).

Una ilustración prototípica de esta situación se suele encontrar en el caso de Alberto Fujimori, cuyo liderazgo se atribuye a un contexto en el cual la consolidación superficial del régimen político democrático no dejaba ver un proceso más profundo de erosión de la cultura política y de "decepción" con los resultados producidos por ella. Frente a esto, la ausencia de una ciudadanía activa y potencialmente partícipe de espacios institucionales de expresión democrática generaba una ecuación cuyo dramático resultado no podía ser otro que la paradójica "confianza" en el contenido democrático del autogolpe realizado por el mismo Fujimori. En palabras de Balbi (1992: 52):

Lo sucedido el 5 de abril expresa vastos y profundos procesos que venían incubándose en la conciencia popular acerca del régimen democrático representativo, todos los cuales estaban concurriendo a la erosión de la cultura democrática que se gestaba en el país. Sin embargo...la masiva adhesión popular al golpe de Fujimori, con el alto contenido autoritario que porta, resultaría -paradójicamente- de la expectativa de reconstruir una institucionalidad democrática que funcione.

¿Qué aspectos erosionan esta "desilusión" con las democracias liberal-representativas? Curiosamente, y pese a la consabida edificación del concepto de populismo dentro de marcos estrictamente políticos, la situación de inseguridad y precariedad y con que suele caracterizarse a las economías de la región parece ser un aspecto central al momento de hurgar en los contextos al interior de los cuales se vuelve verosímil la

sedimentación de situaciones populistas, tal como lo plantea Hermes (2001: 33): “Francamente hay que admitir con mucha pena que la expansión del populismo de los modernos en América Latina se comprende a la luz de esta falta de seguridad elemental en el desarrollo de la vida cotidiana”.⁵⁸

Obsérvese como también Vilas (1995: 32), aun cuando no identifica los “nuevos liderazgos” con situaciones de tipo populista, sintomatiza de forma análoga sus condiciones de emergencia:

Los nuevos liderazgos de la política de algunos países de América latina expresan la necesidad de reformular la integración política de las masas en el contexto de una abierta tensión entre la democratización de los regímenes políticos y el carácter marginador de las estrategias económicas adoptadas por esos regímenes. Con esta tensión entre factores socioeconómicos y factores político-institucionales como telón de fondo, los datos particulares a la impronta política y cultural de cada país dan cuenta de la efectiva aparición de estos liderazgos, o de su ausencia (Vilas, 1995: 32)

En definitiva, la vinculación entre “populismo” y “masas” manifiesta sus condiciones de emergencia en situaciones de déficit tanto de los sistemas políticos como de las economías de la región. El liderazgo populista, entonces, y más allá de los atributos específicos mencionados en el apartado anterior, requiere de un contexto que lo vuelva posible: la generación, tal como en el caso del “populismo clásico”, de una situación de *disponibilidad de masas* a la espera de un liderazgo que ofrezca cobertura tanto para la carencia de representatividad como para los déficits en seguridad ontológica y económica.

⁵⁸ Sobre esto, ver también De la Torre, 1992. Para una crítica del vínculo entre causas económicas y efectos populistas, ver Novaro, 1994.

Pero, ¿qué son las masas? La respuesta a esta interrogante suele quedar “disponible” a la imaginación y la intuición. En concordancia con esto, entonces, sólo es posible decir que una situación de “masas” puede verse en oposición a una situación “ciudadana”: irracionalidad antes que racionalidad, vínculos afectivos antes que interés; ritualismo de la exposición masiva antes que ratificación electoral (Mackinnon y Petrone, 1999); informalidad antes que institucionalidad. En síntesis, una situación de masas constituye un momento en el cual la indeterminación propia de toda democracia es asumida, antes que por medio de la institucionalización de reglas de competencia, a través de la “puesta en escena” de las masas en momentos que se asumen como ritualizaciones, como momentos míticos de actualización de una plenitud ausente (Martuccelli y Svampa, 1999). Es por ello que el populismo, de acuerdo a este criterio, ha de ser concebido como indisoluble a la presencia de las masas en el espacio público:

En relación con la movilización, no hay duda de que el término populismo evoca presencia de masas en la calle, ocupación de espacios públicos de manera multitudinaria, desbordamiento de los cauces legales o las prácticas políticas habituales, consideradas por los promotores del movimiento como ineficaces o manipuladas; el más gráfico ejemplo de lo que queremos decir sería la famosa consigna del gaitanismo: “*Pueblo, a la carga*” (Alvarez Junco, 1994: 24).

Ahora bien, quizás sí el único rasgo en el cual el vínculo entre las masas y el liderazgo populista manifiesta un grado consistente de racionalidad es el de la generación de relaciones clientelares a partir de las cuales, en función de una relación de “intercambio de votos por favores” (De la Torre, 2004, 1992; Auyero, 2001), el liderazgo populista construye lealtades duraderas entre las masas de seguidores⁵⁹. Y sin embargo, este

⁵⁹ En referencia al caso argentino, Levitsky (2004) plantea la hipótesis que el clientelismo emerge con fuerza a partir de la década de los noventa en respuesta a la descomposición de la matriz sindical, que ofrecía una activación no clientelística de las lealtades políticas del populismo clásico. Cousiño (2001: 194), por su parte, identifica el clientelismo como un vínculo necesario para la mantención de la *lealtad*

relación “típicamente populista” entre el líder y sus seguidores, pese a plantearse en términos eventualmente racionales, adolece claramente del componente deliberativo que una ciudadanía democrática debiera poseer. Clientelismo y racionalidad, entonces, se vinculan a condición de la reducción de esta última al estrecho espacio de “lo instrumental”, espacio en el cual la proyección de escenarios futuros y la deliberación en torno a proyectos políticos diversos quedan inexorablemente suspendidas.

3.4 Maniqueísmo y antiinstitucionalismo: la centralidad del antagonismo

En un conocido estudio referido al significado político e histórico del gobierno del argentino Carlos Menem, Novaro y Palermo (1996) sostienen la idea de que la relación entre su gobierno y la tradición peronista es una en la cual se imbrican continuidad y cambio. El estilo populista se mezclaba así con nuevas formas de acción política entre las cuales, de manera central, es posible detectar la superación del antagonismo bajo el cual se fundaba la tradición populista-peronista. En sus palabras (16): “Las tradicionales oposiciones que habían configurado las relaciones políticas argentinas durante décadas... aparentemente ya no operaban, o no lo hacían con la misma fuerza y sentido que antaño” (1996: 16). Concretamente, lo nuevo del menemismo en relación a la tradición peronista es la producción de una capacidad de gobierno que no había sido lograda por décadas de peronismo en argentina:

Un peronismo históricamente irreconciliable con el Estado y la sociedad, a la vez mimetizado con ellos, y desde al menos tres lustros estructuralmente colapsado como movimiento popular, que inicia un

populista que necesariamente genera una “expansión del gasto público” y una fuerte “tendencia a la corrupción política”.

ambicioso y a la vez desesperado proceso de reformas, afectando no sólo al Estado y la economía, sino a sí mismo y al sistema de partidos (1996: 33).

Fundamentalmente, el cambio que genera Menem es la superación del *antagonismo constitutivo* de la política argentina establecido por el populismo, presentando la opción justicialista como una opción no sólo legítima sino que además compatible con los principios democráticos y con la doctrina liberal-representativa:

Menem, bajo el impacto del terror hiperinflacionario, podrá completar la desactivación de la alteridad populista, al redefinir la propia identidad en una clave no antagonica con los sectores neoliberales, los intereses de los empresarios y de los operadores financieros locales e internacionales, y traducir a la competencia electoral las oposiciones entre peronistas y no peronistas (Palermo y Novaro, 1996: 382):

De acuerdo a Palermo y Novaro, en definitiva, lo que permite establecer una relación de cambio entre el populismo peronista y el menemismo se encuentra precisamente en la alteración de la constitución conflictiva del primero, la cual se traducía en una estructural incapacidad para asumir la conducción del Estado y para poner freno a la primacía del antagonismo como momento central de la producción de sentido. Novaro (1998: 32) expresa claramente esta situación, dando cuenta de los “desafíos” a los cuales se vio enfrentado Menem al momento de competir por la presidencia de la república, en 1988:

El primer problema a resolver, por lo tanto, era el fuerte antagonismo político-social que se había instalado en la raíz misma de la vida política, y se expresaba en grandes dificultades de los partidos, en especial del peronista, y del propio Estado, para integrar demandas particulares en un interés general. El segundo, la concomitante muy escasa capacidad para institucionalizar los conflictos, que derivaba en

una permanente inestabilidad, la tendencia a excluir a algunas de las partes, y el recurso a la violencia.

Pues bien, observemos esta argumentación: constitutivos del populismo serían rasgos tales como la exacerbación del *antagonismo político-social*, la incapacidad para producir un *interés general*, la incapacidad de *institucionalización de los conflictos*, la tendencia permanente a la *exclusión* y la permanente tentación a hacer uso del recurso de la *violencia*.

He llegado al punto clave que deseo tratar. En las definiciones del populismo, suele aparecer una identificación con formas que se encuentran en la frontera misma de lo que es posible políticamente. Y es que la construcción de identidades fundadas en la oposición radical respecto a un *otro antagónico* (De la Torre, 1992; Mackinnon y Petrone, 1998), en primer lugar, y en la relación conflictiva con el entorno político-institucional (Burbano de Lara, 1998), por otro, generan en el populismo un efecto dual y contradictorio: mientras por una parte es esta operación de constitución identitaria la que permite su éxito, la mismo tiempo es esta misma operación la que establece sus propios límites y le condena, indefectiblemente, al fracaso.

Si en una democracia liberal-representativa los conflictos políticos y sociales son aceptados como condición primaria de la política, y procesados a través de mecanismos institucionales, en el populismo opera una reconstitución mítica de una unidad que, al no existir, sólo puede expresarse por medios *maniqueos*; si en la primera el momento primordial de la acción política es de la negociación parlamentaria, en el segundo la política se expresa paradigmáticamente en la “presentación masiva” de una unidad —el

Pueblo- que antagoniza con sus oponentes en un escenario que subvierte las fronteras institucionales:

Parece aceptable la inclusión, como uno de los elementos centrales del populismo, de una retórica específica, de fuerte coloración emotiva y redentorista, que gira obsesivamente alrededor de un enfrentamiento emotiva y redentorista, de un enfrentamiento de tipo maniqueo entre un pueblo idealizado como depositario de las virtudes sociales, potencial generador de relaciones justas y armónicas, y unos elementos antipopulares, origen y paradigma de todos los males sociales, en general oligarquías o élites carentes de legitimidad tradicional” (Alvarez Junco, 1994: 21).

En definitiva: la ambigüedad ideológica, la centralidad del liderazgo, la apelación a las masas y el carácter antagónico y antiinstitucionalista del populismo constituyen algunos de los rasgos centrales al momento de determinar su especificidad. Junto con ello, subyace el contexto de crisis o de imperfección de una democracia liberal-representativa que opera como activador al mismo tiempo que límite del propio populismo. Y es que, sin democracia liberal-representativa no hay populismo, de la misma forma que (se argumenta), sin instituciones democráticas sólidas y duraderas las condiciones para su emergencia disminuyen severamente.

Tomaré brevemente el ejemplo de los debates en torno al neopopulismo boliviano. Mayorga (1998), haciendo referencia a los liderazgos neopopulistas de Carlos Palenque y Max Fernández⁶⁰, sostiene la idea de que estos nuevos liderazgos no tenían mucho en

⁶⁰ Concretamente, Mayorga (1998) define a este tipo de liderazgos como condicionados por la generación previa de un “prestigio” al margen de la política, un fuerte carácter asistencialista, una tendencia autoritaria y la interpelación afectiva a un “fragmentado pueblo” carente de la energía histórica encamada en los populismos clásicos. Una opinión distinta relativa a la irrupción reciente del “populismo” en Bolivia y su carácter “desestabilizador” de la democracia en Laserna, 2003. Un ejemplo del vínculo entre out-siders y populismo en Escárzaga, 2002. Esta vinculación, sin embargo, parece no presentarse en liderazgos “neopopulistas” como los de Carlos Menem en Argentina y Carlos Salinas en México, líderes

común con el carácter refundacional del populismo clásico en la medida en que fueron capaces de articularse eficientemente con los actores políticos y el escenario institucional de la democracia boliviana, hasta llegar al punto de constituir un sector “funcional” a su reproducción. Y es que, a fin de cuentas, el neopopulismo cumple con incentivar la integración electoral de sectores marginales y de nuevas identidades y discursividades que se sienten excluidas del proceso político democrático, engrosando de este modo la participación democrática y sirviendo de *barrera de contención* para la expresión de proyectos antidemocráticos y subversivos que pudieran poner en peligro la precaria estabilidad de la democracia boliviana.⁶¹

Como vemos en este ejemplo, el populismo se encuentra en gran medida condicionado a una crisis de los mecanismos de integración de las democracias liberal-representativas, pero al mismo tiempo cumple con convivir en sus márgenes, en una relación de ambigüedad en la cual la mayoría de las definiciones coinciden. Obsérvese la siguiente afirmación de De la Torre (1994: 58).

La presencia política de sectores excluidos que se da con el populismo tiene efectos ambiguos y contradictorios para las democracias de la región. Por un lado al incorporarlas...el populismo es democratizante. Pero, a la vez esta incorporación y activación popular se da a través de movimientos heterónomos que se identifican acriticamente con líderes carismáticos que en muchos casos son autoritarios. Además, el discurso populista, con características maniqueas, que divide a la

que sólo fueron posibles de emerger gracias a su sólida adscripción a fuertes maquinarias partidarias tales como las del justicialismo y el priismo, respectivamente.

⁶¹ En relación al rol de contención que los populismos ofrecen, Palacios (2001) afirma que la recurrencia del fenómeno populista en Venezuela (encarnado en Carlos Andrés Pérez, primero, y Hugo Chávez, después) explica en gran medida las diferencias entre los procesos políticos venezolano y colombiano, en donde la temprana exclusión de toda posibilidad de liderazgo populista (con posterioridad a Eliécer Gaitán) generó las condiciones para la emergencia de alternativas políticas radicalmente opuestas, en el fondo y en la forma al régimen liberal-democrático.

sociedad en dos campos antagónicos no permite el reconocimiento del otro, pues la oligarquía encarna el mal y hay que acabar con ella.

Hermes (2001: 27) sostiene algo similar a lo que he venido planteando al reconocer en el populismo una interpelación al régimen político democrático que sin embargo no cuestiona sus fundamentos:

(El populismo actual) responde seguramente a una frustración cuyos motores desconocen también la complejidad de la conducta de las políticas públicas de largo plazo. Pero, hoy en día, no impugna frontalmente la legitimidad de la democracia representativa y, sobre todo, ya no se fundamenta en una dicotomía que opone a los pobres a los ricos o los grandes a los pequeños.⁶²

Concluyendo: pese al acento en la distancia existente entre los modelos liberal-democráticos y los populismos⁶³, estas concepciones reconocen el carácter “democrático” de los fenómenos populistas, en la medida en que sólo es dentro de sus marcos y no más allá de sus límites que dichos fenómenos se expresan.

Tales son los componentes del así llamado “estilo populista”. Como puede verse expuesto, este ejercicio nominativo adquiere mayor capacidad de inscripción en la medida en que, paradójicamente, restringe su densidad conceptual y su capacidad explicativa. Y es que, en definitiva, la alusión a “rasgos” constitutivos de un “estilo político” no permite 1) establecer claras diferencias entre el estilo populista y el “estilo político” propio de todo ámbito de competencia democrático, 2) fundar por lo tanto una

⁶² Recordemos sin embargo que, tal como lo señalé más atrás, Hermes (2001: 20) manifiesta dudas acerca de la pertinencia del uso de la categoría populismo. Y estas dudas en gran medida se soportan en el hecho de que, a su juicio, “...Los verdaderos populistas rechazan el arte de la política en la medida en que se desinteresan del largo plazo y no sólo de palabra...en vez de orientarse hacia un futuro incierto o insondable como lo determina la ética de la responsabilidad, obedecen a una convicción bastante especial en la mayoría de las circunstancias”. Estos atributos, propios del populismo clásico, si que serían antagónicos a la mantención de las formas políticas democrático-representativas.

⁶³ Junto con los análisis ya expuestos, criterios que acentúan la oposición entre democracia liberal-representativa y populismo pueden verse claramente expresados en Arenas, 2005; Alvarez Junco, 1994.

definición “categórica” del concepto, 3) definir la forma en que los rasgos se articulan (y el peso relativo de cada uno de ellos) para constituir el concepto y 4) dar cuenta precisa de la relevancia de los contextos en los cuales este fenómeno se inscribe. Obsérvese la reflexión de Prud’Homme acerca del “costo” que tuvo que pagar la reemergencia del concepto de populismo:

Pareciera que, si se quiere mantener el uso del término populismo, hay que limitarlo al campo de la política y aceptar que tiene una capacidad de explicación modesta, y que sirve para poner en evidencia aspectos de fenómenos relacionados de mayor amplitud como la modernización, el desarrollo y eventualmente la democracia. Esto implica, desgraciadamente quizás, un regreso a nociones blandas como las de estilo o de estados de ánimos para explicar el fenómeno.

¿Qué hacer entonces?; ¿cómo evitar la *modestia* de estas definiciones? Weyland (2004: 31), al criticar la centralidad del “estilo” como herramienta para aprehender el fenómeno populista, plantea que en este tipo de definiciones “se arroja una red conceptual que es demasiado amplia y que no permite una clara delimitación de los casos”. En consecuencia con ello, plantea el reemplazo de las conceptualizaciones que asumen al populismo como un estilo por una conceptualización que lo defina como una “estrategia política”. ¿Qué diferencias son posibles de encontrar entre una y otra definición?

De la misma manera que en las definiciones ya aludidas, la concepción del populismo en tanto “estrategia política” supone la centralidad de un *liderazgo fuerte, personalizado* y con una *fuerte vinculación con su base social de apoyo*. Junto con ello, la estrategia populista también se fundamentaría en la apelación a una situación conflictiva en la cual el liderazgo populista se sitúa en el lado del *anti status quo* y la *oposición a las élites*: “Al juntar la retórica antiélite y desafiar al status quo, el populismo descansa en la

distinción entre *amigo* vs. *enemigo* que es constitutiva de la política...Históricamente, surge como una promesa del líder para proteger a la *gente* de un enemigo pernicioso” (Weyland, 2004: 31).

¿Cuáles son las diferencias entonces con la noción de estilo? Creo posible sostener que si bien es cierto que los rasgos posibles de detectar en la noción de “estrategia populista” resultan claramente análogos a los rasgos presentes en la noción de “estilo”, la diferencia entre ambas ofertas nominativas ha de encontrarse precisamente en el hecho que, en primera instancia, los “rasgos” son traducidos aquí a un denominador común: su comprensión en tanto “estrategia” para la producción y mantención de legitimidad por parte de un actor particular de la escena político-democrática. De esta manera es que los rasgos compartidos entre las nociones de estilo y estrategia operan en esta última como indicadores de algo que trasciende la particularidad de dichos rasgos, mientras que en la primera operan como unidades que, puestas en conjunto, definen la especificidad del concepto en cuestión.

A mi juicio, esta diferencia en la consideración de los rasgos que definen al populismo de acuerdo a su nominación como estrategia queda claramente esbozada en la siguiente afirmación de Weyland (2004: 33):

En situaciones de crisis, en las cuales los líderes populistas enfrentan la amenaza de perder el poder, se vuelve más evidente el que el respaldo de un gran número de ciudadanos comunes es el fundamento esencial del populismo. Cuando los líderes se sienten presionados, invocan la *ultima ratio* del populismo: el apoyo masivo.

La estrategia populista, en definitiva, constituye un mecanismo de legitimación que, más allá de la especificidad de sus rasgos, contiene como fundamento a la búsqueda por

producir legitimidad a partir de la articulación entre un liderazgo fuerte y una base social de apoyo activa a la vez que desorganizada en términos institucionales. Esto es lo que permite distinguir claramente al populismo tanto de formas de liderazgo caudillista, cuya base de poder es usualmente militar y consistentemente opuesta a los principios de la competencia democrática, como de bases sociales de tipo clientelar, en donde lo que se requiere es la presencia de bases colectivas con niveles siquiera mínimos de organización, aun cuando ésta sea de carácter informal. Además, esta propuesta permite establecer, en principio, un criterio delimitatorio respecto a estrategias “típicamente democráticas”, en donde operaría supuestamente un vínculo institucional entre un liderazgo que ya no es central y una ciudadanía que no se expresa “masivamente” sino que más bien a través de los cauces político-electorales regulares⁶⁴.

Por último, cabe señalar que la definición del populismo como estrategia cumple con reducir su horizonte de acción a momentos puntuales de la vida política democrática, en la medida en que su éxito genera las condiciones para su disolución, tal como plantea Weyland (2004: 35): “El éxito político transforma al populismo en un tipo diferente de gobierno que descansa en estrategias no populistas. Por lo tanto, el liderazgo populista tiende a ser transitorio; éste puede fallar o –si es exitoso- trascenderse a sí mismo”.

¿A qué se debe esta crisis del populismo posible de producir a partir de su propio éxito? Ello se debe al hecho de que toda estrategia política es una estrategia que deviene en la institucionalización de ciertos procedimientos y prácticas de legitimación. Es por ello que, si el éxito de la estrategia populista es su institucionalización, la estrategia como tal

⁶⁴ Evidentemente, esta distinción con las formas propiamente democráticas no supone una incompatibilidad entre populismo y democracia. Por el contrario, y a juicio de Weyland (2004), quizás si la diferencia central entre el populismo clásico y el neopopulismo sea precisamente la mayor compatibilidad que este último genera en relación a las instituciones liberal-democráticas.

cumple con diluirse en su rutinización y conversión en una práctica regular de la competencia y producción de legitimidad democrática.

¿Resuelve esta última definición del populismo los problemas ligados a la “vaguedad” y “falta de consistencia conceptual” posibles de detectar en su definición como estilo?; ¿Es posible establecer un criterio de delimitación claro y preciso a partir de la comprensión del populismo como una estrategia política? Estas preguntas serán abordadas en el siguiente apartado. Por ahora, concluyamos inicialmente con la siguiente afirmación de Aboy Carlés (2004: 88) acerca del carácter que asumen las nuevas definiciones del populismo, tanto aquellas que se centran en su comprensión como estrategia como aquellas que lo definen en función de la detección de un estilo político:

En un excesivo juego metonímico, aquella vieja totalidad de las primeras teorizaciones ha sido reducida a sus elementos componentes y, hoy, la identificación de algún aspecto particular que caracterizó a lo que en algún momento fue calificado como populismo es tomada como prueba suficiente para ingresar a la categoría.

¿Qué ha ocurrido en el lapso del desplazamiento desde las definiciones clásicas a las definiciones contemporáneas del populismo? Hasta ahora, es posible afirmar lo siguiente: desde las primeras menciones al populismo generadas por Germani, hemos asistido a la pugna por mantener la nominación de un objeto elusivo e inespecífico. Hemos asistido, a fin de cuentas, a la porfiada búsqueda por reponer la presencia de un fantasma que (en su condición de tal) se coloca “en” y “contra” las democracias liberal-representativas, un fantasma que viola el principio axiomático de la *no contradicción* pero que, al mismo tiempo, se resiste a su disolución y permanece aun vivo en el léxico de la gramática política. Veamos entonces de que manera se manifiesta concretamente el carácter elusivo de esta búsqueda.

4. La configuración de un continuum: la indecible delimitación del populismo

En el capítulo I de esta investigación mi intención fue sostener que, tanto en las definiciones funcionalistas como marxistas relativas al populismo operaba (más allá de su éxito o fracaso) una lógica de conceptualización de carácter estructuralista que, como tal, se fundaba en la centralidad de categorías dicotómicas respecto a las cuales el *factum populismo* constituía una anomalía necesaria de ser explicada para efectos de su integración al interior de sus respectivos marcos de comprensión. En el presente capítulo, por su parte, he querido plantear que el *estallido de las estructuras* devino en la activación de nuevas estrategias de conceptualización del populismo fundadas básicamente en el interés por 1) desatar toda posibilidad de inscripción contextual fija del fenómeno y 2) concentrarse en la especificidad política del mismo. Ya sea como “estrategia”, ya sea como “estilo”, entonces, el populismo pasó a ser asumido en función de la detección de una serie de rasgos particulares que le dotan de especificidad. Dichos rasgos, claro está, ya no se vinculan con un contexto sociohistórico que ahora pasa a ser entendido sólo en términos de “entorno” que vuelve mayor o menormente plausible su emergencia.

Ahora bien, y si en el caso de las conceptualizaciones clásicas respecto al populismo éste emergía en un paradójal lugar de desestabilización de categorías dicotómicas, en el caso de las conceptualizaciones actuales su lugar de ubicación ya no hace estallar ninguna “estructura”: el populismo, definitivamente, y más allá de los efectos que éste pueda generar, se ubica al interior mismo del marco de lo que se entiende por “democracias liberales”. Esto es lo que permite entender que la *alusión fantasmagórica* del populismo sea algo más que una mera alusión y, por el contrario, constituya quizás

el núcleo más firme de comprensión de lo que constituye su expresión en el campo concreto de la vida política. Obsérvese en esta dirección la siguiente afirmación con la que Martuccelli y Svampa (1992: 72) definen al populismo:

En el fondo, el populismo es un régimen de legitimación que resulta de una suerte de *exceso* con respecto a la legitimidad propia de la democracia y un *déficit* en relación a la imposición totalitaria. Pero es sin duda desde la democracia como mejor se interpreta el populismo. En efecto, el populismo es una *tensión insoslayable* entre la aceptación de lo propio de la legitimidad democrática y la búsqueda de una fuente de legitimación que la exceda; *exceso* que se halla, de alguna manera, en el seno de todo proyecto democrático, pero que no logra nunca sustituirse completamente a la democracia.

Dos cuestiones son las que me interesa destacar de esta cita, la cual explicita lo que a mi juicio es la intuición que subyace a las definiciones desarrolladas en el capítulo anterior: en primer lugar, el populismo sólo puede ser pensado al interior de las democracias liberales; en segundo lugar, y pese a ello, el populismo “excede” a la propia democracia sin llegar a ser ni “totalitarismo” ni “autoritarismo”.

Lo arriba expresado lleva a interrogarse respecto a cuál es el criterio delimitatorio a partir del cual se extrae la especificidad del populismo. El problema es el siguiente: si el populismo adquiere su especificidad en tanto fenómeno que forma parte del “conjunto” de las democracias liberales: ¿Cuál es el nivel de intensidad o ausencia de sus rasgos al momento de distinguirlo del conjunto del cual paradójicamente son parte? En este apartado abordaré este problema, intentando dar cuenta de la forma en que la conceptualización del populismo en contextos excedidos de su emergencia originaria se sostiene en la definición de rasgos que difícilmente pueden servir como fuentes plenas de categorización. Intentaré por tanto abordar algunos de los nudos críticos posibles de

detectar en estas nuevas definiciones relativas al populismo sosteniendo que, en última instancia, la línea demarcatoria entre los conceptos de “populismo” y “democracia liberal-representativa” resulta indecidible o, dicho en otros términos, sólo posible de establecer por medio de un gesto eminentemente político de nominación.

4.1 Discrecionalidad populista y mandato imperativo:

Al momento de hacer referencia a la centralidad que en las definiciones acerca de populismo adquiere la alusión al tópico del *liderazgo fuerte y personalizado* aludí a la cuestión de la prohibición del mandato imperativo, principio según el cual toda democracia representativa se sostiene sobre la base de su distancia frente a cualquier forma de autogobierno o “delegación” que niegue la existencia de la figura del “representante”. En consecuencia con ello, la especificidad del liderazgo populista no puede ser simplemente su “discrecionalidad”, sino que además un “determinado grado” de la misma más allá del cual los mecanismos de “pesos y contrapesos institucionales” pierden efectividad.

Si la eficiencia de un régimen político se mide en parte por la capacidad que éste tiene para “tomar decisiones”, ello significa que, a lo menos en parte, los mecanismos de “pesos y contrapesos” deben abrir paso a la acción, vale decir, no deben ser impedimento para la toma de decisiones ni generar situaciones de inmovilidad política. Si ello es así, y si se reconoce (como bien parecen hacerlo los críticos a la “discrecionalidad populista”) tanto el carácter conflictivo e indeterminado del “juego político” como la imposibilidad lógica y fáctica del consenso político pleno, todo

liderazgo que busque la eficiencia y la efectividad en su desempeño debe proponerse superar, manejar o convivir eficientemente con los “contrapesos” del *accountability*. En eso consiste precisamente la dinámica de la *real política*, tal como lo expresa Vilas (2004: 143): “si algo es incompatible con una sociedad organizada, es la ausencia de conducción”.

Liderazgos populistas y liderazgos democráticos persiguen entonces el mismo objetivo. ¿La diferencia? Pareciera ser que los liderazgos populistas lo logran ó, a lo menos, parecen lograrlo de manera plena. Sin embargo, este eventual criterio demarcatorio pierde consistencia al momento en que el “liderazgo populista” se evalúa en relación con otros factores. Por ejemplo, el carácter populista del liderazgo de Collor de Melo en Brasil no impidió el fracaso de su programa de reformas, de manera contraria a lo ocurrido con Carlos Menem en Argentina. Visto así, y en acuerdo con lo señalado por Panizza (2001), no basta con la existencia institucional (formal o informal) de niveles altamente discrecionales de poder presidencial para que un liderazgo populista funcione eficazmente. La diferencia entre los casos de Brasil y Argentina, referidos aquí, da cuenta del hecho de que “el poder del presidente está arraigado en una densa red de instituciones políticas formales e informales sin las cuales el presidente no puede ejercer el gobierno efectivamente” (Panizza, 2001: 183).

Ahora bien, ¿estas redes que generan las condiciones para un liderazgo político efectivo son propias de instancias populistas? La respuesta debe ser negativa, pues aun en el escenario de una democracia liberal-representativa sus liderazgos deben ser capaces de generar prácticas que permitan el objetivo básico de “gobernar” de acuerdo a sus propios intereses políticos.

Lo arriba expuesto nos permite constatar que, incluso desde la perspectiva de regímenes democráticos institucionalizados, la presencia del liderazgo o de la discrecionalidad presidencial puede resultar altamente recomendable para la generación de cambios institucionales, sin que por ello dicho liderazgo pase a ser considerado necesariamente como “populista”. La pregunta que surge entonces es la siguiente: ¿en qué momento una alteración institucional es atribuible a un liderazgo populista, y en qué ocasiones a un liderazgo democrático? Nótese la respuesta que ofrece Peters (2003: 61), aludiendo al rol del liderazgo fuerte y personalizado en la generación de cambios institucionales detectado por la perspectiva del “institucionalismo normativo”:

Otra vía para generar cambios dentro de una institución es la acción del liderazgo de los individuos. En este caso nos referimos, o bien a la capacidad de un individuo que desempeña un rol nominal de liderazgo...o bien a un individuo dotado de una excepcional capacidad personal para producir un cambio institucional

He llegado entonces al núcleo del problema que a mi juicio se presenta con respecto a la consideración del *liderazgo fuerte y personalizado* como un rasgo propio del populismo. Nun (1998: 72), en relación al grado de independencia y discrecionalidad posible de detectar en un determinado liderazgo, afirma lo siguiente:

El *margen de independencia* reconoce dos límites; por una parte, su anulación a través del mandato imperativo y revocable, en cuyo caso el gobierno representativo cede su lugar al autogobierno del pueblo y, por el otro, una autonomización completa del representante, tal como sucedía con la representación absoluta teorizada por Hobbes. Desde un punto de vista lógico, dentro de estos límites todas las gradaciones son posibles sin que el principio mismo sea violado.

Resta por preguntarse entonces: ¿cómo determinar, dentro de la infinidad de gradaciones que se presentan entre el mandato imperativo y la autonomización del

representante, la diferencia entre un liderazgo populista y un adecuado liderazgo democrático?; ¿cómo establecer analíticamente un *óptimo paretiano del liderazgo* más allá del cual la discrecionalidad se vuelve contraproducente con los objetivos de solidificación democrática?

Una respuesta posible es la consideración del carisma. Y sin embargo, retomamos al mismo problema: ¿Qué nivel de carisma es aceptable? Se podría responder que el límite es la no superposición del carisma a los mecanismos formales de legitimación política. Y sin embargo, tal cual advierte Prud'Homme (2001: 51), ya para Weber "...una de las particularidades de la democracia de masas es que funciona con base en una curiosa combinación de carisma y racionalidad".⁶⁵

Otra respuesta posible es la medición del liderazgo en su relación con el entramado político-institucional. Frente a esto, una formula posible podría ser la de establecer una definición del liderazgo populista ligada a la idea de "ausencia" o "insuficiencia" del *imperio de la ley*". Y sin embargo, retorna el mismo problema: ¿cómo ponderar la ecuación entre liderazgo e imperio de la ley? La respuesta a esto, creo, es indecidible⁶⁶.

⁶⁵ La referencia es a Weber, 1991.

⁶⁶ En relación al vínculo entre democracia e *imperio de la ley*, reflexiones como las de Habermas (1992) han subrayado el hecho que la reducción del régimen político democrático a su dimensión jurídico-institucional es altamente equívoca, en la medida en que es altamente posible la existencia de un régimen autoritario concebido en tomo a un apego irrestricto a las formalidades institucionales.

4.2 Vaguedad ideológica

La condición ambigua del populismo suele ser asociada con su ausencia de claridad discursiva. Es así como, según ya lo he señalado, resulta difícil establecer los contenidos ideológicos de los líderes populistas al nivel de sus enunciaciones discursivas. Y sin embargo, ¿qué ocurre al nivel de las prácticas políticas de los liderazgos no populistas?; ¿de qué manera establecer un indicador que permita evaluar el nivel de consistencia ideológica de un discurso? La atribución al populismo de una producción de contenidos ideológicos difusos, naturalmente, supone que en la esfera política es posible percibir el despliegue de discursos consistentes. Pero, una vez más, ¿cómo evaluar esa consistencia?

Una opción posible es la concentración en el espacio de la producción misma del discurso populista. Pero ello supone la certeza tanto en la presencia de una *plenitud de sentido* en la producción del discurso como en la capacidad del “receptor” para aprehender plenamente dicho sentido. Es así como, si se ubica a la vaguedad ideológica en el seno mismo de sus condiciones de producción, debemos hacer frente al doble problema de 1) suponer la posibilidad de una producción discursiva plenamente coherente y 2) confiar en que el desplazamiento entre la “producción” y la “recepción” discursiva no será objeto de opacidad alguna. Nos quedamos, entonces, sin un mecanismo capaz de establecer un criterio de delimitación entre discursos “opacos” y discursos “transparentes”. Y ello, situados en el campo de producciones discursivas de

carácter político que tienen como objetivo constitutivo de su existencia la producción de “efectos de recepción”, queda aun más claro.⁶⁷

Una opción reversa a la enunciada hasta aquí podría ser la de desplazar la “vaguedad” desde el lugar de la “producción ideológica” al lugar de la “recepción política”, lo cual nos permitiría contar con la *capacidad interpelatoria* como un indicador de la claridad o vaguedad de una posición ideológica determinada. Puesto en estos términos, el problema amenaza seriamente con revertirse. Observemos la siguiente reflexión que Escárzaga (2002: 220) ofrece como explicación a la derrota del candidato “liberal” Vargas Llosa frente a su oponente “populista” Alberto Fujimori:

Las deficiencias de la campaña y del candidato son expresión de un fenómeno viejo: la *incapacidad política e ideológica* de la derecha peruana, su *debilidad e incapacidad para apelar a las masas* étnicamente diferentes de la élite e incorporar sus demandas históricas a su programa. Los orígenes y la persistente tradición oligárquica de la derecha peruana dan como resultado una *gran distancia entre gobernantes y gobernados* que se refuerza por las diferencias étnicas, sociales y regionales entre indios y mestizos, frente a los criollos, entre pobres y ricos, y entre la sierra andina y la costa urbana.⁶⁸

Se podrá objetar a esta observación el hecho de que existe una distancia entre lo que constituye la ideología liberal en cuanto tal y su traducción política y doctrinaria. Es posible. Pero si ello es así, ¿por qué habría que oponer analíticamente populismo e ideología liberal?; ¿no será más adecuado oponerla al nivel de las prácticas políticas propiamente tales? Resulta un hecho, reconocido por todos, que el fenómeno populista

⁶⁷ Aludiré brevemente a un ejemplo: en el campo de la ciencia política y de los discursos asociados al campo ideológico “liberal”, la categoría “pueblo” contiene una relevancia fundamental, en la medida en que condensa al objeto y sujeto político de todo contexto democrático. Y sin embargo, el uso discursivo de dicha categoría, al igual como los debates en torno a su significado, nos dan cuenta de una ampliada ambigüedad que sólo puede estabilizarse una vez que se sitúa en un contexto político determinado. Sobre esta ambigüedad, ver Dahl, 1996.

⁶⁸ Las cursivas son mías.

constituye más un fenómeno “de la realidad” que un “contenido ideológico”. Por lo tanto, mal pudiera constituir la doctrina filosófica liberal un criterio de medición de la vaguedad ideológica populista. Mucho más pertinente, por supuesto, resulta la comparación con formas políticas equivalentes. En concreto: ¿resulta la doctrina ideológica liberal “en acto” más consistente que el populismo? Al parecer, la respuesta debiera ser categóricamente negativa.

Como observamos en el ejemplo arriba expuesto, la identificación de la “derecha peruana” con un sector particular de la sociedad daba cuenta de una incapacidad para transmitir adecuadamente los principios ideológicos de un liberalismo que supone su carácter universal. Frente a dicha ambigüedad, en tanto, se presentaba una propuesta política que al ser mayoritariamente apoyada por el electorado peruano mostró una mayor capacidad interpelatoria, un mayor poder de *recepción adecuada* de su discurso.

En definitiva, creo posible sostener que la ambigüedad ideológica atribuida al populismo sólo es posible de pensar si se sostiene la posibilidad de atribuir al campo de la producción discursiva un carácter prístino, no mediado por los contextos de su producción ni por los contextos de recepción de los cuales es parte. Por otro lado, y si se evalúa la ambigüedad ideológica con lo que debiera ser una incapacidad para generar una adecuada recepción discursiva, resulta claro que el populismo no manifestaría capacidad alguna para ser “acogido” discursivamente. Por último, y si suponemos que precisamente es dicha ambigüedad la que dota al populismo de una capacidad interpelatoria en ocasiones mayor a discursos “no populistas”, se debiera concluir entonces que dicho atributo, lejos de ser una forma inadecuada o anómala de producción

de significantes políticos, se encuentra en el corazón mismo de una política eficiente y con capacidad de interpelación.

Si la ambigüedad ideológica, por lo tanto, resulta sustancial al momento de lograr una adecuada recepción, ¿cómo distinguir entonces entre una ambigüedad propia del populismo y la ambigüedad no populista? Pareciera ser que, si no se cuenta con un criterio de delimitación “externo” a la detección misma de este rasgo, las posibilidades de decidir resultan sumamente “ambiguas”.

4.3 Clientelismo

En América Latina, la existencia de relaciones clientelares entre la clase política y la ciudadanía ha sido una constante independiente a los fines, doctrinas o ideologías dentro de las cuales estas relaciones se han desarrollado. En atención a este hecho es que hay que indagar en cuál sería el vínculo clientelar específico a la política populista. La pregunta en este sentido será entonces la siguiente: ¿por qué situar al clientelismo como un aspecto característico del populismo?

Para responder a esta pregunta, sólo contamos con la distinción que Auyero (2001, 1998) establece entre la dimensión material y la dimensión simbólica del intercambio clientelar. Atendiendo a esta distinción es que, para el autor, la diferencia entre el clientelismo populista y las formas clientelares no populistas debe buscarse ya no en su significado material sino que más bien en su dimensión simbólica. En sus palabras (Auyero, 1998: 91):

Los patrones y los mediadores no intercambian explícitamente votos por favores...Ellos se erigen a sí mismos como sinónimos de las cosas y sinónimos de la gente: implícitamente se vinculan con la continuación de la distribución de favores o de un programa de asistencia social específico...Para que este *chantaje* o *clientelismo institucional* funcione y se reproduzca a través del tiempo, los beneficios deben ser otorgados de una cierta manera, con cierta representación adherida a ellos, con cierta *performance* que públicamente presente a la cosa dada o al favor otorgado no como chantaje sino como *amor por el pueblo*, como *lo que debemos hacer como referentes*, o como *lo que Evita hubiese hecho*, o como *Peronismo*. Es por esto que las prácticas clientelares deben ser entendidas no simplemente como intercambios de bienes por votos, sino como conteniendo cosas y palabras, acciones distributivas y *performances*". (1998: 91).

¿Qué conclusiones extraer de este argumento? Dos son las posibilidades: o bien 1) el populismo vincula el clientelismo con mecanismos de alta significación simbólica, de manera contraria al clientelismo no populista, o bien 2) todo clientelismo contiene una dimensión simbólica, por lo que sus expresiones populistas y no populistas sólo se diferencian en cuanto a la "forma" en que se genera la relación clientelar. Como vemos, las alternativas no son tan claras, y resulta difícilmente determinable la diferencia entre el clientelismo populista y el no populista.

Ahora bien, las diferencias que pudieran establecerse con el objetivo de indagar en la especificidad del clientelismo populista sólo se encuentran en quienes adscriben a la estrategia histórica de negación del neopopulismo. En otras palabras: quizás si la única distinción categórica entre el clientelismo populista y el clientelismo no populista puede encontrarse en quienes, paradójicamente, se niegan a denominar como "populistas" a las experiencias políticas desde las cuales se constituye el contexto de debate que he reseñado en este capítulo. Observemos brevemente.

Vilas (2004: 143), por ejemplo, señala que los populismos clásicos, lejos de inaugurar las formas clientelares e instrumentales de relación política, constituyen un momento de superación del clientelismo en la medida en que la relación patrono-cliente, propia de los contextos políticos oligárquicos, fue diluida en función de la centralidad de las figuras del “ciudadano” y del “pueblo”:

El fuerte encuadramiento organizativo de un pueblo que adquiría identidad política a partir del mundo del trabajo y de las políticas estatales diferenció también al populismo de las variantes tradicionales del clientelismo. La típica relación individualizada patrono-cliente de la sociedad oligárquica...fue sustituida por una relación fuertemente mediada por esas organizaciones; la típica imagen populista del dirigente hablando desde un balcón a una plaza saturada de simpatizantes era el instante periódicamente reiterado de una relación construida ante todo con las organizaciones categoriales y políticas...el populismo contribuyó así a la transformación de un pueblo de clientes o de súbditos en pueblo de ciudadanos, a lo largo de un proceso de fuerte conflictividad” (Vilas, 2004: 143).

Como vemos, en esta lectura se coloca el acento en la alteración de las relaciones individuales entre “patrón político y elector” y la configuración de un campo político-colectivo en el cual la participación activa de las “masas” pasaba a constituir el aspecto central en la relación con el líder populista y, por consecuencia, el vínculo clientelar se subordinaba a la generación de una identidad política que definía el lazo populista.

Ahora bien, lo que me interesa destacar en relación a esta lectura ofrecida por Vilas es que, de manera independiente a sus contenidos, su argumento se encuentra fortalecido por la detección de un aspecto central en el populismo (su carácter democratizador e integrador) respecto al cual los rasgos que lo definen quedan subordinados

analíticamente. Esto queda claro en la siguiente afirmación de Lynch (1999: 73), quien, en la línea trazada por Vilas, subordina el clientelismo populista a su rasgo constitutivo:

Ciertamente en el populismo clásico existe el clientelismo, como una forma de relación mediada por prebendas, pero esta no es la característica que define al populismo, sino que está más bien subordinada a la participación vía la movilización social, donde también importa la creencia en un discurso y un líder carismático que lo enarbola, que define el significado del movimiento y su posible consecuencia democratizadora.

¿Cómo evaluar entonces a los nuevos liderazgos denominados neopopulistas? Desde esta perspectiva, los nuevos liderazgos se constituyen centralmente bajo la forma clientelar, pero precisamente a causa del hecho de que ya no pueden ser denominados como liderazgos populistas en la medida en que operan bajo una forma de relación no participativa con la población. En palabras de Lynch (1999: 77): “Una relación que busca destruir todas las formas de asociación y acción colectivas...para privilegiar la ilusión o realidad del contacto individual y la condición de espectador, las más de las veces a través de los medios masivos de comunicación...”.

En definitiva, ¿cómo zanjar este desacuerdo entre quienes acentúan el rasgo clientelar como un aspecto característico de los nuevos liderazgos y quienes ven en dicho rasgo un argumento claro para dejar de pensar en la actualidad del populismo? Creo que la respuesta es clara: precisamente a partir de la explicitación del lugar que dicho rasgo ocupa al interior del concepto populismo. Y sin embargo, dicha explicitación no es posible de descubrir en las definiciones descritas en el presente capítulo.

¿Se podrá diferenciar entonces entre el clientelismo populista y el clientelismo no populista? Creo que difícilmente, lo cual nos ubica frente al dilema entre 1) extender el

concepto de populismo a la totalidad de las dinámicas políticas en cuyo seno operen dinámicas clientelares o 2) excluir este rasgo de la unidad descriptiva “populismo”.

Luego de esta breve introducción en el significado de algunos de los rasgos atribuidos al populismo, queda por preguntarse⁶⁹: Si el *fantasma del populismo* es cuerpo y espíritu al mismo tiempo, ¿cómo distinguir la corporeidad del fantasma?; ¿de qué manera establecer una línea demarcatoria clara y precisa entre ambos componentes? Puesto en los términos de nuestro debate: si el populismo deviene un *fantasma que adquiere cuerpo al interior de la materialidad democrática*, ¿cómo establecer lo que de fantasma tiene la democracia?; ¿cómo indicar categóricamente el lugar donde comienza el populismo y termina la democracia?

A partir de lo desarrollado en este apartado, creo posible sostener que en la totalidad de las estrategias de conceptualización referidas al fenómeno (neo)populista existe una matriz común, consistente en su comprensión en tanto fenómeno político compuesto por uno o más rasgos propios de la democracia liberal que sin embargo se inflacionan o devalúan, según sea el caso. Ahora bien, y para que este ejercicio de conceptualización se vuelva operativo, la lógica de nominación ya no puede operar en función de una distinción categórica entre *democracia liberal* y *populismo*, puesto que los rasgos que componen a este último también son posibles de detectar en las democracias liberales. El ejercicio nominativo, más bien, debe hacerse efectivo en función de la construcción de una continua línea que nace en lo que podríamos denominar el “ideal regulativo” de la democracia liberal-representativa, para irse alejando hasta concluir en un “otro categórico” de la democracia (ya sea totalitarismo, autoritarismo, democracia directa o

⁶⁹ Tal como fácilmente puede concluirse de lo expuesto hasta aquí, la lógica analítica seguida en este apartado bien puede aplicarse en la totalidad de los componentes del populismo descritos en el apartado anterior.

cualquier otra categoría, valga la redundancia, “categóricamente distanciada de la democracia liberal-representativa”). Una vez construida esa línea, entonces, es que se hace posible detectar un lugar intermedio en el cual se situaría la especificidad del populismo.

Y sin embargo, ¿cómo *decidir* acerca de ese lugar?; ¿De qué manera establecer certeramente una línea divisoria al interior del continuum? Es más, ¿Cómo decidir cuando lo que se presenta es una combinación de líneas continuas paralelas? Lo que no se deja ver en la decisión nominativa, creo, es precisamente esta decisión.

5. Conclusiones: El populismo y la “Nave de los locos”

En los albores de la modernidad occidental, un nuevo fenómeno comenzaba lentamente a constituirse. Este fenómeno, objeto de un paulatino proceso de depuración y delimitación por parte del *saber científico*, llevará posteriormente el inequívoco nombre de “locura”. La relevancia de este *acontecimiento* de la razón moderna quedará plasmada en el célebre estudio con que Michel Foucault alcanzaría las credenciales de miembro del *cánon filosófico* de la academia francesa, curioso gesto que ratifica la indisoluble ligazón entre la “razón moderna” y su reverso, la “locura”.

El libro de Foucault inicia con las siguientes palabras (1999: 13):

Al final de la Edad Media, la lepra desaparece del mundo occidental. En las márgenes de la comunidad, en las puertas de las ciudades, se abren terrenos, como grandes playas, en los cuales ya no acecha la

enfermedad, la cual, sin embargo, los ha dejado estériles e inhabitables por mucho tiempo. Durante siglos, estas extensiones pertenecerán a lo inhumano. Del siglo XIV al XVII, van a esperar y a solicitar por medio de extraños encantamientos una nueva encarnación del mal, una mueca distinta del miedo, una magia renovada de purificación y de exclusión

¿Qué *extraños encantamientos* son aquellos que solicitan una *nueva encarnación del mal*? Para Foucault, es la paulatina emergencia de la razón occidental moderna la que comienza a requerir nuevas formas de exclusión que, en última instancia, cumplen con la función de pasar a ser la paradójal promesa de una plenitud humana. Y dicha función, muy lentamente, comenzará a encamarse en la locura, mal que junto a su reverso (la Razón) pasará a constituir el núcleo mismo de nuestra modernidad occidental.

Ya en el siglo XV, esta operación comenzaba a hacerse efectiva con el surgimiento de la simbólica figura de la *Nave de los locos* –*Nef des fous*–, peculiar embarcación que cumplía con el objetivo de “retener” a los “locos” en el *lugar sin tiempo* de la navegación, pero haciéndolos visibles periódicamente en puertos en los cuales nuevos “locos” esperaban abordar. Peculiar combinación de encierro y exclusión, entonces, es la que sometía a los “locos” de los siglos XV y XVI. Dice Foucault (1999: 25) al respecto:

La navegación del loco es, a la vez, distribución rigurosa y tránsito absoluto. En cierto sentido, no hace más que desplegar, a lo largo de una geometría mitad real y mitad imaginaria, la situación *liminar* del loco en el horizonte del cuidado del hombre medieval, situación simbolizada y también realizada por el privilegio que se otorga al loco de estar *encerrado* en las *puertas* de la ciudad; su exclusión debe recluirlo; si no puede ni debe tener como *prisión* más que el mismo *umbral*, se le retiene en los lugares de paso. Es puesto en el interior del exterior, e inversamente.

Cinco siglos más tarde, y en un escenario histórico rotundamente distinto, la “nave de los locos” vuelve a navegar. De la misma forma como en el caso de los “enajenados” hombres del Siglo XV, el populismo *navega* por complejas aguas históricas; de la misma forma como antaño, hoy es el tiempo en el cual “no se sabe en que tierra desembarcará” la nave, pues sus posibilidades están puestas tanto en contextos de modernización estatista como neoliberal, en liderazgos movilizadores o desmovilizadores o en procesos políticos de cualquier signo ideológico. Así, el populismo no alcanza nunca un lugar definitivo, no llega nunca a desembarcar en las sólidas tierras del contexto histórico o de la aprehensión categorial. Pero continúa acechando, cual *fantasma*, tanto a la gramática política como a las concretas realidades históricas de las democracias liberal-representativas. Y es que en definitiva, y tal como en la relación ambigua de los locos proto-modernos con la *tierra firme*, el *fantasma del populismo* se presenta como una entidad que vive tanto dentro como fuera de las *tierras democráticas*, excluida al mismo tiempo que aprehendida por la gramática política.

¿Qué condiciones se han debido cumplir para que esto sea posible? ¿cómo fue posible que las sólidas tierras históricas que vieron nacer las concepciones clásicas del populismo fueran capaces de trasladarse a escenarios tan heterogéneos? En este capítulo he querido sentar las bases para una respuesta posible a estas interrogantes. En concreto: creo que lo que es específico del populismo, tanto en su definición como estilo como en su definición como estrategia, no se deja apreciar claramente. En todas las definiciones, los rasgos constitutivos de la *política populista* tienden a confundirse o bien con la *política democrática*, o bien con la *política autoritaria*, en un lugar intermedio de indeterminación que plantea a mi juicio severos problemas para establecer categóricamente la particularidad de este fenómeno político.

¿Será posible entonces escribir la historia del populismo?; ¿será posible aprehender con certeza su especificidad? Jacques Derrida (1989a), evaluando la viabilidad del proyecto foucaultiano de relatar la génesis de la locura, se interrogaba acerca de la posibilidad de historiar la locura, entendiendo a la historia como un sentido sólo pensable al interior de los parámetros de la razón. Difícil proyecto el de Foucault, plantea Derrida. Difícil, precisamente a causa de la necesidad de escribir la historia de la locura con los instrumentos de su opuesto: la razón. Y es que, a juicio de Derrida (1989a: 52), el trabajo crítico debe asumirse como una labor que intente

Escapar a la trampa o a la ingenuidad objetivista que consistiría en escribir, en el lenguaje de la razón clásica, utilizando los instrumentos que han sido los instrumentos históricos de una captura de la locura, en el lenguaje pulido y policiaco de la razón, una historia de la locura salvaje misma, tal como ésta se mantiene y respira antes de ser cogida y paralizada en las redes de esta misma razón clásica.

De la misma manera, entonces, podríamos preguntarnos en relación a nuestro tema: ¿es posible pensar una definición categorial estable acerca del populismo, si por éste se entiende todo aquello que se opone, que altera, acosa y resiente la gramática política formal de las democracias liberales?; ¿es posible categorizar aquello que precisamente se caracteriza por ser algo al mismo tiempo que su negación?

Dany-Robert Doufour (2002), en una sugestiva reflexión acerca de la relación entre democracia y locura, plantea la existencia de una recurrente tendencia “autista” en el saber moderno. Esta tendencia se encontraría caracterizada por el rechazo y la desconfianza hacia aquellas expresiones deícticas que desestabilizan la claridad de un referente o significante. Ello, por cuanto los autistas

No se dejan seducir por el señuelo espacial o la inversión temporal...quieren un tiempo y un espacio no deícticos, y la salida más apropiada para ellos es voltearse hacia una temporalidad y una espacialidad que existen independientemente de quien las utiliza, como por ejemplo, el tiempo calendárico y el espacio cartográfico (Doufour, 2002: 124).

Pues bien, la empresa de nominación del populismo bien podría corresponder a ese característico *ejercicio autista* de “delimitación” de una categoría que pretende ser construida en un “mas allá” de toda inscripción específica en su *aquí y ahora*. Y es que, probablemente, el populismo bien podría ser encarado como un *aquí y ahora* intraducible a una forma categorial posible de endosarle una estabilidad capaz de interrumpir sus acontecimentales y singulares manifestaciones.

¿Es posible entonces categorizar al populismo, o sólo resta la renuncia a intentar domeñar algo cuya especificidad es indistinguible de la propia política democrática?; ¿existe el innombrable *aquí y ahora populista*? Por último: ¿dónde ubicar al populismo? El problema de la *nominación populista* referida en este capítulo es que ocurre con ellas algo análogo a lo que Martin Jay cuestionaba a la obra de Adorno sobre el “tipo autoritario” y que Zizek (2003: 28) sintetizaba con las siguientes palabras: “(en la personalidad autoritaria) emerge la verdad reprimida de la personalidad liberal manifiesta; es decir que la personalidad liberal es confrontada con su fundamento totalitario”. De ahí entonces es que se vuelva posible suponer que, si algo hay de específico en el populismo, esto sea no otra cosa que su capacidad para visibilizar a su reverso: las democracias liberales. En otras palabras: si hay algo útil en el concepto de populismo, probablemente sea justamente la posibilidad que nos otorga de conocer los *miedos y fantasmas* que habitan en el centro mismo del “antipopulismo”.

Si el populismo no existe entonces a no ser como “antipopulismo”, ¿qué nos queda? Una respuesta posible es justamente su propia producción, el gesto nominativo de constitución de un *peligro fantasmagórico* que acosa la plenitud democrática, y que bien puede ser homologado a la constitución del “enemigo judío” por parte de la retórica hitleriana⁷⁰. Y es que, tal como en el caso del judío objeto de la “nominación nazi”, entonces, el populismo bien puede ser comprendido como el producto de un relato unificado acerca de los “males que acosan a la democracia”, causa secreta de las desgracias de un régimen político que permanentemente asiste a la visibilización de sus límites.

¿Por qué este gesto de cierre narrativo? ¿Cuáles son sus efectos? Desde una perspectiva deconstructiva, la respuesta es clara: mediante este acto de nominación de un otro que interrumpe la plenitud de mi ser (mi ser *alemán*, mi ser *democrático*) es posible producir un “cierre ideológico”, un acto de “sutura”. Desde esta perspectiva, el populismo sería aquello que vuelve posible “suturar” la doctrina democrática-liberal a partir de la invocación a un “otro” que impide su propia realización. Los males de la democracia, entonces, son ubicados en un lugar externo que paradójicamente convive en las entrañas mismas de la forma democrática.

Y sin embargo, llegar a estas conclusiones nos conduciría inevitablemente a pensar el populismo sólo a partir del “antipopulismo”. En los siguientes capítulos, por lo tanto,

⁷⁰ Obsérvese en este sentido la siguiente reflexión de Žižek (2003: 33): “¿Qué hizo Hitler en *Mein Kampf* para explicar a los alemanes las desdichas de la época, la crisis económica, la desintegración social, la decadencia moral, etc.? Construyó un nuevo sujeto aterrador, una única causa del Mal que “tira de los hilos” detrás del escenario y precipita toda la serie de males: el judío...el judío es el *punto de almohadillo* de Hitler; la fascinante figura del judío es el producto de una inversión puramente formal; se basa en una especie de *ilusión óptica*”.

indagaré nuevamente en la pregunta relativa a la especificidad del populismo, desplazando mi atención desde las estrategias descriptivistas abordadas en este capítulo hacia estrategias de conceptualización de naturaleza teórica que probablemente puedan producir algunas luces más potentes.

El populismo en la Argentina: un estudio de caso

Capítulo III

EL POPULISMO COMO POLÍTICA: LA “RAZÓN POPULISTA” EN

ERNESTO LACLAU

No hay análisis concreto que pueda ser simplemente degradado al nivel de una investigación empírica sin impacto teórico; e inversamente, no existe exploración trascendental que sea absolutamente “pura”, sin la presencia de un exceso de lo que sus categorías pueden controlar, exceso que contamina siempre el horizonte trascendental con una empiricidad impura.

Ernesto Laclau

En el año 1990, el candidato de la *derecha liberal* peruana, Mario Vargas Llosa, pierde las elecciones presidenciales frente a quien ha sido considerado como uno de los mayores exponentes del neopopulismo latinoamericano: Alberto Fujimori. Algunos años después Vargas Llosa atribuiría su derrota electoral a la forma *cándida* con la cual se presentó frente a un electorado que no fue capaz de “entender su mensaje”. En sus palabras:

Fue candoroso de mi parte creer que los peruanos votarían por ideas. Votaron, como se vota en una democracia subdesarrollada, y a veces en las avanzadas, por imágenes, palpitos, o por oscuros sentimientos y resentimientos sin mayor nexo con la razón (citado en Escárzaga, 2002: 237).

Como vemos, y transcurridas largas décadas desde la introducción de la categoría populismo en la gramática de las ciencias sociales latinoamericanas, sus definiciones

persisten en conducirse por el camino de la “falta” o el “exceso” como estrategias para concebir este fenómeno político. El *populismo*, porfiadamente, reaparece, y con ella la reacción que persistentemente ve en él un síntoma de carencias y excesos que impiden la consolidación de democracias liberal-representativas.

Observemos la frase de Vargas Llosa: “imágenes”, “pálpitos”, “sentimientos oscuros” y “resentimientos” son condimentos de “democracias subdesarrolladas” que bloquean el libre despliegue de “la razón” y de las “ideas”. Tal como se expresa claramente aquí, la positividad del populismo sólo puede aprehenderse en relación a un otro que lo constituye negativamente. Nos vemos enfrentados entonces (tal como ya lo señalé) a una constante en las estrategias nominativas del populismo, consistente en el hecho de que éste sólo pueda ser concebido “referencialmente a algo” que no es, sin aprehender aquella especificidad que le otorga positividad, manteniéndose a fin de cuentas como un *resto* que acosa la plenitud tanto de las “democracias liberal-representativas” como de la propia ciencia.

Dos alternativas son posibles para hacer frente a este problema: o bien se continúa definiendo “negativamente” al populismo, intentando establecer fronteras nítidas que lo constituyan en función de un binarismo jerárquico en el cual la “democracia liberal representativa opera como polo jerárquico, con lo cual se corre el riesgo de sostener el concepto en una positividad quizás tanto o más vaga que el propio populismo; o bien se lo coloca al centro de la reflexión, intentando producir un concepto positivo que pueda liberarse de las ataduras referenciales con las cuales ha sido construido. Pues bien, es a la segunda dirección hacia la que apunta la comprensión que del populismo ofrece el teórico político Ernesto Laclau, para quien el primer imperativo al momento de

enfrentarse al problema de su nominación corresponde a la superación de las aproximaciones “negativas” y “referenciales” de las cuales ha sido objeto. En sus palabras (2005: 31):

Para progresar en la comprensión del populismo, es una condición *sine qua non* rescatarlo de su posición marginal en el discurso de las ciencias sociales, las cuales lo han confinado al dominio de aquello que excede al concepto, a ser el simple opuesto de formas políticas dignificadas con el estatus de una verdadera racionalidad.

Obsérvese que, en primer lugar, la advertencia de Laclau coincide con lo que he querido plantear a lo largo de esta investigación en relación a que el principal problema de las definiciones acerca del populismo es su inscripción al interior de marcos de referencia que impiden pensar su eventual positividad. En el caso de las concepciones clásicas abordadas en el capítulo I, el concepto desnudaba su propia imposibilidad al ser incluido en un “entre” oposiciones binarias (modernidad-tradición; burguesía-proletariado) condenadas a diluirse con la introducción de un momento “indecidable” al interior de la lógica estructural; en el caso del neopopulismo (introducido en el capítulo II), su explicación por medio de operaciones fenomenológicas, inductivas y descriptivistas lo ataba al paradigma de democracias liberales que, paradójicamente, perdían su propia especificidad al ser “contaminadas” por rasgos que evidenciaban sus propias “faltas” y “excesos”.

¿Cuál es entonces la oferta de Laclau? Específicamente, “pensar” al populismo en un *más allá* de las lógicas funcionalistas que han acechado al concepto. Y es que, “si al populismo se lo define sólo en términos de *vaguedad, imprecisión, pobreza intelectual*, como

un fenómeno de carácter puramente *transitorio*, *manipulador* en sus procedimientos, etc., no hay manera de determinar su *differentia specifica* en términos positivos” (Laclau, 2005: 31)⁷¹.

¿Cómo puede ser esto posible? En primer lugar, Laclau traslada la conclusión relativa al carácter “ambiguo” de los populismos hacia el punto de inicio de una interrogación respecto al sentido que dicha ambigüedad representa. Es decir, compartiendo la naturaleza ambigua de los populismos detectada por la ciencia política, avanza un paso más y descarta el hecho de que esto sea un problema, situándolo al nivel de una característica a ser explicada por el análisis político. Y en segundo lugar, para que lo antes señalado sea posible, Laclau apuesta a un desplazamiento desde un análisis centrado en las expresiones empíricas de los fenómenos políticos –dentro de los cuales se encuentra el populismo– hacia un análisis teórico-conceptual que hace de la abstracción la principal arma para comprender la dinámica de las lógicas políticas. Sin un momento de abstracción conceptual, no es posible el análisis de las realidades concretas. Sin la producción de herramientas teóricas, en definitiva, la búsqueda por determinar la especificidad del populismo será una tarea condenada siempre al fracaso:

El análisis formal y la abstracción son esenciales para el estudio de los procesos históricos concretos, no sólo porque la construcción teórica del objeto es el requisito de toda práctica intelectual que se precie de llamarse así, sino también porque la realidad social misma genera abstracciones que organizan sus propios principios de funcionamiento... Cuando tratamos de explicar la estructuración de los campos políticos mediante categorías tales como “lógica de la equivalencia”, “lógica de la diferencia” y “producción de

⁷¹ Para Laclau, gran parte de la explicación relativa al por qué de la permanente *denigración* de la cual ha sido objeto el populismo se encuentra en la relación de continuidad que las ciencias sociales han generado respecto a la tradición decimonónica de la Psicología de las masas (un ejemplo de la cual corresponde a Gustave Le Bon y su obra *Psicología de las multitudes*), que veía en la expresión política de las masas una *patología* a ser explicada mediante el recurso a la nascente disciplina de la psicología social. Ahora bien, y pese al sesgo patologizante de la mirada de la psicología de las masas hacia el comportamiento de las “multitudes”, Laclau le reconoce el haber aportado a la visibilización de este componente de la acción social: “Cualesquiera que fueran sus defectos, la psicología de las masas había tocado algunos aspectos de crucial importancia en la construcción de las identidades políticas y sociales, aspectos que no se habían tratado apropiadamente antes. La relación palabras/imágenes, el predominio de lo “emotivo” por sobre lo “racional”, la sensación de omnipotencia, la sugestibilidad y la identificación con los líderes, etc., constituyen rasgos reales del comportamiento colectivo” (Laclau, 2005: 59).

significantes”, estamos intentando construir un horizonte teórico cuyas abstracciones no son abstracciones meramente analíticas sino *reales* de las cuales depende la constitución de identidades y articulaciones políticas. Esto, por supuesto, no es entendido por cierto empirismo, muy difundido en ciertos enfoques dentro de las ciencias sociales, que confunde el análisis de lo concreto con descripciones periodísticas y puramente fácticas (Laclau, 2003a: 58).

En el presente capítulo intentaré ofrecer una aproximación al concepto de populismo ofrecido por Laclau, acentuando la idea de que éste constituye una oferta de comprensión que, abandonado todo ejercicio descriptivista, busca asumir al populismo como la expresión de una lógica de la política y, por consecuencia, de producción de lo social. Para ello, abordaré en la primera parte algunos de los presupuestos teóricos que subyacen a su argumentación para luego, en la segunda parte, explicitar la especificidad de la “razón populista” y su relación con las lógicas políticas institucionales con las cuales la primera se vincula para configurar lo que el propio Laclau define como la “lógica de la política”.

1. Una ontología política de lo social

Resulta ya casi un lugar común encontrar en la *literatura populista* que la mención de Laclau suele ir acompañada de su identificación con un gesto de reducción de este fenómeno a una unilateral dimensión discursiva (Sala, 1983; Vilas, 2004; Weyland, 2004; De la Torre, 1998; Alvarez Junco, 1994). Veamos dos ejemplos de esto.

Carlos Vilas (2004: 138) señala que el problema de la estrecha asociación del populismo con el nivel discursivo es que este reduccionismo impide identificar la

especificidad histórico-social del populismo: “como este discurso carece, según Laclau, de referentes de clase o de vinculación con una configuración socioeconómica dada, cabe asignar el rótulo populista a una gama muy amplia de regímenes políticos” (138).

Carlos de la Torre (1998: 133), por su parte, sospecha que la homologación del populismo con una forma específicamente discursiva impide la indagación en los contextos de recepción en los cuales éste se despliega, generando por consecuencia una visión unilateral de un fenómeno *esencialmente complejo*:

(Laclau) no diferencia el análisis de la oratoria política del análisis del discurso en general, ni diferencia los diversos tipos de discursos políticos que van desde la arenga electoral de barricada hasta los informes de gobierno. Por lo tanto es necesario tomar en consideración el contexto en el que se dan los discursos analizándolos como eventos en los que las expectativas y acciones del público son tan importantes como la oratoria y los gestos del orador.

¿En qué plano ubicar esta disputa? Usualmente, los críticos a la comprensión del populismo como una forma discursiva sitúan el diferendo en un plano metodológico, sosteniendo que la oferta teórica de Laclau impide 1) captar la complejidad y multidimensionalidad del fenómeno y 2) ubicar al populismo en sus contextos específicos de emergencia. Como vemos, el diferendo es ubicado por los críticos de la propuesta de Laclau en un plano en el cual “investigaciones concretas” podrían demostrar la insuficiencia de su perspectiva.

Y sin embargo, ¿qué están entendiendo los críticos de Laclau por “discurso”? Lamentablemente son escasas –por no decir inexistentes– las respuestas que se pueden encontrar a esta pregunta. Será necesario por lo tanto un suplemento imaginativo para dar con ella. En la alusión al “reduccionismo discursivo” que afectaría a la teoría del

populismo de Laclau subyace, a mi juicio, una forma de comprensión de la sociedad que asume a ésta en tanto campo positivo (ya sea como contexto, ya sea como estructura) a partir del cual se despliegan, política, cultural o ideológicamente, determinados discursos. Ello supone entender que la dimensión discursiva correspondería a un momento epifenoménico de la sociedad, lo que volvería verosímil el argumento de que la concentración exclusiva en este momento impide aprehender adecuadamente la complejidad de los fenómenos sociales.

En lo que sigue voy a sostener que 1) esta forma de comprensión de la sociedad es incompatible con la ontología ofrecida por Laclau, de lo cual se deduce que 2) la disputa entre la aproximación de este último y la que ofrecen las ciencias sociales al populismo opera en un plano ontológico y ya no meramente empírico-descriptivo, por lo que 3) a lo que asistimos es ya no a una mera disputa, sino que a lo que Ranciere (1996) denominaría un *desacuerdo*, esto es: una disputa en la cual ya no hay siquiera un “campo común de entendimiento”, en la medida en que ésta se refiere a una pugna “en torno al nombre mismo de las cosas”.

Para sostener mi argumento, debo en primer lugar introducir el *locus* desde el cual Laclau elabora su noción de discurso, para luego especificar su significado y, finalmente, establecer ya explícitamente las diferencias entre su concepto de discurso y el concepto que, al parecer, subyace a las definiciones de populismo y neopopulismo desarrolladas en los capítulos anteriores.

Primera cuestión entonces: Para entender la noción de discurso ofrecida por Laclau es necesaria su inscripción al interior de lo que ha sido conocido como el “campo

postestructuralista”, dentro del cual la estrategia deconstructiva elaborada por el filósofo francés Jacques Derrida ocupa un lugar privilegiado. Abordaré una explicación sumaria de los supuestos de este campo en función de la pregunta por el *sentido de los discursos* y, en consecuencia, por las condiciones que hacen posible producir y aprehender las significaciones sociales.

Sin embargo, es preciso inicialmente plantear una interrogante: ¿puede la deconstrucción operar en el ámbito de política? Desde el *canon* de la propia ciencia política, la respuesta debiera ser rotundamente negativa. Y los argumentos para ello serían básicamente dos. En primer lugar, la ciencia política habita una forma particular de lenguaje, el lenguaje lógico-argumentativo, que no requiere de la inserción de una lógica “exterior” que evidencie sus paradojas. Ello, en la medida en que las paradojas, las contradicciones y la indecidibilidad no formarían parte de la forma lógico-argumentativa del lenguaje. En segundo lugar, y a diferencia de la teoría literaria⁷², la ciencia política operaría en función de un “exterior” que impide asumirla como un “universo en sí misma”. Ese exterior, constituido por la *realidad social y política*, sería el que en última instancia serviría de árbitro último para distinguir, de acuerdo a los cánones generales de la ciencia, entre una producción textual *adecuada* y una producción textual *inadecuada*.

De acuerdo a estos criterios, por lo tanto, la generación de una lectura deconstructiva en el ámbito de la textualidad de la ciencia política no sería otra cosa que un ejercicio infértil, en la medida en que tanto las reglas del lenguaje lógico-argumental como la

⁷² Tal como se ha planteado ampliamente desde distintos lugares (Asensi, 1990; Rojo, 2001), la deconstrucción ha encontrado en el ámbito de la Teoría Literaria un lugar fértil en el cual expresarse. Y ello no resulta extraño, debido a que en primer lugar su objeto se presenta como un objeto exclusivamente escritural y, en segundo lugar, debido a que la teoría literaria siempre ha sido entendida como un lugar que se vincula conflictivamente con el campo de la ciencia, en una paradójica relación de frontera.

existencia de una “realidad externa” a la propia producción textual dotan a la ciencia política de los instrumentos que hacen posible su “auto-observación” o “autoevaluación”⁷³.

¿Cómo disponer a la deconstrucción frente a esta distancia pretendida por la ciencia política? En su texto *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas* Derrida destacaba, con el conocido ejemplo del efecto desestabilizador que en la oposición estructuralista entre naturaleza y cultura generaba el *factum* de la prohibición del incesto, la precariedad de las oposiciones binarias propias de todo el saber moderno⁷⁴ (Derrida, 1989b). Mostraba así Derrida una posible forma de ingresar la deconstrucción al campo del saber moderno: explicitar sus paradojas por medio de la visibilización de las oposiciones binarias jerárquicas a través de las cuales dicho saber estabiliza el sentido de su textualidad.⁷⁵

¿En qué consiste entonces la paradoja? Antes que nada, la paradoja se dirige hacia el lugar mismo de los géneros, de las distinciones entre lenguajes, entre campos de saber, entre el saber y aquello que se sabe. Para lo que nos ocupa, la paradoja entonces se dirige hacia dos de las oposiciones que sustentan el lenguaje de la ciencia política: La oposición entre lenguaje argumentativo y lenguaje figurativo, por una parte, y la oposición entre exterior e interior, por otra.

⁷³ Por motivos radicalmente distintos a los arriba expuestos, Richard Rorty (1996 y 1998) cuestiona la posibilidad de ingresar a la deconstrucción en la arena de la política. Para Rorty, el carácter pragmático que debiera caracterizar a la esfera pública vuelve inútil a la vez que “peligroso” todo ejercicio deconstructivo que, a su juicio, debiera quedar anclado en la arena privada propia de lo que entiende por “ironía liberal”.

⁷⁴ Sobre este tópico he hecho referencia en el capítulo I de esta investigación.

⁷⁵ Para Culler (1992: 99), la visibilización del carácter metafísico de las oposiciones binarias reseñadas constituyen quizás si la operación por excelencia de todo ejercicio deconstructivo: “La deconstrucción no aclara los textos en el sentido tradicional de intentar captar un contenido o tema unitario; investiga el funcionamiento de las oposiciones metafísicas en sus argumentos y los modos en que las figuras y las relaciones textuales... producen una lógica doble y aporética”.

Con respecto a la primera oposición, existe una multiplicidad de lugares desde los cuales dicha oposición ha sido desestabilizada. Richard Rorty (1996: 37-38), por ejemplo, plantea que la distancia entre el lenguaje argumental y el lenguaje metafórico corresponde a la distancia entre la *metáfora viva* y la *metáfora muerta*. Es decir, corresponde meramente a una cuestión si se quiere “temporal” de distinción entre la *metáfora instituida* y la *metáfora instituyente*. Por otro lado, desde el campo de la teoría literaria se ha desarrollado ampliamente un ejercicio de desestabilización de la oposición referida, en atención a la puesta en cuestión de los criterios de frontera en los cuales ésta se funda. Es así como las especificidades que desde uno u otro polo apelan a criterios tales como la “ficcionalidad”, la “retoricidad”, la “universalidad”, la “lógica”, los “criterios de verdad”, se han diluido en la explicitación de una distancia “indecidible” entre ambos lenguajes.⁷⁶

La segunda oposición reseñada (entre interioridad y exterioridad) se instala como estrategia para la fundación de los criterios de objetividad que definen a toda ciencia en general, y a la ciencia política en particular. Y sin embargo, la distinción interior-exterior constituye un criterio de delimitación igualmente inestable en la medida en que el “afuera”, junto con ser constituido desde el “interior”, opera como condición de posibilidad de este último⁷⁷. Por lo demás, y si todo acto de “nominación” de aquel exterior definido como objeto ha de ser entendido tanto en su dimensión *performativa* como en su carácter de *reducción inevitable* de aquello que se nombra, la “ilusión de verdad” de las categorías que conforman el léxico de la ciencia política se vuelve a lo

⁷⁶ Para una referencia a los contenidos específicos de la distinción-indistinción entre el lenguaje argumentativo y el lenguaje poético, ver Rojo (2001). La desestabilización de esta distinción fue desarrollada ampliamente por el teórico literario Paul de Man: 1999. Sobre esto, ver además Asensi, 1990: 27-38.

⁷⁷ En el ámbito de la sociología, la distinción entre Sistema y Entorno ofrecida por Luhmann (1991) se aproxima a esta concepción de la relación entre exterior e interior.

menos objetable, tan objetable como la confianza de una representación del mundo que funda una verdad sobre la base de su reducción categorial.⁷⁸

Observemos entonces esta disposición postestructuralista hacia el campo de la política. En el capítulo I comencé planteando que la tensión entre el *contexto* y la *iterabilidad* constitutivas de todo acto de significación introducen uno de los principales problemas a los cuales las definiciones del populismo se deben enfrentar, a saber: la necesidad de establecer una definición que, junto a su posibilidad de ser inscrita contextualmente, no se diluya en un puro y total campo de significación para poder ser alojada en diversos contextos. Traslademos este mismo problema al orden del “discurso”: para que un discurso político (por ejemplo) pueda adquirir un sentido, se vuelve necesario operar con el supuesto de que éste puede ser inscrito al interior de una determinada totalidad. Ello equivale, en los términos en que he planteado el problema, a situarlo en un “contexto” que vuelve posible su estabilización. Y sin embargo, también he señalado que toda significación puede ser asumida como una unidad que inestablemente carga tanto con su condición de iterabilidad como con su despliegue en un contexto que fija su sentido en un espacio-tiempo determinado, de lo cual se deduce que todo sentido último se encuentra inexorablemente indeterminado. En esta condición inestable de todo signo es que encontramos entonces la primera gran distancia entre la posición postestructuralista y ontologías que sostienen la posibilidad de la estabilización de los discursos en un exterior que los dota de sentido, entre las cuales podemos nombrar al estructuralismo y la hermenéutica. Observemos.

⁷⁸ El vínculo entre nominación y reducción del mundo ha sido asumido como uno de los aspectos centrales del dilema que habita a los “estudios subalternos”, dados a la tarea de visibilizar “aquello que se resiste a la historización” (Chakrabarty, 1999).

En el caso de la hermenéutica, el sentido es posible de ser definido de manera estable una vez que, superada la polisemia que define a todo texto, es inscrito en un contexto determinado⁷⁹. Sin embargo, esta fijación del texto en un contexto, para el criterio postestructuralista, necesariamente es una fijación inestable en la medida en que se reconozca la ya reseñada condición iterable de toda significación. Y toda inestabilidad, por consecuencia, ha de ser leída como una *indecidibilidad*, una oposición a la posibilidad de “saturación del contexto” como medio para la generación de un sentido pleno. Veamos de qué manera se visibiliza esta inestabilidad en la crítica que Derrida realiza respecto al concepto de “enunciados realizativos” planteada por Austin. Al igual como en la hermenéutica, la comprensión del carácter performativo de ciertos enunciados por parte de Austin opera en función de la inclusión del “contexto” como presencia central en el logro de una *adecuada inscripción* de dichos significantes. El éxito de un realizativo, por lo tanto, se encuentra sometido a su adecuado despliegue en un contexto determinado. Ahora bien, y tal como se pregunta Derrida (1998: 368),

Un enunciado performativo ¿podría ser un éxito si su formulación no repitiera un enunciado “codificado” o iterable, en otras palabras, si la fórmula que pronuncia para abrir una sesión, botar un barco o un matrimonio no fuera identificable como conforme a un modelo iterable, si por tanto no fuera identificable de alguna manera como *cita*?

Dicho en otros términos: la condición que posibilita la *adecuada recepción* de un enunciado realizativo anida en la imposibilidad de su inscripción plena dentro de un contexto. Y ello es lo que precisamente determina la condición trágica de un personaje

⁷⁹ Sobre la relación entre polisemia y sentido, Ricoeur señala (2004b: 72): “Lo que me interesa es que la polisemia de las palabras exige como contrapartida el papel selectivo de los contextos para poder determinar el valor actual que toman las palabras en un mensaje determinado, dirigido por un hablante preciso, a un oyente ubicado en una situación particular”. Como vemos, para la hermenéutica la condición polisémica de todo texto cuenta con una contraparte, el contexto, que permite reducir la multiplicidad de significaciones posibles. El contexto se convierte, así, en un seguro lugar para la extracción de significaciones.

como el de *Funes* (Borges, 1974): la paradoja de una situación de *plena presencia* devenida delirio, ausencia plena de una realidad. Realidad devenida ausencia a causa de su hiperbolización.

En el caso del estructuralismo, el acto de extracción de sentido opera mediante el procedimiento contrario a la hermenéutica. Si en esta última la significación se obtendría por medio de la inserción del discurso en un contexto, en el estructuralismo la significación y el “centramiento del sentido” se obtendrán a partir de un ejercicio de borradura de lo acontecimental de la significación o, dicho en otros términos, por medio de la separación entre lo “accidental” y lo “estructural” presente en todo discurso. Dicha operación estructuralista queda claramente expuesta en la distinción entre Historia y Estructura presente en el análisis que Levi-Strauss ofrece respecto a los mitos. Observemos su argumento:

Por respetuoso de la historia y por dispuesto que esté el análisis estructural a sacar provecho de todas las lecciones, se niega a dejarse encerrar dentro de los perímetros ya circunscritos por la investigación histórica. Al contrario, demostrando que mitos de muy diversos orígenes forman objetivamente un grupo, plantea un problema a la historia y la invita a ponerse a buscar una solución (Levi-Strauss, 1964: 17).⁸⁰

Si la historia opera como inscripción contextual de los mitos, el ejercicio estructuralista se fundará entonces en la búsqueda por “discernir” aquello que corresponde a la “estructura

⁸⁰ Nótese, sin embargo, que el “problema para la historia” que denuncia Levi-Strauss también lo es para el estructuralismo, en la medida en que su oposición entre Historia y Estructura supone un “antiempirismo” que contrasta con el “empirismo” presente en toda investigación y estudio estructuralista. Sobre esta paradoja, Derrida (1989b: 395) señala: “Por una parte, el estructuralismo se ofrece, justificadamente, como la crítica misma del empirismo. Pero al mismo tiempo no hay libro o estudio de Levi-Strauss que no se proponga en cualquier caso llegar a completar o refutar. Los esquemas estructurales se proponen siempre como hipótesis que proceden de una cantidad finita de información y a las que se somete a la prueba de la experiencia....”.

mítica” de aquello que corresponde a su “fenoménica y accidental” inscripción⁸¹. Y la estructura, como tal, se caracteriza por poseer una *unidad*, un centro de estabilización y reducción de la *contingencia de las significaciones*:

La estructura...se ha encontrado siempre neutralizada, reducida: mediante un gesto consistente en darle un centro, en referirla a un punto de presencia, a un origen fijo. Este centro tenía como función no sólo la de orientar y equilibrar, organizar la estructura – efectivamente, no se puede pensar una estructura desorganizada- sino, sobre todo, la de hacer que el principio de organización de la estructura limitase lo que podríamos llamar el *juego* de la estructura (Derrida, 1989b: 383).

Juego de la estructura. Con esta paradójica vinculación entre significantes antagónicos (pues la estructura no *juega*), Derrida opone a la “estructuralidad de la estructura” la inestabilidad y contingencia de la significación. Si la estructura requiere de la suspensión de todo afuera, Derrida advierte que toda significación, para “centrarse”, requiere de su inscripción en un *sistema de diferencias* que lo estabilice. Es decir, de un contexto que lo dote de significación. Dicho en palabras de Luhmann: de “diferencias que hagan una diferencia”.

Puesto en otros términos: la “fenoménica y accidental” inscripción contextual de las significaciones estructurales desestabiliza su “sentido pleno”. Y ello, no tanto a causa de la “infinitud del mundo”, sino que más bien en atención a la posibilidad de que, al interior de un campo finito, la significación pueda ser objeto de *sustituciones infinitas* (Derrida, 1989b: 397).

⁸¹ La particularidad del ejercicio estructuralista puede verse claramente expresada, además del ejemplo planteado, en los conceptos de “estructuralidad del signo” en la lingüística de Ferdinand de Saussure (1945) y de “Ideología” en el estructuralismo de Louis Althusser (2004). En ambos casos, la “historicidad” del signo y de la ideología, respectivamente, forman parte de lo “ajeno al análisis estructural”. La inscripción contingente de la estructura significativa en un hablante, así como la expresión histórica de una ideología, por lo tanto, ya no son objeto del análisis estructural.

En definitiva: la condición iterable de toda significación implica que ésta, para poder cumplir su objetivo “significante”, borre la *huella* de su origen. Aquello que toma posible la significación es la ausencia de todo contexto de emisión o de recepción. Pero esta condición iterable se inscribe siempre en un “mundo”, un contexto exterior que, a la manera de un *suplemento*, permite estabilizar y centrar la significación por medio de su inscripción en una *presencia*. El sentido, entonces, se caracteriza por su inestabilidad, precariedad e indecidibilidad. Como en la conocida historia de Emma Zunz, quién hizo efectivo su deseo de venganza gracias a su conocimiento de que, en última instancia, la verdad es una *cuestión de sutilezas y formas*. Recordemos las palabras finales del relato:

La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta. Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios (Borges, 1983: 123).

¿Cuál es el secreto de la venganza de Emma Zunz?: Indudablemente, su capacidad de “injertar” signos en un marco de significación, de manera tal que su *falsa (pero verdadera) acusación* se vuelve *verdadera (pero falsa)* gracias a la “verdad” de su *tono, su pudor, su odio, su ultraje*.

Pues bien, he llegado a explicitar algunos de los núcleos centrales que he querido destacar al momento de indagar en la categoría de discurso a partir de la cual se vuelve verosímil la oferta conceptual de Laclau. En consecuencia con su posicionamiento al interior de la lógica postestructuralista, Laclau (2004: 77) sostiene la imposibilidad de determinar la significación tanto por medio de la reducción de la polisemia a su contexto de producción/recepción como por medio de la primacía de una lógica subyacente a la producción de todo significado social.

Si no existe un contexto ni una lógica que sean capaces de estabilizar la significación social, y si no existe un campo positivo que se exponga transparentemente a su representación, ¿cómo es que ésta se produce? Para entender esto, es preciso asumir la distinción entre los conceptos de *la sociedad* y de *lo social* y la consecuente afirmación de la primacía de *lo político* sobre *la sociedad* (Laclau, 1993a)⁸². Obsérvese la siguiente afirmación de Laclau en relación a las *prácticas hegemónicas*:

Las prácticas hegemónicas son suturantes en la medida en que su campo de acción está determinado por la apertura de lo social, por el carácter finalmente no-fijo de todo significante. Esta "falta" originaria es precisamente lo que las prácticas hegemónicas intentan llenar. Una sociedad *totalmente* suturada sería aquélla en la que este llenar habría llegado a sus últimas consecuencias y habría logrado, por consiguiente, identificarse con la transparencia de un sistema simbólico cerrado. Este cierre de lo social es...imposible.⁸³

Pues bien, y en ausencia de una constitución positiva y a priori de *la sociedad*, la sutura ha de entenderse como el acto mismo de constitución de *lo social*, acto que sin embargo nunca ha de ser considerado como pleno y definitivo. Dicho en otros términos: puesto que no existe la sociedad como totalidad plena y coherente, y ya que no es posible aprehender su lógica endógena, "tenemos sólo actos parciales de institución política que nunca cristalizan en un *efecto de sociedad*" (Laclau, 1998: 98). Si esto es así, y si la sociedad es el efecto de momentos contingentes y parciales de decisión política, 1) el escenario de constitución de lo social es un escenario indecible, y 2) lo político adquiere el status de "aquello que decide" dentro de aquel terreno indecible: "Ya que

⁸² Esta distinción entre "lo social" y "la sociedad" también es nominada por Laclau (1993b) como la distinción entre "lo social" y "lo político".

⁸³ La noción de "prácticas hegemónicas" será desarrollada más adelante. Cabe señalar que el concepto de sutura proviene del psicoanálisis lacaniano, y alude a la producción del sujeto en relación a una cadena de significantes determinada. Esta producción, para el psicoanálisis lacaniano, contiene en si misma una "falta" y un cierto "cierre" que, como veremos más adelante, también son constitutivos de toda producción de orden social.

la estructura es indecidible, ya que no hay posibilidad de cierre algorítmico, la decisión no puede estar en última instancia basada en nada externo a ella misma” (Laclau, 1998: 109).⁸⁴

Ahora bien, ¿por qué es necesaria la decisión? Dicho en otros términos: ¿Por qué es necesario y lógicamente primordial el momento de la política? La respuesta a estas alturas ya parece estar clara: porque no existe una instancia positiva previa de decisión, porque no existe una “sociedad”. Y sin embargo, el terreno sobre el cual opera la decisión es un terreno parcialmente suturado que ya configura el campo mismo de la decisión. Plantea Laclau sobre esto (1998: 118):

Una situación de indecidibilidad total será aquella en la que *cualquier* decisión sería válida tan sólo por ser *una* decisión, pero en este caso no tendríamos indecidibles estructurales sino una total ausencia de estructura, y el agente decisorio tomaría la decisión en condiciones de omnipotencia total.

En definitiva, el vínculo que el propio Laclau explicita con el postestructuralismo ha de ser asumido en relación a su comprensión de lo social como un campo de producción contingente de sentido que, al no tener como soporte una positividad plena, un contexto determinado o una lógica subyacente, sólo puede ser entendido como un campo “producido” a partir de parciales suturas que operan a partir de una indecidibilidad estructural⁸⁵. ¿Cuáles serán entonces los mecanismos específicos de tal producción? La

⁸⁴ Sobre la relación entre indecidibilidad y política, Laclau (1998) ofrece como ejemplos paradigmáticos a las categorías de “representación”, “tolerancia” y “poder”. Todas ellas, en última instancia, se encuentran sometidas a ambigüedades internas sólo posibles de ser resueltas por medio de la decisión, ahí donde no existen condiciones ni lógicas, ni históricas ni contextuales para la decisión.

⁸⁵ En relación al vínculo entre la deconstrucción y la ontología política ofrecida por Laclau, este último sostiene (1998: 122): “La lógica de la deconstrucción es primordialmente política en el sentido de que, al mostrar la indecidibilidad estructural de áreas cada vez mayores de lo social, también expande el área de operación de los diversos momentos de institución política. Esto no implica, desde luego, que se pueda derivar de premisas deconstructivas una decisión concerniente a ordenamientos políticos concretos en una situación particular; pero se puede derivar, sin embargo, algo que concierne a la forma de lo

respuesta de Laclau se dirige aquí hacia la afirmación de que lo social es producido permanentemente a partir de prácticas político-discursivas, entendiendo aquí por discurso una determinada forma de totalidad configurada a partir de mecanismos tanto lingüísticos como extralingüísticos.

En consecuencia con lo arriba expuesto, una práctica discursiva no constituye un epifenómeno “representativo” de algo que se encuentra fuera de él, sino que más bien corresponde al “terreno primario de la constitución de la objetividad como tal” (Laclau, 2005: 92). Lo que la define, por lo tanto, no se encuentra tanto en su contenido como en el carácter performativo de las relaciones que hace posible. Por ello es que un ejercicio de “análisis de discurso” entendido en la forma en que Laclau lo entiende no centra su atención tanto en los contenidos del mismo como en las lógicas articuladoras y los efectos objetivantes que éste genera.

En concreto, la noción de discurso ha de ser entendida de la siguiente manera, vinculada estrechamente a las nociones de “articulación” y de “elemento”:

Llamaremos articulación a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora le llamaremos discurso. Llamaremos, por el contrario, elemento, a toda diferencia que no se articula discursivamente (Laclau y Mouffe, 2004: 142).

Como vemos, Laclau asume que todo discurso, para constituirse como tal, debe ser asumido como una instancia de superación de elementos por medio de su articulación

político como tal, cualesquiera sean sus contenidos. El tema central de la deconstrucción es el de la producción político-discursiva de la sociedad”. Un desarrollo más específico de la lectura laclauiana a Derrida en Laclau, 1996e.

en una totalidad estructurada. De ello se deduce entonces que el discurso 1) no refiere a una superestructura sino que al campo mismo de constitución de las identidades sociales; 2) no supone un sujeto trascendental que lo encarna, sino que por el contrario concibe al sujeto como un producto discursivo; 3) si bien manifiesta condiciones de producción, dichas condiciones no son otra cosa que otros discursos subyacentes.

La sociedad, en congruencia con esta definición, ha de ser asumida como el efecto contingente del discurso, por lo que éste ha de ser visto como el “conjunto de los fenómenos de la producción social de sentido que constituyen a una sociedad como tal” (Laclau, 1985: 39). Observemos entonces las consecuencias de esta comprensión del discurso: en primer lugar, el discurso se traslada desde su comprensión epifenoménica hacia su configuración en tanto fenómeno que configura a lo social; en segundo lugar, todo discurso supone la producción relacional de las identidades sociales⁸⁶ por medio de su articulación; en tercer lugar, dicha articulación sólo puede ser asumida como un efecto contingente del juego relacional de las identidades; en cuarto lugar, son los discursos el campo exclusivo de producción de significado social, con exclusión de cualquier lógica o determinación subyacente, lo que hace de toda totalidad discursiva una totalidad esencialmente precaria; en quinto y último lugar, el acto de la nominación producido por todo discurso ha de ser concebido como un momento que, aunque

⁸⁶ En relación al carácter relacional de las identidades, Laclau (2005: 93) plantea de la siguiente manera sus diferencias con una concepción igualmente relacional como la ofrecida por el funcionalismo y el estructuralismo: “El funcionalismo...tiene una concepción relacional de la totalidad social, pero aquí las relaciones están subordinadas a la función y, de esta manera, reintegradas teleológicamente a un todo estructural que constituye algo necesariamente previo y más que lo dado en las articulaciones diferenciales. Incluso en la perspectiva estructuralista clásica...el todo alcanza su unidad en algo distinto del juego de las diferencias, es decir, en las categorías básicas de la mente humana, que reducen toda variación a una combinatoria de elementos dominada por un conjunto subyacente de oposiciones. En nuestra perspectiva no existe un más allá del juego de las diferencias, ningún fundamento que privilegie a priori algunos elementos del todo por encima de los otros”.

arbitrario, resulta central al momento de caracterizar la forma en que se genera la constitución de identidades sociales.⁸⁷

Ahora bien, queda por responder una última interrogante relativa a la constitución discursiva de la sociedad: ¿cuál es la forma específica según la cual los discursos se expresan? En relación a la centralidad de la retórica como medio de producción significativa, Laclau (2002: 58) señala lo siguiente:

Todo lenguaje, ya sea estético o teórico, está regido por la materialidad del significante, por un medio retórico que disuelve, en última instancia, la ilusión de toda referencia no mediada. En este sentido, una retórica generalizada... trasciende toda frontera regional y se identifica con la estructuración de la vida social en cuanto tal.

Tal como lo expresa Laclau, y en coincidencia con la distinción-indistinción que el pensamiento postestructuralista ha realizado respecto a la oposición “lenguaje argumentativo-lenguaje figurativo”, la retoricidad ha de ser asumida como una operación que se encuentra ubicada al centro de toda producción discursiva y, por lo tanto, constituye el medio privilegiado de producción de significados sociales. Abordaré sumariamente este argumento.

Inicialmente, la operación retórica puede ser definida como la *sustitución de un término literal por uno figurativo*. Es decir, una operación eminentemente lingüística por medio de la cual el lenguaje mismo es agente de desplazamientos y recreaciones de sentido.

⁸⁷ Sobre la producción de significado por medio de una lógica estructuralista, Laclau (2005: 281) sostiene: “si la unidad de los actores sociales fuera el resultado de un vínculo lógico que subsumiría todas sus posiciones subjetivas bajo una categoría conceptual unificada, la nominación sólo implicaría la elección de un rótulo arbitrario para un objeto cuya unidad estaría asegurada por medios diferentes, puramente apriorísticos. Sin embargo, si la unidad del agente social es el resultado de una pluralidad de demandas sociales que se unen por relaciones equivalenciales (metonímicas) de contigüidad, en ese caso, el momento contingente de la nominación tiene un rol absolutamente central y constitutivo”.

Algunos ejemplos de operaciones retóricas lo constituyen la *catacrésis*, consistente en la nominación figurativa de algo que no ofrece posibilidad de ser nombrado literalmente (por ejemplo: grados de “libertad”, “alas” del avión); la *sinécdoque*, recurso por medio del cual una parte ocupa el lugar del todo que se quiere nombrar (las “cabezas” de ganado); la metáfora, operación analógica por medio de la cual algo se nombra a través de una figura literal; y la metonimia, operación por medio de la cual se establece una relación de contigüidad entre elementos.

¿Cuál será entonces el estatuto que adquiere la retórica? No resulta difícil argumentar que, usualmente, ésta ha sido asumida como una forma “deformada” del lenguaje, un procedimiento lingüístico por medio del cual la relación directa y transparente entre “las palabras y las cosas” es oculta, distorsionada o derechamente transformada. ¿Qué supone esta concepción de la retórica? Si existe un lenguaje fundado en la “distorsión” o el “mero adorno”, ello supone 1) la existencia de otro lenguaje, un lenguaje dotado de la capacidad para representar *adecuadamente* la realidad, y 2) la existencia de “algo exterior” que es representado por medio del lenguaje, ya sea esto una empiricidad pura, una lógica de funcionamiento, un contexto comunicativo, etc.

Ahora bien, y si como ya he planteado más arriba, todo discurso ha de ser asumido en su dimensión performativa de una realidad social que no contiene un fundamento *a-priori*, el lenguaje comienza a asumir un rol central. Dice Laclau (2002: 59) al respecto:

Ya están lejos los tiempos en que la transparencia de los actores sociales, de los procesos de representación, incluso de las presuntas lógicas subyacentes al tejido social, podría ser aceptada de manera no problemática. Por el contrario, cada institución política, cada categoría

de análisis político, se nos presenta hoy día como el *locus* de juegos de lenguaje indecibles

Resulta claro entonces que ahí donde no contamos con un “exterior” al lenguaje que sea capaz de estabilizar su significado la retórica comienza a adquirir un rol central en la constitución de lo social en general y de las identidades políticas en particular: “el movimiento tropológico, lejos de ser un mero adorno de una realidad social que podría describirse en términos no retóricos, puede entenderse como la lógica misma de la constitución de las identidades políticas” (Laclau, 2005: 34).

Observemos la siguiente cita que Laclau (2005: 45) ofrece de la *Psicología de las masas* de G. Le Bon:

El razonamiento inferior de las multitudes se basa, de la misma manera que el razonamiento de un orden superior, en la asociación de ideas, pero entre las ideas asociadas por la multitud sólo hay cadenas aparentes de analogía...las características del razonamiento de las multitudes son la asociación de cosas disímiles que poseen una conexión meramente aparente entre sí, y la generalización inmediata de casos particulares.

Nótese la semejanza entre este argumento y el rasgo “retórico” de los populismos usualmente detectado por la ciencia política. ¿Qué decir frente a esto? Evidentemente, el carácter retórico de los populismos sería plenamente aceptado por Laclau, pero a condición de que esto implique 1) la consideración de la retórica ya no como una “argumentación menor” sino como una forma cabal del lenguaje, 2) la puesta en duda de la dicotomía entre lenguaje figurativo y lenguaje argumentativo, y 3) la interrogación relativa a los efectos performativos que la retórica manifiesta en el campo político. Sin estos tres desplazamientos, la retórica continuaría siendo un efecto suplementario del lenguaje, y su carácter performativo se mantendría oculto tras la ilusión de la

transparencia. Suponer la centralidad de la retórica, entonces, implica un gesto consecuente con el carácter discursivo de la producción social de significaciones que Laclau asume como principio básico para pensar la política en general y el populismo en particular.⁸⁸

Me encuentro en condiciones entonces de dar cuenta de un desplazamiento fundamental a la hora de comprender la noción de populismo ofrecida por Laclau. Dicho desplazamiento, asumido lo arriba expuesto, se refiere tanto a la inexistencia de una “unidad referencial” posible de determinar su especificidad como a la consecuente centralidad de una “lógica discursiva” que vuelve equivalente al populismo con la lógica política en general. En palabras de Laclau (2005: 11):

Nuestro intento no ha sido encontrar el *verdadero* referente del populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político.

Sin embargo, es preciso avanzar un poco más. Resulta necesario ahora especificar la operatoria misma que define la especificidad de la lógica política en general y de la lógica populista en particular. Para ello, debo hacer referencia a un concepto que resulta

⁸⁸ Acerca de la presencia amplificada de la retórica en el lenguaje, literal o figurativo, De Man (1990: 210) señala lo siguiente: “Un texto discursivo, crítico o filosófico, que haga esto (retórica a través de enunciados declarativos o por sugestión poética) mediante afirmaciones no es... ni más ni menos literario que un texto poético que evitase afirmaciones directas. En la práctica, las distinciones son a menudo borrosas: la lógica de muchos textos filosóficos depende en gran medida de la coherencia narrativa y de las figuras del discurso, mientras que en la poesía abundan las afirmaciones generales. El criterio de la especificidad literaria no depende del mayor o menor nivel discursivo del modo, sino del grado de retoricidad consistente del lenguaje”.

central en la ontología política ofrecida por Laclau. Me refiero al concepto de “hegemonía”.⁸⁹

Tal como lo señalara en el capítulo anterior, algunos de los rasgos con que suele asociarse al populismo lo constituyen su “ambigüedad”, su “maniqueísmo” y las dificultades para traducir sus contenidos específicos a demandas “prístinas” y “concretas”. Intentaré ofrecer una relectura de estos rasgos bajo la óptica de la categoría de Hegemonía, sirviéndome para ello de una cita que el propio Laclau (2003a: 50) hace de un extracto de la *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*:

¿Sobre qué descansa una revolución parcial, la revolución meramente política? Sobre el hecho de que se emancipe solamente una parte de la sociedad civil e instaure su dominación general; sobre el hecho de que una determinada clase emprenda la emancipación general de la sociedad, partiendo de su especial situación... Para que la revolución de la nación y la emancipación de una clase especial coincidan, para que un estrato sea reconocido como el Estado de toda la sociedad, se necesita, por el contrario, que todos los defectos de la sociedad se condensen en una clase, que esta determinada clase resuma en sí la repulsa general, sea la incorporación de los obstáculos generales; se necesita que una determinada esfera social sea considerada como el crimen manifiesto de la sociedad toda, de tal modo que su liberación

⁸⁹ El concepto de hegemonía constituye sin lugar a dudas uno de los ejes fundamentales al interior de la propuesta teórico política ofrecida por Laclau. Básicamente, este concepto ha de ser entendido tanto como un intento de superación de los rasgos “esencialistas” constitutivos de la tradición marxista como de reconocimiento del carácter radicalmente contingente del movimiento histórico y de sus articulaciones. En este sentido, constituye el punto principal de inflexión que vincula al mismo tiempo que separa la propuesta “postmarxista” de Laclau respecto a la tradición marxista. Sobre este tópico, Laclau señala: “(La hegemonía) es algo así como el punto de partida de un discurso postmarxista en el seno del marxismo. Porque el marxismo estaba bien enraizado en la tradición metafísica occidental, era una filosofía de la historia. El desenlace de la historia era para él el resultado de leyes objetivas que podían ser aprehendidas racionalmente y que eran independientes de la voluntad y la conciencia de los agentes... hegemonía significa algo muy diferente: significa la articulación contingente de elementos en tomo de ciertas configuraciones sociales que no pueden ser predeterminadas por ninguna filosofía de la historia y que están esencialmente ligadas a las luchas concretas de los agentes sociales (Laclau, 1990: 194). Un desarrollo ampliado de la lectura que Laclau ofrece acerca del concepto marxista de hegemonía en Laclau y Mouffe, 2004.

se considere como la autoliberación general. Para que una clase de la sociedad sea la clase de la liberación por excelencia, es necesario que otra sea manifiestamente el Estado de sujeción.

Observemos los elementos presentes en la afirmación de Marx. Esta incluye: 1) la identificación entre un particular concreto con los objetivos emancipatorios de la comunidad; 2) una relación de equivalencia al mismo tiempo que de diferencia entre el particular hegemónico y el “resto de la comunidad”; 3) un diferencial de poder entre ambos grupos y 4) la presencia de un exterior que permite la constitución de la identidad emancipatoria. Tales son algunos de los aspectos centrales que, radicalizados y desembarazados de los contenidos economicistas del marxismo clásico, pasarán a formar parte del concepto de hegemonía de Laclau.

Primera cuestión entonces: ¿Por qué la identificación entre un particular concreto y la comunidad? Como veíamos en la cita anterior, la posibilidad de la revolución se encontraba para Marx dada por la identificación entre la situación particular de una clase específica (el proletariado, en el caso de la formación social capitalista) y la condición universal de la sociedad toda. Esta necesidad de desplazamiento debe ser entendida en dos sentidos: 1) la reducción de la lucha proletaria a su interés específico no hace posible la transformación social, en la medida en que esta lucha queda reducida a una mera reivindicación de un particular no identificado con un interés más abarcante, y 2) la inexistencia de una comunidad plena torna imposible la equivalenciación de la totalidad de los intereses en un interés general.

A partir de lo arriba señalado es que puede entenderse entonces que sin un desplazamiento por medio del cual, en términos retóricos, una “parte” asume la condición del “todo social”, la sociedad (entendida como totalidad) simplemente no

existe. Es por ello que, en definitiva, toda operación hegemónica se sustenta sobre la base de una precaria identificación entre objetivos particulares y universalidad. Es decir que, para que exista hegemonía, un sector particular de la sociedad debe “trascender” su particularismo e instalarse en el lugar de la “comunidad”. En palabras de Laclau (2003a: 60):

El reclamo que haga una clase social para gobernar dependerá de la capacidad para presentar sus propios objetivos particulares como los únicos compatibles con el real funcionamiento de la comunidad, lo que es, precisamente, intrínseco a la operación hegemónica.

Observemos este argumento. Como vemos expuesto, dos son las condiciones para que exista hegemonía: por una parte, es preciso que un particular *condense* la universalidad de una comunidad pero, por otra parte, es preciso que la comunidad misma se constituya a partir de la “reducción” de sus diferencias en un vínculo equivalencial representado por ese particular. Para seguir avanzando, debo entonces dar sumaria cuenta de dos categorías que serán claves para la comprensión tanto de la categoría de hegemonía como de lo que específicamente interesa aquí: el populismo. Me refiero a las categorías de “particularismo” y “universalismo”.

Con un afán estrictamente analítico, debemos imaginar una situación en la cual el campo social se encuentra constituido por elementos inarticulados que afirman su particularidad radical. En dicha situación, claro está, *la sociedad no existe*, puesto que la radical heterogeneidad de sus componentes no permite la constitución de una totalidad. Ahora bien, imaginemos una situación reversa en la cual la heterogeneidad social haya sido completamente superada como resultado de la instalación de un vínculo comunitario (comunidad, nación, ciudadanía, pueblo, etc.) que permita pensar en los términos de una totalidad.

Pues bien, y como ya podrá suponerse, ambas situaciones corresponden a *momentos límites* imposibles de ser pensados a la luz de la propuesta teórica de Laclau. Por una parte, la situación de total particularismo vuelve imposible la sociedad; por otro lado, la plena homogeneidad-universalidad sólo se corresponde con una concepción de lo social que asume a éste como un campo pleno y estable, situación que al interior del registro teórico de Laclau, tal como ya hemos visto más arriba, resulta igualmente imposible.

Si la particularidad plena es tan imposible como la homogeneidad universalista, ¿cómo se constituye entonces lo social? Lo social se constituye precisamente a partir de la vinculación, precaria e inestable, entre *particularismo* y *universalismo*, entendiendo por lo primero la particularidad y singularidad de cada elemento de lo social, y por lo segundo la superación de dicha particularidad a partir de la expansión de un lazo vinculante.

Ahora bien, la generación del vínculo universalista operará por medio de la constitución de un lazo que, al no existir apriorísticamente, sólo será posible de emerger a partir de un procedimiento de condensación en un particular que ocupará el lugar de un “significante vacío” cuya función es pasar de la particularidad de cada unidad de lo social a la universalidad de una comunidad. Esto es lo que explica el por qué todo contenido hegemónico nunca puede ser concebido como plenamente estable, en la medida en que el “lugar vacío” de la universalidad siempre podrá ser llenado por cualquier particular. Cabe señalar en este sentido que, puesto que toda universalidad ha de ser asumida como un ejercicio de construcción de una totalidad que no existe en términos de “necesidad”, el vínculo que de ella emerge siempre va a ser resistido por la dinámica anti igualitaria de las diferencias. Por ello es que, para que un particular sea

considerado como hegemónico, es preciso que éste “no se cierre en una estrecha perspectiva corporativista sino que se presente a amplios sectores de la población como el agente realizador de objetivos más amplios tales como la emancipación o la restauración del orden social” (Laclau, 1996c: 82)⁹⁰.

De lo arriba expuesto se deduce, por consecuencia, que particularismo y universalismo constituyen una tensión insuperable de lo social que se evidencia al momento de constatar que, lógicamente, ambos resultan incompatibles pero al mismo tiempo indispensables para la constitución de lo social⁹¹. Y si la tensión entre particularismo y universalismo es inerradicable de la política, la idea misma de “representación” que se encuentra a la base de la totalidad de las teorías acerca de la democracia ha de ser igualmente puesta en cuestión. Desarrollaré sumariamente esta idea.

En el campo de la teoría política, suele hacerse referencia a la disputa entre las concepciones que entienden a la democracia como “democracia representativa” y quienes la asumen como “democracia directa”⁹². Esta oposición supone una distinción entre lo que pudiéramos llamar la “presentación de la comunidad” en el cuerpo político y un momento de “mediación” por medio de lo que se conoce como “representación política”, procedimiento mediante el cual componentes particulares y singulares de lo

⁹⁰ Lo que Laclau denomina aquí como “sectores de la población” puede ser entendido bajo el concepto de “significante flotante”, es decir, particularidades que se encuentran circulando en torno a órbitas equivalenciales distintas que pugnan por atraerlas a su entorno.

⁹¹ Nótese aquí la relación existente entre una teoría de la hegemonía y la operación deconstructiva. Sobre esto, Laclau (1996f: 159) señala: “Si la deconstrucción descubre el papel de la decisión a partir de la indecidibilidad de la estructura, la hegemonía, como teoría de la decisión tomada en un terreno indecible, requiere que el carácter contingente de las conexiones existentes en ese terreno sea plenamente mostrado por la deconstrucción”. De acuerdo a esta afirmación, debe entenderse que una teoría de la hegemonía deberá ser capaz de “visibilizar” la contingencia subyacente a toda articulación política.

⁹² Una didáctica distinción entre estas categorías puede verse expuesta en Bobbio (1989) y Arato y Cohen (2000).

social son procesados por medio de la constitución de un campo de representación universal.

En lo que se refiere a la noción de democracia directa, Laclau (2003a: 62) plantea que ésta constituye un imposible en la medida en que “la eliminación de toda representación es la ilusión que acompaña a la noción de emancipación *total*. Pero, en tanto la universalidad de la comunidad sólo se pueda lograr a través de la mediación de una particularidad, la relación de representación pasará a ser constitutiva”. En consecuencia con lo que he venido señalando, entonces, todo escenario político será un escenario de representación, por lo que 1) la comunidad plena y transparente no existe y 2) no existe transparencia plena en el paso desde el particularismo al universalismo.

Por otro lado, y en lo que dice relación ideal de la “democracia representativa”, se debe señalar que, indefectiblemente, la representación siempre es “algo más” que la mera reproducción (o “presentación”) del interés de los representados. Por lo pronto, dicha representación debe buscar identificar dicho interés con un interés general que no se deduce lógicamente de la particularidad de los representados y, en segundo lugar, la identidad de los representados, como fruto del proceso mismo de representación, también se ve alterada en un efecto de sobredeterminación que produce efectos performativos desde el representante al representado. La representación, entonces, ha de ser entendida como un medio de homogeneización de la heterogeneidad y, por consecuencia, un medio de “producción” al mismo tiempo que de “expresión” de identidades políticas. Es por ello que, en definitiva, “la identificación con un significante vacío es la condición *sine qua non* de la emergencia de un pueblo. Pero el

significante vacío puede operar como un punto de identificación sólo porque *representa* una cadena equivalencial...” (Laclau, 2005: 205).

El lugar de la representación, concluyo, es un inestable punto de mutua determinación, en donde el lugar vacío de la representación constituye “algo más” que un mero reflejo de aquello que representa: “La función del representante no es simplemente transmitir la voluntad de aquellos a quienes representa, sino dar credibilidad a esa voluntad en un *milieu* diferente de aquel en el que esta última fuera originalmente constituida” (Laclau, 2005: 200).⁹³

Resta entonces por abordar el cuarto elemento que extraje de la cita que Laclau ofrece de Marx, el cual refería a la existencia de un exterior que permitía la constitución de la comunidad. Dice Laclau (2005: 104) sobre esto:

No hay totalización sin exclusión, y dicha exclusión presupone la escisión de toda identidad entre su naturaleza diferencial, que la vincula/separa de las otras identidades, y su lazo equivalencial con todas las otras respecto al elemento excluido. La totalización parcial que el vínculo hegemónico logra crear no elimina la escisión sino que, por el contrario, debe operar a partir de las posibilidades estructurales que se derivan de ella. De esta manera, la diferencia y la equivalencia deben reflejarse entre sí.

Como vemos, este argumento permite afirmar en definitiva que no existe identidad política que no realice un doble gesto de totalización y exclusión, y ello precisamente a

⁹³ Cabe considerar, sin embargo, que la propia presencia de un “significante” que ocupa el lugar de la representación constituye al mismo tiempo la expresión misma de la imposibilidad de la representación. Esto es lo que afirma Žižek (2003: 41) al señalar que “este significante es *reflejo*: en su representación misma se refleja el fracaso, la imposibilidad de la representación significativa. En otras palabras, este significante paradójico representa (encarna) la imposibilidad misma de la representación significativa del sujeto”.

causa de que la exclusión constituye la condición misma de toda totalidad, ahí donde ésta no puede alcanzarse como efecto de una identidad plena entre significante y significado. La equivalencia entre elementos diferenciados, por lo tanto, sólo es posible a partir de su unificación en torno a un “exterior constitutivo” que, en el caso de Marx, lo constituía un “Estado de sujeción” cuyos componentes debían ser excluidos de la comunidad que pugna por su emancipación pero sin cuya presencia, paradójicamente, no es posible la constitución de dicha comunidad.

Me encuentro entonces en condiciones de abordar ya directamente lo que Laclau entiende por hegemonía. Atendamos entonces a esta afirmación:

Existe la posibilidad de que una diferencia, sin dejar de ser particular, asuma la representación de una totalidad inconmensurable. De esta manera, su cuerpo está dividido entre la particularidad que ella aún es y la significación más universal de la que es portadora. Esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es lo que denominamos *hegemonía* (Laclau, 2005: 95).

Una producción hegemónica será entonces un momento de producción de universalidad por parte de un particular que asume la “representación” de dicha universalidad pero que, sin embargo, no borra la huella de su propia particularidad ni de las particularidades que logra vincular en torno a un lazo equivalencial.

Como vemos, la referencia usada por Laclau a la necesidad de un “proletariado” que encame el “interés emancipatorio universal” a partir de su constitución como particular que represente la universalidad de una comunidad (negada y subyugada por un “exterior constitutivo”) se corresponde plenamente con este concepto. Sin embargo, es preciso destacar que la hegemonía no sólo corresponde al momento de expansión de las lógicas

equivalenciales por parte de un pueblo puesto en oposición al bloque de poder. Situados en la vereda del “bloque de poder”, la precaria relación entre universalidad y particularidad también es constitutiva de su dominio: “Si dominación implica subordinación política, esta última, a su vez, sólo se podrá lograr a través de aquellos procesos de universalización que hacen que toda dominación sea inestable” (Laclau, 2003a: 52).

Concluyendo: de acuerdo a lo expuesto hasta aquí, la concepción que de lo social ofrece Laclau se sustenta básicamente en la afirmación de la opacidad como el escenario básico sobre el cual se despliega el momento de lo político, entendido como la instancia primordial de constitución del orden social. Es así como las categorías de discurso y hegemonía abordadas en este apartado intentan dar cuenta tanto del carácter contingente de lo social como de la ausencia de referentes que, situados en un “más allá” del infinito juego de lo político, permitan aprehender un supuesto “sentido último de las cosas”.

Atendiendo a lo arriba expuesto es que, en lo que sigue, intentaré dar cuenta de algunos de los componentes centrales de lo que Laclau denomina como la “razón populista”, acentuando la distancia que entre ésta concepción y aquellas desarrolladas en los capítulos I y II de esta investigación son posibles de destacar.

2. Populismo, lógica de la diferencia y lógica de la equivalencia

Para comenzar a indagar en la oferta de conceptualización que desarrolla Laclau acerca del populismo es preciso introducir lo que el mismo denomina como su unidad “básica”

de análisis, a saber: la *demanda*, entendida como toda manifestación de un reclamo que se asume como legítimo y que visibiliza la precariedad de la totalidad constituida por un determinado orden social⁹⁴. Dicha unidad de análisis permite avizorar un primer desplazamiento en relación a las perspectivas sociológicas acerca del populismo, desplazamiento consistente en una toma de distancia frente a perspectivas que asumen un *a priori social* como punto de partida para el análisis de los fenómenos políticos. En sus palabras (2005: 9):

Nuestro enfoque parte de una insatisfacción básica con las perspectivas sociológicas que, o bien consideraban al grupo como la unidad básica del análisis social, o bien intentaban trascender esa unidad a través de paradigmas holísticos funcionalistas o estructuralistas...Resulta innecesario decir que el individualismo metodológico en cualquiera de sus variantes –incluida la elección racional- no provee tampoco ninguna alternativa al tipo de paradigma que estamos tratando de cuestionar.

Consecuente con este planteamiento es que el populismo no puede ser entendido bajo la lectura ofrecida por Laclau ni como un movimiento, ni como una determinada orientación ideológica, sino que por el contrario como una lógica política que, por ello mismo, deviene una lógica de constitución de lo social (Laclau, 2005: 150). Este aspecto resulta de suma relevancia en la medida en que vuelve verosímil y legítima la construcción de un concepto que, pese a su generalidad, manifiesta al mismo tiempo una alta complejidad. El dilema de las conceptualizaciones reseñadas en el capítulo anterior, entonces, presenta aquí una instancia de superación por medio del desplazamiento desde una estrategia eminentemente descriptivista hacia una estrategia

⁹⁴ En palabras de Laclau (2005: 9): "Puesto que toda demanda presenta reclamos a un determinado orden establecido, ella está en relación peculiar con ese orden establecido, que la ubica a la vez dentro y fuera de él. Como ese orden no puede absorber totalmente a la demanda, no consigue constituirse a sí mismo como una totalidad coherente".

de conceptualización situada en una esfera teórica que, sin embargo, contiene una alta potencialidad de traducción y aplicación al ámbito de lo concreto.⁹⁵

Retomemos el argumento. Decía más arriba que la unidad básica del análisis de Laclau no puede ser ni un grupo ni una estructura fija en la medida en que ello implicaría desconocer el carácter performativo del discurso y asumir una realidad “anterior” a su propia expresión discursiva. La categoría de demanda, en consecuencia, cumple con fijar una unidad analítica que emerge de la propia contingencia de lo social y que explica la *unidad del grupo* en función ya no de su referencia a un a priori social sino que a la pura contingencia de la articulación discursiva.⁹⁶

Entender a la demanda como una “unidad analítica” no significa, sin embargo, que esta no pueda al mismo tiempo ser pensada como una “unidad no articulada”. Por el

⁹⁵ Debo esta observación al agudo comentario que De Ipola (1987) ofrece acerca del giro que Laclau produjo en las conceptualizaciones acerca del populismo predominantes en la década de los setenta. Cabe citar *in extenso* su comentario (95): “Curioso es comprobar...que hasta las opciones más opuestas (de definición del populismo) parten de un ingenuo...supuesto común: el de que la riqueza de determinaciones de un concepto es por fuerza inversamente proporcional a su extensión...Así, quienes...prefieren otorgar primacía a las singularidades históricas optarán resueltamente por restringir el empleo del término en cuestión...Por el contrario, quienes...tiendan a enfatizar las semejanzas estructurales, reales o ficticias, no vacilarán...en calificar de populista a cualquier movimiento o ideología en los que sea posible detectar elementos nacionalistas y apelaciones al pueblo...Frente a este panorama, resulta no poco alentador comprobar que los análisis de Laclau poseen de entrada el raro mérito de no compartir el mencionado supuesto y, por lo tanto, de sustraerse al diálogo de sordos que necesariamente alimenta. Ni su examen del fenómeno fascista, ni su esbozo de teoría del populismo se sumergen en el triple dilema de producir, o bien una generalidad pobre, o bien una singularidad histórica rica. Por el contrario, en uno como en otro caso, el análisis que efectúa el autor desemboca en la construcción de conceptos a la vez complejos...y de alcance general, esto es, capaces de englobar, sin empobrecerla, una pluralidad de casos históricos”. Nótese que este comentario, elaborado en otro contexto de discusión, puede ser *literalmente aplicable* a la disputa entre los conceptualizadores del “neopopulismo” y sus mayores oponentes: los defensores de la singularidad histórica del populismo. Sobre este tema, remito al capítulo II de esta investigación.

⁹⁶ Sobre el concepto de demanda democrática, Laclau (2005: 158) aclara lo siguiente: “Por democrático no entiendo, en este contexto, nada relacionado con un *régimen* democrático...estas demandas no están teleológicamente destinadas a ser articuladas en ninguna forma política particular. Un régimen fascista puede absorber y articular demandas y articular demandas democráticas tanto como un régimen liberal. Debemos agregar además que la noción de demandas democráticas tiene aun menos que ver con cualquier juicio normativo relativo a su legitimidad...los únicos rasgos que retengo de la noción usual de democracia son los siguientes: a) que estas demandas son formuladas *al* sistema *por* alguien que ha sido excluido del mismo –es decir, que hay una dimensión igualitaria implícita en ellas–; b) que su propia emergencia presupone cierto tipo de exclusión o privación...”

contrario, la demanda ha de ser entendida precisamente como una “unidad no articulada”, es decir, un *elemento* de lo social. ¿Cómo opera entonces el momento de la articulación? Para entender esto, es necesario distinguir entre aquellas demandas que se articulan a un discurso que opera en términos de la lógica de la diferencia, y aquellas que se articulan al interior de una lógica equivalencial. En el primer caso, la demanda se convierte en un sustrato diferencial al interior de un discurso capaz de integrarla a su propia totalidad, por lo que su destino debe ser necesariamente el de su disolución al interior de un marco de procesamiento; En el segundo caso, la demanda se constituye a partir de una relación equivalencial entre demandas que no pudieron ser “procesadas” diferencialmente.

Como vemos, en ambos casos tenemos la presencia de un *exterior discursivo* capaz de articular la demanda y constituir una unidad grupal determinada: en el primer caso, la demanda se articula al interior del discurso del “sistema”, con lo cual *pierde* su carácter agonal; en el segundo, la demanda no es satisfecha o integrada, con lo cual se articula en torno a una relación equivalencial que “pone en cuestión” la plenitud de la totalidad social que se presenta como momento de negación de la propia demanda, lo cual deviene en la constitución de un espacio político signado por el antagonismo. A esta última configuración es a la que Laclau la denominará *demanda popular*, la cual hemos de entender como la fuente misma de constitución de la *razón populista*.

He llegado al centro del asunto: La *demanda popular*, aspecto básico en la consideración de la especificidad del populismo, se corresponde con una de las formas a partir de las cuales se constituye la unidad de un grupo. *Pueblo*, aquí, refiere por lo tanto no a una unidad empírica, cuantificable y delimitable analíticamente, sino que más bien

a una lógica, a una forma según la cual se constituye lo social. ¿Qué es lo que unifica el pueblo? La respuesta ya puede deducirse de lo arriba dicho: el pueblo unifica, por medio de la articulación discursiva, a la demanda no articulada, definida también como demanda *democrática*. Para que ésta se vincule en una articulación populista, es necesario por lo tanto que dicha demanda sea incumplida, con lo que se produce un efecto de visibilización del carácter fallido de la totalidad social.

Sabemos hasta aquí qué la articulación que configura el vínculo populista se produce a partir del encuentro entre demandas democráticas. Queda por interrogarse entonces acerca de cuál es el carácter de dicho encuentro. Una alternativa sería suponer que las demandas se vinculan en función de su propia naturaleza. Es decir, en función de una “objetiva cercanía” de sus contenidos. Y sin embargo, dicha alternativa no sería otra cosa que reponer el supuesto de una topología social capaz de dar respuesta a la producción de discursos sociales que manifestarían por consecuencia una existencia a ser explicada epifenoménicamente. Resulta claro ya que esta conclusión no sería posible dentro del esquema analítico propuesto por Laclau.⁹⁷

La vinculación entre demandas no opera por lo tanto en función de la contigüidad “objetiva” entre los contenidos de la demanda sino que más bien como efecto de una operación político-discursiva de unificación y constitución de una objetividad social por

⁹⁷ A esto es precisamente a lo que se refiere Laclau (2005: 278) cuando señala: “Preguntas tales como *¿de qué grupo social son expresión estas demandas?* no tienen sentido en nuestro análisis, dado que, para nosotros, la unidad del grupo es simplemente el resultado de una sumatoria de demandas sociales-que, por supuesto, pueden haber cristalizado en prácticas sociales sedimentadas”. El populismo, por consecuencia, no puede identificarse con ninguna topología social tal como izquierda/derecha; pobres/ricos; explotadores/explotados. Y ello, debido a que 1) no existe tal topología “previa” a la constitución discursiva del campo político y 2) la lógica política que produce al populismo se inscribe en el plano ontológico y no en el plano óntico de contenidos concretos que son precisamente el resultado y no la causa de la articulación populista.

medio del despliegue de una lógica política de carácter equivalencial. Y en ello, ya se podrá deducir, la retórica adquiere un lugar central:

Obviamente, si mediante operaciones retóricas (los populismos) lograron constituir identidades populares amplias que abarcaron a diversos sectores de la población, *de hecho constituyeron sujetos populistas*, y no tiene sentido desestimar esto como mera retórica. Lejos de ser un parásito de la ideología, la retórica sería de hecho la anatomía del mundo ideológico (Laclau, 2005: 27).

Hasta aquí he señalado que el destino de la demanda democrática puede ser su integración a un sistema capaz de procesarla, con lo cual la demanda misma se desactiva como tal, o bien su vinculación al interior de un vínculo equivalencial fundado en torno a la mantención de ésta como una demanda insatisfecha. En el primer caso, hablamos de la primacía de la *lógica de la diferencia*, mientras que en el segundo hacemos referencia a lo que Laclau denomina como *lógica de la equivalencia*. Y sin embargo, debe advertirse que equivalencia y diferencia corresponden a lógicas de constitución de lo social que se repelen al mismo tiempo que se requieren mutuamente. La particularidad de la articulación populista no debe encontrarse, por consecuencia, en la *presencia pura* de las lógicas equivalenciales. Y es que, pese a la equivalenciación entre demandas que opera como sustrato fundamental a la constitución de un pueblo, la particularidad de cada una de ellas no se diluye:

Una cadena equivalencial puede debilitar el particularismo de sus eslabones, pero no puede deshacerse de él completamente. Es porque una demanda particular está insatisfecha que se establece una solidaridad con otras demandas insatisfechas, de manera que sin la presencia activa del particularismo del eslabón no podría haber cadena equivalencial (Laclau, 2005: 153).

Lo arriba expuesto permite completar de manera plena el argumento relativo a la imposibilidad de una borradura total de la lógica de la diferencia en la totalización populista. Contrariamente a este supuesto, en el populismo la equivalencia y la diferencia conviven en una inestable relación. Y es que, toda vez que uno de los polos se expande más allá de un cierto límite, la constitución misma del pueblo se encuentra amenazada:

Si la diferenciación institucional es demasiado dominante, la homogeneización equivalencial que requieren las identidades populares como precondition de su constitución de vuelve imposible. Si prevalece la heterogeneidad social (que, como hemos visto, constituye otra forma de diferenciación), no hay, para empezar, ninguna posibilidad de establecer una cadena equivalencial. Pero es importante comprender que una equivalencia total haría también imposible la emergencia del pueblo como actor colectivo. Una equivalencia que fuera total dejaría de ser equivalencia para convertirse en mera identidad: ya no habría una cadena sino una masa homogénea, indiferenciada (Laclau, 2005: 249).

Como vemos, la *equivalencia pura* ha de ser entendida como una “imposibilidad fáctica” sólo posible de ser pensada en términos de un “concepto límite”. Lo mismo ocurre, según Laclau, en el ámbito psicoanalítico del *lazo libidinal* constituido como efecto del *amor por el líder*. Sobre esto, plantea Laclau (2005: 109) que

Los únicos ejemplos que Freud puede proveer sobre grupos basados tan sólo en el amor hacia el líder se refieren a situaciones pasajeras, como el contagio de un acceso de histeria en un grupo de muchachas porque una de ellas ha recibido una carta decepcionante de un amante; o, en un segundo ejemplo, otro grupo de muchachas enamoradas de un cantante o un pianista.

Este último argumento nos permite adentrarnos en lo que, desde la perspectiva ofrecida por Laclau, se respondería a las críticas al supuesto carácter “personalista” del liderazgo

populista. Según estas críticas, resulta una constante de los liderazgos populistas (tal como lo señalé en el capítulo II de esta Tesis) la inflación de la importancia de una *figura personalista* que condensa en torno suyo la totalidad del “significado del movimiento” que se activa en torno a él. Sin este liderazgo se sostiene, no hay populismo, pero por ello mismo el populismo adquiere una connotación no-democrática en la medida en que traduce la heterogeneidad de las “masas” a una “homogeneidad impuesta” por la centralidad y omnipotencia de un liderazgo con una fuerte capacidad de “manipulación” del interés de sus representados.

Pues bien, frente a estas críticas es posible plantear, en primer lugar, que no existe liderazgo que sea capaz de desactivar completamente el campo de “lo representado”. En palabras de Laclau (2005: 82): “Desde mi punto de vista, el grupo completamente organizado y el líder *puramente* narcisista son nada más que la reducción al absurdo de los extremos de un *continuum* en el cual las dos lógicas sociales se articulan de diversas maneras” (Laclau, 2005: 82). Esto implica que la constitución “puramente narcisista” del liderazgo resulta una imposibilidad tanto lógica como fáctica puesto que, políticamente, siempre se requiere de algún grado de “identificación” entre el “líder” y sus “seguidores”, lo cual sólo es posible de constituir a partir de la adición suplementaria al *amor por el líder* de una cierta concepción de éste como un *primus inter pares*.

En segundo lugar, y tal como plantea el propio Laclau (2005: 129), “aun si aceptáramos el argumento de la manipulación, lo único que se explicaría sería la intención subjetiva del líder, pero seguiríamos sin saber por qué la manipulación es exitosa, es decir, no sabríamos nada acerca del tipo de relación al que se aplica la etiqueta de manipulación...”. Esto quiere decir que, para que se genere la *investidura radical*,

deben existir por una parte condiciones que lo hagan posible y, por otra, una funcionalidad atribuida a dicha investidura. Y es que, evidentemente, no basta con la emergencia de “caudillos” que subrepticamente se apropien de la voluntad de un determinado sector y que a partir de sus intrínsecas cualidades personales sean capaces de desarticular un determinado orden institucional. Por el contrario: es porque existe heterogeneidad, exceso y fallas en todo orden institucional que su ordenada gramática se encuentra sujeta a la eventualidad de ser subvertida en la forma de un *nombre* que, a fin de cuentas, constituye no otra cosa que una función que hace presente el antagonismo y la constitución fallida de todo marco simbólico: “El nombre, una vez que se ha convertido en significante de lo que es heterogéneo y excesivo en una sociedad particular, va a ejercer una atracción irresistible sobre *cualquier* demanda vivida como insatisfecha y, como tal, como excesiva y heterogénea con respecto al marco simbólico existente” (Laclau, 2005: 140).

Si asumimos lo arriba expuesto, en definitiva, la emergencia populista no puede ser asumida como un simple desplazamiento de las particularidades hacia un “centro” con capacidad plena y total de equivalenciación. Entonces, ¿cuál es la particularidad de la articulación populista? Laclau responde que ésta ha de encontrarse en el *privilegio* de lo equivalencial al momento de constitución de la totalidad social más que en su imposible presencia pura y total:

La diferencia entre una totalización populista y una institucionalista debe buscarse en el nivel de los significantes privilegiados, hegemónicos, que estructuran, como puntos nodales, el conjunto de la formación discursiva. La diferencia y la equivalencia están presentes en ambos casos, pero un discurso institucionalista es aquel que intenta hacer coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad. Por lo tanto, el principio universal de la “diferencialidad” se convertiría en la equivalencia dominante dentro

de un espacio comunitario homogéneo...en el caso del populismo ocurre lo opuesto: una frontera de exclusión divide a la sociedad en dos campos. El “pueblo”, en ese caso, es algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad: es un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebido como la única totalidad legítima (Laclau, 2005: 107).

Equivalencia y diferencia, en definitiva, convivirán en estrecha relación al interior de la razón populista. La diferencia operará como imposibilidad de la disolución de las demandas particulares que conforman el campo popular, aun cuando una de ellas se haya situado en el “lugar vacío” que hace posible la equivalencia. La equivalencia, por su parte, se presentará ahí donde la oposición al “bloque en el poder” constituye el exterior constitutivo de la identidad popular. En palabras de Laclau (1996c: 78):

El sentido de toda lucha aparece, desde el mismo comienzo, internamente dividido. El objetivo concreto de la lucha no es sólo este objetivo en su concreción: él significa también oposición al sistema. El primer significado establece el carácter diferencial de esa reivindicación o movilización frente a todas las otras demandas o movilizaciones. El segundo significado establece la equivalencia de todas esas reivindicaciones en su común oposición al sistema.

Hasta acá es posible señalar que el resultado de la constitución de la *equivalencia popular* debe ser necesariamente el surgimiento de una *frontera dicotómica* que separe al “pueblo” respecto al “bloque de poder”. Como podemos deducir, tal frontera no es “marginal” en la constitución de la identidad popular en la medida en que dota a ésta de un exterior antagónico que permite la propia autoafirmación de la identidad que emerge como resultado de la expresión del antagonismo⁹⁸. Y es que esta relación con la

⁹⁸ Señala Laclau (2005: 113) sobre esto: “Hay una plenitud de la comunidad que está ausente. Esto es decisivo: la construcción del “pueblo” va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente. Sin esa ruptura inicial de algo en el orden social –por más pequeña que esa ruptura haya sido inicialmente–, no hay posibilidad de antagonismo, de frontera o, en última instancia, de pueblo” (Laclau, 2005: 113).

exterioridad, se debe recalcar, opera como condición de posibilidad al mismo tiempo que de imposibilidad de la identificación populista. Por una parte, el exterior constitutivo niega la condición de la comunidad pero, por otra parte, posibilita la existencia misma de la demanda popular. En palabras de Laclau (2005: 113):

Nos enfrentamos desde el comienzo con una división dicotómica entre demandas insatisfechas, por un lado, y un poder insensible a ellas, por el otro. Aquí comenzamos a comprender por qué la *plebs* se percibe a sí misma con el *populus*, la parte como el todo: como la plenitud de la comunidad es precisamente el reverso imaginario de una situación vivida como *ser deficiente*, aquellos responsables de esta situación no pueden ser una parte legítima de la comunidad; la brecha con ellos es insalvable.

Otro aspecto necesario de considerar es que, en consecuencia con lo señalado en el aquí respecto a la lógica de la equivalencia y algunas páginas más atrás en relación al liderazgo, la constitución de una totalidad populista requiere de la elevación de una demanda particular al lugar del *significante vacío*, es decir, de la elevación de un particular al lugar de un universal que, cabe recordarlo, en este caso corresponde a una comunidad afirmada en su negación por parte de un “exterior constitutivo”. De ello se deduce por lo tanto que 1) las demandas populares se encuentran divididas entre su propia particularidad (heterogeneidad) y lo que la hace parte del vínculo equivalencial (homogeneidad), y 2) el vínculo equivalencial debe hacerse cada vez más pobre en contenidos para que la totalización populista se posible.

Como se puede deducir, lo arriba expuesto se relaciona de manera directa con el tópico de la representación política al cual he hecho referencia en el apartado anterior. Tal como ya lo señalé, la representación constituye una dinámica compleja frente a la cual se torna en un cierto punto “indecidable” la distinción entre el lugar de condensación de

una identidad política y las identidades particulares que lo constituyen pero que, al mismo tiempo, son constituidas por dicho lugar. Dicha complejidad es la que justamente no advierten los críticos al populismo al momento de observar en su dinámica una carencia, déficit o inflación de la específica “representatividad” en el liderazgo que de él emana, de forma contraria a lo que supuestamente ocurre en el campo de la representación propiamente democrática.

Un ejemplo de esto es lo que puede observarse en la siguiente afirmación de Novaro (1996: 97):

Los movimientos populistas integraban a sus miembros en identidades a la vez políticas, culturales y de intereses económicos; y, dada esta fuerte lógica de la identidad, la representación...quedaba en tanto lógica de la vida política relegada a un plano secundario. De hecho, el líder no era concebido como representante, sino “como encarnación de los valores y aspiraciones del pueblo”, lo que al mismo tiempo le confería un gran poder de movilización y lo sometía a una fortísima presión, debido a la consecuente inmediata politización de toda demanda colectiva.

De acuerdo a la lectura de Novaro, los así llamados “nuevos liderazgos” se distanciarían de esta forma de *distorsión de la representación* en la medida en que su reconocimiento de la inexistencia de una comunidad orgánica a nivel político les permite comprender al liderazgo como un momento de “escenificación” advertida de la distancia entre “representante y representados”.

En un sentido reverso, pero apuntando de igual forma a los problemas de representación propios del populismo, Mackinnon (2002) señala que una de las causas del “fracaso peronista” ha de encontrarse en la existencia en su seno de dos polos: un polo

organizativo llamado *democrático*, que agrupaba la diversidad de las corrientes peronistas, y un polo organizativo hegemonizado por el liderazgo carismático de Perón.

En uno y otro caso, en definitiva, la conclusión es que la representación populista es una representación distorsionada, inadecuada y en última instancia menos eficiente que la representación que opera en el campo de la democracia liberal-representativa. En el primer caso, la distorsión opera como “imbricación entre representantes y representados”; en el segundo, como “imposibilidad de la representación”. Y sin embargo, ¿es esto posible? La respuesta debe ser negativa, por cuanto, como ya he señalado, 1) la representación es el fundamento de toda política, 2) la relación entre representados siempre será una relación de mutua determinación que, sin embargo, 3) siempre es en última instancia imposible.

Por lo arriba expuesto es que la representación será siempre una *presencia imposible* en toda articulación política. La *fisura* que impide la homologación plena entre universalidad, comunidad y representación implicará que el poder, por consecuencia, siempre será un mecanismo presente en toda “mediación política”. Ello, por ejemplo, contra los supuestos institucionales que pese a reconocer la constitución conflictiva de la sociedad ven en el *imperio de la ley* una oportunidad de constitución de una suerte de comunidad política en la cual tanto el particular dominante como los particulares no hegemónicos pueden ser traducidos a una *armónica cohabitancia* en el campo común de la representación política. Y esto es lo que permite revertir la evaluación de la condición “ambigua” del populismo desde su consideración como debilidad hacia el reconocimiento de la fortaleza que adquiere este rasgo. Resulta que, ahí donde la opacidad prima sobre la transparencia de la representación, toda articulación política se

encontrará inexorablemente sujeta a dinámicas que contradicen la lógica de sentidos plenos y estables. Y el populismo, en este sentido, constituye una fiel expresión de ello.

Alvarez Junco (1994: 13), intentando resaltar las inconsistencias presentes en la retórica populista, destacaba el hecho de que en ella resultaba frecuente “la suplantación...de las reivindicaciones concretas por objetivos desmesurados o totales”⁹⁹. Pues bien: ¿qué significa concretamente esto? Efectivamente, y tal como afirma el autor, es propio del populismo la identificación entre “reivindicaciones concretas” y “objetivos totales”, tal como lo he venido señalando. Pero ello, claro está, no significa que dicha identificación subvierta la forma de la representación, sino que es la expresión misma de la constitución si se quiere aporética de la misma.

¿Cómo entender entonces la reconocida ambigüedad del populismo? Toda producción discursiva requiere de cierta dosis de *ambigüedad*, *imbricación* y *contradicción* para presentarse como exitosa, lo cual incluye, obviamente, a doctrinas tales como el liberalismo (doctrina que, supuestamente, se encontraría en las antípodas del populismo). Y es que la capacidad articuladora del liberalismo, por ejemplo, no ha resultado tanto de su supuesta naturaleza y coherencia intrínseca como de su alta capacidad articuladora: “una clase es hegemónica no tanto en cuanto logra imponer una concepción uniforme del mundo al resto de la sociedad, sino en cuanto logra articular diferentes visiones del mundo en forma tal que el antagonismo potencial de las mismas resulte neutralizado” (Laclau, 1980a: 188). Toda articulación discursiva, por lo tanto, requiere de la conjunción de elementos heterogéneos que, medidos en términos de lógica formal, dan un resultado probablemente inadecuado, pero que en términos

⁹⁹ En este mismo sentido se dirige la afirmación de Martuccelli y Svampa (1992: 64) cuando señalan que “el populismo es el arte de la contradicción discursiva”

políticos constituyen un imperativo ineludible para la constitución de las identidades. Y esto se expresa claramente en lo que refiere a los componentes discursivos de la retórica populista, usualmente concebidos como *carentes de contenido* al mismo tiempo que *inflacionados de significado*. Léase en este sentido la siguiente descripción que Le Bon ofrece respecto al *poder de las palabras* en una “situación de masas”, descripción que perfectamente pudiera homologarse a la lectura canónica del populismo:

El poder de las palabras está unido a las imágenes que evocan, y es totalmente independiente de su significado real. Las palabras cuyo sentido está menos definido son en algunos casos las que ejercen mayor influencia. Tal es el caso, por ejemplo, de los términos democracia, socialismo, igualdad, libertad, etc., cuyo significado es tan vago que ni siquiera grandes volúmenes son suficientes para definirlos con precisión. Sin embargo, es cierto que un verdadero poder mágico está unido a estas breves sílabas, como si ellas contuvieran la solución de todos los problemas. Ellas sintetizan las más diversas aspiraciones inconscientes y la esperanza de su realización (Gustave le Bon, *Psicología de las multitudes*, citado En Laclau, 2005: 38).

Cabe preguntarse sobre esto: ¿existe un *significado verdadero* que pudiera distinguirse de aquellas palabras que, invocando un *poder mágico*, escabullen su referencia unívoca a un contenido? Por otro lado, ¿Cómo explicar el *poder mágico* que adquieren las *palabras* si no es a partir de una concepción *ilustrada* que nuevamente nos conduzca hacia la confianza en el sentido pleno y transparente? Sobre esto, Laclau (2005: 33) se interroga en los siguientes términos:

La vaguedad de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social? Y en ese caso, ¿no sería el populismo, más que una tosca operación política e ideológica, un acto preformativo dotado de una racionalidad propia, es decir, que el hecho de ser vago en

determinadas situaciones es la condición para construir significados políticos relevantes?

En definitiva, el populismo condensaría paradigmáticamente los componentes de una forma de entender la política que la asume como situada en un terreno en el cual la indecidibilidad, la indeterminación y la necesidad de “producir” un orden a partir de la contingencia de lo social son sus aspectos constitutivos. Es por ello, por consecuencia, que “el carácter vacío de los significantes que dan unidad o coherencia al campo popular no es resultado de ningún subdesarrollo ideológico o político; simplemente expresa el hecho de que toda unificación populista tiene lugar en un terreno social radicalmente heterogéneo” (Laclau, 2005: 128).

Ahora bien, y luego de hacer referencia a la relación entre representación y ambigüedad discursiva expresada en el populismo, es necesario preguntarse: ¿Qué relación existe entre el destino de las demandas y el conjunto hegemónico de lo social? De alguna forma, es posible señalar que en el caso de una demanda democrática procesada eficientemente asistimos a su integración-disolución al cuerpo de una determinada formación hegemónica, mientras que en el caso de una demanda popular lo que se nos presenta es un momento de desafío hegemónico a la formación hegemónica dominante, la cual pasa a constituir el exterior constitutivo de la identidad que emerge de la articulación populista.¹⁰⁰

Un claro ejemplo de este destino desigual de las demandas en relación a la hegemonía es ofrecido por Laclau en su alusión a la forma en que en el período de hegemonía del

¹⁰⁰ La distinción entre ambas “soluciones” fue inicialmente nominada por Laclau (1985) como *transformismo* y *ruptura popular*, según se vincularan a una lógica de la diferencia o de la equivalencia, respectivamente.

Partido Revolucionario Institucional mexicano (PRI) se procesaban las demandas democráticas. Según argumenta Laclau, en el contexto enunciado

La jerga política solía distinguir entre las demandas precisas, que podían ser absorbidas por el sistema de un modo *transformista*...y lo que era denominado el *paquete*, es decir, un gran conjunto de demandas simultáneas presentadas como un todo unificado. Era sólo con estas últimas que el régimen no estaba preparado para negociar (Laclau, 2005: 109).

Como vemos, la recurrente homologación del populismo con los contenidos programáticos y el estilo político del PRI es reemplazada en este argumento con la alusión a una lógica hegemónica que privilegia el momento de la diferencia por sobre la equivalencia¹⁰¹. Con este ejemplo es que se entiende más claramente que no es la demanda democrática como tal la que constituía una amenaza para la estabilidad hegemónica del partido gobernante, sino que más bien su articulación en una lógica equivalencial que necesariamente devendría en la configuración de una instancia populista de oposición al bloque en el poder, es decir, en una nueva oferta hegemónica.

Ahora bien, hasta aquí he señalado que si bien el populismo condensa gran parte de los componentes de lo que el mismo Laclau entiende por política, es posible establecer una diferencia entre dos lógicas políticas antagónicas (la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia) respecto a las cuales el populismo sería uno de los polos. La consecuente identificación de la lógica de la equivalencia con el populismo es lo que precisamente dota a éste de su especificidad frente a las prácticas institucionalistas que

¹⁰¹ Una interesante observación se puede extraer de este argumento: El corporativismo y el clientelismo, usualmente identificados con el populismo, corresponderían precisamente a formas de acción política privilegiadamente propias de una lógica de la diferencia (y por lo tanto opuestas a la lógica política del populismo), en la medida en que la tramitación de las demandas particulares es realizada a través de mecanismos que 1) impiden la articulación equivalencial de las demandas y 2) suponen la omnipotencia de un Estado capaz de dar respuesta a la totalidad de los conflictos que emanan desde el interior de una sociedad pensada en términos de una "comunidad homogénea".

son expresión típica de la lógica de la diferencia y que, por lo demás, se alejan “peligrosamente” de la lógica misma de la política. ¿Existe otro factor que pueda dotar al populismo de un nivel de especificidad mayor? Frente a esta pregunta, Laclau alude a condiciones de crisis estructural que generarían condiciones más adecuadas para la emergencia populista. Atendamos a su argumento (Laclau, 2005: 222):

Cierto grado de crisis de la antigua estructura es necesario como precondition del populismo, ya que, como hemos visto, las identidades populares requieren cadenas equivalenciales de demandas insatisfechas. Sin la profunda depresión de comienzos de la década de 1930, Hitler hubiera permanecido como un cabecilla marginal vociferante. Sin la crisis de la Cuarta República como resultado de la guerra de Argelia, la convocatoria de De Gaulle hubiera sido tan desatendida como en 1946. Y sin la erosión progresiva del sistema oligárquico en la Argentina de la década de 1930, el surgimiento de Perón hubiera sido impensable.

Una situación de crisis en la estructura, por lo tanto, es una situación en la cual el carácter fallido de toda totalización política adquiere una mayor visibilización, volviendo verosímil una “ruptura populista” cuyos componentes básicos lo constituyen su carácter subversivo frente al estado de cosas al mismo tiempo que su oferta de una reconstrucción del orden en crisis. De ello se deduce que la relación entre una articulación populista y el escenario institucional será siempre una relación conflictiva en la medida en “como cualquier tipo de sistema institucional es inevitablemente, al menos de un modo parcial, limitante y frustrante, existe algo atractivo en cualquier figura que lo desafíe, cualesquiera que sean las razones y las formas de dicho desafío” (Laclau, 2005: 156).

Observemos entonces los componentes de la *razón populista*. Pensada lógicamente, ésta se encuentra constituida por los siguientes momentos: 1) demandas democráticas que no son absorbidas por el sistema institucional y que se relacionan con un contexto de crisis o dislocación de las estructuras de sedimentación de lo social; 2) articulación de dichas demandas en torno a un significativo vacío del cual emerge la demanda popular; 3) instalación en el lugar vacío de la representación de un particular que condensa hegemonícamente la plenitud ausente de la comunidad popular; 4) presencia espectral de un exterior constitutivo que se constituye a la vez como negación y condición de afirmación de la identidad populista; 5) constitución estabilizada de un campo popular que disputa la hegemonía de lo social al campo institucional.

Como podemos concluir, la totalidad de estos momentos visibilizan de manera paradigmática la ontología de lo político desde la cual Laclau piensa la constitución de lo social. De manera contraria entonces a las concepciones que perciben al populismo como un fenómeno que se articula de manera compleja y muchas veces contradictoria con la lógica de la política-democrática, Laclau nos conduce de manera directa a la homologación entre la ontología político-democrática, la lógica de la hegemonía y el populismo, homologación que, como señalaré en el capítulo IV, no se encuentra ajena a la generación de una serie de dilemas y paradojas dignas de ser consideradas.

Ahora bien, y puesto que ya he señalado algunos de los aspectos constitutivos de la *razón populista*, resta ilustrar su dinámica atendiendo a una instancia *concreta* de su expresión. Indagaré entonces sumariamente en la forma en que la lectura aquí ofrecida puede operar en el campo del análisis concreto, con la intención de subvertir la

recurrente oposición entre la construcción *teórica* de un concepto y la elaboración *empírica* del mismo.

Un caso paradigmático de la dinámica propia de las articulaciones populistas puede encontrarse en la emergencia del movimiento peronista en Argentina. Esta experiencia da la posibilidad de comprender la forma en que discursos ideológicos y movimientos políticos de diversa orientación y base social pudieron ser articulados en torno a una expresión populista fundada en la visibilización del conflicto como su aspecto constitutivo.

Lógicamente, el momento previo a la constitución de la identidad peronista es el de una formación hegemónica constituida a partir del dominio del *discurso oligárquico*, el cual fue capaz de neutralizar eficientemente toda alternativa discursiva a su hegemonía al mismo tiempo que articular consistentemente contenidos ideológicos diversos en torno suyo. En concreto, el tiempo de la hegemonía oligárquica argentina anterior a Perón era un tiempo en el cual el particular oligárquico se constituía en un marco simbólico capaz de repeler con prestancia cualquier expresión de antagonismo: “Unidad creciente entre liberalismo y democracia en el discurso dominante; una ideología autoritaria marginal, a la vez antidemocrática y antiliberal; reduccionismo clasista en las ideologías obreras: los tres hechos tomados en su conjunto expresan la hegemonía oligárquica” (Laclau, 2005: 218).

Como vemos, el fundamento de la hegemonía oligárquica de la Argentina previa a la irrupción populista fue la articulación estrecha y eficiente entre liberalismo y democracia. Y sin embargo, las fisuras y antagonismos neutralizados por medio de

dicha articulación, a partir de la década de los treinta, comenzaron a visibilizarse en la forma de contradicciones en el bloque de poder (oligarquía versus sectores emergentes industriales) que devinieron en la ruptura de la articulación entre democracia y liberalismo, ruptura que en definitiva no fue sino un síntoma de un nuevo escenario de dislocación de la estructura dominante que, como vimos más arriba, se presenta como telón de fondo de la emergencia populista. Frente a esta situación, en definitiva, el populismo contará con todas las herramientas para su emergencia. Sólo bastaba el llenado contingente del *lugar vacío de la representación* que fuera capaz de articular en torno suyo a significantes flotantes que comenzaban a “buscar” nuevos núcleos de atracción:

El populismo consistirá, precisamente, en reunir el conjunto de las interpelaciones que expresaban la oposición al bloque de poder oligárquico –democracia, industrialismo, nacionalismo, antiimperialismo-, condensarlas en un nuevo sujeto histórico y desarrollar su potencial antagonismo enfrentándolo con el punto mismo en el que el discurso oligárquico encontraba su principio de articulación: el liberalismo (Laclau, 2005: 221).

Sumariamente expresado, entonces, es posible percibir de qué manera en la emergencia del peronismo se expresa la totalidad de los componentes del populismo y, por consecuencia, de la articulación política propiamente tal: 1) ante una situación de dislocación de la estructura dominante (entiéndase por ello del bloque de poder), 2) emerge un punto de condensación (en este caso Perón) que atrae a las demandas que ya no pueden ser procesadas institucionalmente en torno a un discurso de constitución de un “proyecto de desarrollo capitalista nacional” 3) que adquiriría su fuerza a partir de la conversión del liberalismo en el exterior constitutivo de dicho discurso, 4) el que a su vez debía necesariamente expresarse en una paradójal combinación de “antagonismo” y “oferta de un nuevo orden”.

Resta que nos concentremos en un último aspecto de la identidad peronista que me permitirá hacer referencia a la relación entre populismo y liberalismo. En concreto: El carácter antiliberal del discurso peronista, ¿implica un vínculo necesario entre populismo y antiliberalismo? Una primera aproximación a la relación entre el populismo peronista y el liberalismo pudiera darnos como resultado la afirmación de una incompatibilidad entre liberalismo y populismo, toda vez que Laclau mismo afirma una relación de fuerte proximidad entre la lógica de la diferencia y el liberalismo¹⁰². Y sin embargo, si atendemos a la concepción del populismo que nos ofrece Laclau, resulta totalmente claro que su vinculación con el liberalismo no se encuentra bloqueada por ningún factor. De hecho, el mismo Laclau plantea varios ejemplos en este sentido¹⁰³. Ahora bien, ¿implica esto que el populismo contiene algún grado de conexión *tendencialmente necesaria* con el liberalismo? Evidentemente no, pues así como puede desplegarse un populismo liberal, también son posibles formas “conservadoras” o “izquierdistas” del mismo:

A cierta altura, el contenido óntico puede agotar su capacidad para jugar tal rol (de articulación), en tanto que permanece, sin embargo, la necesidad del rol como tal...(en ese caso) la función puede ser desempeñada por significantes de signo político completamente opuesto. Esta es la razón por la cual entre el populismo de izquierda y el de derecha existe una nebulosa tierra de nadie que puede ser cruzada -y ha sido cruzada- en muchas direcciones (Laclau, 2005: 115)¹⁰⁴.

¹⁰² Sobre este tema abundaré en el capítulo IV de esta investigación.

¹⁰³ Un claro ejemplo de esta potencial compatibilidad entre el ideario liberal y la constitución de un sujeto popular es ilustrado por Laclau (2005: 215) con el caso de la lucha por los derechos humanos en el contexto autoritario de la América latina de los ochenta: “En América latina, durante los años setenta y ochenta, por ejemplo, la defensa de los derechos humanos formó parte de las demandas populares y, por lo tanto, parte de la identidad popular. Es un error pensar que la tradición democrática, con su defensa de la soberanía del pueblo, excluye como cuestión de principio las demandas liberales”.

¹⁰⁴ La compatibilidad entre una lógica populista que adquiera contenidos de “derecha” es ilustrada por Laclau (2005: 170) con en ejemplo de la derecha republicana estadounidense: “El primer momento en que surge un discurso conservador con connotaciones populistas es en las cruzadas anticomunistas de la

Pareciera entonces que la relación entre liberalismo y populismo es nítida: al ser el populismo una lógica política antes que nada, no hay nada que privilegie o prohíba su expresión concreta en contenidos de tipo liberal. En otros términos: no hay nada que impida la expresión de una ontología política populista configurada a partir de un contenido liberal o de cualquier otro contenido que ocupe el “lugar vacío” de toda representación. Y es que en definitiva, pareciera ser que para la comprensión de la política, como lo muestra la lógica populista, importan mucho más *las formas que los contenidos*.

3. Conclusiones: ¿Constituye el populismo la forma paradigmática de la política?

En este capítulo me he referido a una concepción del populismo que dota a éste de una legitimidad teórica y política que, en las definiciones mencionadas en los capítulos anteriores, no alcanzaba sino tan sólo de manera parcial. Fruto de este desplazamiento es que el populismo logra transitar, con Laclau, desde el marginal lugar de “frontera de la democracia”, “síntoma de transiciones”, “forma anómala de la lucha de clases” o “expresión de los problemas de las democracias liberal-representativas” hacia el céntrico espacio de la política. Y es que, según la lectura que Laclau ofrece en relación a la *razón populista*, este fenómeno comienza a ser asumido como una expresión típicamente política, sustantivamente democrática y completamente análoga a la forma hegemónica de la política.

década de 1950, cuyo epicentro fue el macartismo” (Laclau, 2005: 170). La capacidad articuladora del macartismo, así, se originaba en su pleno carácter populista puesto que, de acuerdo a Laclau, el interpelaba a una élite en el poder que derribaba paulatinamente los cimientos del estilo y valores de vida norteamericanos, llamando a los norteamericanos *de carne y hueso*, campesinos y trabajadores, empresarios y latifundistas, a defender lo que se les estaba arrebatando.

Claramente, este desplazamiento puede verse reflejado en la resignificación que se produce de los rasgos “típicamente populistas” enunciados en el capítulo anterior. Es así como, por ejemplo, el fuerte componente retórico se desplaza desde su consideración como una “debilidad discursiva” hacia su comprensión como una forma típicamente política de generación de efectos performativos; la vaguedad ideológica pasa a ser comprendida como atributo necesario de toda articulación política; la identificación de intereses particulares con el interés universal es asumida como efecto de una producción hegemónica de identidad política; la presencia del liderazgo pasa a considerarse como un factor esencial a toda formación política.

Colocada “frente a frente” con las formas institucionalistas que encarnan el sentido de la “lógica de la diferencia”, el populismo emerge entonces como una expresión que ya no sólo convive más cómodamente con la democracia sino que pasa a confundirse con ella, a fundirse en una relación de identificación plena según la cual, a fin de cuentas, bien podría decirse que populismo y democracia constituyen sinónimos de una misma realidad.

En definitiva: si en las conceptualizaciones relativas al “populismo clásico” y al “neopopulismo” fue posible observar una relación de frontera entre el populismo, por un lado, y la democracia y la política, por el otro, en Laclau el populismo ingresa plenamente al espacio discursivo de la democracia, identificándose con lo que podría denominarse “la forma misma de la política”. Así es como, en consecuencia, el populismo navega desde un lugar fronterizo al centro mismo de la política, fundando de esta manera sus propios límites en relación a lo que, puesta en reverso, constituyen los “momentos imposibles” de la política. En palabras de Laclau (2005: 279):

La razón populista rompe con dos formas de racionalidad que anuncian el fin de la política: tanto con un evento revolucionario total que, al provocar la reconciliación plena de la sociedad consigo misma volvería superfluo el momento político, como con una mera práctica gradualista que reduzca la política a la administración (Laclau, 2005: 279).

Y sin embargo, un curioso malestar emerge de esta homologación entre política, populismo, democracia y hegemonía ofrecida por Laclau. Dicho malestar es posible de ser enfrentado desde dos lugares: Primero, desde el lugar mismo de la lógica de la diferencia y su “impolítica” manifestación. Frente a esto, cabe preguntarse, ¿por qué ha de ser “impolítica” una lógica que logra producir eficientemente el orden social?; ¿por qué ha de quedar expulsada de la política una forma capaz de estabilizar la lógica indecible de lo social? Por último: ¿no será posible pensar la negación de la política, del antagonismo y de la indecidibilidad como la expresión suprema de la política?

Conduzcámonos ahora al otro polo del problema: ¿Por qué habría de homologarse estrechamente populismo y política?; ¿de qué manera resolver el manifiesto destino trágico de todo populismo?; ¿no habrá más bien que homologar al populismo con una forma impolítica de desplazamiento infinito de la estabilización?

Al final de *La Razón Populista*, Laclau aporta tres ejemplos de experiencias populistas incompletas que se diluyeron como efecto de la alteración de algunos de sus aspectos constitutivos. Es así como da cuenta de situaciones en las cuales se generó 1) una imposibilidad de expandir la cadena equivalencial más allá de cierto límite, 2) una unificación de demandas sin un lazo equivalencial que pudiera sostenerlas, y 3) una expansión ilimitada de la cadena equivalencial que aproximó la dinámica populista a una situación psicótica de “total indeterminación”. Pues bien, ¿son estas situaciones

descritas por Laclau momentos accidentales o necesarios en lo que refiere al destino del populismo? Dicho en otros términos: ¿Por qué las *experiencias populistas* se encuentran siempre más cercanas al lugar de la derrota que de la producción eficiente de un orden político que, sabemos ya de antemano, siempre será inestable?

Todas estas preguntas, junto a aquellas relativas a la antinomia institucionalismo-política, nos conducen a un giro en la pregunta que se ha mantenido como subtexto de los dos primeros capítulos de esta investigación. Y es que, si en los primeros capítulos rondaba el cuestionamiento de la comprensión del populismo con formas “anómalas”, “históricamente excepcionales” o “impolíticas”, en este capítulo es posible revertir estas interrogantes y cuestionar la presurosa homologación del populismo con la política, por una parte, y la sorprendente expulsión del “institucionalismo” del terreno de la política que se pueden extraer de las reflexiones ofrecidas por Laclau. En el capítulo que sigue intentaré precisamente abordar estas últimas interrogantes.

Capítulo IV

EL POPULISMO EN LOS MÁRGENES DE LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA MODERNA: LÓGICA DE LA DIFERENCIA, EQUIVALENCIAS POPULARES Y SUBALTERNIDAD

En las últimas páginas del capítulo anterior quise dar cuenta de algunas interrogantes relativas a la homologación que, desde la perspectiva ofrecida por Ernesto Laclau, es posible producir entre los conceptos de “populismo”, “política” y “democracia”. Dichas interrogantes, básicamente, se sustentaban en una intuición generada por la doble constatación del recurrente fracaso que en América Latina han tenido las experiencias populistas y del continuo éxito que las prácticas políticas vinculadas a lo que Laclau denomina la “lógica de la diferencia” han manifestado a lo largo del devenir político de la región.

Frente a esto, es preciso volver a interrogarse respecto a si la concepción que Laclau ofrece del populismo es posible de ser asumida como una concepción que definitivamente “resuelve” los recurrentes problemas a la hora de definir su eventual especificidad. Por otro lado, también resulta productivo intentar resolver la aparente paradoja entre la facticidad de una “lógica de la diferencia” que suele manifestar una alta capacidad de producción de sentido y sutura del espacio político, por una parte, y su supuesta insuficiencia para resolver, en el plano ontológico, el dilema de la “razón

populista”. Sobre este último aspecto, obsérvese la siguiente afirmación de Laclau (2005: 16):

El *impasse* que experimenta la teoría política en relación con el populismo está lejos de ser casual, ya que encuentra su raíz en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político; que el populismo, como lugar de un escollo teórico, refleja algunas de las limitaciones inherentes al modo en que la teoría política ha abordado la cuestión de cómo los agentes sociales totalizan el conjunto de su experiencia política.

Limitaciones e insuficiencias son entonces las respuestas para explicar la incapacidad de la teoría política para dar cuenta del “fenómeno populista”. Ahora bien, cuando Laclau se interroga respecto al “fracaso” de la *psicología de las masas*, plantea la siguiente explicación, la que bien puede trasladarse a una justificación del análogo fracaso de las nociones “antipopulistas” usualmente expresadas en el ámbito de la teoría política:

Por su sesgo ideológico antipopular; porque enmarcaban sus discursos dentro de dicotomías crudas y estériles –el individuo/la masa; lo racional/lo irracional; lo normal/lo patológico-. No obstante, basta con introducir cierta *souplesse* en estas oposiciones rígidas, con permitir que cada uno de estos polos contamine parcialmente al otro, para que surja un panorama completamente diferente, ya que, en ese caso, el comportamiento de las masas descrito por los teóricos de las masas no sería un catálogo de aberraciones sociales, sino de procesos que, en diferentes grados, estructuran *cualquier* tipo de vida sociopolítica (Laclau, 2005: 60).

Como vemos, resultaría fácil “desmontar” las operaciones propias de la teoría política y su respectiva crítica al populismo a partir de un “simple ejercicio deconstructivo” capaz de desnudar las oposiciones binarias sobre las que estas críticas se sostienen. Y sin embargo, ¿cómo explicar la fortaleza “óptica” del discurso institucionalista del cual es análoga la teoría política y el antipopulismo? Una posible respuesta de Laclau frente a

este problema sería precisamente afirmar la distinción entre el plano ontológico en el cual se encuentran situados la teoría política y el antipopulismo, por una parte, y el plano óntico del institucionalismo, por otra. Hecha esta distinción, sería posible establecer que la fortaleza óntica del institucionalismo no se condice con su debilidad ontológica para “dar cuenta de” y “comprender” la dinámica de la vida política.

Esta respuesta, no obstante, debe considerar que la doble dimensión óntico-ontológico también es posible de encontrar en la propia teoría política de Laclau. Por una parte, la Teoría de la hegemonía opera como marco formal de descripción del funcionamiento de la política en general; pero por otra, opera al mismo tiempo como marco de sustentación de un proyecto político particular, el cual ha sido frecuentemente denominado como “democracia radical y plural” pero que, haciendo uso de un elemental ejercicio deductivo, puede homologarse claramente con lo que en el capítulo anterior he descrito como la “razón populista”¹⁰⁵. Llegados aquí, y si aceptamos el argumento de Laclau arriba enunciado, la evaluación de su teoría política podría conducirnos al absurdo de la constatación en ella de una ontología con alto poder explicativo cuya expresión “óntica” (en el proyecto concreto de una democracia radical o en la afirmación de la “razón populista”) manifiesta sin embargo una fuerte debilidad frente a la “onticidad institucionalista”.

Para dar cuenta de esta tensión entre “capacidad explicativa” y “capacidad política” es que en el presente capítulo me he propuesto indagar en algunos de los aspectos que definen tanto al *institucionalismo* como a la *razón populista*. En la primera parte,

¹⁰⁵ Sobre este asunto, Žižek (2001b: 186) señala: “La concepción de la hegemonía que tiene Laclau describe el mecanismo universal del *cemento* ideológico que unifica a todo cuerpo social; esa concepción permite analizar todos los órdenes sociopolíticos posibles, desde el fascismo hasta la democracia liberal, pero, por otro lado, Laclau propugna una determinada opción política, la *democracia radical*.”

abordaré la relación entre la lógica de la diferencia y la política, intentando argumentar que resulta perfectamente posible pensar a la primera como una expresión eminentemente política que se caracteriza por afirmar su condición por medio de la “negación” (retórica) de su propia naturaleza¹⁰⁶. En la segunda parte, indagaré en la relación entre “heterogeneidad social”, “particularismo” y populismo, buscando dar cuenta de las tensiones que a mi juicio, y de manera contraria a lo planteado por Laclau, vuelven difícilmente situable al populismo en el lugar de “instancia paradigmática de la política”.

Las intuiciones que se desarrollarán en este capítulo, en definitiva, intentarán afirmar que 1) el institucionalismo y la lógica institucionalista bien pueden ser asumidos como instancias prototípicamente políticas, y que 2) la “Razón populista”, más que una expresión de la política, constituye una acontecimental visibilización del propio límite de la política moderna, el cual, a mi juicio, ha de ser encontrado en la forma que asume la “representación” en el contexto de nuestra modernidad política.

1. Lógica de la diferencia y negación de la política

Iniciaré este apartado con la explicitación del límite de la política que Laclau especifica en relación a la lógica de la diferencia:

No existe ninguna intervención política que no sea hasta cierto punto populista. Sin embargo, esto no significa que todos los proyectos políticos sean igualmente populistas; eso depende de la extensión de la

¹⁰⁶ Como se podrá percibir, en este apartado optaré por “desconocer” la distinción que Laclau hace entre los planos ónticos y ontológicos, asumiendo al institucionalismo en una doble dimensión de “nominación” al mismo tiempo que de “intervención” en el campo político.

cadena equivalencial que unifica las demandas sociales. En tipos de discursos más institucionalizados (dominados por la lógica de la diferencia), esa cadena se reduce al mínimo, mientras que su extensión será máxima en los discursos de ruptura que tienden a dividir lo social en dos campos. Pero cierta clase de equivalencia (cierta producción de “pueblo”) es necesaria para que un discurso pueda ser considerado político. En cualquier caso, lo que es importante destacar es que no estamos tratando con dos tipos diferentes de política: sólo el segundo es político; el otro implica simplemente la muerte de la política y su reabsorción por las formas sedimentadas de lo social (Laclau, 2005: 195).

¿Qué implica esta afirmación? Básicamente, que en el plano óntico de las “intervenciones políticas” siempre es posible percibir “algún grado de populismo”, lo cual no es posible sin embargo en el plano de los discursos o proyectos políticos tales como el del institucionalismo, en los cuales la lógica de la diferencia se extiende a tal punto que la política queda anulada por la primacía de las “formas sedimentadas de lo social”.

De lo arriba expuesto se podría concluir inicialmente que las expresiones propiamente políticas que se dejan ver en el plano de proyectos de carácter institucionalista no responden propiamente a su lógica sino que más bien han de ser entendidas como una suerte de “residuo”, una especie de síntoma del carácter necesariamente fallido de toda totalización. Es decir que, en definitiva, al carácter impolítico del institucionalismo y la lógica de la diferencia “siempre” le acosa la politicidad constitutiva de la vida social, más allá incluso de sus propios deseos. Y a ello, naturalmente, hay que incluir la presencia inevitable de algún grado de constitución de un “pueblo”.¹⁰⁷

¹⁰⁷ Dice Laclau al respecto (2005: 213): “La construcción de un pueblo es la condición *sine qua non* del funcionamiento democrático. Sin la producción de vacuidad no hay pueblo, no hay populismo, pero tampoco hay democracia”.

Para evaluar esta homologación entre institucionalismo, lógica de la diferencia y negación de la política, creo pertinente adentrarme brevemente en algunos de los supuestos basamentales del así llamado “neoinstitucionalismo”, con el fin de desarrollar un ejercicio analítico que intente interrogarse respecto a su identificación con una forma “impolítica” de comprensión de la vida social¹⁰⁸. Antes de ello, es preciso observar sin embargo que las expresiones neoinstitucionalistas son diversas, por lo que resulta necesario explicitar cuáles perspectivas específicas son las que serán tratadas aquí¹⁰⁹. Sobre esto, debo señalar que me concentraré en un primer momento en la corriente ligada a la perspectiva de la así llamada “teoría de la elección racional”, para luego abordar una expresión específica del neoinstitucionalismo vinculada a lo que ha sido denominado como “teoría de juegos”.

Cabe inicialmente una observación: En principio, *rational choice* e *institucionalismo* parecen presentarse como dos perspectivas irreconciliables en lo que se refiere a la comprensión de la realidad política. Ello, por cuanto ya en su nominación la estrategia del *rational choice* alude a la centralidad de un enfoque individualista y racionalista, mientras que el institucionalismo se dirige más bien hacia la indagación de las pautas extraindividuales de organización de la vida social y política. Sin embargo, ambas corrientes han sido objeto de un progresivo proceso de acercamiento. ¿Cuáles son las causas de esta combinación en principio contradictoria?; ¿cuál es la lógica que subyace al interés por incluir a la institución como un dato del análisis político por parte de las teorías de la elección racional?

¹⁰⁸ La opción por reflexionar a partir de la forma “neoinstitucionalista” la he tomado no sólo atendiendo a las frecuentes alusiones que sobre esta corriente realiza el propio Laclau, sino que también en consideración al fuerte protagonismo que ha adquirido durante la última década en América Latina.

¹⁰⁹ Sobre la diversidad teórica de la corriente neoinstitucionalista, ver Peters, 2003.

A juicio de Peters (2003: 71), esta imbricación se produce en primer término como resultado de una constatación “fáctica” relativa a la regularidad de las instituciones en la vida política:

Pese a la base individualista que sustenta su enfoque analítico, los institucionalistas de la elección racional han comprendido claramente que la mayor parte de la vida política transcurre dentro de las instituciones y que, para ser capaces de brindar una explicación amplia de la política, sus teorías deben abordar la índole y el rol de las insunciones políticas (Peters, 2003: 71).¹¹⁰

¿Por qué, entonces, bajo la lógica de la elección racional el libre despliegue de *individuos maximizadores* debe verse enfrentado a la presencia de instituciones que los trascienden? De manera análoga a la hipótesis hobbesiana del *estado de naturaleza*, el nuevo institucionalismo de la elección racional supone como axioma la existencia de individuos racionales que operan en función de la búsqueda de beneficios definidos de manera igualmente racional. La búsqueda de la satisfacción de dichos intereses, al igual como en el caso de la “guerra de todos contra todos” planteada por el filósofo inglés, genera consecuencias no deseadas por los individuos en la medida en que éste debe verse enfrentado a otros intereses eventualmente contrapuestos al mismo tiempo que equivalentes. La posibilidad de la sociedad, entonces, queda diluida.

Lo arriba expuesto se expresa claramente en el conocido modelo del así llamado “Dilema del Prisionero”. Observemos cómo opera este modelo en la lógica analítica ofrecida por Barry Weingast (1997). Según este ejemplo, la existencia de tres grupos de

¹¹⁰ Este suplemento de la base individual de las sociedades se caracteriza por contar con una serie de atributos que trascienden la pura voluntad de los individuos, constituyéndose en “algo más” que la “suma de las partes” de una sociedad, a saber: 1) constituyen un rasgo estructural de las sociedades; 2) generan conjuntos de interacciones pautadas y dotadas de predecibilidad; 3) afectan el comportamiento individual y 4) generan un conjunto de valores compartidos (Peters, 2003: 36-37).

actores (un *soberano* y dos *grupos de interés* diferentes) guiados por su interés individual genera problemas políticos que necesariamente derivan en la ingobernabilidad, representada ya sea en la violación de la ley por parte del soberano o en la subversión por parte de los ciudadanos como respuesta a una eventual violación de la ley por parte del primero. Y es que, cuando cada individuo o grupo de individuos se encuentra motivado por el cálculo de sus propios intereses, éstos siempre tienden a presentarse como opuestos (ya sea por un conocimiento efectivo de dicha oposición de intereses, ya sea por un desconocimiento de los intereses de *alter* a causa de la inexistencia de un espacio dialógico común), ocasionándose en tal caso una situación de conflicto en la que, en última instancia, “todos pierden”.

En relación a esta conclusión, el dilema es resolver el componente conflictivo del despliegue de intereses individuales en el ámbito político, lo cual es posible por medio de la incrustación “suplementaria” de instituciones que operen como marcos regulatorios fundados tanto en la *coordinación* entre los actores como en la *autolimitación* de sus posibilidades de acción. Las instituciones, en consecuencia, emergen como el suplemento, el otro de sí del impulso individual de la vida política.

¿Qué tipo de regímenes políticos cumplen con estos requisitos? Si bien no existe un orden político que de manera necesaria cumpla con los requerimientos de coordinación arriba señalados, y no existe un régimen político que *a priori* se aleje de los mismos, es posible concebir diseños institucionales aptos para el buen despliegue de la vida política que permitan al mismo tiempo la generación de una acción política autolimitada, vale decir, que cumpla con los requisitos de una acción mediada institucionalmente. Sobre este tema, el mismo Weingast desarrolla la idea del así llamado *self-enforcing*.

equilibrium. La base de su argumento es que la mantención del poder político de un soberano es posible a condición de que éste no viole la ley. Sin embargo, esta condición se cumple en a condición que los ciudadanos hayan producido un consenso acerca de lo que constituye una conducta ilegítima por parte del poder político. Tal condición es la que, en el contexto de la *Revolución Gloriosa* de la Inglaterra del Siglo XVII, habría permitido superar los conflictos políticos en función del logro, por parte de los actores políticos, de una repartición del poder político fundada esencialmente en la limitación del poder discrecional de la corona (Weingast, 1997; North y Weingast, 1989).

Si no existe un consenso ciudadano en tomo a la demarcación entre conductas legítimas e ilegítimas por parte del “soberano”, Weingast demuestra que éste puede violar los límites de la ley, sosteniéndose o bien en el apoyo o bien en la omisión de algunos grupos que pueden sentirse beneficiados o indiferentes frente a dicha violación¹¹¹. La solución a este problema, sostiene Weingast, no se encuentra ni en una forma particular de régimen político, ni en un consenso en tomo a valores dentro de la sociedad o dentro de las élites políticas, ni en la homogeneidad social, ni en la generación de pactos políticos sólidos. Más bien, la solución se encuentra en la generación de un consenso ciudadano en tomo a los *límites de la ley*¹¹². Pero este consenso, claro está, no se establece en tomo a contenidos sustantivos deseados por los actores. Al operar sobre la

¹¹¹ Como ya señalé más arriba, Weingast desarrolla este argumento en función de un modelo tipo “dilema del prisionero”. Weingast (1997: 34) concluye a partir de este modelo que, dada la interacción entre un soberano y grupos de interés distintos que no generan consenso respecto a los límites del poder político, se pueden dar situaciones de equilibrio subóptimo en las cuales “...el soberano puede transgredir los derechos de algunos ciudadanos basándose en el apoyo de otros ciudadanos” (la traducción es mía). La conclusión que el autor obtiene de este hecho es que, actuando en función de su exclusivo interés particular, ningún grupo puede alterar este patrón de comportamiento político, generando situaciones de inestabilidad y de impredecibilidad en el régimen político.

¹¹² Al decir de Weingast (1997: 37): “La mantención de la democracia es en parte un dilema de coordinación entre los ciudadanos. La estabilidad democrática requiere que los ciudadanos generen acuerdos acerca de los límites del poder estatal que ellos están dispuestos a defender. Mi teoría sugiere que los límites autoimplantados del Estado resultan cuando los miembros de una sociedad resuelven su coordinación para acordar los límites apropiados de la acción estatal” (la traducción es mía).

base de que el orden colectivo no anula la voluntad ni los valores de cada individuo, supone más bien la necesidad de un acuerdo en torno a reglas y procedimientos que luego devienen en valores compartidos, los que sin embargo no implican la superación de las insalvables diferencias en torno al orden deseado y a los objetivos de cada individuo o grupo que forma parte de una unidad política.¹¹³

El resultado final de esta generación de consensos, por consecuencia, es la obligación por parte del soberano de respetar los límites de la ley, generando como resultado situaciones de estabilidad política. Los actores políticos, de esta manera, cumplen con el axioma de actuar en función de su interés y beneficio individual pero, como señala Peters (2003: 71), reconociendo al mismo tiempo que “sus opciones están inherentemente restringidas debido a que los políticos operan dentro del conjunto de reglas de una o más instituciones”.

Como se puede ver, en esta operación discursiva propia del neoinstitucionalismo se pueden encontrar visibilizados todos los contenidos con los que Laclau caracteriza a la “lógica de la diferencia”: una forma de comprender la política como “administración de diferencias” que pueden ser homologadas bajo la figura del “ciudadano autoequilibrado” que es objeto y agente de una equivalenciación de sus intereses frente a la diversidad a la que se enfrenta. Antes de extraer conclusiones, observemos más de

¹¹³ Un ejemplo paradigmático de la generación de consenso en la forma arriba expuesta es el que ofrecen North y Weingast (1989) en relación a la revolución inglesa. Para North y Weingast, uno de los principales problemas del régimen político inglés anterior a la *Revolución Gloriosa* era el incumplimiento por parte de la monarquía de sus compromisos financieros adquiridos frente a la naciente burguesía. Este incumplimiento, sostenido en función del carácter discrecional del poder de la corona, generaba graves problemas de impredecibilidad y descoordinación que en última instancia atentaban contra los nacientes derechos de la propiedad burguesa y de su objetivo último, el desarrollo del capitalismo. Tales problemas fueron superados en función del logro del objetivo de limitar el poder de la corona, lo cual devino en la configuración de un marco institucional que permitió la generación de las condiciones que, en contraste con la efervescencia de la Revolución Francesa, generaron el logro de un proceso de cambio político, social y económico en condiciones de alta estabilidad. Las instituciones, se concluye, cumplieron paradigmáticamente su función.

cerca esta operatoria institucionalista, ilustrando más completamente su lógica a partir de la extendida y actual categoría de *Accountability*, la cual mantiene una consistente presencia en la discusión política latinoamericana.

Primero que nada, es preciso plantear que la noción de *Accountability* sólo es posible de ser pensada una vez que se reconoce la inexistencia de una comunidad que fundamente la legitimidad del orden político (North y Weingast, 1989; Weingast, 1997; Peters, 2003; Linz y Stepan, 1996) y la presencia de una insalvable brecha entre gobernantes y gobernados (Arato, 2002; Manin, Przeworski y Stokes, 2002). Así concebido, este concepto emerge como una búsqueda por reducir la brecha presente en todo acto de representación política y controlar los efectos desestabilizadores que sobre el orden democrático genera la corporeización del poder en agentes que, en última instancia, operan con una racionalidad maximizadora de carácter individual (Holmes, 2003).

Estos objetivos, en una primera instancia, podrían ser entendidos como satisfechos mediante el periódico acto electoral en el cual los ciudadanos ceden un *mandato* a los gobernantes. Mediante este procedimiento, se supone, ciudadanos informados optan *prospectivamente* entre distintas ofertas que posteriormente son cumplidas por los gobernantes. Sin embargo, existe consenso en que este ejercicio periódico del *poder electoral*, si bien constituye la base de todo régimen democrático, no representa una instancia plena de *accountability*¹¹⁴. ¿Cuál será entonces aquel punto de *sabia relación*

¹¹⁴ Esta objeción puede sintetizarse en dos argumentos. En primer lugar, uno de pertinencia: la democracia liberal representativa se funda en la “prohibición del mandato imperativo”, por lo que no es legítimo demandar un reflejo inequívoco entre “mandato” y “gobierno”; En segundo lugar, uno de eficiencia: esta concepción supone equivocadamente que 1) los electores siempre votan informadamente y 2) el cumplimiento del mandato siempre coincide con el interés general de los gobernados (Manin, Przeworski y Stokes, 2002: 24).

entre la demanda de eficiencia y la demanda de control propias de todo régimen democrático? (Mainwaring, 2003: 5).

Si todo régimen democrático debe fundarse en la capacidad de controlar a los gobernantes (Przeworski, 2002), ¿cómo se cumple este objetivo? El mecanismo electoral, entendido ya no como expresión de mandato sino que más bien como un mecanismo *retrospectivo* de control que genera *responsabilidad sobre las acciones pasadas de los gobernantes* (Manin, Przeworski y Stokes, 2002: 20), también es visto consensuadamente como un mecanismo insuficiente de *accountability*¹¹⁵. Ello, fundamentalmente en atención a los consabidos problemas de información y coordinación que la ciudadanía manifiesta al momento de cumplir con el acto electoral¹¹⁶. En función de estos problemas es que han emergido nuevas formas de comprender, de manera más amplia, la generación de prácticas de control sobre el poder político. Estas nuevas formas son posibles de distinguir en dos manifestaciones. Por una parte, una noción de *accountability* que ensancha los mecanismos de control hacia formas horizontales (*checks and balances*, instituciones de *asignación*) de carácter formal (O'Donnell, 2003; Manzetti y Morgenstern, 2003; Cavalcanti y Sadek, 2003; Magaloni, 2003), y otra propuesta que se concentra en la ampliación y/o perfeccionamiento del *accountability* vertical.¹¹⁷

¹¹⁵ En la literatura sobre este tema, el instrumento electoral es conceptualizado usualmente como *accountability vertical* (O'Donnell, 1997), *político* (Peruzzotti y Smulovitz, 2002: 27) o *electoral* (Mainwaring, 2003).

¹¹⁶ De hecho, O'Donnell (1997) percibe que bien pueden existir manifestaciones democráticas que, cumpliendo con esta forma de *accountability*, son objeto de severos déficits de control y de altos grados de discrecionalidad por parte del poder ejecutivo.

¹¹⁷ Dentro del *Accountability vertical*, es necesario distinguir entre la noción de *accountability social* (Pezzurotti y Smulovitz, 2002), centrada en el ensanchamiento de los controles ciudadanos por medio de prácticas formales e informales que cumplan con sancionar simbólicamente el incumplimiento de la ley, y la propuesta de Crisp, Moreno y Shugart (2003), centrada en la búsqueda por solidificar una relación *principal-agente* de la cual se desprende la capacidad de *sanciones formales* como requisito fundamental para la eficiencia del control vertical.

Todas estas propuestas coinciden en acoger la complementariedad de las diversas formas de *accountability*. Para algunos, su manifestación vertical será condición de posibilidad de las formas horizontales, y para otros esta última posibilitará la eficacia de la primera¹¹⁸. Y sin embargo, el *déficit de accountability* sigue manifestándose como una constante en los regímenes políticos de América Latina, constante que es reconocida por la totalidad de quienes apuestan a este mecanismo como una forma eficiente de profundización democrática.

¿Estará la solución a este problema en la persistencia de la estrategia del *ensanchamiento*? La insistencia en el imperativo de la *governabilidad* que subyace a la pregunta por el *control sobre el gobierno* bien podría ser concebida como un desconocimiento de la porfiada existencia del antagonismo como aspecto constitutivo de lo social y, por consecuencia, de toda escena democrática. Nuevamente, entonces, la lógica de la diferencia y su consecuente tendencia a la negación de la política se expresarían claramente en la extendida presencia de la noción de *Accountability* en el marco de lo que constituye a la gramática politológica de América Latina. Y su fracaso, evidenciado en su permanente extensión y reelaboración, daría meridiana cuenta del desconocimiento de la inexorable condición antagónica de la vida social.

Como vemos, en definitiva, el problema que conforma el centro de la preocupación política (neoinstitucionalista) en América Latina lo constituiría la *impolítica* búsqueda por integrar al individuo racional-maximizador al interior de una sociedad política que genere condiciones de estabilidad a partir de la posibilidad del procesamiento pleno de

¹¹⁸ Sintomático resulta el hecho de que, salvo en el caso de Crisp, Moreno y Shugart (2003), la totalidad de los autores operan mediante una lógica de “ensanchamiento” de la noción de *accountability*. El concepto, entonces, de tan expandido (Mulgan, 2000), adquiere un carácter progresiva y paradójicamente vacío.

los antagonismos. Tal búsqueda, como he señalado, se traduce en una determinada concepción de la democracia asentada en conceptos tales como *consenso*, *self enforcing equilibrium*, *desarrollo institucional*, *accountability* y *legalidad*, todos los cuales coinciden en fundamentarse en el precepto de que, para que una democracia sea sostenible en el tiempo, debe generar condiciones propicias para el despliegue equilibrado y regulado de individuos (gobernantes y gobernados) sometidos al *imperio del orden político*.

Me encuentro entonces en condiciones de establecer una conclusión preliminar que retomaré al final de este apartado. Los fenómenos de “emergencia populista” (entendidos a la manera de lo desarrollado en el Capítulo II) constituirían para el institucionalismo uno de los síntomas de diseños democráticos precarios y, por consecuencia, uno de los principales obstáculos para la consolidación de regímenes democráticos institucionalizados que eviten la recurrencia del conflicto y la indeterminación política. Frente a este obstáculo, la respuesta es clara: se requiere de la generación de reformas institucionales a nivel económico y político que generen barreras eficientes de contención frente a la “amenaza populista”, barreras dentro de las cuales la noción de *Accountability* constituye una herramienta fundamental. En los términos de Laclau: un procesamiento adecuado de los conflictos que deviene en la negación de la política.

Ahora bien, es precisamente este *imperativo de la reforma* lo que constituyó efectivamente uno de los tópicos privilegiados instalados en la agenda política latinoamericana durante la década de los noventa. Concretamente, de lo que se trataba era de promover una “segunda etapa de reformas política y económicas”, aludiendo a la

necesidad de “completar” las reformas políticas y económicas de “primera generación” (redemocratización en el ámbito político, liberalización en el ámbito económico) que generaron, entre otros efectos, condiciones adecuadas para el desarrollo de liderazgos populistas en la región. A nivel económico, la reforma comenzó a devenir en imperativo a partir de la crisis de los Estados de bienestar europeos y de su variante latinoamericana, los estados desarrollistas. Los argumentos que fundamentaban la necesidad de reformar las economías latinoamericanas, fundamentalmente, se sostuvieron en un balance crítico de los resultados que la intervención del Estado en la economía generaba: Desincentivo a la inversión como efecto de las políticas impositivas y regulatorias, desincentivo al trabajo como resultado de las políticas de regulación y protección laboral, desarrollo inadecuado del comercio exterior, entre muchos otros efectos negativos originados básicamente en la presencia desmesurada e ineficiente del Estado en la economía.

En el ámbito político, en tanto, la reforma legitimaba su necesidad en la crítica a las formas inflacionadas de comprensión de la política y la democracia que, amplificando la expresión de estrategias conflictivas de acción política por sobre la búsqueda del consenso, el orden y la estabilidad, condujeron a la crisis de las democracias en la región. En particular, las experiencias autoritarias del cono sur daban clara cuenta de estos problemas propios de los sistemas políticos latinoamericanos, jugando así un paradójico efecto propedéutico sobre los actores sociales y políticos.

Es así como, desde las críticas reseñadas, se concluyó que los tiempos futuros debían ser tiempos de mercado en lo económico y de democracia en lo político. Tiempos de mercado, en función de la posibilidad de producir un modelo de desarrollo fundado en

la libre iniciativa individual, la centralidad del mercado y la desregulación económica; tiempos de democracia, en función del imperativo de reformar las dinámicas políticas fundadas en la inflación de la misma y la pérdida de la especificidad de la democracia en tanto régimen político de regulación de conflictos y administración del orden. Como vemos, ambos aspectos de la reforma bien pueden ser entendidos como componentes integrales de un proyecto fundado en el imperativo de la técnica y la lógica de la diferencia. Retirada de la política del campo de la economía y del mercado, por un lado, y reducción del campo de la política a su vértice procedimental, entonces, son los dos componentes centrales de la axiomática de la reforma. Doble transición, en consecuencia, desde el mercado regulado políticamente al mercado regulado gerencialmente, y desde la política a la policía (Ranciere, 1996). Caída en la administración y la lógica de la diferencia en su expresión máxima.

Y sin embargo, tal como sostuvieron los teóricos de Frankfurt, la técnica no es otra cosa que una visión sustantiva del mundo. Dicho en otros términos, la centralidad de una razón técnica, pretendidamente neutral, ha de ser entendida como la expresión misma de la ideología (Zizek, 2004). En este sentido es que es preciso señalar que todo proyecto de reforma sustantiva, incluyendo al proyecto de la “reforma en América Latina”, contiene una *carga redentora*, una promesa teleológica de construcción de un futuro “pleno”¹¹⁹. Quizás menos heroica que las promesas redentoras del siglo XX, la promesa de la reforma no escapa sin embargo a esta constante. Y es que, paradójicamente, la tan extensamente cuestionada conciencia utópica y teleológica de las tradiciones

¹¹⁹ Refiero aquí a la idea de “redención” y “plenitud” en un sentido laxo. Evidentemente, resultaría completamente discutible atribuir al institucionalismo un sentido “redentor” y la presencia en él de una idea de “plenitud”. Entiéndase por consecuencia esto en el plano de las intervenciones políticas concretas, en la cual sí aparecen ambas ideas, de la misma manera, pudiéramos decir, en que “plenitud” y “redención”, estando fuera de la ontología política de Laclau, operan activamente en el espacio de las prácticas populistas concretas.

revolucionarias del pasado siglo XX retomaba, bajo ropajes distintos, en la nueva escena de reformas en América Latina. El carácter redentor con el que suele identificarse al populismo, como vemos, pierde su especificidad al constatar que, incluso en el plano de retóricas y proyectos de carácter institucionalista, la “promesa” es un atributo altamente presente. En relación a esto, Prud’Homme (2001: 54) señala:

El problema con esta propuesta (de homologación ente populismo y redención) es que no sólo los movimientos populistas adoptan un estilo político basado en la idea de redención. Cualquier partido político en campaña hace promesas de redención: ¿esto los transforma automáticamente en partidos populistas? Lo dudo. Debe de haber algo más que permita establecer una distinción; de lo contrario, se corre el riesgo de que el estilo y el estado de ánimo populistas permeen al conjunto de los actores e instituciones de la vida democrática.

Obsérvese en esta misma dirección la siguiente frase con la que Vargas Llosa, exponente paradigmático del liberalismo antipopulista en América latina, comentaba su derrota electoral a manos del “populista” Alberto Fujimori:

Cientos de miles, millones acaso, se habían decidido de pronto a hacer lo necesario para que nuestro país fuera algún día una Suiza: un país sin pobres ni analfabetos, de gentes cultas, prósperas y libres, y a conseguir que la promesa fuera por fin historia, gracias a una reforma liberal de nuestra incipiente democracia (Mario Vargas Llosa, citado en Escárzaga, 2002: 231).

La reforma económica, en particular, se presenta como una *promesa* sustentada en la certeza técnica de beneficios futuros, los que sin embargo deben soportar la ruta de costos en el corto plazo¹²⁰, lo cual implica la necesidad de activar una fuerte dosis de retoricidad y persuasión en su implementación política. Examinemos la racionalidad de

¹²⁰ Categóricamente en el caso de la primera etapa de las reformas, y en términos menos explícitos en el caso de la segunda etapa de las reformas, existe coincidencia en vincular su activación con la generación de costos en el corto plazo. Sobre esto, Przeworski, 1995; Navia y Velasco, 2003; Haggard y Kaufman, 1995; Armijo, Bierteker y Lowenthal, 1995.

este argumento, construido a partir de la siguiente lógica deductiva: 1) las reformas son necesarias; 2) las reformas generan beneficios futuros pero costos a corto plazo; 3) la ciudadanía tiende a rechazar, en función de los costos a corto plazo, la realización de las reformas; 4) los gobernantes y sus asesores técnicos “saben” que las reformas son necesarias, y actúan en consecuencia; 5) la voluntad democrática de la ciudadanía, por lo tanto, debe quedar subordinada a la certeza relativa a la imperiosidad de las reformas.¹²¹

Ahora bien, ¿cómo se generan estas condiciones que permiten alcanzar el *equilibrio democrático* como efecto de reformas institucionales en el ámbito económico y político? Esta pregunta, en el contexto de los renacientes regímenes democráticos en América Latina, adquirió una fuerte centralidad que se vio reflejada en el siguiente dilema: si las democracias recién reinauguradas deben contar con *instituciones sólidas* y una *arraigada cultura de la legalidad* que permitan la consolidación de un régimen democrático estable, ¿desde dónde se construyen dichas instituciones y cómo se arraiga la referida cultura? Dicho en otros términos: ¿constituyen la institucionalidad y la cultura de la legalidad una condición causal o una consecuencia de la solidificación de las democracias? La paradoja entonces es la siguiente: ¿Cómo es que América Latina ha *decidido* por la democracia si no cuenta con una *arraigada cultura de la legalidad* ni con *instituciones sólidas*?

¹²¹ Sobre la necesidad de aplicación de las reformas aún a costa de los costos sociales inmediatos, Przeworski (1995: 301) señala: “la estrategia con mayores posibilidades...no es la que minimiza los costos sociales. Los programas radicales tienen más probabilidades de llevar más lejos las reformas democráticas aunque los votantes prefieran inicialmente una estrategia más gradual. En consecuencia, los políticos preocupados por el progreso de las reformas tienen un incentivo para imponer una estrategia radical aún en contra de las preferencias populares...”. Como puede deducirse, me encuentro ya situado en el campo del institucionalismo en su corriente ligada a la así llamada “teoría de juegos”.

Para Adam Przeworski, uno de los escasos teóricos políticos que problematizan la relación entre reforma, instituciones y democracia argumentando al mismo tiempo la posibilidad de su compatibilidad, una democracia consolidada institucionalmente debe generar la capacidad para resolver el problema del acatamiento democrático. Desde esta perspectiva, el principal dilema de un régimen democrático consiste en posibilitar que quienes compiten por el poder político pero no alcanzan su objetivo continúen compitiendo según las reglas del propio régimen democrático. La posibilidad del acatamiento, entonces, debe satisfacerse mediante dos conclusiones a las que deben llegar quienes han sido derrotados electoralmente: 1) deducir la posibilidad que en el futuro pueden alterar democráticamente los resultados presentes e imponer su programa a la ciudadanía; y 2) ponderar los costos de la aceptación de la derrota en relación a los costos del no acatamiento, y concluir que los primeros son menores que los segundos (Przeworski, 1995: 42-43). ¿Qué condiciones, entonces, producen el acatamiento? El acatamiento puede producirse en la medida en que quienes gobiernan no alteren las “condiciones del juego democrático”. Es decir, en la medida en que se resguarden condiciones de predecibilidad y regularidad que cristalicen en un diseño institucional que aminore la incertidumbre de los actores políticos o que, en términos paradójales, *institucionalice la incertidumbre*.¹²²

Ahora bien, evaluemos el proceso de reforma en base a las condiciones arriba expuestas. Para Przeworski, un proceso de reforma institucional es compatible con un régimen democrático a condición de que su implementación estratégica sea eficiente. Para ello, la forma más eficiente para con el cumplimiento de los objetivos de reforma en democracia, y especialmente en lo que refiere a la reforma económica, corresponde

¹²² La relación entre régimen democrático e incertidumbre es un tópico recurrente en la reflexión relativa al vínculo entre política y modernidad. Sobre este tema, una reflexión destacada en la teoría política latinoamericana es la que ofrece Norbert Lechner (1988)

a la estrategia de la así llamada “Pildora Amarga”, consistente en una estrategia de implementación de la reforma basada, en síntesis, en la idea de que “mientras más rápido mejor”. El éxito de la reforma se encontrará en consecuencia en gran medida ligado con la ausencia de circuitos de información “transparentes” entre el electorado y quienes dirigen política y técnicamente las reformas, lo que deduce por consecuencia la existencia de altas dosis de “secreto”, discrecionalidad” y “alteración del mandato electoral” por parte de los conductores de las reformas¹²³. En otras palabras, un éxito condicionado por la capacidad política más que por los atributos técnicos. Desarrollaré brevemente esta idea.

Una democracia consolidada en términos institucionalistas requiere de la generación de condiciones que permitan cumplir con la necesidad del acatamiento democrático. Aludiendo a la relación entre este componente de la democracia y la dinámica de la reforma, Przeworski (1995: 311) señala que

Para que las reformas puedan avanzar bajo condiciones democráticas, es necesaria la institucionalización de los conflictos distributivos; todos los grupos deben canalizar sus reivindicaciones a través de las instituciones democráticas y renunciar a otras tácticas. Por apremiantes que sean sus necesidades, los grupos políticamente significativos deben estar dispuestos a someter sus intereses al veredicto de las instituciones democráticas y a aceptar la derrota y

¹²³ Un ejemplo paradigmático de esta lógica “discrecional” que hace posible la reforma política y económica es la que se puede ver expresada en la siguiente defensa que el ex presidente argentino Carlos Menem argumentó respecto a su “estilo de gobierno”: “Las tres reglas de oro de la conducción son: 1) estar perfectamente informado, 2) guardar en secreto esa información, y 3) actuar de sorpresa. Es lo que hice yo toda mi vida. Si yo en campaña electoral le digo a la gente: *vamos a reanudar relaciones con Inglaterra*, pierdo un 20 % de votos. Si le digo a la gente: *Voy a privatizar teléfonos, ferrocarriles y Aerolíneas*, tengo en contra todo el movimiento obrero. Todavía no había conciencia clara de lo que había que hacer” (Citado en Nun, 1998: 64). Stokes (2001) ofrece otros ejemplos claros de esta dinámica de aplicación de reforma en América Latina. Más allá de sus diferencias en relación a los resultados obtenidos, los casos de Perú (Fujimori), Brasil (Collor de Mello), Venezuela (Carlos Andrés Pérez) y Argentina (Carlos Menem) representan momentos paradigmáticos de aplicación de reforma económica en los términos arriba señalados.

esperar, en la confianza de que esas instituciones seguirán ofreciéndoles una nueva oportunidad en la siguiente ocasión.

Acatamiento, podemos deducir, de quienes se oponen a las reformas. Sin embargo, es claro que las condiciones entre el momento previo y posterior a las reformas cambian radicalmente. Y si, como señalamos más arriba, la no alteración de las “reglas del juego” es un requerimiento fundamental para la generación del acatamiento: ¿cuál es entonces el alcance del cálculo de *posibilidades futuras* por parte de quienes se oponen a las reformas? Asumamos la situación hipotética de un actor político (o un partido político, un movimiento político) que ofrece al electorado un programa de “seguridad social”, una política “keynesiana” de déficit fiscal, una política de redistribución del ingreso y de “sustitución de importaciones”¹²⁴. Pues bien, este actor pierde las elecciones, y acata en atención a la certeza de que 1) no se alterarán las condiciones del juego político y 2) los costos de la no aceptación de la derrota son mayores a los costos de la aceptación de la derrota. En el momento posterior de una nueva competencia, las condiciones han cambiado radicalmente como efecto de reformas “exitosas” que han permitido *cruzar el puente* y superar el punto crítico de su aplicación. ¿Existen ahora las mismas condiciones del juego político? Formalmente sí, pero nótese que en el nuevo contexto la propuesta ofrecida en el escenario anterior se toma inverosímil.

En consecuencia, lo arriba expresado genera la siguiente paradoja: la consolidación de los proyectos institucionalistas de reforma económica y política opera a condición de un liderazgo político con altos grados de discrecionalidad, secreto, inobservancia del *Accountability* y exacerbación de una forma “estratégica” de acción política consistente en la “alteración de las reglas del juego” como fin último. Dicho en otros términos: para

¹²⁴ En términos económicos, estas propuestas pueden parecer “impropias”. No interesa aquí esta discusión. Simplemente, asumo una situación hipotética posible de presentarse en cualquier régimen político que cumpla con las condiciones mínimas de un sistema democrático.

que la consolidación de un régimen dotado de predecibilidad, institucionalidad y estabilidad sea posible, se requiere de la presencia de un momento “fundacional” de transgresión de aquello mismo que se quiere fundar. Y ello, dicho en otras palabras, no significa otra cosa que, para que los objetivos de reforma institucional enunciados brevemente en este apartado sean cumplidos, cierta dosis de “populismo” (entendido en los términos ofrecidos por Laclau) es siempre necesaria.

Pensemos en lo que de “populista” tiene la “democracia liberal”: Como ya sabemos, gran parte de lo que constituye al populismo (de acuerdo a la caracterización que realicé en el capítulo II) puede sintetizarse en su carácter “transgresor” respecto al ideal normativo de una democracia liberal-representativa. Dicha transgresión, aclaro, debe entenderse no tanto como “transgresión a la ley” sino que más bien como “transgresión *dentro* de la ley”, en la medida en que sin esa relación ambigua con la ley (con la democracia) no hay populismo. Vale decir, el populismo va “más allá de la ley” pero “dentro de la propia ley”. Y eso es justamente lo que explica la condición fronteriza que el populismo asume con la normatividad democrática.

Pues bien, y si el populismo es transgresor en el sentido en que he señalado, ¿ello quiere decir que la democracia liberal-representativa se ubica en el momento no traumático de la plena aceptación de la ley? Como señalé más arriba, la facticidad de la implementación del ideario institucionalista en América Latina contiene un necesario componente de “discrecionalidad” reconocido por la propia gramática institucionalista. En otros términos, y haciendo uso de la terminología de Laclau, no resulta difícil suponer la necesidad de que, para alcanzar el *impolítico estado de coordinación institucional y autoequilibrio*, se deba transitar por el *político momento de la decisión*,

momento que necesariamente incluye la exclusión y configuración de un campo antagónico entre quienes apoyan un proyecto “de futuro” y quienes “se aferran al pasado”, la vinculación de intereses particulares con el interés de la totalidad, el uso de la retórica como medio más efectivo de producción de sentido que la “argumentación racional” y, por último, el uso eficaz y efectivo de los dispositivos de poder disponibles.

Ahora bien, he señalado hasta aquí que la consolidación del “impolítico tiempo” de las instituciones ópera a condición de la presencia de un momento eminentemente político de fundación, en el cual los atributos que definen a la política en los términos planteados por Laclau deben manifestarse con total claridad. Observemos ahora la siguiente cita de Žižek (2003: 47):

Muchas transgresiones de la ley, crímenes, aventuras, quiebran la monotonía de la vida cotidiana leal y tranquila, pero la única verdadera transgresión, la única verdadera aventura, la única que convierte a todas las otras aventuras en mezquindades burguesas, es la aventura de la civilización, de la defensa de la ley (una vez más, como si todos los otros crímenes fueran intercambiados por el crimen propio de la ley en sí, lo cual realiza el pase mágico de convertir todos los otros crímenes en perfectas trivialidades).

¿Qué queremos afirmar con esta referencia a Žižek? De acuerdo a lo planteado por Laclau, la presencia de una lógica de la diferencia en su expresión pura y total resulta una imposibilidad fáctica en la medida en que siempre aparecen obstáculos que “fuerzan a los mismos proponentes a identificar enemigos y reintroducir un discurso de la división social basado en lógicas equivalenciales” (Laclau, 2005: 104). Como lo señalara al inicio de este apartado, ello quiere decir que el antagonismo constituye una realidad “no deseada” por el institucionalismo y su correspondiente lógica de la diferencia. Y sin embargo, ¿por qué no suponer que el institucionalismo y la lógica de la

diferencia requieren de momentos de antagonismo para “afirmar” su propia condición?; ¿por qué no suponer que la “negación” de la condición política de la vida social pueda ser posible por medio del más político de los actos?; ¿por qué no hurgar en la lógica de reproducción del “apego a la ley” como una lógica que necesariamente debe convivir con su propia subversión?

Si fácticamente es un hecho que no existe la plenitud supuesta por la lógica de la diferencia, y si reconocemos que en el ideario institucionalista opera el reconocimiento del conflicto y del antagonismo como condición constitutiva de la vida política¹²⁵, es posible asumir al momento de “negación de la política” como la forma más política de constitución del mundo social, y a la afirmación irrestricta del apego a la ley, a las instituciones y al orden como la instancia de trasgresión por excelencia.

Ahora bien, tres son las posibles alternativas que se pudieran deducir de lo expuesto en este apartado. Todas ellas, a mi juicio, asientan posibilidades de reflexión acerca del populismo que lo sitúan en una relación ya no homologa sino que conflictiva, aporética y en última instancia paradójal con la política.

La primera alternativa es pensar al populismo, tal como lo esboqué al final del capítulo II, como un efecto discursivo del “antipopulismo”, con lo cual paradójalmente el sentido mismo del populismo se diluye en tanto positividad. El populismo, según esta posibilidad, podría ser leído como el efecto de una operación eminentemente retórica de clausura del campo político por medio de la cual el ideal normativo de la democracia liberal-representativa se resguarda de sus “expresiones no deseadas”, por una parte, y

¹²⁵ Es preciso afirmar este argumento: si el institucionalismo no operara sobre la base del reconocimiento del conflicto y el antagonismo, no existiría necesidad de configurar un marco institucional capaz de neutralizar sus efectos. Por consecuencia, el institucionalismo mismo perdería toda razón de existencia.

construye una artificiosa otredad por medio de la cual legitima su presencia. Sostener esto, entonces, nos conduciría a la negación de la existencia de una “positividad populista”, y a su afirmación como un efecto de la positividad discursiva de las democracias liberal-representativas. Observemos ahora la segunda alternativa posible.

Más allá del acto mismo de sutura y de la operación ideológica de nominación del populismo, podría pensarse que el antipopulismo emerge como resultado de la atribución al populismo de “un *goce imposible*, insondable, que supuestamente nos roba a nosotros” (Žižek, 2003: 34). El populismo, desde esta perspectiva, no sería otra cosa que una instancia de “subversión gozosa” de las instancias normativas de las democracias liberal-representativas: subversión de la ley, subversión del pueblo, subversión de los procedimientos son goces que, desde la perspectiva del irrestricto apego a la ley, al orden y a las instituciones, no pueden ser aceptadas.

Y sin embargo, ¿qué ocurre si la subversión se encuentra en el lugar mismo de las democracias liberales entendidas a la manera institucionalista?; ¿Qué ocurre si fuera posible vislumbrar el goce no sólo en la trasgresión a la ley, sino que también en su afirmación? Esto nos conduce a la tercera de las alternativas posibles: pensar al populismo ya no como un “otro” construido por la propia retórica democrático-liberal, ya no como una “instancia gozosa” que niega el ordenado imperio de los procedimientos, sino que más bien como la anatomía misma del marco de las democracias liberal-representativas. Y ello nos conduciría necesariamente a cuestionar tanto a las concepciones descritas en el capítulo II como a la oferta de conceptualización del propio Laclau, en la medida en que 1) la relación conflictiva con el marco normativo de las democracias liberales es la condición misma de existencia de todo régimen

político democrático, y 2) no sólo el populismo opera como expresión paradigmática de la política, sino que en el institucionalismo es posible observar el más político de los actos, consistente en la creación y recreación constante de un mundo “sin política”.

2. Populismo, antagonismo y lógica de la política: la heterogeneidad imposible

¿Es posible suponer un estado de lo social en el cual el antagonismo sobre el cual se sostiene el populismo se perpetuara en el tiempo? Como la política y la hegemonía han de ser entendidas como el campo mismo de producción de sociedad, y la sociedad bien puede ser asumida como un espacio de sedimentación de prácticas políticas que han “borrado la huella de su origen contingente”, debiera deducirse que la mantención en el tiempo de una situación de antagonismo no resuelta devendría una situación imposible. Es claro que Laclau convendría con este argumento. Ahora bien, y si tal como he expuesto en el capítulo anterior, la lógica que configura al populismo es una lógica equivalencial cuya especificidad es la constitución de un campo antagónico sobre el cual éste se sostiene, cabe preguntarse entonces: ¿hasta qué punto el antagonismo configurador de la escena política populista no es un campo que en cierta medida niega la condición misma de la política, entendida en los mismos términos propuestos por Laclau?

Refiriéndose a una situación de desacuerdo en tomo a la prohibición de la pornografía, Laclau (1996g: 200) plantea el siguiente argumento:

¿Dónde uno establecería la línea entre lo que es pornográfico y lo que es expresión artística, por ejemplo? Es obvio que uno tiene que establecer un balance entre reivindicaciones antagónicas. Pero es

importante subrayar que este balance no habrá de ser el resultado de haber encontrado un punto en que las dos reivindicaciones se armonizan...No, el antagonismo de las dos reivindicaciones es, en ese contexto, inerradicable, y el balance consiste en limitar los efectos de ambos, de modo que una suerte de equilibrio social –algo muy distinto de una armonización racional- pueda ser alcanzado. Pero en tal caso el antagonismo, aunque sea socialmente regulado y controlado, subsistirá bajo la forma de lo que podríamos llamar una “guerra de posición”.

Es claro que el antagonismo es inerradicable por completo, de la misma manera como, según este argumento, es propia de toda política la intervención sobre ese mismo campo antagónico. En otras palabras: una política en torno al diferendo mencionado consistirá en generar, sobre la base de un terreno indecible, una decisión que establezca el antagonismo que constituye la disputa entre los polos del conflicto (sin lograr, ya lo sabemos, su erradicación plena y definitiva). Esto es precisamente lo que Laclau entiende como un “equilibrio social”. Obsérvese ahora la definición que el mismo Laclau ofrece de lo que constituiría una sociedad *radicalmente democrática*:

Para mí, una sociedad radicalmente democrática es aquella en que una pluralidad de espacios públicos, constituidos en torno a problemas y reivindicaciones específicas y estrictamente autónomas unas de las otras, dota a sus miembros de un sentido cívico que es un ingrediente esencial de su identidad en tanto individuos. Pese a la pluralidad de estos espacios, o quizás a consecuencia de ella, se crea una cultura democrática difusa que da a la comunidad su identidad específica...No sólo el antagonismo no es excluido de una sociedad democrática, sino que él es la verdadera condición de su institución (Laclau, 1996g: 210).

¿Qué se puede deducir de lo expuesto?: aun cuando el antagonismo y la heterogeneidad social constituyan un terreno en última instancia inerradicable, toda política consiste precisamente en la construcción de instancias productoras de estabilidad, de orden o,

puesto en otras palabras, de “sedimentación de lo social” logradas por medio del procesamiento de los antagonismos sociales. Pues bien, y si el populismo consiste precisamente en la visibilización-producción de un antagonismo: ¿de qué forma puede cumplir con el imperativo arriba señalado? Una opción posible es suponer que la configuración de un campo político signado por la oposición antagónica entre *pueblo* y *bloque en el poder* resulta en sí misma una producción de cierto “orden”, una determinada forma particular de “procesamiento del antagonismo”. En cierto sentido, esto es así: toda lógica política populista logra la equivalenciación precisamente a partir de la producción de una homogeneidad que permite la identificación entre elementos heterogéneos. Y sin embargo, si esto fuera completamente cierto, la oposición entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia quedaría disuelta, puesto que ambas se sostendrían sobre la base de la producción de un vínculo equivalencial: en un caso, el vínculo equivalencial entre ciudadanos que se abstraen de la singularidad radical del individuo; en el otro, el vínculo equivalencial entre un pueblo opuesto al bloque de poder.

El rol central que en el populismo asume el antagonismo es precisamente entonces lo que permite distinguir las lógicas arriba señaladas: ¿de qué forma, es preciso preguntarse, dicho antagonismo deviene orden en el marco de una lógica populista? En otras palabras: ¿de qué forma se procesa el antagonismo en los términos de una lógica política populista? Nos adentramos entonces a una opción dicotómica: o bien el antagonismo permanece siempre presente en su forma “desnuda”, o bien es procesado por medio de la producción del ya referido “equilibrio social”. Veamos las consecuencias de una y otra opción.

Si el populismo contiene su especificidad en su configuración en torno a un campo inerradicable de antagonismo, el momento de la decisión y la producción de un “equilibrio social” sería invariablemente opuesto a su lógica. Si, por el contrario, el populismo deviene en una cierta producción de “orden”, su éxito se encontraría ligado a un invariable destino de desplazamiento hacia una lógica de la diferencia capaz de procesar y reducir el antagonismo. En consecuencia: o bien el populismo se mantiene inexorablemente como una instancia “dislocatoria” incapaz de producir un orden estable, lo cual implicaría comprenderlo más bien como un momento “imposible” de la política que como “expresión paradigmática” de la misma; o bien opera como una instancia de “recreación del orden”, toda vez que necesariamente debe ser seguida por el momento “impolítico” de la lógica de la diferencia. En lo que sigue, intentaré hacer referencia a estos dilemas presentados. El argumento que intentaré desarrollar puede sintetizarse en dos partes: 1) es posible extraer de la ontología política de Laclau que, en “la última instancia”, toda identificación política debe ser capaz de producir una instancia equivalencial de carácter general que supere, procese o reduzca el específico antagonismo a partir del cual emerge; 2) dicha instancia equivalencial sólo es posible de alcanzar al interior de un espacio que haga posible la articulación del “pueblo” al interior de una totalidad política que, necesariamente, debe ser capaz de “traducir”, “reducir” y “procesar” la radical heterogeneidad que subyace a toda configuración social. Ello implicaría, por consecuencia, la necesidad tanto de ponderar el alcance disruptivo y performativo del populismo como de poner en cuestión la pretendida distancia insalvable entre éste y las formas “institucionalistas” de producción del orden político.

Primera cuestión entonces: ¿qué entendemos por *equivalencia diferencial*? De acuerdo a Laclau, la particularidad de la equivalencia propia de una lógica de la diferencia es que, de manera contraria a la “equivalencia popular”, ésta opera a partir de una operación de “abstracción” y no de “vacuidad”. Veamos su argumento (Laclau, 2005: 125):

Lo que reviste crucial importancia es no confundir *vacuidad* con *abstracción*, es decir, no concebir al común denominador expresado por el símbolo popular como un rasgo positivo compartido en última instancia por todos los eslabones de la cadena. Si esto último fuera así, no habríamos trascendido la lógica de la diferencia. Estaríamos tratando con una diferencia abstracta, que sin embargo pertenecería al orden diferencial y sería, como tal, conceptualmente aprehensible. Pero en una relación equivalencial, las demandas no comparten nada positivo, sólo el hecho de que todas ellas permanecen insatisfechas. Por lo tanto, existe una negatividad específica inherente al lazo equivalencial.

Tal como se expresa en esta cita, la equivalencia popular opera a partir de lo que en el capítulo anterior describí como un desplazamiento típicamente hegemónico a partir del cual un “particular” es capaz de alcanzar el *lugar vacío de la representación*. La operación de “equivalencia diferencial”, por el contrario, operaría sobre la base de un movimiento de “abstracción” por medio del cual la singularidad y heterogeneidad son reconocidas al mismo tiempo que “superadas” por medio de la emergencia de un *denominador común*. Ahora bien, ¿cuál será ese denominador común? Para responder a esto, será necesario un rodeo: intentaré homologar la ya señalada “abstracción” propia de la lógica de la diferencia con lo que Foucault (2004) entiende por “episteme moderna”, sosteniendo que dicha abstracción puede verse expresada cabalmente en la moderna figura del “ciudadano”.

Cuando, bajo la expansión del espíritu ilustrado, se proclamaba la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, la modernidad occidental sentenciaba la emergencia de una nueva unidad política: la figura del *Ciudadano*. Varias son las consecuencias posibles de enunciar en relación a esta emergencia. Todas ellas, sin embargo, podrían sintetizarse de la siguiente manera: la mutación desde la figura del “súbdito” a la figura del “ciudadano” sintetiza un proceso lento y traumático de reconocimiento del carácter no natural del orden y de la comprensión de éste como un *orden producido socialmente* y ya no como un *orden dado* (Lechner, 1988). La aparición del *Ciudadano*, entonces, expresa lo que en el espacio empírico de los códigos culturales de occidente (Foucault, 2004: 6) acontece como la irrupción, en el campo de la política, de la *episteme moderna*.

Para la *episteme* clásica, el mundo corresponde a una unidad posible de ser acogida en una *mathesis universal*, una organización del hombre (con minúscula) y su lugar en el mundo fundada en los principios de “estabilidad” y “orden”. Así, la figura del “súbdito” propia de la *episteme* clásica establece la *fijación natural* del hombre a un lugar dado por una cosmología estable y definitiva. El súbdito, de esta manera, constituye la “representación fiel” de un lugar de “sumisión” a un orden natural. Con la emergencia de la *episteme* moderna, la figura del ciudadano vendrá a ubicarnos, en primer lugar, en el ámbito de un orden político que no viene “dado” sino que ha de ser producido. El lugar en el cual se ubicaba al “súbdito” dentro del orden natural estalla, difuminándose entonces la idea de una *mathesis universal* organizadora del mundo. En segundo lugar, esta irrupción de la figura del ciudadano nos da cuenta de lo que constituye, a juicio de Foucault, el acontecimiento primordial de la *episteme* moderna: el nacimiento del Hombre.

Ahora bien, ¿Qué es el Hombre? Básicamente, y en alusión al tópico que aquí interesa, el Hombre pasa a ser construido como “algo más” que su visible corporeidad, algo más que su posición en un orden regido por una cosmogonía universal. El hombre pasa a ser, en tanto sujeto político, un cuerpo signado por “derechos” que, aún cuando *invisibles*, le son inherentes a su ser y lo definen como tal. Como consecuencia de ello, desaparece la posibilidad de una “representación fiel” de la “cosa” (el hombre) por medio de la palabra. Y es que, en definitiva, la condición del lazo que une los distintos elementos que forman parte de la representación, en este caso de la representación del Hombre en tanto Ciudadano, “...reside a partir de ahora en el exterior de la representación, más allá de su visibilidad inmediata, en una especie de trasmundo más profundo que ella y más espeso...” (Foucault, 2004: 234).

Y esa *especie de trasmundo* con que comienza a representarse al Hombre, en consecuencia, será precisamente el “cuerpo de derechos” que lo define en tanto ciudadano y que hace posible “abstraer” de entre sus diferencias materiales una “igualdad política abstracta” que lo sitúa en condición de equivalencia con el resto de los hombres. El ciudadano, por lo tanto, existe para la episteme moderna a condición de un movimiento de desplazamiento desde el *lugar empírico de las diferencias* al *lugar abstracto de las equivalencias*. Como efecto de este giro, la representación del hombre en tanto “ciudadano” deviene en la emergencia de un campo normativo de saber respecto a la política. Dicho campo, como todo sistema de conocimiento, es capaz de reducir la multiplicidad y el acontecimiento y, como consecuencia de ello, operar en función de nociones tales como “normalidad” y “conflicto”, “sistema” y “anomalía”. Y todo ello, en función de la centralidad de una categoría, la de ciudadano, que opera en tomo a un doble movimiento de representación y abstracción de las diferencias.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando las diferencias que subyacen al ejercicio de homologación propio de la *fundación del ciudadano* se visibilizan con la irrupción de la categoría de *pueblo*? La *Democracia de los modernos* es una democracia de ciudadanos. Corresponde, entonces, que un determinado régimen político contenga como su unidad abstracta a individuos reconocidos en torno a esta interpelación. Y sin embargo, suele emerger en el campo de la vida política la figura del pueblo, un pueblo que por definición se opone a la configuración ordenadora de la vida de los ciudadanos. A esos momentos, en los cuales la *democracia de los ciudadanos* se ve interrumpida, es a los que precisamente puede dárseles el nombre de *Populismo*.

¿Por qué la emergencia del pueblo ha de ser entendida como opuesta a la configuración ciudadana propia de la episteme moderna? Creo posible afirmar en este sentido que la constitución del pueblo implica un momento de visibilización del carácter intrínsecamente desigual de toda ciudadanía. Es decir, un momento en el cual la “igualdad abstracta” que constituye a los ciudadanos se ve acosada por la expresión, en el campo mismo de la política, de la “desigualdad concreta” que subyace a su existencia. En este sentido es que puede pensarse al momento populista en analogía con el ingenuo niño que visibiliza lo que ya para todos es visible, aun cuando nadie lo reconozca: la *desnudez del emperador*. Y es que, de la misma forma en que el niño visibiliza la precariedad del emperador, el populismo expone ante la escena político-democrática la condición desigual de todo orden político. Es así como, al igual como el niño ingenuo, el populismo, “sin saberlo ni quererlo, pone en marcha la catástrofe, al cometer el desatino de sacar a la luz lo que debe permanecer tácito para que conserve su consistencia la red intersubjetiva existente” (Žižek, 2003: 25).

En resumen, y aludiendo a lo arriba expuesto en torno al concepto de ciudadanía y su relación con la emergencia del pueblo, hasta aquí he señalado que 1) la ciudadanía se corresponde con el concepto foucaultiano de “episteme moderna” de acuerdo al cual la abstracción de las diferencias y la equivalenciación en torno a una igualdad abstracta constituyen el fundamento de la vida política moderna; 2) dicha igualdad abstracta se ve acosada por el “momento populista”, entendido como una instancia de visibilización de la condición “desigual” que toda abstracción política de las diferencias lleva consigo. Pues bien, es preciso retomar entonces al eje de la discusión que he querido sostener, interrogándome respecto a la relación entre esta forma de comprensión de la oposición entre pueblo y ciudadanía y la concepción del populismo ofrecida por Laclau.

En principio, la concepción del populismo ofrecida por Laclau nos situaría desde la perspectiva del “pueblo” antes que de la “ciudadanía”. Y es que, evidentemente, y de acuerdo a lo que desarrollé en el capítulo anterior, la figura del ciudadano sería más bien homologable a la idea “diferencial” de individuos que, en igualdad de condiciones y situados en un espacio político que neutraliza el efecto “politizante” del antagonismo, no reconoce la constitución eminentemente precaria de todo orden político. Y sin embargo, ¿qué significa concretamente la idea de “pueblo” en Laclau?

Para Laclau, y tal como ya ha sido reseñado en el capítulo anterior, el pueblo no es otra cosa que un resultado, un efecto no determinable por ninguna topología, de la articulación de demandas insatisfechas. En esta constitución del pueblo, por lo demás, se avizora la superación del momento de una heterogeneidad social que, si deviene expresión política, sólo lo es a condición de su *ghettización* en un puro efecto de

“reclamo marginal”¹²⁶. Homogeneización en torno a la constitución del pueblo, en definitiva, que prevalece sobre el momento “residual” de la heterogeneidad: “El éxito global de la operación populista depende de que prevalezca el momento universalista por sobre el particularista” (Laclau, 2005: 253).

Dos cuestiones me interesa destacar de lo arriba señalado: por una parte, en la constitución del “pueblo populista” es posible concebir a la heterogeneidad social como aquello que, aun cuando se manifiesta de manera espectral e inerradicable, queda fuera del campo de la representación política. Por otro lado, y como efecto de lo anterior, el “pueblo” ha de ser visto como un espacio de articulación condicionado por la primacía de la homogeneidad. Veamos las conclusiones de esto.

Tal como lo señalé más arriba, para que sea posible el vínculo equivalencial propio de la *razón populista* es necesario que se cumpla con que las unidades que se articulan tengan como común inspiración la existencia de una demanda insatisfecha. Para ello, lógicamente se requiere de un *campo común* a partir del cual se hace posible tanto la constitución de la demanda misma como su articulación equivalencial. Pues bien: ¿cuál es ese campo común?; ¿cuál es el espacio que permite comprender a la demanda como una unidad analítica? Evidentemente, y si se entiende la demanda como un reclamo con pretensiones de legitimidad, es necesario asumir la existencia previa de un cuerpo político que soporta dicho reclamo y que dota a éste de un lenguaje específico. Es decir, la demanda contiene un carácter sólo parcialmente performativo, puesto que para ser tal

¹²⁶ Sobre la imposibilidad de la expresión de la heterogeneidad en su sentido puro ya he dado cuenta en el capítulo anterior. Pese a ello, es necesario advertir que, para Laclau, el momento de la heterogeneidad y el particularismo ha de ser entendido como inerradicable de la política y, por consecuencia, del campo mismo de “lo popular”: Dice Laclau (2005: 192): “toda intemalidad va a estar siempre amenazada por una heterogeneidad que nunca es una exterioridad pura porque habita en la propia lógica de la constitución interna”.

“debe” encontrarse inscrita al interior de un cuerpo que la soporta. Y dicho cuerpo, a mi juicio, se corresponde tanto con la moderna concepción del “Estado-Nación” como con el “ciudadano” al cual he hecho referencia. Ello implica, a mi juicio, la necesidad de que, para que la constitución del “pueblo” sea posible, es preciso considerar como un “a priori” la existencia lógicamente previa de lo que podríamos llamar un “meta-pueblo”, una comunidad que hace posible la constitución de la identidad popular, en el cual, entre otros aspectos, es posible reconocer a un “otro” que detenta el poder (poder para satisfacer la demanda, podemos decir) y a una “parte” que posee conciencia de derechos (parte desde la cual emerge la demanda popular). ¿Qué deducir de esto? Creo que en esta condición para la constitución del *pueblo populista* anida una lógica análoga a la noción de “ciudadanía” arriba descrita, con la particularidad que, en la constitución del pueblo, la constitución aporética y ficcional de la comunidad política moderna alcanza su punto de visibilización. Desarrollaré esta idea.

Para Agamben (2001), tanto el concepto de Estado-Nación como de ciudadanía se fundan sobre la base de la “ficción originaria” de la igualdad y la soberanía¹²⁷. Y dicha ficción es lo que precisamente se “visibiliza” en la doble acepción de la categoría pueblo, entendido al mismo tiempo como sujeto político de la soberanía (Pueblo) y como sujeto excluido de la política (pueblo):

La constitución de la especie humana en un cuerpo político se realiza por medio de una escisión fundamental, (y)...en el concepto pueblo, podemos reconocer sin dificultades las paradojas categoriales que... definen la estructura política original: nuda vida (pueblo) y existencia política (Pueblo), exclusión e inclusión, zoé y bíos. El pueblo, pues, lleva siempre consigo la fractura biopolítica fundamental. Es lo que no puede ser incluido en el todo del que forma parte y lo que no puede

¹²⁷ Esta idea también puede verse desarrollada en Ranciere, 1996.

pertenecer al conjunto en el que está ya incluido siempre (Agamben, 2001: 33).

¿Qué hacer con esta escisión? Creo posible deducir del argumento de Agamben que la voluntad de inclusión en el cuerpo político por parte del *pueblo* no puede ser asumido sino como una reproducción, una actualización de la “ficción originaria” a la cual he hecho referencia. Y es que, pareciera ser, el *pueblo* se encuentra “condenado” a reproducir su radical exclusión por medio de periódicos “simulacros de inclusión”¹²⁸.

Para completar este argumento y evaluar al populismo desde una perspectiva distinta a la ofrecida por Laclau, creo necesario indagar brevemente en una categoría que, de manera contraria a la de pueblo, intenta superar la condición paradójica de éste. Me refiero concretamente a la categoría de “subalternidad”.

Tal como señala Laclau, el poder político se encuentra íntimamente ligado a la potencia de las representaciones que lo sostienen. Pues bien, sobre esto es posible preguntarse acerca de cuáles representaciones tienen la *autoridad* o la capacidad para construir un espacio hegemónico y cuáles no. Puesto en otros términos: ¿cómo se define la lucha por la representación?; ¿qué representaciones se identificarán con el “lugar vacío” del poder y cuáles no? Simplificando el problema, esta pregunta podría traducirse en los siguientes términos: ¿qué es lo que permite que la lógica equivalencial se imponga

¹²⁸ Por ello mismo es que el propio Agamben concibe a la categoría “(P)pueblo” como atada a la forma política de la soberanía moderna y, por consecuencia, como una categoría en último término impotente. Es por ello que, en sus palabras (2001: 36), “sólo una política que sea capaz de superar la escisión biopolítica fundamental de occidente podrá detener esa oscilación y poner fin a la guerra civil que divide a los pueblos y a las ciudades de la tierra...”. ¿En qué consistirá concretamente esta política? Algunas pistas de esto pueden verse planteadas entre la oposición entre la figura del “ciudadano” y la figura del “denizens” ofrecida por el propio Agamben, quien entiende esto último como la expresión de una “residencia no soberana”, es decir, que no se encuentra atrapada por la “ficción de la soberanía política”. Un ejemplo paradigmático de esta disposición política, opuesta tanto al pueblo como a la ciudadanía, puede encontrarse prototípicamente en la figura del “refugiado”, el cual al romper con el soporte nacional-estatal, “merece ser considerado como la figura central de nuestra historia política” (Agamben, 2001: 27).

sorbe la lógica de la diferencia, o viceversa?; ¿cómo es posible la constitución hegemónica de la razón populista?

Llegados a este punto, es necesario constatar que en América Latina el populismo pareciera ser una excepción que acosa a la estabilidad institucionalista, estabilidad cuya lógica institucionalista suele verse homologada al “discurso del poder”, al “sistema” y, en último término, a las formas sedimentadas de lo social. Pues bien, ¿a qué se debe ello?; ¿es simplemente la contingente disposición de las articulaciones discursivas la que impone el frecuente fracaso de las articulaciones populistas y el igualmente frecuente éxito de las articulaciones institucionalistas? Una respuesta posible a este problema es hurgar en la propia naturaleza de los discursos populistas, con el fin de interrogarse respecto a si existe algo en ellas que impide su consolidación temporal y la posibilidad de sedimentar su sentido de manera tal de producir algún grado de “orden” en la diseminada dinámica de lo social.

Y es aquí entonces desde donde la noción de subalternidad ofrecida, entre otros, por Spivak (1995), me permite ensayar una posible respuesta a este problema. Para Spivak, si el subalterno pudiera hablar, es decir, desplegar un discurso con potencia interpelatoria, ello querría decir que dejaría de ser tal, en la medida en que la subalternidad bien puede ser definida como la imposibilidad misma de la representación y, en último término, del uso del lenguaje en un contexto de significados determinados. Y es que, a fin de cuentas, “una de las cosas implicadas en ser subalterno es no llamar la atención, no ser digno de ser escuchado” (Beverley, S/f: 55). Pero ser subalterno, según este criterio, no sólo implica la imposibilidad del habla, sino que también la falta de

inscripción en una comunidad política, lo cual implica incluso la ausencia de una noción asentada de “derechos” y, por consecuencia, la imposibilidad de la demanda como tal.

¿Qué relación establecer entonces entre las categorías de “pueblo” y “subalterno”?

Observemos el argumento ofrecido por Beverley (S/f: 115) en relación al vínculo entre subalterinidad y pueblo:

Este sentido del subalterno como “límite absoluto” a la narrativización implica que el subalterno...en el inundo colonial y post-colonial debe ser necesariamente *otro que* “el pueblo”, y debe por tanto resistir la totalización sugerida en la cópula gramsciana “pueblo-nación”. Si el nacionalismo es el único discurso acreditado con posibilidades emancipatorias en el teatro imperialista, entonces uno debe ignorar los innumerables ejemplos de resistencia subalterna a lo largo de los siglos pre-imperialistas e imperialistas, frecuentemente suprimidos por esas mismas fuerzas nacionalistas, las cuales serían instrumentales en transformar la coyuntura geo-política de la etapa de imperialismo territorial al neo-colonialismo” (Beverley, S/f: 82)¹²⁹.

Al ser el subalterno definido como aquello que se encuentra “fuera” del marco de la representación, su relación con cualquier cadena equivalencial, con cualquier sutura

¹²⁹ Al interior del campo de los estudios subalternos, debe subrayarse, existe una abierta discusión en torno a la posibilidad o imposibilidad de constituir un proyecto de “transformación política” en torno a la idea de “pueblo”. Obsérvese en este sentido el siguiente mapa sumario ofrecido por Beverley (S/f: 84): “Los estudios subalternos existen en la tensión entre un proyecto que es deconstructivo de las aspiraciones de la nación, del nacionalismo, del conocimiento académico y de la política formal de la izquierda, y una articulación constructiva -“estratégica” en el sentido de Spivak- de nuevas formas de agencia colectiva política y cultural. Sin embargo, dos bastantes diferentes agendas políticas se desprenden de esta doble urgencia. Una es el apoyo a los nuevos movimientos sociales y a la resistencia de las organizaciones de base, a un nivel sub- o supra-nacional (esta es la opción que Spivak prefiere y la cual ella busca conectar con su trabajo). La otra es la constitución de un bloque “popular” político-cultural potencialmente hegemónico, una articulación que de una forma u otra invoque las categorías de “el pueblo” y la “nación”. En el primer caso, es claro que la unidad de la nación-Estado, junto con la idea de hegemonía política misma, nunca fueron representativas del subalterno, y en cualquier caso son ahora, con el advenimiento de la globalización, obsoletas para los propósitos de la izquierda, como también lo es quizá la izquierda misma. De allí que para Moreiras, los estudios subalternos deben ser, al mismo tiempo, “contra-representacionales”, “transnacionales” y “post-hegemónicos”. En el segundo caso, en cambio, la cuestión es si los estudios subalternos pueden contribuir a organizar una nueva forma de hegemonía política y cultural desde abajo -lo que Guha llama una “política del pueblo”...”. Por razones de “contraste”, y tal como puede ser percibido a lo largo de mi argumentación, he optado en lo presente por concentrarme en los argumentos favorables a la “primera opción” descrita por Beverley.

hegemónica, será siempre incompleta. Y me refiero a incompleta, ya no en el sentido de la heterogeneidad que siempre acosa a una unidad articulada, sino que más bien a una heterogeneidad que no puede convivir con ninguna totalización:

La apelación a una identidad (“nacional” en el caso del discurso del Estado, “cívica” en el caso del discurso de la sociedad civil) compartida o heurísticamente compartida estabiliza la identidad de “el pueblo” alrededor de una visión de valores, intereses, tareas, sacrificios, destinos comunes, sutura las discontinuidades o diferencias, “las contradicciones en el seno del pueblo”, para recordar el concepto maoísta. Practica una especie de privación o negación de la identidad (*Verwerfung-Verneinung* en Freud)- una falta de simbolizar lo que debía ser simbolizado, que es constitutivo de lo subalterno, como una identidad abyecta, “carente”—en primer lugar (Beverley, S7F: 101).

¿Cómo puede ser pensada, desde esta perspectiva, la apelación nacional-popular contenida en la “razón populista”? Obsérvese la siguiente afirmación de Beverley (S/f: 77):

El discurso nacionalista hegemónico, anticolonial o anti-imperialista, estabiliza la categoría de “el pueblo” en torno a una cierta narrativa (de intereses comunes, comunidad, tareas, sacrificios, destino histórico) que sus sectores internos, sean clases o grupos, pueden o no compartir en el mismo grado, de manera homogénea. Se trata de una sutura retórica de los vacíos y discontinuidades del subalterno.

El pueblo, en definitiva, ya no ha de ser entendido como el efecto de la articulación de demandas insatisfechas, sino que más bien como una totalización que se impone a la heterogeneidad radical del subalterno. En este sentido, constituye un potencial bloque hegemónico y unitario, mientras que el subalterno designa una particularidad subordinada, experimentada como “identidad” (Beverley, S/f: 108) y alejada al mismo tiempo de toda intención o capacidad hegemónica. De cierto modo, esta idea de

subalteridad puede ser parcialmente homologada al concepto de “multitud”, el cual debe entenderse como antepuesto a la idea de “pueblo” en la medida en que se funda en el rechazo a toda borradura ficticia de las diferencias. Y es que, mientras el pueblo es una totalidad insituada, la multitud es una multiplicidad constituyente; mientras el pueblo es la operación nacional de reducción de la multitud, esta última reafirma su inerradicable heterogeneidad y resistencia a todo intento de homogeneización. En definitiva, y para el contemporáneo contexto capitalista, “la multitud se define ante todo no por su rechazo del mercado, sino por su distancia frente a las unidades ficticias del populismo” (Bull, 2005: 18).¹³⁰

Ahora bien, y de acuerdo a la perspectiva que brevemente he esbozado aquí, ¿cómo entender la emergencia concreta de situaciones *populistas*? Hasta aquí, queda claro el problema: si lo subalterno se define precisamente por ser un espacio que se encuentra “fuera” de los márgenes de la representación, y que por lo tanto se encuentra imposibilitado de ser articulado en trono a una unidad discursiva, ¿de qué manera entonces es posible la *razón populista*? Creo posible sostener que en la emergencia populista se debe considerar la presencia de dos unidades inarticuladas aun cuando mutuamente determinadas. Me refiero, concretamente, a un discurso político de constitución de un pueblo, por una parte, y a la imposible presencia de una subalteridad que se “cuela” por los intersticios presentes en el espacio político abierto por este discurso. Entre ambas unidades, debo subrayar, no existe articulación posible, sino que más bien un puro vínculo contingente que, para el caso del “subalterno”, opera como posibilidad de la visibilización, siempre precaria y en última instancia imposible, de su “invisible existencia”. Léase en este sentido el siguiente ejemplo de las rebeliones

¹³⁰ Junto con el referido texto de Bull, un desarrollo ampliado de la idea de “multitud” puede verse expresado en Hardt y Negri (2004).

indígenas en Perú y la presencia en ellas de una irresoluble “dualidad” entre su componente “metropolitano” y su componente “indígena”:

Existió, desde la conquista española, una literatura indígena escrita, tanto en quechua como en español, basada en adaptaciones de la literatura, los epistolarios y procedimientos legales europeos, la cual nutrió la visión de mundo de los líderes de las comunidades indígenas andinas (sabemos, por ejemplo, que Túpac Amaru llevaba consigo una edición de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso). Pero el archivo documental que ha sido reunido en torno a la rebelión también revela, en sus intersticios, la existencia de una cultura radicalmente diferente, una cultura predominantemente no europea, oral (o, de manera más precisa, a pesar del aparente anacronismo, una cultura *audiovisual*) desarrollada por y para los rebeldes –mayormente campesinos y artesanos junto con sus familias- quienes integraban los ejércitos *tupamaristas* y *kataristas* y quienes (en su mayor parte) no leían ni hablaban español ni estaban particularmente interesados en aprenderlo. Existió (por lo tanto)... un “idioma dual” de la rebelión: por un lado, textos literarios o legales escritos en español como la *Genealogía* o las proclamas y cartas dirigidas por el liderazgo rebelde a las autoridades criollas o coloniales; por otro lado, las prácticas culturales no literarias, o inclusive *anti-literarias*, desplegadas por los propios rebeldes. La ambivalencia cultural del propio José Gabriel (el cual, por ejemplo, a veces se vestía con trajes Incas y, en otras ocasiones, con uniformes militares al estilo europeo) respondía a las contradicciones de su propia formación ideológica, su posición dentro del sistema colonial y a sus esfuerzos por representarse a sí mismo como un líder, tanto ante sus seguidores como ante las autoridades coloniales (Beverley, s/f: 42).

Pues bien, y tal como en el caso de las rebeliones indígenas arriba mencionadas, el populismo bien puede ser asumido como un espacio de “encuentro dual” (y por ello mismo, inarticulado) entre un polo situado en el campo de la representación y un polo excluido de dicho campo; entre un polo que se instala en la esfera política y otro polo

que emerge en ella con el “extranjero idioma” de la subalterinidad. El liderazgo populista, en este sentido, bien puede ser entendido en analogía a la figura del “intelectual comprometido” que, más allá de sus intenciones, no puede hacer otra cosa que “hablar en nombre del subalterno”¹³¹. Y ello no puede ser de otro modo, en la medida en que es el propio nombre del subalterno lo que se encuentra fuera del campo de la representación.

Al comentar un ensayo de Rodríguez Juliá -El entierro de Cortijo-, Franco (1997) da cuenta de la forma en que la posibilidad pretendida por un observador externo para dar cuenta de algún núcleo coherente de identificación en un grupo de puertorriqueños que asisten al funeral de un celebre *músico popular* se pierde completamente ante la presencia de “una muchedumbre cuya única característica común es la diversidad caótica”:

El cronista está atrapado entre su posición como observador externo y su temor a una inmersión inaplazable en una muchedumbre cuyos cuerpos y formas de vestir cuentan no una, sino múltiples historias muchas veces contradictorias...Lo que interesa a Rodríguez Juliá no es sencillamente lo híbrido de la cultura, sino el hecho de que su superficie evanescente y facetada puede leerse como tantas historias personales y fragmentadas que desafía cualquier categorización (Franco, 1997: 65).

¿Es posible trasladar este relato al ámbito de la política? Llevada al ámbito político, la inquietud de Franco puede traducirse a la pregunta por la posibilidad de constitución, a partir de la más plena heterogeneidad, de procesos de articulación emergentes como efecto de prácticas hegemónicas.

¹³¹ Sobre este tópico, ver Beverley, S/f. En especial, el capítulo III: “¿Nuestra Rigoberta? Autoridad cultural y agencia subalterna”.

De acuerdo a lo que he querido expresar a lo largo de este apartado, existen entonces momentos en los cuales aquello en lo cual se encarna la condición paradójal de exclusión-inclusión propia del cuerpo político moderno (es decir, aquello que se encuentra excluido e invisibilizado en la sociedad) alcanza un lugar para expresar su deseo, su deseo de nominación, su deseo de existir. En fin, su deseo de *ser*. Uno de esos momentos es, precisamente, el populismo. Pero el populismo, claro está, no es ese deseo. El populismo sería simplemente un *momento* de la política, un momento esencialmente contradictorio que integra a la lógica de la política (en su sentido normativo-institucional y hegemónico-discursivo) el componente inexorablemente heterogéneo de la subalternidad. El momento populista, en este sentido, cumpliría con visibilizar lo excluido, con recordarnos que, en última instancia, todo orden político se funda en una exclusión que lo origina y lo perpetúa en el tiempo.

3. Conclusiones: la imposible politicidad del populismo

En este capítulo, he querido concentrarme en dos aspectos a mi juicio sumamente relevantes al momento de evaluar tanto las implicaciones teóricas como políticas que se pueden extraer de la anatomía que de la razón populista ofrece el teórico político Ernesto Laclau. Me refiero, en primer lugar, a la relación entre las así llamadas lógicas “institucionalistas” y la política, y en segundo lugar, entre esta última y el populismo.

Tal como lo señalé en el capítulo anterior y al iniciar este capítulo, de la teoría acerca del populismo desarrollada por Laclau se podía extraer la problemática afirmación tanto del carácter impolítico del institucionalismo como del carácter paradigmáticamente

político del populismo. De alguna forma, el ejercicio ofrecido por Laclau opera en los términos de una curiosa “analogía” respecto a la oposición entre populismo y política democrática planteada por la ciencia política latinoamericana. Y es que, si en esta última es la política democrática la que constituye una realidad que sólo se expresa de manera virtual, equívoca y aporética en el populismo, en Laclau es el propio populismo el que contiene la totalidad de los componentes de la “verdadera política”, asumiéndose al institucionalismo y la lógica de la diferencia como una mera “expresión incompleta” del sentido mismo de la política, una forma de intervención en lo social que no asume el carácter eminentemente político de la misma.

Pues bien, ¿cómo asumir esta extraña analogía reversa entre la teoría política de Laclau y la ciencia política latinoamericana? Refiriéndose a la oposición entre “sexo virtual” y “sexo real”, Žižek (2004: 8) lee la célebre afirmación lacaniana acerca de que “la relación sexual no existe” en los siguientes términos:

Uno de los lugares comunes de hoy es que el llamado *sexo virtual* o *cibernético* presenta una ruptura radical con el pasado, puesto que en él, el verdadero contacto sexual con *otro real* está perdiendo terreno frente al goce masturbatorio, cuyo único sostén es otro virtual...la respuesta lacaniana a esto es que primero tenemos que desenmascarar el mito del *sexo real* supuestamente posible antes de la llegada del sexo virtual: la tesis de Lacan de que *no existen las relaciones sexuales* significa precisamente que la estructura del acto sexual *real* ya es inherentemente fantasmático: el cuerpo *real* del otro sólo sirve como sostén para nuestras proyecciones fantasmáticas. En otras palabras, el *sexo virtual* en el que un guante simula el estímulo de lo que vemos en la pantalla, y así sucesivamente, no es una distorsión monstruosa del sexo real; simplemente vuelve manifiesta la estructura fantasmática que le subyace.

Pues bien: ¿Qué hay de *virtual* en el populismo?; ¿y qué hay de *real* en las democracias liberal-representativas?; ¿significa esto que el populismo es tan *real* como las democracias liberal-representativas? Sí, pero a condición de agregar: “los populismos son al mismo tiempo tan virtuales como las democracias liberales representativas”. ¿La diferencia?: a mi juicio, los populismos visibilizan, explicitan, dirigen a su extremo la constitución incompleta de toda política. Y ello es lo que precisamente he querido esbozar en el presente capítulo, concentrándome tanto en lo que de política hay en las lógicas institucionalistas como en lo que de “virtualidad” se puede percibir en las lógicas populistas¹³².

Ahora bien, ¿qué conclusiones extraer de lo aquí planteado? Simplemente, mi intención fue esbozar algunas posibilidades de relectura de la relación entre política y populismo. Por una parte, y ello es lo que quise plantear al integrar la categoría de “subalteridad” en este capítulo, creo que el reconocimiento del carácter central que adquiere la política en cualquier escenario moderno no debe ser argumento para desconocer el rol que en ella juega “lo social”, entendido aquí laxamente como aquello que -pensado de manera reversa- “se resiste a la politización”.

Por otro lado, y en lo que dice relación con el vínculo entre política e institucionalismo, he querido sentar las bases para preguntarme ahora sí legítimamente: ¿por qué denunciar negativamente la aporía de todo intento categorizador del populismo?; ¿por qué no indagar en la disposición retórica y performativa de todo lenguaje, incluido el de la ciencia política?

¹³² Debo aclarar que no correspondió de ninguna manera al objetivo de este capítulo afirmar una cierta “superioridad ontológica” del institucionalismo por sobre el populismo. Mis objetivos se restringieron por el contrario a poner en cuestión la oposición a mi juicio rígida que Laclau propone entre ambas formas de expresión de la política, las cuales, a mi juicio, contienen igual grado (aunque de distinta naturaleza) de “virtualidad” o, si se quiere, “impoliticidad”.

En su crítica a la lectura que Derrida ofrece de Rousseau, Paul de Man planteaba una lectura “retórica” del filósofo de las luces, contraviniendo la sentencia derridiana que veía la manifestación recurrente de la *metafísica de la plena presencia*. Y es que, en el lenguaje roussoniano, cargado de filosofía occidental, Paul de Man veía la fuerza retórica de un discurso que, advertido del fin de la metafísica, se disfrazaba precisamente de filosofía: “...el uso que Rousseau hace de un vocabulario tradicional es completamente similar, en su estrategia y en sus implicaciones, al uso que hace conscientemente Derrida del vocabulario tradicional de la filosofía occidental...” (De Man, 1990: 212).

¿No será entonces una estrategia productiva hurgar en el componente retórico de la ciencia política antes que en su carácter aporético?; ¿no será la lectura deconstructiva un *arma poco letal* para con un saber con una probada eficacia performativa? Desde una perspectiva retórica, creo posible pensar la recurrencia de la categoría del populismo (y su permanencia al nivel de lo que Rorty denomina como una “metáfora viva”) como una virtud más que como un síntoma problemático de la ciencia política. Y es que, convertida a una forma categórica “dura”, el concepto de populismo perdería su capacidad de inscripción perpetua; su capacidad de ser utilizada, cual *formula médica*, como metáfora de *lo indeseable*.

Pese a su *ceguera*, entonces, la ciencia política ha tenido la *visión* de retener este concepto, de mantener viva una metáfora potente que nos advierta acerca de los peligros que toda interpelación al *buen orden democrático* puede traer consigo. Pese a si misma, en definitiva, la Ciencia Política ha sido capaz de contar con una buena fórmula para conjurar el peligro que, de modo permanente, le acecha. Habrá entonces que asumir la

eficiencia de la metáfora del orden, a la espera de que un nuevo *ejército de metáforas* gane la partida.

CONCLUSIONES GENERALES

Usualmente, una investigación en ciencias sociales debe concluir con la generación u oferta de un aporte para la “mejor comprensión” de un fenómeno o de un concepto, según se quiera. De hecho, gran parte de los “estudios”, “aportes”, “investigaciones empíricas” o “indagaciones teóricas” que se ofrecen en el inflacionado mercado de los estudios acerca del populismo concluyen planteando hallazgos “novedosos”, intuiciones “originales” o redefiniciones “productivas” que permitirían, “ahora sí”, aprehender el sentido definitivo de esta polisémica palabra.

Pues bien, inicio estas conclusiones señalando que esta investigación intentó escabullir la tentación de generar un “aporte novedoso” sobre el tema en cuestión. Más bien, mi intención fue concentrarme en un ejercicio de lectura de lo que ha constituido, particularmente en América Latina, el accidentado devenir del concepto de populismo, intentado dar cuenta de algunos tópicos y ejes de discusión que a mi juicio resultan relevantes no tanto para el objetivo de la aprehensión categorial del populismo en cuanto tal, sino que más bien para el objetivo de la activación de nuevas interrogantes y problemas que pueden ser productivos en la medida en que, quizás irresponsablemente, logren desprenderse del imperativo de la producción de certezas.

Pues bien, ¿con qué nos hemos encontrado en este accidentado y selectivo trayecto por la historia del concepto populismo? El populismo ha constituido en América Latina una

paradojal categoría caracterizada por la dificultad para enunciar una rasgo constante que lo defina: a la vez que contraría a los principios de una democracia liberal, no ha sido pensada si no es al interior mismo de la democracia; a la vez que manifestación de un “retraso” en la cultura política, se la ha entendido al mismo tiempo como agencia de cambio; a la vez que síntoma de subdesarrollo, se la ha asumido como motor de cambios y transformación; a la vez que manifestación de los problemas de integración de las sociedades latinoamericanas, se la ha caracterizado como una categoría inclusiva por excelencia. Y sin embargo, pese a esta dimensión paradojal, la categoría populismo reemerge constantemente en América Latina. ¿Cuáles son las causas de tal recurrencia?; ¿a qué se debe que la actual Ciencia Política Liberal que domina el campo de la reflexión política en América Latina insista en la definición de un fenómeno político tan difícil de aprehender como lo es el populismo?

A mi juicio, el intento por categorizar el Populismo resulta una tarea improductiva: existen fenómenos políticos, y el populismo pareciera ser uno de ellos, que se resisten radicalmente a toda forma de simbolización que manifieste un “cierre definitivo” de su sentido, inherentemente inestable, inscribible en contextos múltiples y abiertos. De manera contraria entonces a toda búsqueda por “estabilizar” el populismo en tomo a un ejercicio analítico de categorización, mi intención ha sido pensar al populismo a partir de la apertura de una doble estrategia teórica metodológica.

En primer lugar, pensar el populismo puede ser una buena forma de pensar el “antipopulismo”, lugar desde el cual suele ser enunciada esta categoría: ¿cuál es el gesto de demarcación entre populismo y democracia liberal?; ¿de qué manera se piensa desde la ciencia política la especificidad del imperativo de las democracias liberales; ¿cómo

define ésta a las anomalías democráticas? Estas preguntas, a mi juicio, bien pueden ser respondidas a partir de un ejercicio crítico de acercamiento a las lógicas argumentativas y los ejercicios retóricos presentes en los análisis que la ciencia política liberal realiza respecto al populismo, lo cual deviene en la conversión del populismo en un simple pero no por ello menos importante “puente” para conducirnos hacia el lugar mismo de la política, las instituciones, la democracia y el orden.

En segundó lugar, queda claro que, más allá de los ejercicios de categorización del populismo y del antipopulismo, existen fenómenos políticos que suponen la presencia de un “resto” inaprehensible, singular. Y ese *resto*, claramente, constituye un *reto* para pensar los límites del “saber acerca de la política”, al igual como los límites del “saber acerca de lo social”.

En definitiva, mi intención en esta investigación fue pensar al populismo a partir de un doble ejercicio de reflexión crítica respecto al ejercicio delimitatorio que lo constituye como categoría y de comprensión del mismo como un “resto” que bien puede decir algo acerca de la constitución conflictiva, muchas veces espectral y siempre abierta de la sociedades latinoamericanas. Si de esta investigación emergen nuevas preguntas, o simplemente es posible reformular viejas preguntas, el objetivo de este esfuerzo se verá sobradamente cumplido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aboy Cariés, Gerardo (2004): "Repensando el populismo". En, Aboy, Gerardo, Carlos de la Torre, Hernán Ibarra y Kurt Weyland: *Releer los populismos* (Quito: CAAP).
- Acha, Omar (2004): "Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo", *Desarrollo económico*, 44, 174, Buenos Aires.
- Adorno, Teodoro y Max Horkheimer (1989): *Dialéctica del Iluminismo* (Madrid: Siglo XXI).
- Agamben, Giorgio (2001): *Medios sin fin. Notas sobre la política* (Valencia: Pre-Textos).
- Aguilar, Luis (1994): *Populismo y democracia* (México D.F: Porrúa).
- Aguinis, Marcos (2005): "Perón: el arquetipo", *Letras Libres. El ABC del populismo*, 7, 75, México D.F.
- Alcántara, Manuel (2004): "Partidos políticos en América Latina: precisiones conceptuales, estado actual y retos futuros". En, PNUD: *La democracia en América Latina. Contribuciones al debate* (Buenos Aires: PNUD).
- Althusser, Louis (2004): "Ideología y aparatos ideológicos del Estado". En, Zizek, Slavoj (compilador): *Ideología. Un mapa de la cuestión* (Buenos Aires: FCE).
- Altman, Werner (1983): "Cárdenas, Vargas y Perón: una confluencia populista". En Altman, Werner, Mario Miranda, Lucía Sala y Marcos Winocur: *El populismo en América Latina* (México D.F: ERA).
- Alvarez Junco, José (1994): "El populismo como problema". En, Alvarez, José y Ricardo González (compiladores): *El populismo en España y América* (Madrid: Catriel).
- Alvarez Junco, José (1990): *El emperador del paralelo. Lerroux y la demagogia populista* (Madrid: Alianza).
- Arato, Andrew y Jean Cohen (2000): *Sociedad civil y teoría política* (México D.F: FCE).
- Arato, Andrew (2002): "Accountability y sociedad civil". En, Peruzzotti, Enrique y Catalina Smulovitz: *Controlando la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*. (Buenos Aires: Temas).
- Arenas, Nelly (2005): "El gobierno de Hugo Chávez: populismo de otrora y de Ahora", *Nueva Sociedad*, 200, Caracas.

- Armijo, Leslie, Thomas Bierteker y Abraham Lowenthal (1995): "The Problem of Simultaneous Transitions". En, Diamond, Larry y Marc Plattner (Editores): *Economic Reform and Democracy* (Baltimore: Baltimore University Press).
- Arrom, Silvia (2004): "La política popular en las ciudades latinoamericanas antes de la era populista". En, Arrom, Silvia y Servando Ortoll (Editores): *Revuelta en las ciudades. Políticas populares en América Latina*. (México D.F: UAM Iztapalapa; El Colegio de Sonora).
- Asensi, Manuel (1990): "Estudio introductorio: Crítica límite / El límite de la crítica (Teoría literaria y deconstrucción)". En, Asensi, Manuel (compilador): *Teoría literaria y deconstrucción* (Madrid: Arco / Libros).
- Auyero, Javier (2001): *La política de los pobres. Las prácticas clientelísticas del peronismo* (Buenos Aires: Manantial).
- Auyero, Javier (1998): "Todo por amor, o lo que quedó de la herejía. Clientelismo populista en la Argentina de los noventa". En, Burbano de Lara, Felipe (Editor): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Badiou, Alain (2003): "Filosofía y matemáticas". En, *Condiciones* (México D.F: Siglo XXI).
- Balbi, Carmen (1992): "Del golpe del 5 de abril al CCD: los problemas de la transición a la democracia", *Pretextos*, 3/4, Lima.
- Beverley, John (S/f): *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural* (Mimeo).
- Bobbio, Norberto (1992): *El futuro de la democracia* (México D.F: FCE).
- Bobbio, Norberto (1989): *Estado, gobierno y sociedad: por una teoría general de la política* (México D.F: FCE).
- Borges, Jorge Luis (1985): "Pierre Menard, autor del Quijote". En, *Ficcionario* (México D.F: FCE).
- Borges, Jorge Luis (1983): "Emma Zunz". En, *Nueva antología personal* (Barcelona: Bruguera).
- Borges, Jorge Luis (1974): "Funes el memorioso". En, *Obras completas* (Buenos Aires: Emecé).
- Braun, Herbert (2001): "Populazos, populitos, populismos". En, Hermes, Guy, Soledad Loaeza y Jean-Francois Prud'Homme: *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos* (México D.F: Ediciones del Colegio de México).

- Burbano de Lara, Felipe (1998): "A modo de introducción: el impertinente populismo". En, Burbano de Lara, Felipe (Editor): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Bull, Malcolm (2005): "Los límites de la multitud", *New Left Review*, 35, Madrid.
- Burki, Dhaid y Guillermo Perry (1998): *Más allá del Consenso de Washington: la hora de las instituciones* (Washington D.C: Ediciones del Banco Mundial).
- Calhoun, Craig (1999): "El problema de la identidad en la acción colectiva". En, Auyero, Javier: *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana* (Buenos Aires: Universidad nacional de Quilmes).
- Canitrot, Adolfo (1975): "La experiencia populista de redistribución de ingresos". *Desarrollo económico*, 15, 59, Buenos Aires.
- Canovan, Margaret (1981): *Populism* (Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich).
- Cardoso, Fernando Enrique y Enzo Faletto (1967): *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México D.F: Siglo XXI Editores).
- Cavalcanti, Rosangela y María Teresa Sadek (2003): "The New Brazilian Public Prosecution: An Agent of Accountability". En, Mainwaring, Scott y Christopher Welna: *Democratic Accountability in Latin America* (Oxford: Oxford University Press).
- Cavarozzi, Marcelo (1976): "Populismos y partidos de clase media (notas comparativas)", *Documento CEDES/CLACSO*, 3, Buenos Aires.
- Chakrabarty, Dipesh (1999): "Historia de las minorías, pasados subalternos", *Historia y Grafta*, 12, México D.F.
- Cohen, Morris y Ernest Nagel (1996): *Introducción a la lógica y al método científico 2* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Cousiño, Carlos (2001): "Populismo y radicalismo político durante el gobierno de la Unidad Popular", *Estudios públicos*, 82, Santiago.
- Crisp, Brian, Moreno, Erika y Matthew Shugart (2003): The Accountability Deficit in Latin America. En, Mainwaring, Scott y Christopher Welna: *Democratic Accountability in Latin America* (Oxford: Oxford University Press).
- Culler, Jonathan (1992): *Sobre la deconstrucción* (Madrid: Cátedra).
- Cunill, Nuria (1999): "¿Mercantilización y neoclientelismo o reconstrucción de la Administración Pública? Retos de las reformas de segunda generación, *Nueva Sociedad*, 160, Caracas.
- Dahl, Robert (1996): *¿Después de la revolución? La autoridad en las sociedades avanzadas* (Barcelona: Gedisa).

- De Certeau, Michel (1998): "Historia y estructura". En, *Historia y psicoanálisis. Entre ciencia y ficción* (México D.F: Universidad Iberoamericana).
- De Ipola, Emilio (1987): "Populismo e ideología I (A propósito de E. Laclau: "Política e ideología en la teoría marxista")". En, *Ideología y discurso populista* (México D.F: Plaza & Janés).
- De la Torre, Carlos (2004): "Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo". En, Aboy, Gerardo, Carlos de la Torre, Hernán Ibarra y Kurt Weyland: *Releer los populismos* (Quito: CAAP).
- De la Torre, Carlos (2000): *Populist Seduction in Latin America. The Ecuadorian Experience* (Ohio: Ohio University Press).
- De la Torre, Carlos (1999): "Velasco Ibarra y la Revolución Gloriosa: la producción social de un líder populista en Ecuador en los años cuarenta". En, Mackinnon, María y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- De la Torre, Carlos (1998): "Populismo, cultura política y vida cotidiana en Ecuador". En, En, Burbano de Lara, Felipe (Editor): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*. (Caracas: Nueva Sociedad).
- De la Torre, Carlos (1996): *Un solo toque: populismo y cultura política en Ecuador* (Quito: CAAP).
- De la Torre, Carlos (1994): "Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos". En, Alvarez, José y Ricardo González (compiladores): *El populismo en España y América* (Madrid: Catriel).
- De la Torre, Carlos (1992): "Demagogia, irracionalidad, utilitarismo y protesta: ¿Cuál es la seducción de los líderes populistas?". En, Burbano, Felipe, Alfredo Castillo, Carlos De la Torre, Iván Fernández Amparo Menéndez-Carrión, Alejandro Moreano y Marco Proaño: *Populismo* (Quito: ILDIS, El duende, ABYA-YALA).
- De Man, Paul (1999): "La epistemología de la metáfora". En, *La ideología estética* (Barcelona: Altaya).
- De Man, Paul (1990): "Retórica de la ceguera: Derrida, lector de Rousseau". En, Asensi, Manuel (Editor): *Teoría literaria y reconstrucción* (Madrid: ARCO / LIBROS).
- Derrida, Jacques (2003): *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional* (Madrid: Trotta).
- Derrida, Jacques (1998): "Firma, acontecimiento, contexto". En, *Márgenes de la filosofía* (Madrid: Cátedra).

- Derrida, Jacques (1989a): "Cogito e Historia de la locura". En, *La escritura y la diferencia* (Barcelona: Anthropos)
- Derrida, Jacques (1989b): "La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas". En, *La escritura y la diferencia* (Barcelona: Anthropos).
- Di Telia, Torcuato (1977): "Democracia y reformismo". En, Germani, Gino, Torcuato di Telia y Octavio Ianni: *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (México D.F: Era).
- Dix, Robert (1985): "Populism, Authoritarian and Democratic", *Latin American Research Review*, 20, 2, Texas.
- Doufour, Dany-Robert (2002): *Locura y democracia. Ensayo sobre la forma unaria* (México D.F: FCE).
- Dombusch, Rudiger y Sebastián Edwards (1992): *Macroeconomía del populismo en la América Latina* (México D.F: FCE).
- Drake, Paul (1992): "El populismo en perspectiva". En, Dombusch, Rudiger y Sebastián Edwards: *Macroeconomía del populismo en la América Latina* (México D.F: FCE).
- Ellner, Steve (2004): "Hugo Chávez y Alberto Fujimori: análisis comparativo de dos variantes de populismo", *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*, 10, 1, Caracas.
- Escárzaga, Fabiola (2002): "La utopía liberal de Vargas Llosa", *Política y Cultura*, 17, México D.F.
- Feyerabend, Paul (1993): *Against Method* (Londres: Verso).
- Fleury, Sonia (1999): "Reforma del Estado en América Latina", *Nueva Sociedad*, 160, Caracas.
- Foucault, Michel (1973): *El orden del discurso* (Barcelona: Tusquets).
- Foucault, Michel (2004): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las Ciencias Humanas* (México D.F: Siglo XXI).
- Foucault, Michel (1999): *Historia de la locura en la época clásica I.* (México D.F: FCE).
- Franco, Jean (1997): "La globalización y la crisis de lo popular", *Nueva Sociedad*, 149, Caracas.
- French, John (1999): "Los trabajadores industriales y el nacimiento de la República Populista de Brasil". En, Mackinnon, Maria y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).

- Gadamer, Hans-Georg (1996): *Verdad y Método I* (Salamanca: Ediciones Sigueme).
- Garretón, Manuel Antonio (1995): *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones* (Santiago: FCE).
- Gellner, Ernest y Ghita Ionescu (1969): "Introducción". En, *Populismo. Sus significados y características nacionales* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Germani, Gino (1977): "Democracia representativa y clases populares". En, Germani, Gino, Torcuato di Tella y Octavio Ianni y: *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (México D.F: Era).
- Germani, Gino (1966): *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (Buenos Aires: Paidós).
- Germani, Gino (1973): "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes urbanos", *Desarrollo económico*, 13, 51, Buenos Aires.
- Gherzi, Enrique (1991): "La elección presidencial peruana de 1990", *Estudios públicos*, 42, Santiago.
- Gibson, Edward (1997): "The Populist Road to Market Reform: Policy and Electoral Coalitions in Mexico and Argentina" ", *World Politics*, 49, 3, Nueva York.
- Graciarena, Jorge (1967): *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina* (Buenos Aires: Paidós).
- Habermas, Jurgen (1982): *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (Barcelona: Gili).
- Haggard, Stephan y Robert Kaufman (1995): "The challenges of Consolidation". En, Diamond, Larry y Marc Plattner: *Economic Reform and Democracy* (Baltimore: University Press).
- Halperin Donghi, Tulio (1975): "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes urbanos", *Desarrollo económico*, 14, 56, Buenos Aires.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2004): *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Hennesy, Alistair (1969): "América Latina". En, Gellner, Ernest y Ghita Ionescu: *Populismo. Sus significados y características nacionales* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Hermes, Guy (2001): "Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos". En, Hermes, Guy, Soledad Loaeza y Jean-Francois Prud'Homme: *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos* (México D.F: Ediciones del Colegio de México).

- Holmes, Stephen (2003): "Lineages of the Rule of Law". En, Maravall, José María y Adam Przeworski: *Democracy and the Rule of Law* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Ianni, Octavio (1977): "Populismo y relaciones de clase". En, Germani, Gino, Torcuato di Tella y Octavio Ianni: *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (México D.F: Era).
- Ianni, Octavio (1975): *La formación del Estado populista en América Latina* (México D.F: Era).
- Ibarra, Hernán (2004): "El populismo en la política ecuatoriana contemporánea". En, Aboy, Gerardo, Carlos de la Torre, Hernán Ibarra y Kurt Weyland: *Releer los populismos* (Quito: CAAP).
- Kant, Emmanuel (1985): "¿Qué es la ilustración?". En, *Filosofía de la Historia* (México D.F: FCE).
- Kaufman, Robert y Barbara Stallings (1992): "La economía política del populismo latinoamericano". En, Dombusch, Rudiger y Sebastián Edwards: *Macroeconomía del populismo en la América Latina* (México D.F: FCE).
- Laclau, Ernesto (2005): *La Razón populista* (Buenos Aires: FCE).
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (Buenos Aires: FCE).
- Laclau, Ernesto (2003): "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas". En, Butler, Judith, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek: *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (Buenos Aires: FCE).
- Laclau, Ernesto (2002): "Política de la retórica". En, *Misticismo, retórica y política* (Buenos Aires: FCE).
- Laclau, Ernesto (1998): "Deconstrucción, pragmatismo, hegemonía". En, Mouffe, Chantal (compiladora): *Deconstrucción y pragmatismo* (Buenos Aires: Paidós).
- Laclau, Ernesto (1996a): "Más allá de la emancipación". En, *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto (1996b): "Universalismo, particularismo y la cuestión de la identidad". En, *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto (1996c): "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?". En, *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto (1996d): "Sujeto de la política, política del sujeto". En, *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel).

- Laclau, Ernesto (1996e): "El tiempo está dislocado". En, *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto (1996f): "Poder y representación". En, *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto (1996g): "La utopía liberal de Richard Rorty". En, *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto (1993a): "La imposibilidad de la sociedad". En, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Laclau, Ernesto (1993b): "Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo". En, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Laclau, Ernesto (1990): "La construcción de una nueva izquierda". En, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Laclau, Ernesto (1985): "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política". En, Labastida, Julio (coordinador): *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (México D.F: Siglo XXI editores).
- Laclau, Ernesto (1980a): "Hacia una teoría del populismo". En, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto (1980b): "Feudalismo y capitalismo en América Latina". En, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto (1980c): "La especificidad de lo político". En, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto (1980d): "Fascismo e ideología". En, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Lakatos, Imre (1983): *La Metodología de los programas de investigación científica* (Madrid: Alianza Editorial).
- Larraín, Felipe y Patricio Meller (1992): "La experiencia socialista-populista chilena: 1970-1973". En, Dombusch, Rudiger y Sebastián Edwards: *Macroeconomía del populismo en la América Latina* (México D.F: FCE).
- Laserna, Roberto (2003): "Bolivia, entre populismo y democracia", *Nueva Sociedad*, 188, Caracas.
- Lazarte, Jorge (1999): "Partidos políticos e informalización de la política". En, Mackinnon, María y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).

- Leal, Juan (1984): *Populismo y revolución* (México D.F: UNAM).
- Lechner, Norbert (1988): "¿Responde la democracia a la búsqueda de certidumbre?" En, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política* (Santiago: FCE).
- Levi-Strauss, Claude (1964): *Mitológicas. Lo crudo y lo cocido* (Buenos Aires: FCE).
- Levitsky, Steven (2004): "Del sindicalismo al clientelismo: la transformación de los vínculos Partido-Sindicatos en el peronismo, 1983-1999", *Desarrollo económico*, 44, 173, Buenos Aires.
- Lynch, Nicolás (1999): "Neopopulismo: un concepto vacío", *Socialismo y participación*, 36, Lima.
- Linz, Juan y Alfredo Stepan (1996): *Problems of democratic transition and consolidation. Southern Europe, South America and Post-Communist Europe* (Londres: The John Hopkins University Press).
- Loaeza, Soledad (2001): "La presencia populista en México". En, Hermes, Guy, Soledad Loaeza y Jean-Francois Prud'Homme: *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos* (México D.F: Ediciones del Colegio de México).
- Luhmann, Niklas (1991): *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general* (México D.F: Alianza).
- Luhmann, Niklas (2003): "De qué se trata el caso y qué es lo que se esconde detrás: las dos sociologías y la teoría de la sociedad". En, *Introducción a la teoría de sistemas* (México D.F: Universidad Iberoamericana).
- Mackinnon, María (2002): "Los años formativos del Partido Peronista: resultados de una investigación", *Desarrollo económico*, 165, 42, 117-127, Buenos Aires.
- Mackinnon, María y Mario Petrone (1999): "Los complejos de la cenicienta". En, Mackinnon, María y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- MacRae, Donald (1969): "El populismo como ideología". En, Gellner, Ernest y Ghita Ionescu: *Populismo. Sus significados y características nacionales* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Magaloni, Beatriz (2003): "Authoritarianism, Democracy and the Supreme Court: Horizontal Exchange and the Rule of Law in Mexico". En, Mainwaring, Scott y Christopher Welna: *Democratic Accountability in Latin America* (Oxford: Oxford University Press).

- Mainwaring, Scott (2003): "Introduction: Democratic Accountability in Latin America". En, Mainwaring, Scott y Christopher Welna: *Democratic Accountability in Latin America* (Oxford: Oxford University Press).
- Manin, Bernard, Adam Przeworski y Susan Stokes (2002): "Elecciones y representación", *Zona Abierta*, 100/101, Madrid.
- Manzetti, Luigi y Scott Morgenstern (2003): "Legislative Oversight: Interests and Institutions in the United States and Argentina". En, Mainwaring, Scott y Christopher Welna: *Democratic Accountability in Latin America* (Oxford: Oxford University Press).
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa (1999): "Las asignaturas pendientes del modelo nacional-popular". En, Mackinnon, María y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa (1992): "La doble legitimidad del populismo", *Pretextos*, 3/4, Lima.
- Melucci, Alberto (2002): *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (México D.F: Ediciones del Colegio de México).
- Mayorga, Fernando (1998): "Compadres y padrinos: el rol del neopopulismo en la consolidación democrática y la reforma estatal en Bolivia". En, Burbano de Lara, Felipe (Editor): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Menéndez-Carrión, Amparo (1992): "El populismo en el Ecuador ¿Tiene sentido seguirlo descubriendo?". En, Burbano, Felipe, Alfredo Castillo, Carlos De la Torre, Iván Fernández Amparo Menéndez-Carrión, Alejandro Moreano y Marco Proaño: *Populismo* (Quito: ILDIS, El duende, ABYA-YALA).
- Moore, Barrington. (1989): *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión* (México D.F: Instituto de Investigaciones Sociales UNAM).
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero (1971): *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Naím, Moises (1995): "Latin American: The Second Stage of Reform". En, Diamond, Larry y Marc Plattner: *Economic Reform and Democracy* (Baltimore: Baltimore University Press).
- Navia, Patricio y Andrés Velasco (2003): "The Politics of Second Generation Reforms". En, Kurczynski, Pedro Pablo y John Williamson: *After the Washington Consensus: Restarting Growth and Reform in Latin American*. (Washington: Institute for International economics).

- North, Douglass y Weingast, Barry (1989): "Constitutions and Commitment: The Evolution of Institutions Governing Public Choice in Seventeenth Century England", *The Journal of Economic History*, 49, 4, Nueva York.
- Novaro, Marcos (1998): "Populismo y gobierno. Las transformaciones en el peronismo y la consolidación democrática en Argentina". En, Burbano de Lara, Felipe (Editor): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Novaro, Marcos (1997): "El liberalismo político y la cultura política popular", *Nueva Sociedad*, 149, Caracas.
- Novaro, Marcos (1996): "Los populismos latinoamericanos transfigurados", *Nueva Sociedad*, 144, Caracas.
- Novaro, Marcos (1994): "Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática" (Buenos Aires: UBA).
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo (1996): *Política y poder en el gobierno de Menem* (Buenos Aires: Editorial Norma).
- Nun, José (1998): "Populismo, representación y menemismo". En, Burbano de Lara, Felipe (Editor): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Caracas: Nueva Sociedad).
- O'Donnell, Guillermo (2004): "Human Development, human rights and democracy". En, O'Donnell, Guillermo y Jorge Vargas: *The Quality of Democracy* (Indiana: Notre Dame Press).
- O'Donnell, Guillermo (2003): "Horizontal Accountability: The Legal Institutionalization of Mistrust". En, Mainwaring, Scott y Christopher Welna: *Democratic Accountability in Latin America* (Oxford: Oxford University Press).
- O'Donnell, Guillermo (1997): "¿Democracia Delegativa?". En, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización* (México D.F: Paidós).
- Offe, Claus (1990): *Contradicciones en el Estado de Bienestar* (Madrid: Alianza).
- Olson, Mancur (1992): *La lógica de la acción colectiva* (México D.F: Limusa).
- Ortiz, Renato (1997): "Notas sobre mundialización y la cuestión nacional", *Nueva Sociedad*, 149, Caracas.
- Oszlak, Oscar (1999): "De menor a mejor. El desafío de la segunda reforma del Estado", *Nueva Sociedad*, 160, Caracas.
- Palacios, Marco (2001): "Presencia y ausencia de populismo: para un contrapunto colombo-venezolano". En, Hermes, Guy, Soledad Loaeza y Jean-Francois Prud'Homme: *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos* (México D.F: Ediciones del Colegio de México).

- Panizza, Francisco (2001): "Más allá de la democracia delegativa. La vieja política y la nueva economía en América Latina". En, Cheresky, Isidoro e Inés Pousadela: *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas* (Buenos Aires: Paidós).
- Paramio, Ludolfio (2006): "La izquierda y el populismo", *Nexos*, XXVIII, 339, México D.F.
- Peruzzotti, Enrique y Catalina Smulovitz (2002): "Accountability social: la otra cara del control". En, Peruzzotti, Enrique y Catalina Smulovitz: *Controlando la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas*. (Buenos Aires: Temas).
- Peters, Guy (2003): *El nuevo institucionalismo. Teoría institucional en Ciencia Política* (Barcelona: Gedisa).
- Pizzorno, Alessandro ((1990): "Algunas otras clases de otredad: Una crítica de las teorías de acción racional". En, Foxley, Alejandro, Macpherson y Guillermo O'Donnell: *Democracia, desarrollo y el arte de traspasar fronteras. Ensayos de homenaje a Albert O. Hirschman*. (México D.F: FCE).
- PNUD (2004): *La democracia en América Latina* (Buenos Aires: Aguilar).
- Popper, Karl (1983): *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico* (Barcelona: Paidós).
- Przeworski, Adam (1995): *Democracia y Mercado* (New York: Cambridge University Press).
- Przeworski, Adam (2002): "Accountability social y más allá". En, Peruzzotti, Enrique y Catalina Smulovitz: *Controlando la política. Ciudadanos y medios en las nuevas democracias latinoamericanas* (Buenos Aires: Temas).
- Prud'Homme, Jean-Francois (2001): "Un concepto evasivo: el populismo en la ciencia política". En, Hermes, Guy, Soledad Loaeza y Jean-Francois Prud'Homme: *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos* (México D.F: Ediciones del Colegio de México).
- Quijano, Aníbal (1998): "Populismo y fujimorismo". En, Burbano de Lara, Felipe (Editor): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Quintero, Rafael (1980): *El mito del populismo en el Ecuador. Análisis de los fundamentos del Estado Ecuatoriano Moderno (1895-1934)* (Quito: FLACSO Editores).
- Ranciere, Jacques (1996): *El desacuerdo. Política y filosofía* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Rawls, John (2002): *La justicia como equidad. Una reformulación* (Barcelona: Paidós).

- Rawls, John (1996): *Liberalismo político* (México D.F: FCE).
- Ricoeur, Paul (2004a): "La función hermenéutica del distanciamiento". En, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. (México D.F: FCE).
- Ricoeur, Paul (2004b): "La tarea de la hermenéutica: desde Schleiermacher y desde Dilthey". En, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. (México D.F: FCE).
- Roberts, Kennett (1999): "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano". En, Mackinnon, Maria y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Rojó, Grinor (2001): *Diez tesis sobre la crítica* (Santiago: Lom).
- Rorty, Richard (1998): "Notas sobre deconstrucción y pragmatismo". En, Mouffe, Chantal (compiladora): *Deconstrucción y pragmatismo* (Buenos Aires: Paidós).
- Rorty, Richard (1996): *Contingencia, ironía y solidaridad*. (Barcelona: Paidós).
- Sala, Lucía (1983): "Algunas reflexiones sobre el populismo en América Latina". En Altman, Werner, Mario Miranda, Lucía Sala y Marcos Winocur: *El populismo en América Latina* (México D.F: ERA).
- Sánchez-Parga, José (1998): "Encubrimientos sociopolíticos del populismo". En, Burbano de Lara, Felipe (Editor): *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Santiso, Javier (2001): "¿Del buen revolucionario al buen liberal? A propósito de un extraño camaleón latinoamericano". En, Hermes, Guy, Soledad Loaeza y Jean-Francois Prud'Homme: *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos* (México D.F: Ediciones del Colegio de México).
- Saussure, Ferdinand de (1945): *Curso de lingüística general* (Buenos Aires: Losada).
- Sidicaro, Ricardo (1999) "Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en la Argentina, 1943-1955". En, Mackinnon, Maria y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Sigal, Silvia y Elíseo Verón (1986): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (Buenos Aires: Legasa).
- Skidmore, Thomas (1999): "Una nueva era de Vargas, 1951-1954". En, Mackinnon, Maria y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).

- Spivak, Gayatri (1995): "Can the Subaltern Speak?". En, *The Postcolonial Studies Reader* (Nueva York: Routledge).
- Tarrow, Sydney (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (Madrid: Alianza Universidad).
- Torre, Juan Carlos (1999): "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo". En, Mackinnon, Maria y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Torre, Juan Carlos (1990): *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del populismo* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Touraine, Alain (1989): *América Latina. Política y Sociedad* (Madrid: Espasa Calpe).
- Tsebelis, George (1995): "Decision Making in Political Systems: Veto Players in Presidentialism, Parlamentarism, Multicameralism and Multipartyism", *British Journal of Political Science*, 25, 3, Londres.
- Vilas, Carlos (2005): "La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares", *Nueva Sociedad*, 197, Caracas.
- Vilas, Carlos (2004): "¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del "neopopulismo" latinoamericano", *Sociología política*, 22, Curitiba.
- Vilas, Carlos (1995): "Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la postmodernidad", *Socialismo y participación*, 69, Lima.
- Weber, Max (1991): "Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada". En, *Escritos políticos* (Madrid: Alianza editorial).
- Weffort, Francisco (1976): "Clases populares y desarrollo social (contribución al estudio del populismo). En Quijano, Aníbal y Francisco Weffort: *Populismo, marginalización y dependencia* (San José de Costa Rica: EDUCA).
- Weffort, Francisco (1999): "El populismo en la política brasileña". En, Mackinnon, Maria y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Weingast, Barry R. (1997): "The Political Foundations of Democracy and the Rule of Law", *American Political Science Review*, 92, 2, Cambridge.
- Weyland, Kurt (2004): "Clarificando un concepto cuestionado: el populismo en el estudio de la política latinoamericana". En, Aboy, Gerardo, Carlos de la Torre, Hernán Ibarra y Kurt Weyland: *Releer los populismos* (Quito: CAAP).

- Winocur, Marcos (1983): "El populismo en América Latina". En Altman, Werner, Mario Miranda, Lucía Sala y Marcos Winocur: *El populismo en América Latina* (México D.F: ERA).
- Worsley, Peter (1969): "El concepto de populismo". En, Gellner, Ernest y Ghita Ionescu: *Populismo. Sus significados y características nacionales* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Zermeño, Sergio (1999): "El regreso del líder". En, Mackinnon, Maria y Mario Petrone (compiladores): *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Zizek, Slavoj (2004): "El espectro de la Ideología". En, Zizek, Slavoj (compilador): *Ideología. Un mapa de la cuestión* (Buenos Aires: FCE).
- Zizek, Slavoj (2003): *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político* (Buenos Aires: Paidós).
- Zizek, Slavoj (2001a): "La política de la verdad, o Alain Badiou como lector de San Pablo". En, *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política* (Buenos Aires: Paidós).
- Zizek, Slavoj (2001b): "La subjetivación política y sus vicisitudes". En, *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política* (Buenos Aires: Paidós).